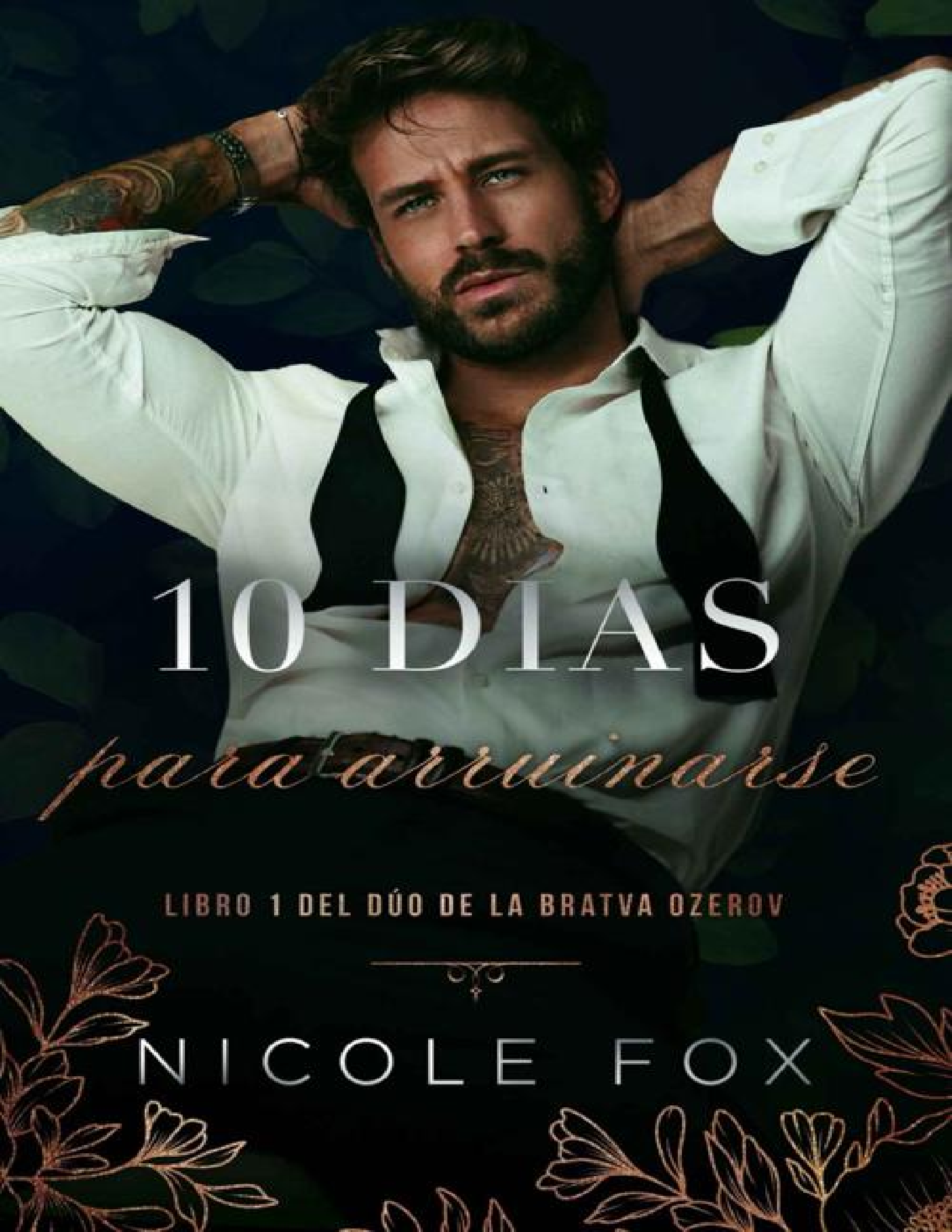


10 DIAS

para arruinarse

LIBRO 1 DEL DÚO DE LA BRATVA OZEROV

NICOLE FOX

10 DÍAS PARA ARRUINARSE

LA BRATVA OZEROV

LIBRO 1

NICOLE FOX

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Nicole Fox
10 Días para Arruinarse

1. Ariel
2. Ariel
3. Ariel
4. Sasha
5. Ariel
6. Ariel
7. Ariel
8. Sasha
9. Ariel
10. Ariel
11. Sasha
12. Ariel
13. Sasha
14. Ariel
15. Ariel
16. Sasha
17. Sasha
18. Ariel
19. Ariel
20. Sasha
21. Ariel
22. Sasha
23. Sasha
24. Ariel
25. Ariel
26. Ariel
27. Ariel
28. Sasha
29. Ariel
30. Sasha

31. Ariel
32. Sasha
33. Ariel
34. Ariel
35. Ariel
36. Ariel
37. Sasha
38. Ariel
39. Ariel
40. Ariel
41. Ariel
42. Ariel
43. Sasha
44. Ariel
45. Ariel
46. Sasha
47. Ariel
48. Ariel
49. Ariel
50. Ariel
51. Ariel
52. Sasha
53. Sasha
54. Ariel
55. Sasha
56. Ariel

Copyright © 2025 por Nicole Fox

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo. Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NICOLE FOX

La Bratva Litvinov

Adonis Tatuado

Atenea Tatuada

La Bratva Groza

Crueldad de Cachemira

Ruina de Cachemira

La Bratva Kuznetsov

Malicia Esmeralda

Vicios Esmeralda

La Bratva Egorov

Inocencia enredada

Decadencia enredada

La Bratva Novikov

Cenizas de Marfil

Juramento de marfil

La Bratva Zakrevsky

Réquiem de un pecado

Sonata de mentiras

Rapsodia de dolor

La Bratva Oryolov

Paraíso Cruel

Promesa Cruel

La Bratva Bugrov

Purgatorio de Medianoche

Santuario de Medianoche

La Bratva Stepanov

Pecadora de Satén

Princesa de Satén

La Bratva Pushkin

Cognac de Villano

Cognac de Seductora

La Bratva Orlov

Champaña con un toque de veneno

Champaña con un toque de ira

Herederos del imperio Bratva

Kostya

Maksim

Andrei

La Bratva Viktorov

Whiskey Venenoso

Whiskey Sufrimiento

La Bratva Uvarov

Cicatrices de Zafiro

Lágrimas de Zafiro

la Mafia Mazzeo

Arrullo del Mentiroso

Arrullo del Pecador

la Bratva Volkov

Promesa Rota

Esperanza Rota

la Bratva Vlasov

Arrogante Monstruo

Arrogante Equivocación

la Bratva Zhukova

Tirano Imperfecto

Reina Imperfecta

la Bratva Makarova

Altar Destruido

Cuna Destruida

Dúo Rasgado

Velo Rasgado

Encaje Rasgado

la Mafia Belluci

Ángel Depravado

Reina Depravada

Imperio Depravado

la Bratva Kovalyov

Jaula Dorada

Lágrimas doradas

la Bratva Solovev

Corona Destruída

Trono Destruído

la Bratva Vorobev

Demonio de Terciopelo

Ángel de Terciopelo

la Bratva Romanoff

Inmaculada Decepción

Inmaculada Corrupción

10 DÍAS PARA ARRUINARSE

LIBRO 1 DE LA BRATVA OZEROV

Esta es mi historia de cómo perder a un jefe de la mafia en diez días.

Tengo un problema:
Me han concertado matrimonio con un monstruo.

¿Huir? Buena idea. Lo he intentado. No funcionó.
Porque, en mi familia, mi padre pone las reglas.
Y dice que esta boda se va a celebrar.

Pero sigue teniendo debilidad por mí, la última hija que le queda.
Así que me ofrece un trato.
Tómate diez días.
Conoce a Sasha.
A ver si cambias de opinión.

Sí, claro.
Sasha Ozerov es una bestia en Brioni.
Es despiadado, impecable, totalmente despreocupado de los mortales como yo.
Lo único que quiere es lo que le aportaría nuestro matrimonio:
El poder de mi familia y la ciudad en la palma de su mano.

Pero tal vez, si consigo que se eche atrás...

Conserve mi libertad.

Así que me propuse hacer todo lo posible para volverlo loco.

Tengo diez días para hacer que mi marido me odie.

¿Qué pasa si, en cambio, empiezo a quererlo?

10 días para arruinarse *es el Libro 1 del dúo de la Bratva Ozerov. La historia concluye en el Libro 2,* ***10 Días para rendirse***.

1

ARIEL

Culpo a Supermán de cómo ha ido mi vida.

Si The CW no hubiera elegido a Tom Welling como Superman en *Smallville*, habría sido diferente.

Si Tom Welling no tuviera ojos de canela y la estructura ósea de un dios del sexo, habría sido diferente.

Si yo no hubiera sido una niña hiper impresionable de doce años atrapada en la viciosa asfixia de la pubertad cuando se emitió el estreno de la cuarta temporada de *Smallville*, entonces no habría estado tan celosa de que Lois Lane pudiera ver desnudo a Tom Welling y mi flechazo por él no se habría transformado inmediata y violentamente en un flechazo por ella, y entonces no habría querido ser periodista, y entonces no habría conseguido este trabajo en The New York *Gazette*, y mi editor no me habría enviado a esta gala, y yo no estaría en esta situación en la que estoy.

Pero The CW *sí* eligió a Tom Welling.

Tom Welling *sí* tenía ojos de canela y la estructura ósea de un dios del sexo.

Y Lois Lane *sí* llegó a verlo desnudo en la cuarta temporada.

Y entonces ocurrieron todas las demás cosas, una ficha de dominó chocó con la siguiente, la mierda llegó al ventilador, y ahora estoy enclaustrada en el baño de hombres del Museo Metropolitano de Arte de Nueva York, hiperventilando y sangrando por un corte en

la mano y preguntándome cómo coño se supone que voy a volver ahí fuera y hacer mi trabajo.

La mujer del espejo no tiene más idea que yo. Me mira impotente. Ojos verdes, pelo castaño, un vestido de Diane von Furstenberg robado del armario de su mejor amiga.

—¿Qué vamos a hacer? —intento preguntar a mi reflejo. Ella solo me devuelve la pregunta con la boca, esa golfa inútil.

Suspiro y me miro la mano. Si pensaras que el Met sería lo bastante lujoso como para asegurarse de que las manillas de sus puertas no tuvieran bordes dentados y oxidados, te equivocarías. Acabo de abrirme un buen tajo de cinco centímetros en mi prisa por cerrar de golpe la estúpida cosa tras de mí después de cargar aquí, porque en el baño de mujeres había una cola de dos docenas de personas, porque claro que la había.

Tengo la otra mano encima para evitar que mi jugo vital salpique por todas partes. Pero la sangre empieza a brotar entre mis dedos y me da un poco de náuseas.

No me gusta la sangre. No me gustan los puntos. No me gustan las heridas graves, ni siquiera contusiones especialmente graves.

Cuando creces como yo crecí, ves suficientes cosas como para recordar toda la vida.

Pero estoy aquí sola y nadie viene a rescatarme. Así que, con una gran y valiente inhalación, despego mi mano buena y echo un vistazo a...

—No. No. No, gracias —mi reflejo coincide conmigo: es un corte asqueroso. Si me quedo mirándolo un milisegundo más, podría desmayarme.

¿No sería un buen titular? *Reportera se desmaya en el baño de hombres mientras trabaja; se rompe la cabeza en el lavabo; el funeral es poco concurrido*. Sinceramente, tendría que reírme: sería innegablemente hilarante que mi obituario tuviera un titular antes de que yo misma lo tuviera.

En mi defensa, no he tenido muchas oportunidades de realmente hacer el trabajo para el que me contrataron. Mis seis meses en la

Gazette los he pasado principalmente yendo y viniendo al Starbucks de la esquina. No estoy segura de si es porque soy becaria, novata o simplemente porque "*Oye, eres mujer, por lo tanto, te toca ir a por café*". Pero sea cual sea la causa, he tenido muy pocas oportunidades de hacer aquello para lo que acepté este trabajo.

Informar. Contar historias. Hacer brillar pequeñas luces en los rincones oscuros y estrechos del mundo, porque sé mejor que casi nadie lo que ocurre en esos rincones.

Eso en sí mismo es un poco irónico, aunque solo sea porque he trabajado como un demonio para salir de esas esquinas. ¿No me fui de casa a la primera oportunidad que tuve? ¿No cambié de nombre? ¿No rompí (casi) todo contacto con el hombre que me crió en esos rincones?

Lo hice. Lo hice. Lo hice.

La *verdadera* ironía, sin embargo, es que la primera oportunidad que tengo de hacer un reportaje de verdad... es sobre ese mismo hombre.

Así es: Leander Makris, el infame jefe del crimen de Nueva York y cabecilla de la mafia griega de la ciudad es el protagonista de mi artículo.

También es mi padre.

No sabía que iba a ser el anfitrión de esta gala hasta que me presenté esta noche, pero, cuando esa bofetada de realidad aterrizó, lo hizo con saña. De ahí las lágrimas, la huida al baño equivocado, la hiperventilación y el recuerdo de cómo Tom Welling me llevó por el mal camino y de que si alguna vez le pongo las manos encima lo besaré y luego le daré una patada, posiblemente no en ese orden.

—Respira —advierte mi reflejo—. Empiezas a parecer un poco loca.

No se equivoca. Gina, la mejor amiga a la que le robé el vestido de DVF que llevo, me hizo trenzas elegantes para la noche (aunque solo después de que la sobornara). Sin embargo, una está empezando a soltarse y perdí un pendiente en algún momento de mi

huida al baño. Entre esas cosas y la sangre que empieza a chorrear por las yemas de mis dedos, realmente parezco una chiflada.

Al menos no hay nadie más aquí para presenciar mi...

—Mierda.

El picaporte de la puerta que me ha rebanado empieza a girar. Me muevo más deprisa de lo que me he movido en toda mi vida mientras corro hacia la cabina más cercana, cierro la puerta de un portazo y subo los pies al retrete para que nadie vea que hay una mujer con tacones y las uñas de los pies pintadas arrastrándose por el baño de hombres.

La puerta cruje hacia dentro.

Suenan pasos. Masculinos; es decir, obviamente son masculinos, dado que estamos en el baño de hombres, pero hay un fuerte golpe y una especie de fuerza en la zancada que solo puede venir unida a un cromosoma Y.

Un paso.

Otro paso.

Miro fijamente el hueco que hay bajo la puerta de la caseta. Tengo la respiración secuestrada en los pulmones y hago todo lo que puedo para que mi corazón deje de latir tan condenadamente fuerte cuando esos pies aparecen a la vista.

Y entonces, se detienen justo delante de mí.

Solía jugar a un juego con mi madre cuando era pequeña, antes de que se fuera, antes de que le dijera a Baba *ya no puedo hacer esto* y me diera un beso en la mejilla y se llevara su única bolsa de lona, con la que nos sentábamos a la puerta de las cafeterías e inventábamos historias sobre la gente que pasaba por allí.

¿Una viejecita con un sombrero del que Jackie O. habría estado celosa? *Es una princesa de cuento de hadas*, mi madre me susurraba al oído. *Se ha estado escondiendo en nuestro mundo mientras su único y verdadero amor lucha en una guerra para que su reino vuelva a ser seguro para ella.*

¿Un hombre joven y desaliñado improvisando en una esquina con billetes de un dólar metidos en la funda de su guitarra? *Es un ángel*,

me decía. *Se cayó accidentalmente de un tren en el cielo y tiene que ganar suficiente dinero para comprar el billete de vuelta a casa.*

El vendedor de perritos calientes era un genio. Las bailarinas de breakdance del metro eran ninfas del bosque. Cada rata que pasaba corriendo por la acera era un pobre niño hechizado por una bruja, que solo tenía que encontrar la forma de romper la maldición.

¿Pero *estos* zapatos? ¿*Este* hombre?

Eso solo puede ser un demonio.

Está en el brillo impecable de los mocasines de cuero de color sangre de buey. La forma en que el dobladillo del pantalón gris marengo, planchado a la perfección, flota sobre su tobillo. Esos calcetines, negros como la medianoche.

Y cuando habla, lo sé con certeza, porque la voz a la que pertenecen esos tobillos es como aceite de unción vertido sobre granito roto.

—*Mne plevat'* —gruñe con un estruendo áspero y helado—. *Ya khochu, chtoby ty nashel yego i ubil.*

En el cuarto de baño reina un silencio sepulcral, pero solo oigo murmullos desde el otro extremo de la llamada telefónica. El hombre de los zapatos sangre de buey no deja que su amigo termine antes de interrumpir.

—¿Debo repetirlo en inglés para que el mensaje quede claro? *Me importa una mierda. Quiero que lo encuentres y lo mates*. No vuelvas a llamar hasta que esté hecho.

El pitido que sigue finaliza la llamada.

Cuando los bordes de mi visión empiezan a arder y ennegrecerse, me doy cuenta de que no he respirado desde que entró el hombre. Noto cómo se me acumula el sudor en las sienes y en las axilas. Pero tengo que aguantar un poco más, un poco más, *un puto poco más*, porque, si el hombre se va, entonces podré...

Oh, no.

Lo veo tal y como está ocurriendo: lo bastante rápido para comprenderlo, pero demasiado lento para hacer algo al respecto.

La sangre que ha estado goteando por mis nudillos forma un rombo en la punta de mi dedo índice. Se acumula. Se llena. Se estira...

Y entonces, cae al suelo de baldosas de ajedrez con un pequeño, suave, pero innegable *plin*.

Sigue el silencio.

Entonces: despacio, despacio... esos zapatos se vuelven hacia mí.

—Quienquiera que esté ahí dentro —gruñe el demonio—, abre la puerta antes de que la eche abajo.

2

ARIEL

Nunca supe que la expresión "*Cuando una puerta se cierra, otra se abre*" pudiera ser tan literal. Pensaba que era el tipo de cosa que un redactor perezoso pone en las galletas de la suerte de la comida china para llevar.

Pero, apenas dos minutos después de que la puerta del baño cierre un capítulo de mi vida, la puerta de la cabina se abre para comenzar otro.

Lo primero que pienso cuando lo veo es: *Joder, tenía razón*.

Porque el hombre que está enmarcado en la entrada de la cabina es exactamente como me lo imaginaba.

Mi mirada empieza en sus pies, que ya he dedicado una cantidad exhaustiva de energía mental a analizar. Sube por el pliegue aerodinámico de sus pantalones de traje gris ceniza, pasa por los muslos fuertes y la cintura delgada, roza la forma en que su camisa blanca se ciñe a seis abdominales muy claramente definidos, hasta donde la estrecha V de su cuello sin corbata deja ver una franja de vello oscuro en el pecho y el breve atisbo de un tatuaje grabado en la piel morena justo debajo de la garganta.

A partir de ahí, sigue avanzando. Bebe en el despeñadero contundente y brutal de su barbilla. La mandíbula inclinada, cubierta de barba incipiente. Una nariz orgullosa y saliente, unos pómulos por los que Tom Welling mataría, y unos ojos tan azules que puedo

sentir el frío ardor de su mirada. El pelo oscuro, rizado y despeinado le cae sobre la frente.

Mi segundo pensamiento es que *The CW la ha cagado. Deberían haberle dado el papel a él*.

Incluso ahora, después de oírlo ordenar despreocupadamente a algún subordinado que cometa un asesinato, no puedo evitar sentir esa risita de niña burbujeando en mi interior. Lo mismo que sentí yo a los doce años cuando Superman salió de aquel maizal con su traje de cumpleaños, como diciendo: *¡Caramba, qué guapo eres!*

Aunque no me atrevería a decirlo en voz alta.

Porque aquí Superman parece dispuesto a cometer algún asesinato por su cuenta.

Tiene las manos flexionadas a los lados. Veo más tatuajes estampados en sus nudillos: letras en cirílico, lo que inmediatamente me hace pensar que estaba hablando en ruso hace un momento, en el teléfono. Entre la tinta hay finas cicatrices blancas. Esas manos parecen muy capaces. Me gustaría mucho no descubrir hasta qué punto.

—Te diría: "*Saca una foto; durará más*", pero llevas mirándome tanto tiempo que estoy jodidamente seguro de que ya lo tienes todo memorizado —escupe. La voz hace juego con sus ojos: fría como la tumba, áspera, implacable.

Empiezo a chillar—: Lo siento —luego, me detengo y me regaño a mí misma por la entonación tan femenina y por atreverme a disculparme en primer lugar. Entonces, recuerdo que me he equivocado de cuarto de baño y empiezo a decirlo otra vez. Entonces, me detengo y me regaño por tartamudear como un bufón. Entonces...

—Por el amor de Dios, escúpelo —suelta el hombre.

Frunzo el ceño y entrecierro los ojos. —Eres un poco idiota.

Hay que reconocerlo: desde luego, no es una disculpa mansa y simple. Pero ¿es algo ingenioso?

Probablemente no.

Para mi sorpresa, el hombre parpadea plácidamente. No sonríe, me preocuparía la integridad estructural de su melancolía si lo intentara, pero una parte imperceptible de su frígida rabia se desvanece.

—"Un poco" ni siquiera empieza a cubrirlo.

—Un idiota honesto, al menos —concedo.

Sacude la cabeza. —Definitivamente, eso no —luego me mira y me tiende la mano—. ¿Vas a quedarte en cuclillas en ese retrete como una gárgola durante toda nuestra conversación, o prefieres que te ayude a bajar?

Miro la mano que me ofrece. De cerca es aún más intimidante. Sé que a algunas chicas les gustan las manos de los chicos, y lo entiendo, y realmente es una mano muy bonita, estéticamente hablando.

Pero algo sobre las cicatrices en combinación con la fácil, despreocupada y hermosa amenaza de asesinato que lanzó en un pasado muy reciente me hace reflexionar.

Con cuidado, usando la barandilla sujeta a la pared del retrete en lugar de la mano masculina sujeta al diablo del traje gris, bajo de mi lugar en el retrete y adopto una postura humana casi normal.

—Está bien; puedo hacerlo yo...

Enseguida me derrumbo.

Son mis rodillas las que me traicionan. Treinta años no parecen tantos en el gran esquema de las cosas, pero soy una neoyorquina de pura cepa, así que he recorrido muchos kilómetros con estas articulaciones mías, caminando por avenidas y calles desde que tuve edad suficiente para poner un pie delante del otro. Por lo visto, cinco minutos de sentadillas en los aseos del Met es pedir demasiado a los cartílagos que me quedan.

Me precipito hacia una cita caliente con el suelo cuando el hombre se mueve. Es rápido y lánguido al mismo tiempo, y casi podría jurar que lo veo poner los ojos en blanco mientras interviene.

Entonces, esa misma mano que rechacé hace un momento me rodea la cintura y evita que me haga una conmoción con mi propio

orgullo. Sin esfuerzo, sin perder ni un pelo de su sitio, me arrastra de nuevo a mis pies y me acomoda allí.

La mano, sin embargo, permanece pegada a mi cadera.

—Eres un poco torpe —dice con naturalidad.

Está bromeando, creo que está bromeando, al menos, porque utiliza mis propias palabras para burlarse de mí y esos ojos suyos brillan de un modo travieso, pero la calidad de su voz, que parece la de una batidora de concreto agitando glaciares, no cambia realmente.

Siguiéndole el juego, le contesto—. "Un poco" ni siquiera empieza a cubrirlo —miro su mano, enorme y extendida sobre mi cintura—. Pero gracias por salvarme.

Asiente una vez, enérgicamente, y retira la mano. El calor y la presión de la mano perduran mucho después de que se haya ido.

—Creo que es seguro suponer que no eres espía —dice el hombre—. O eso, o eres la peor de la historia de la profesión.

Suelto una carcajada sibilante y asustada. —En realidad, soy una espía profesional. Por así decirlo.

Su frente se arruga, esas cejas gruesas y oscuras se arquean hacia abajo. —No puedes ser…

—Reportera —suelto antes de que el brillo asesino de sus ojos vuelva a cobrar vida—. Era una broma. No muy buena, por lo visto.

Sigue frunciendo el ceño, pero las arrugas se alisan lo suficiente para dejarme respirar de nuevo. —Eres reportera —repite, acariciándose la mandíbula—. ¿Vienes a informar sobre...?

Hago un gesto con la mano en dirección al salón de baile, donde se celebra la gala de esta noche. —La ilustre generosidad de nuestro magnífico anfitrión y sus numerosas e importantes causas benéficas, por las que se preocupa profunda y genuinamente y, desde luego, no solo por las relaciones públicas y la desgravación fiscal.

El hombre emite un pequeño ladrido. Tardo un segundo en darme cuenta de que eso es lo que pasa por una risa suya. —Creo que Leander ni siquiera sabe deletrear "generoso".

Parpadeo, atontada. No hay mucha gente en este mundo dispuesta a hablar mal de Leander Makris, y mucho menos a una completa desconocida. El hombre tiene una reputación lo bastante sangrienta como para que no merezca la pena arriesgarse.

A *este* hombre, sin embargo, no podría importarle menos. Mientras intento descifrar quién es para atreverse a hablar tan libremente de un tipo con más acusaciones de asesinato y chantaje que baristas en Brooklyn, se pasa una mano por el pelo y comprueba su reloj.

—¿Algún sitio donde debas estar? —pregunto.

—No —dice—. Solo intento averiguar cuánto tiempo puedo esconderme aquí antes de tener que volver a mezclarme con los buitres.

Es mi turno de reírme, aunque espero sonar menos como una foca ladrando. —No me pareces el tipo de persona que teme las obligaciones sociales.

Su ceño se frunce. —Son ellos los que deberían temer. Si tengo que aguantar una conversación más sobre las reformas del Upper West Side o la lista de invitados al baile de Año Nuevo del alcalde, voy a meterle una puta bala en el cráneo a alguien.

De nuevo, estoy bastante segura de que está bromeando, del mismo modo que ayer le dije a Gina que *si tengo que ir a buscar otro café moca con leche descremada batida para el periodista deportivo Steve, me haré el seppuku en el puente de Brooklyn.*

Pero tampoco puedo olvidar que acaba de hablar literalmente de un asesinato por teléfono, así que la broma me pilla desprevenida.

—Bueno —digo con la mayor despreocupación posible—, no quisiera apartarte de tus obligaciones esta noche. Parece que tienes las manos ocupadas y, además, en realidad solo me moría por hablar de ese nuevo salpicadero que mi vecina instaló en su...

Levanta una mano para detenerme. —No lo hagas. Ni de broma.

—Tomo nota —digo, haciendo la mímica de cerrar los labios—. Los salpicaderos quedan descartados.

Pero, cuando hago el movimiento, los ojos del hombre se clavan en algo. Su ceño vuelve a fruncirse, más profundamente que nunca.

Estoy confundida, hasta que me dice con un gruñido severo—: Estás sangrando.

Miro hacia abajo y, sí, resulta que ese incómodo bache en mi velada no ha desaparecido por arte de magia. Siento la familiar sacudida en el estómago, el cosquilleo mareado de la sangre que me recorre hasta la punta de los dedos de manos y pies.

Me tambaleo un poco. La mano del hombre vuela para sujetarme de nuevo. —En realidad no es para tanto...

—Calla —me ordena, e inmediatamente me callo como si acabara de machacar el botón de silencio del mando a distancia de Ariel Ward—. Lavabo. Ahora.

Sin más, soy una marioneta en sus garras. Me pilotea y mis piernas obedecen mientras nos dirigimos juntos hacia el lavabo.

De repente me siento impotente para hacer cualquier cosa que él no me diga que haga. No puedo esperar, no puedo pensar, no puedo discutir, no puedo huir. Solo puedo recibir cosas, pequeñas sensaciones aisladas que van y vienen como nubes pasajeras.

Sus manos son grandes.

Huele bien. Un poco a menta.

También es alto. Muy alto. Algunos dirían que demasiado alto. Pero yo no. Yo no diría eso. Diría que tiene una altura muy buena.

—Suelta.

Sigo su mirada hacia abajo y me doy cuenta de que me estoy apretando el dedo meñique. Se está poniendo de un extraño color blanco violáceo en la punta por falta de circulación. Dejo que me suelte un dedo cada vez, hasta que abandono el agarre y tiene mi mano rebanada en la palma.

Abre el grifo con la mano libre y comprueba el agua unas cuantas veces hasta que está lo bastante caliente. Me mira. —No grites. Pensarán que estoy haciendo algo que no debería.

Antes de que pueda preguntar quiénes "pensarían" eso y cuestionar si tal vez tendrían razón y si toda esta situación es en

realidad una mala idea, me pasa la mano por debajo del grifo.

Tengo que morderme el interior de la mejilla para no gritar. Me recorre un dolor candente, pero solo durante un segundo. Justo después, siento una cálida facilidad.

Puedo soltarme. Puedo respirar.

—No me gusta la sangre —explico tímidamente una vez que vuelvo a abrir los ojos.

El hombre me mira, apreciativo, tranquilo. —Casi no me doy cuenta.

Me muerdo el labio para no reírme. —Soy mejor reportera que actriz, te lo juro.

—¿Ah, sí? —arquea una ceja—. Vamos a verlo. Te daré una exclusiva.

Frunciendo el ceño, vuelvo a mirarlo de arriba abajo. —Por favor, no me odies por preguntarte esto, pero ¿debería saber quién eres?

—Me hieres —se toca el pecho juguetonamente durante un segundo y luego se encoge de hombros—. O quizá me halagas. Estoy acostumbrado a que la gente aduladora me esté tratando de besar el culo. "Ignorancia deliberada" es un buen cambio de ritmo.

Arrugo la nariz. —¿Se supone que eso es un cumplido?

Riéndose, se agacha, abre el armario debajo del lavabo y saca un botiquín. No sé cómo sabía que estaba allí, pero lo hizo tan despreocupadamente que es como si solo hubiera esperado que el mundo le diera lo que necesitaba. Tengo que parpadear y entornar los ojos hasta que se me pasa el asombro.

—No —responde mientras desabrocha el botiquín y empieza a sacar vendas, gasas y desinfectante—. Un cumplido sería que te dijera que estás jodidamente impresionante con ese vestido. Llamarte ignorante no fue más que una observación.

Le doy una palmada en el pecho con la mano buena. —¡Idiota! —grito.

—Ahora me toca a mí preguntar si se supone que eso es un cumplido.

No estoy segura de si quiero reír, gritar, desnudarme o escapar. Es que hay algo en este hombre que es demasiado pícaro para ser real. Bromea, pero no es ocurrente; rescata, pero no es un caballero blanco; mete la mano en armarios vacíos y saca botiquines que, lógicamente, *no deberían estar allí.*

Y sin embargo lo están.

Mi boca se abre y se cierra mientras intento procesar sin éxito el enigma de traje gris que me está echando agua oxigenada sobre el corte. Para ser una profesional de la palabra, me estoy quedando corta en cuanto a cosas perspicaces para decir.

Sin embargo, no parece importarle mi imitación de un pez dorado. Se limita a ponerme una gasa alrededor del dedo y luego una venda. Su tacto es sorprendentemente tierno.

—Aún no me has dicho quién eres —consigo decir.

—No —acepta, con una sonrisa en la comisura de los labios—. No lo he hecho.

—¿Tengo que suplicar?

—No me importaría que lo hicieras.

—¿Pero funcionaría?

—Solo hay una forma de averiguarlo.

Sus ojos se arrugan en las comisuras, la única señal de que podría estar sonriendo. Esa boca sigue siendo un cruel tajo de color bourbon encajado en el bosque de barba oscura que la rodea.

—¿Te suele funcionar eso de ser un extraño misterioso? —pregunto con un tono sarcástico, pero que se acerca más a la falta de aliento y al vértigo.

—No sabría decirte —sus ojos se cruzan con los míos y vuelven a tener ese brillo peligroso—. Nunca lo he probado.

—Mentiroso.

—Por supuesto —me aprieta más, aún cogiendo mi mano. Sus caderas besan las mías justo cuando la parte baja de mi espalda besa el lavabo que tengo detrás—. Pero eso ya lo sabías.

Debería echarme atrás. De verdad, de verdad que debería. Todo en este hombre es una bandera roja. El carisma es una bandera

roja. La inteligencia es una bandera roja. Ser tan estúpidamente guapo es como todo un asta de banderas rojas.

Pero me he pasado toda la vida huyendo de hombres peligrosos, y algo de eso resulta agotador después de un tiempo.

Quizá por eso no me muevo cuando levanta la mano libre y me coloca un mechón de pelo suelto detrás de la oreja. O quizá solo porque las luces del baño le dan en los ojos de una forma que los hace parecer hielo ártico a medianoche.

—Tu amiga ha hecho un buen trabajo con estas trenzas —murmura, mientras sus dedos recorren una de ellas—. Lástima que se haya soltado una.

Parpadeo. —¿Cómo has...?

—Tu vestido tiene imperdibles en la espalda, lo que significa que no te queda bien, lo que sugiere que se lo pediste prestado a alguien. Las trenzas son demasiado complejas para hacerlas tú misma, y en realidad son simétricas, y estoy casi seguro de que no tienes ojos en la nuca. Así que hice una conjetura.

—Yo... Tú... ¿Estás presumiendo?

—Tal vez —su mano se posa en mi nuca. Siento mi propio pulso martilleando contra su palma—. ¿Funciona?

Tengo la garganta seca. —Eso depende de lo que intentes conseguir.

La comisura de su boca se levanta, y me doy cuenta de que nunca he sido tan consciente de los labios de otra persona en toda mi vida. —Pensé que era obvio —dice.

Me río delirantemente. —No hay ni una sola y solitaria cosa en ti que sea obvia.

—¿No? Entonces, que quede claro.

Su cara está tan cerca de la mía. Es lo único que veo, lo único que me importa. Me baño en su aroma mientras sus labios se acercan cada vez más.

Y más cerca aún, y más cerca aún, hasta que…

La puerta del baño cruje.

Nos separamos como adolescentes atrapados detrás de las gradas. El rostro de mi misterioso desconocido se transforma al instante, esa casi suavidad se endurece hasta convertirse en mármol cuando se vuelve hacia la puerta.

No tiene que decir ni una palabra. El recién llegado nos echa un vistazo, yo con mi mano vendada y las mejillas sonrojadas, él con su ceño fruncido y su aura general de *No me jodas*, y retrocede de nuevo.

Cuando la puerta se cierra, ambos exhalamos. Pero la tensión no desaparece. Algo perdura en el aire entre nosotros, eléctrico e inacabado y peligroso a más no poder.

—Deberías irte —advierte, aunque parece que le cuesta decirlo.

Trago saliva. —¿Debería?

—Sí —se pasa una mano por el pelo—. Porque, si no te vas ahora, voy a besarte. Y una vez que empiece, no voy a querer parar.

Tiene razón. Debería irme. Doy medio paso hacia la puerta, luego me detengo y me vuelvo. —¿Y si no quiero que te detengas?

Su rostro está medio ensombrecido. Un pozo oscuro donde debería estar su ojo izquierdo. —Deberías tener mucho, mucho cuidado antes de decirle cosas así a un hombre como yo.

Lo miro. Su cabeza casi roza el techo y sus hombros parecen abarcar de pared a pared. La primera vez acerté: es una mala idea hecha realidad. Mamá habría susurrado un cuento de hadas sobre él. Es una bestia, un golem, un príncipe oscuro que maldice todo lo que toca.

Miro hacia la puerta. Está ahí. Podría agarrar el pomo, preferiblemente evitando cortarme la mano con él esta vez, y girarlo. Podría abrirla. Podría salir.

Pero, ya sea por masoquismo, imprudencia o simple estupidez, algo me obliga a volverme. A abrir la boca y decirle a este demonio...

—¿O si no qué?

3

ARIEL

En dos zancadas, me inmoviliza contra la pared. Una mano se enreda en mi pelo, estropeando lo que queda de la obra de Gina. La otra mano me agarra por la cintura y me arruga el vestido hasta convertirlo en un desastre de seda prestada. Su boca choca con la mía como olas de tormenta rompiendo en un dique.

Me han besado antes, pero no así. *Nunca* así. Me besa como si yo fuera aire y él se estuviera ahogando. Y que Dios me ayude, así es exactamente como yo le devuelvo el beso.

Cuando jadeo, empuja su lengua más allá de mis dientes y reclama mi boca. Gimo y lo dejo.

—Última oportunidad de huir, *ptichka* —gruñe.

Como respuesta, lo arrastro de nuevo hacia mí. Cuando me levanta sobre el lavabo, el borde se clava en mi espalda. El vestido me sube por los muslos y sus manos lo siguen, dejando estelas de fuego en mi piel. Cuando rompe el beso para trazar un camino por mi cuello con los labios, tengo que contener otro gemido.

—Podría entrar alguien —consigo susurrar, incluso mientras mis dedos trabajan en los botones de su camisa.

Pasa por delante de mí para cerrar la puerta, el movimiento lo presiona aún más. —Deja que yo me preocupe por eso.

Entonces, vuelve a besarme y es fácil hacer exactamente eso: dejar que se ocupe de las preocupaciones. Algunos días parece que lo único que hago es preocuparme. Así que, ¿que él me levante y

me mueva aquí y allá y me quite toda esa carga de encima? Me siento ligera. Me siento ingrávida.

Siento que podría volar.

El tiempo se funde y se tuerce cuando me aprieta contra él y me pellizca la curva de la garganta. Dejo caer la cabeza hacia atrás y miro al techo con los ojos entornados, mientras las yemas de mis dedos se aferran a sus hombros gruesos.

Sigue murmurando cosas contra mi piel: "*ptichka*" y "*no debería*" y "*mierda, qué bien sabes*". Cada una de ellas hace que se me enrosquen los dedos de los pies.

Cuando la punta de su dedo se aventura a encontrar el borde de mis bragas, suelto un agudo grito ahogado. —Esto es una...

—…Mala idea —asiente—. Dime algo que no sepa, coño.

Pero ninguno de los dos se detiene cuando ese dedo se desliza debajo del encaje y recorre mi humedad. Muerdo donde su cuello se une a su hombro para no gritar. De mi boca amortiguada salen medias sílabas entrecortadas.

—P-po-p-po... —nunca llega del todo a una palabra.

Pero no tiene por qué. Él sabe lo que suplico. Como el botiquín, todo lo que toca está exactamente donde debe estar.

Cuando me separa, me corro tan rápido que mis mejillas se enrojecen de vergüenza. Apenas una docena de bombeos de dos dedos llenos de cicatrices dentro de mí y me derrumbo y tiemblo en sus brazos.

A partir de ahí se vuelve más desordenado. La ropa se tuerce. Los cinturones se desabrochan. Mi ropa interior se desliza por mis muslos y desaparece, solo Dios sabe a dónde.

Pero cuando alinea su polla dura con mi coño, se detiene. Su frente está pegada a la mía. Ojos enormes y azules. El aliento entra y sale de sus pulmones. Está a punto de deshacerse, como si su humanidad se agitara contra los barrotes de acero de la jaula que utiliza para mantenerla oculta.

Yo, en cambio, ya parezco absolutamente arruinada, si mi rápida mirada al espejo sirve de algo. Las trenzas son un recuerdo lejano.

Los tirantes del vestido se me han caído por los hombros hasta dejar que mis tetas asomen por encima del escote del vestido. Mi piel está enrojecida por todas las partes que ha tocado, besado y mordido.

Sin embargo, de todas las cosas de él que me han traído a este momento, a esta línea en la arena, a esta puerta que se cierra y otra que se abre, es esa mirada suya la que me empuja a cruzar el umbral.

Realmente no hace esto.

No "esto" como sexo, porque cualquier hombre tan guapo y tan obviamente rico y tan supremamente seguro de sí mismo puede tener mujeres en su cama con un chasquido de sus dedos. Lo que quiero decir es que no hace "esto" en el sentido de mirar a la mujer a la que está a punto de follarse como si fuera la muerte del autocontrol que lo define. No hace "esto" como si mostrara que hay algo accesible dentro de él que pudiera llamarse caritativamente alma. No hace "esto" en lo que sus compañeras de cama recuerdan y se preguntan qué haría falta para descubrir por una vez lo que hay en su sombría y ensangrentada vida.

No hace "esto".

Yo tampoco.

Pero entonces se desliza dentro de mí, y ambos hacemos algo que nunca habíamos hecho antes.

A pesar de toda la preparación, es casi sorprendente lo rápido que es el sexo. Las cosas brutales nunca pueden durar tanto. Además, entro y salgo de mi conciencia, demasiado abrumada por la sensación de que me está follando el corazón, abriéndome de par en par, cada vez más, cada vez más.

El golpe y el traqueteo del lavabo tocando el cristal del espejo multiplican cada embestida. Gimo, rota, indefensa. Sus manos tallan surcos en mi cintura desnuda.

—Sepárate —ordena—. Separa esos putos muslos y dámelo todo.

Pero, incluso mientras lo ordena, lo hace por mí, moldeándome como masilla. Mis caderas chillan por el esfuerzo y tengo la garganta en carne viva de contener gemidos que llamarían la atención de los

fiesteros del otro lado de la pared. Pero tengo tantas malditas ganas de darle lo que me pide.

Cada sacudida de sus músculos lo hace penetrarme más profundamente que nunca. Soy un desastre saltarín y sudoroso, y no me quedan neuronas para que me importe nada. Incluso cuando nuestras bocas chocan y nuestras respiraciones se entremezclan y él sigue murmurando obscenidades que son mitad exhalación y mitad *estás chorreando por mí*, todo lo que puedo hacer es aguantar y rezar para que el clímax no me mate.

No se equivoca: estoy chorreando por él. Más sílabas rotas salen de mi boca. —P-po-po... M-m-más...

Y, justo cuando pienso que no podría darme más, lo hace. Me arrastra hacia su polla, aplasta mi cintura entre sus palmas, me folla más fuerte y rápido y más implacable.

Casi...

Casi...

Bum.

Él gruñe, yo gimo, y entonces ambos explotamos, uno tras otro. La luz se rompe en mi visión cuando el orgasmo me parte en dos. Nos absorben unos segundos eternos, iluminados por las estrellas. Mientras eso pasa, yo me elevo.

Entonces, la gravedad nos reclama. El tiempo nos reclama. El sentido común nos reclama.

Y todo lo que puedo pensar mientras vuelvo a flotar hacia abajo es: *Realmente ha sido una mala idea.*

Volver a la realidad es feo. De repente me doy cuenta de lo desarreglado que está mi vestido así ceñido a la cintura. De lo fría y pegajosa que está la encimera del lavabo. Que lo que acabo de hacer, follarme a un desconocido mientras estaba *literalmente en el trabajo*, ha sido tan increíblemente imprudente que probablemente debería presentar mi dimisión en el *Gazette* e ir a hacerme monja, porque una vida entera de oración y soledad es lo mínimo que necesitaré para redimir mi alma después de esta idiotez.

Ayudaría que el desconocido dijera algo. Pero mientras se endereza la ropa, se ajusta los puños de la camisa y se aleja de mí, es como si subiera el puente levadizo y cerrara las puertas del castillo tras sus ojos. Aquellos destellos de alma que vi nadando en el azul de sus iris hace tiempo que desaparecieron. Los jirones de humanidad están ocultos. Tiene el mismo aspecto que cuando abrió por primera vez la puerta de la cabina.

Frío.

Cruel.

Despiadado.

Abro la boca para decirle *algo*, aunque solo sea porque siento que el silencio va a tragarme entera si no lo hago. ¿Le pregunto su nombre? ¿Le doy mi número? ¿Debo ver si se arrepiente o si tal vez quiere volver a hacerlo?

Pero se me adelanta.

Me hace una inclinación de cabeza crujiente y formal, con la mandíbula brutalmente apretada. —Disfruta de la gala —me dice con esa voz suya de alquitrán—. Intenta no volver a cortarte.

Luego se va, dejándome goteando y sola en la encimera de un lavabo, preguntándome qué coño acaba de pasar.

4

SASHA

Es una puta pena que no pueda hacer eso de nuevo.

Lloro la pérdida incluso mientras me alejo a grandes zancadas por el pasillo y dejo atrás el cuarto de baño... sin mirar atrás, sin mirar nunca atrás, porque mirar atrás es el acto de un puto *ssyklo*. Un maricón. Un cobarde.

Pero eso no significa que no escuche.

Oigo la puerta cerrarse tras de mí. Oigo el eco de mis pasos en el techo como un latido palpitante. Oigo los murmullos de la gente con la que me cruzo.

Lo oigo todo.

Pero nunca, nunca miro atrás.

La voz que gruñe en mi cabeza suena como la de mi padre, aunque, para ser justos, últimamente todo suena como la voz de mi padre. El fantasma de Yakov Ozerov ha estado especialmente ruidoso últimamente, desde que este acuerdo con los griegos empezó a tomar forma. Casi puedo oler el olor a coñac de su aliento cuando me recuerda lo que importa: *El poder. El control. El imperio.*

El amor es para los niños y los tontos. Yo no soy ni lo uno ni lo otro.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo. Feliks. —El paquete está asegurado —dice en ruso cuando contesto—. Pero se está poniendo ansioso por la hora de entrega.

Esa es la clave para: el espía serbio al que ha pillado esta noche husmeando en un almacén Ozerov está empezando a entrar en pánico.

—Mantenlo fresco —respondo—. Voy para allá.

Encuentro una salida lateral y salgo a la noche de diciembre. El frío golpea mi chaqueta, pero apenas lo noto. Los inviernos de San Petersburgo eran mucho peores que cualquier cosa que pudiera echarme encima Nueva York.

Aun así. Algo en el frío de esta noche me hace añorar lo que acabo de dejar a mi paso. Piel suave bajo mis manos. Ojos verdes que me miran como si valiera la pena salvarme.

Olía a melocotón. Ahora me doy cuenta de que ese dulzor era eso. Melocotones de verano maduros, dulces, de los que te dejan el jugo chorreando por la barbilla cuando hincas el diente. Melocotones. Malditos melo...

¿Así que ahora eres un puto poeta? Olvídala, brama Yakov. *Ella no es nada. Una distracción. ¿Recuerdas lo que pasó la última vez que te dejaste distraer?*

De hecho, padre, lo recuerdo.

Las cicatrices de mi espalda también lo recuerdan.

Mi coche espera en la acera, Klaus atento al volante. No habla mientras me deslizo en el asiento trasero, solo se adentra suavemente en el tráfico.

Buen hombre. Sabe cuándo necesito silencio.

Mientras conducimos, la ciudad fluye junto a mi ventanilla en ríos de neón y sombra. Diez minutos hasta el restaurante abandonado donde Feliks retiene a nuestro invitado. Diez minutos para ordenar mi cabeza. Diez minutos para olvidar la forma en que aquella pequeña *ptichka* susurró: *¿O si no qué?* como si no me tuviera ningún miedo.

Me pregunto si es consciente de lo fácil que se les rompen las alas a los pajarillos como ella.

Después de todo, podría haber ido por ahí. Podría haberle cortado las plumas en cuanto me di cuenta de que había oído mi

conversación telefónica con Feliks. Un rápido giro del cuello y *adiós, pajarito*. Otro desafortunado lío fácilmente barrido bajo otra alfombra manchada de sangre.

No sería la primera vez.

No será la última.

Pero una mirada a aquellos grandes ojos verdes me dijo lo que realmente era. No era una amenaza, ni una espía, sino una paloma atrapada en la trampa equivocada.

Así que hice lo que no debía: jugar con mi comida. Me di este pequeño capricho.

Y ¿por qué no? Me lo *merezco*. Me merezco un puto momento para mí antes de arrojar lo último de mi humanidad a las fauces abiertas de esta Bratva que siempre quiere más, más, más de mí.

Se llevó a mi madre. Se llevó mi infancia. Y ahora se lleva mi libertad.

Porque, una vez que regrese de este pequeño recado a la gala, voy a conocer a la mujer con la que tengo que casarme.

Es la única razón por la que me he molestado en asistir a esta mierda de espectáculo de perros y ponis. Mierda, yo no suelo hacer acto de presencia. Las invitaciones a este tipo de sesiones de tortura social llenan mi bandeja de entrada con regularidad. Todo el mundo, civiles y criminales por igual, quiere que Sasha Ozerov oscurezca la puerta de sus pequeñas veladas. Soy una curiosidad, una rareza, un hombre que vive tan fuera de las ridículas líneas en las que se han encasillado que lo único que pueden hacer es mirar boquiabiertos y susurrar entre dientes.

Ahí va, se dicen. *No te acerques demasiado o podría morderte.*

Tienen razón: podría hacerlo. Y normalmente, esa amenaza basta para mantener a raya a los mirones.

Sin embargo, no fue suficiente para la reportera. Aquel pajarillo voló lo suficientemente cerca como para que yo la arrebatara del aire y me la comiera.

Y qué puta comida. Sus gemidos aún resuenan en mi cabeza. Ni siquiera podía pronunciar la palabra *por favor*, así de desesperada

estaba, me necesitaba.

Que me jodan si no sentí exactamente lo mismo.

Fue el impulso de toda una vida destilado en un momento. Porque no me doblego, no me quiebro, no vacilo, *nunca.*

Excepto una vez.

Excepto esta noche.

Pero, como ya he dicho, eso ya ha quedado atrás. Y no soy ningún *ssyklo*.

El coche se detiene. Klaus me abre la puerta. El letrero roto del restaurante proyecta sombras púrpura enfermizas sobre el pavimento agrietado.

Es hora de ir a trabajar.

Dentro, el restaurante apesta a moho, óxido y carne podrida. En algunas mesas aún hay platos vacíos, cubiertos de años de polvo, como si los comensales se hubieran levantado y marchado a mitad de la comida. Las cabinas de cuero están agrietadas y desconchadas. Las ratas se dispersan cuando me acerco.

Feliks sale de las sombras con un cigarrillo apagado colgando de los labios. Su rostro lleno de cicatrices se tuerce en lo que parece una sonrisa. —Está en la cocina. Lleva una hora llorando por su familia.

Hago una mueca. Siempre lloran por sus familias.

—¿Alguna complicación? —pregunto, encogiéndome de hombros y entregándole la chaqueta. No tiene sentido manchar de sangre la buena lana italiana.

—*Nyet.* Fue un trabajo limpio. Sin testigos —Feliks me sigue a través de las puertas batientes—. Aunque intentó tragarse algo cuando lo cogimos. Una especie de chip de datos.

Me remango. —¿Y?

—Lo hizo toser. Literalmente —levanta una pequeña bolsa de plástico que contiene una tarjeta micro SD ensangrentada—. Aún no he comprobado lo que contiene.

—Dáselo a Roza. Se lo pasará en grande.

El espía está atado con bridas a una mesa de preparación de acero, con la cara machacada como una puta berenjena y cubierto de sangre seca. Sorprendentemente, sigue consciente.

Es joven también. Más joven de lo que esperaba. Sin duda, recién salido de cualquier agujero de mierda en el que los serbios entrenen a sus operativos estos días. Aún blando, con grasa de bebé en los bordes. Su ojo izquierdo se hincha y se cierra; el derecho se agita como una cucaracha atrapada.

El ojo bueno se abre de par en par cuando me ve. —T-t-t...

—Sí —concedo—. Soy yo. Como siempre, mi reputación me precede —cojo una silla, la doy vuelta y me pongo a horcajadas sobre ella. Feliks me tiende una palanca. El frío acero canta en mi empuñadura—. Hablemos.

El chico, porque eso es lo que es, en realidad; no es un hombre, ni de lejos, intenta parecer valiente. —No tengo nada que decirte.

Algo cosquillea en el fondo de mi mente. Un destello de ojos verdes, palabras desafiantes: *¿O si no qué?*

Aparto el recuerdo. *Concéntrate en el trabajo*.

—Todo el mundo dice eso al principio —le informo con tristeza. Mi voz se mantiene plana. Distante. Un bisturí, no un mazo—. Pero al final todos hablan. La única cuestión es cuánto tiene que doler primero.

Muchos hombres dicen cosas así. Pocos lo dicen en serio. El chico serbio sabe que es así, porque cuando me mira a los ojos mientras hablo, se estremece.

Pero eso es solo porque él no fue educado como yo. Yo no me estremezco. No me he estremecido desde la noche en que mi padre me puso los dedos sobre el quemador de la estufa por haber manchado de barro su alfombra persa. *El dolor es un lenguaje*, me dijo, con las llamas lamiéndome la piel. *Apréndelo*.

El chico que tengo delante no tiene ni idea de lo fluido que soy. No sabe lo profundas que son las viejas cicatrices, ni lo grueso que es el callo que ha crecido a su alrededor.

No es culpa suya. Pero la ignorancia no lo salvará.

—Probemos con preguntas. ¿Qué hay en el chip de datos? —pregunto.

Gimotea, pero sacude la cabeza, con los mocos burbujeando en los labios partidos.

Suspiro.

Me pongo en pie.

Me balanceo.

La palanca le rompe la rótula, un húmedo chasquido de hueso y tendón. Su grito penetra en la habitación.

La cara de Ariel parpadea ante mí: *ojos verdes desorbitados, labios mordidos*. Vuelvo a centrar mi atención en el presente, y aplasto mi bota contra la rodilla destrozada del chico. Aúlla.

—Segunda oportunidad. No puedo prometer una tercera.

—¡Que te jodan!

Otro balanceo. Las costillas se hunden como madera podrida.

Su jadeo contra mi boca. La respiración entrecortada cuando me deslicé dentro suyo.

Dejo caer la palanca. Suena tan fuerte como un disparo.

Feliks enarca una ceja, pero no dice nada.

El espía resopla, con espuma rosa en la barbilla. Punción pulmonar. Pronto se ahogará en su propia sangre.

Me agacho hasta la altura de los ojos. —Última oportunidad de morir siendo útil.

En respuesta, escupe. Un arco débil de sangre y saliva me roza la mejilla.

Exhalo y me lo limpio. —Mala elección.

Mi cuchillo encuentra su garganta antes de que parpadee. El acero parte la carne: una sonrisa roja y caliente. Gorgotea. Se retuerce. Se paraliza.

Y así, sin más, otro pajarito muere.

En la esquina, oigo el chirrido de los engranajes y el burbujeo de la llama cuando Feliks enciende por fin su cigarrillo. —Desordenado —comenta.

—Eficaz —corrijo.

Pero mis manos tartamudean mientras limpio la cuchilla. *Sus dedos, temblorosos mientras le vendaba el corte. Su forma de reír, temeraria, brillante, una cerilla encendida en un pozo de petróleo.*

Envaino el cuchillo y, con él, alejo esas distracciones.

La sangre se enfría pegajosa entre mis dedos mientras enciendo un cigarrillo propio con la llama de Feliks. A nuestros pies, el cadáver gotea sobre el linóleo.

Por un momento, vuelvo a tener doce años: veo a mi padre destripar a un traidor en nuestra cocina. Mi madre fregó las baldosas durante días.

—La gente de la gala se está quejando —me informa Feliks, con el humo enroscándose en su dentada cara—. Preguntan cuándo harás la ronda.

Ellos. Los buitres. Los que aplaudirán como focas cuando esta noche cierre mi trato con los griegos. No entenderán del todo lo que significa, lo que cambiará, pero aun así aplaudirán y vitorearán como las buenas marionetas que son.

Arrastro el humo a mis pulmones hasta que arden. —Diles que no me ovacionen hasta después de que firme la renuncia a mi vida.

Resopla. —No parezcas muy ansioso, *brattan* —le quita la ceniza al cigarrillo—. He oído que tu futura esposa tiene colmillos.

—¿No los tienen todas? —la brasa entre mis dedos palpita como una estrella moribunda—. La primera chica Makris también los tenía. Mira cómo le sirvió.

Algo parpadea detrás de su ojo lechoso. —Leander se está quedando sin repuestos.

Mi pulso se acelera. *Ojos verdes. Mordisquea su labio inferior cuando está ardiendo. Orgasmos como un reguero de pólvora. Y cuando gime, es…*

El cigarrillo chasquea entre mis dedos. Hago una mueca, luego lo suelto y lo aplasto bajo el talón. —No llevo la cuenta de su basura. Por lo que a mí respecta, una es tan buena como la otra.

Empiezo a remangarme y a alisarme el pelo. Me muevo en una fina línea entre la sombra y la luz del sol, y los civiles de la gala no

pueden soportar tanta oscuridad antes de encogerse de miedo. Es mejor llevar las cosas bien abotonadas.

Sin embargo, incluso cuando me he recompuesto y Feliks me ha ayudado a volver a ponerme el traje de chaqueta, me siento sucio.

Necesito una ducha. Una hirviente. Para quitarme este hedor a sudor de miedo y colonia barata.

—Leander debe estar haciendo un berrinche —comento.

—Oh, deja que el viejo cabrón se mee en las bragas. No es más que una diva; siempre quiere que lo inviten a cenar y que le hagan el 69 —Feliks suelta una carcajada—. A los griegos les encantan sus bonitas mentiras. Flores. Champán. Una novia virgen.

—Pues ponme un lazo en la cabeza —murmuro—. Aunque no soy un puto virgen.

Lo más alejado. Pero esta noche ha sido diferente. Esta noche, follar con ella, sentir cómo se estrechaba y palpitaba a mi alrededor, sacó de mí algo que nunca antes había dado a nadie.

—Sasha...

Feliks me coge del brazo cuando me doy vuelta. Por un momento, no somos *pakhan* y *soldat*. Solo somos dos niños salvajes que salieron del infierno a arañazos.

—Última oportunidad de huir, hermano —me dice—. No hay vuelta atrás después de esto.

Una vez más, parpadea detrás de mis párpados. *Conteniendo gemidos. Agarrándome los hombros. Sacudiéndome. Arruinándome.*

Pero el sentimiento es la indulgencia de un *ssyklo*

Me lo sacudo de encima. —Sabes tan bien como yo que nunca íbamos a volver.

Feliks suspira ante la verdad. Luego, levanta la barbilla hacia el cuerpo que se enfría y se hunde en sus amarres. —¿Lo quemo?

Miro a mi alrededor. El lugar no vale nada. Es otra cáscara sin vida en una ciudad llena de ellas. —No. Tira el cadáver, friega la cocina, pero deja el edificio como estaba.

Asiente, sombríamente satisfecho. Es una peculiaridad curiosa de mi mejor amigo: destripa a los desconocidos como si fueran peces,

pero es extrañamente tierno con los cadáveres. Quizá esté intentando pagar algún tipo de expiación. Quizá solo sea un maniático de la limpieza. Yo no pregunto y él no me da esa información.

En cualquier caso, le doy la espalda y salgo de nuevo a la noche.

Klaus me lleva de vuelta a la gala. El segundo viaje tan silencioso como el primero, y cuando salgo del coche, es como si nunca me hubiera ido.

Al salir, dejo atrás a Sasha Ozerov, *pakhan* de la Bratva Ozerov, hombre que rompe espinillas con palancas y se enjuaga la sangre de las uñas.

Aquí soy un frío y cincelado bastardo con traje Brioni y corbata sin sangre. Aquí soy un titán. Aquí soy...

—¡Sr. Ozerov! —saluda un compinche griego sin carácter cuyo nombre he olvidado. Lleva auriculares y un portapapeles en la mano —. El Sr. Makris te ha estado esperando. Solicita urgentemente tu presencia.

—Seguro que sí —murmuro—. Muéstrame el camino.

Delante de nosotros, el Met brilla como una joya envenenada. Seda y diamantes y corazones podridos. El flash de los focos de los paparazzi que me hacen fotos lo tiñe todo de un inquietante resplandor fluorescente.

El reloj marca la medianoche justo cuando vuelvo a entrar en el salón de baile. Como había prometido, Leander Makris está esperando junto a la escultura de hielo, con una chica vestida de blanco.

Su hija. Mi soga.

Está de espaldas a mí. Rizos castaños, atados apresuradamente en trenzas. Cuello delgado. Huele a melocotón.

Luego, se voltea.

5

ARIEL

Treinta minutos antes

La puerta se cierra con un clic.

Mis rodillas golpean el azulejo del baño antes incluso de darme cuenta de que estoy cayendo. Pero, incluso cuando aterrizo, es con un patético *Oh*. Solo ese triste sonido, *Oh*, como un globo inerte que suelta su última bocanada de aire.

El dobladillo de mi vestido robado se acumula a mi alrededor como cera blanca derretida. Miro fijamente mi reflejo en el acero lacado en negro de la puerta de la cabina: los ojos verdes muy dilatados, el carmín embadurnado en una sonrisa de payaso, la trenza obstinadamente decidida a deshacerse por completo.

Es casi un poco artístico. *Desaliñado, pero a la moda*. Que alguien avise a Vogue.

El difusor de incienso de la encimera se pone a toser y empieza a rezumar humo de lavanda por todas partes. Una parte de mí quiere ir a desenchufarlo, porque, con cada brizna que suelta, el olor de él desaparece.

Menos cedro.

Menos menta.

Menos maquinaria oscura y aceitada.

Pero aún puedo saborearlo, caliente y hormigueante en mi lengua. Y aún puedo sentirlo, tanto el dolor como la pegajosidad que dejó en mí.

Me palpitan los muslos. Me palpita la mano. Me palpita la cabeza mientras repito, una y otra vez y en 4K Ultra HD, el momento en que me roza el lóbulo de la oreja con los dientes mientras me penetra, con el sonido Dolby Surround de mis propios gemidos mortificantes.

—Acabas de tener sexo por odio con un hombre que probablemente usa cráneos humanos como vasos de chupito —le digo a la chica en el reflejo—. Enhorabuena. Los ahorros de jubilación de tu terapeuta te lo agradecen.

Hago una mueca de dolor y aparto la mirada. El autodesprecio es un pozo sin fondo y, en teoría, aún tengo trabajo que hacer esta noche, así que no puedo perder el tiempo revolcándome.

Saco el móvil de la cartera. Tres llamadas perdidas y un mensaje de Gina: ***Stas viva????***

Intento escribir una respuesta, pero las letras del teclado empiezan a nadar y a desdibujarse ante mis ojos.

Esta no soy yo. La verdadera Ariel Ward no tiene ataques de pánico en los baños del Met. La verdadera Ariel Ward presenta solicitudes de información confidencial a las 2 de la mañana y bebe cerveza fría lo bastante fuerte como para remover pintura.

Pero la verdadera Ariel Ward tampoco ha visto a su padre en persona desde la noche en que salió por la ventana de su habitación con una mochila llena de barritas de proteínas y una navaja que robó de su estudio.

Quince años, pienso, apretando la frente contra el frío azulejo de la pared. *Quince años y él está a seis metros, codeándose con congresistas en el mismo edificio donde acabo de dejar que la lengua de un mafioso ruso...*

Se me revuelve el estómago. Corro al baño e intento vomitar, pero no sale nada.

Cuando por fin vuelvo a tropezarme con el lavabo, mi reflejo se burla de mí: Lois Lane disfrazada de ama de casa después de una borrachera. Me echo agua en la cara, pero las rayas del rímel se convierten en manchas de Rorschach. *¿Qué ve aquí, doctor? ¿Una*

mujer que acaba de buscar a un desconocido en el lavabo de un cuarto de baño? Hm, creo que puede que tenga razón.

La puerta se abre con un quejido.

—¡Ocupado! —grito, con la voz entrecortada.

—No por mucho tiempo.

Leander Makris llena la puerta como una tormenta que se extiende sobre Brighton Beach. Esmoquin negro, barba nevada, ojos del mismo verde venenoso que los míos.

El aire se espesa con su colonia (Creed Aventus, cuatrocientos cincuenta dólares el frasco, el olor característico de todos los viajes en coche de la infancia a las "reuniones de negocios" que le dejaban sangre en los gemelos).

—Hola, *neraïdoula mou*.

Mi pequeña hada. Solía pensar que era lindo. Cuando me hice mayor, empecé a preguntarme si se burlaba de mamá, si se burlaba de mí. Una pequeña hada, no apta para este mundo, no lo bastante valiente ni lo bastante grande para sobrevivir en él sin su ayuda.

Jasmine solía llamarme igual. Pero nunca era cruel ni condescendiente. Me lo susurraba en la oscuridad del dormitorio que compartíamos cuando los gritos de abajo eran demasiado fuertes. *No llores, neraïdoula mou. Te daré Oreo a escondidas cuando se duerma.*

—Hola, Baba.

Su mirada se dirige a mi mano vendada. —Veo que sigues siendo propensa a los accidentes.

—Un buen padre podría preguntar si estoy bien.

Entra y lía un puro entre los dedos: cubano, sin encender, otro accesorio siempre presente en la producción de Leander Makris de *Los Señores de la Mafia*. En el breve instante que precede al cierre de la puerta, oigo un fragmento de sonido procedente del salón de baile. El cuarteto de cuerda está destrozando el Cuarteto Americano de Dvořák, que solo reconozco porque mamá lo ponía en vinilo mientras limpiaba, cuando aún teníamos madre, vinilos y cosas que merecía la pena limpiar.

Luego, se cierra y vuelve a reinar la tranquilidad.

—Entonces, dímelo —retumba—. ¿Estás bien, Ariana?

—Ahora es Ariel. Ya lo sabes.

Suspira y tamborilea con los dedos sobre el lavabo. Cuando mira hacia abajo, sus ojos se entrecierran y por un momento me pregunto si puede ver la huella de mi culo en el mármol. Estoy tan mortificada por todas mis terribles decisiones de esta noche que ni siquiera me atrevo a preocuparme por si él las ve.

Luego, suspira y me mira. —Sería un padre para ti si me dejaras, ¿sabes? ¿Crees que me gusta separarme de mis hijos? ¿Crees que quiero verte herida? ¿Crees que disfruto viéndote sangrar?

Me tiende la mano.

Me estremezco.

Su mano se congela en el aire. Dedos gruesos, anillo dorado en el meñique. Dios, las cosas que he visto a esa mano hacerle a la gente que le desagrada...

Luego, la retira y puedo volver a respirar.

—Luces... —su voz se suaviza casi imperceptiblemente—, cansada.

—Y tú has perdido pelo —replico—. Supongo que el universo tiene una forma de equilibrarse.

Se ríe entre dientes y se pasa la palma de la mano por el cuero cabelludo ralo. Pasa un tiempo. Dos. Un grifo gotea. —Estás aquí para informar sobre el evento, supongo.

Asiento, sin fiarme todavía de las palabras.

—¿Quieres una entrevista? Puedo...

—Tengo todo lo que necesito, gracias.

Es mentira, pero que me aspen si dejo que se apodere de mí de forma tan barata y fácil.

La cara de Leander se tuerce en una mueca de dolor. —Esto no tiene por qué ser tan duro, Aria… Ariel —sigue haciendo rodar el cigarro hacia delante y hacia atrás en su mano. Adelante y atrás, adelante y atrás—. *Quiero* formar parte de tu vida. Déjame ayudarte.

Me pongo en pie tambaleándome, utilizando la pared como muleta, y lo fulmino con la mirada. —Después de quince años bajo tu techo, obtuve toda la "ayuda" que necesitaba. Jas también. Y mamá también. Así que creo que también soy buena en ese aspecto.

—Muy bien —suspira, con un sonido cansado que no recuerdo—. Te quedarás al menos para el brindis de medianoche.

—Tengo un plazo.

—Tienes una vida —sus ojos se entrecierran—. Una a la que te he permitido jugar el tiempo suficiente.

Permitido. Como si mi mierdoso apartamento tipo estudio y mis cuadernos manchados de café y el trabajo por el que luché con uñas y dientes no fueran más que juguetes anodinos que me han prestado en el *Gazette.*

—No me "permites" nada —me tiembla la voz—. Me alejé. Construí…

—Un seudónimo. Un castillo de naipes. Todo por un sueldo que ni siquiera cubriría mi tintorería —se acerca, con el cigarro golpeando la palma de la mano—. Dime, *Ariel Ward*: ¿lo saben todo en tu preciado periódico? ¿Acaso tu editor sorbe su café con leche preguntándose por qué una mísera don nadie sabe tanto sobre los muelles? ¿Los almacenes? ¿Los manifiestos de embarque?

—Soy reportera —grazno.

—Eres un fantasma —su risa es amarga—. Persiguiendo la sombra de su hermana.

Las paredes del cuarto de baño se estrechan. Ahora la veo en todas partes: en el pelo castaño de los desconocidos, en el olor a arroz con Jasmine de la bodega, en los huecos de las mejillas de Leander que se ahondan cada vez que alguien menciona "hijas" en plural.

—No lo hagas —me arde la garganta—. No hables de ella.

—¡No me dejas elección, *neraïdoula mou*! —ruge de repente, erguido desde su encorvadura de anciano en el oso alto y canoso que aterrorizó mi adolescencia—. No en eso. Y tampoco en lo que viene a continuación.

El primer hilillo helado de pavor empieza a recorrerme el estómago. Es por algo en sus ojos, en la aspereza de su voz, en la forma en que su postura se desmorona y de repente parece más viejo de lo que nunca había parecido.

No en lo que viene a continuación.

No debería preguntar. No preguntaré. No puedo preguntar. Hacer la pregunta implica querer la respuesta, y el noventa y nueve coma nueve por ciento de mí sabe que esa respuesta que me dará Leander no es nada que quiera oír.

A la mierda una puerta que se cierra y otra que se abre. Esto sería abrir la puerta de una celda, meterme dentro y volver a cerrar esa misma puerta.

No debería preguntar. No preguntaré. No puedo...

—¿Qué viene ahora, Baba?

Se mete el puro en el bolsillo del pecho y se restriega las dos palmas planas, anchas y carnosas sobre la cara. Se golpea los ojos con los nudillos como si estuviera tan cansado que apenas pudiera mantenerse en pie. Luego, vuelve a mirarme. —Lo diré una vez más, no porque piense que me vas a creer, sino porque...

—¿...Qué viene ahora, Baba…?

—…porque siempre he velado por tus intereses, tanto si tú, tu madre o tu hermana lo creían como si no…

—¿...Qué viene ahora, Baba…?

—…y todo lo que hago, todo lo que he hecho, siempre ha sido por ti, por mis chicas, mis amores…

—¡Dime qué coño está pasando! —grito.

Se detiene. Tiene los ojos enrojecidos. —He arreglado tu matrimonio.

Por un momento, solo oigo el goteo del grifo, el murmullo lejano del cuarteto de cuerda de la gala. Han dejado atrás a Dvořák y no reconozco lo que están tocando ahora.

Pero reconozco esta escena. Una versión de ella, al menos, porque vi a Leander hacerle esto a Jasmine hace quince años.

—Matrimonio —susurro, tocándome el labio hinchado como si eso ayudara a dar sentido a la palabra—. Has dispuesto que esté... casada.

Se acerca y su sombra se traga la mía. —Una unión con la Bratva Ozerov. Una fusión de intereses. Estabilidad para nuestras dos familias.

—¿Qué parte de esto es "estable" para mí? —pregunto en voz alta, aunque sé que no conoce la respuesta y que no podría importarle menos.

—No te faltará nada. Serás más rica de lo que ese periodicucho de cotilleos podría hacerte jamás, y estarás libre de ese apartamento infestado de cucarachas al que llamas hogar. Sobre todo, estarás a salvo. A salvo de…

—Vete al infierno —retrocedo hacia el lavabo, el borde de mármol mordiéndome el culo. Hace quince minutos, las manos de un hombre me sujetaban allí, calientes y enormes, fuertes y seguras. Ahora, todo lo que siento es piedra fría y sin vida—. Vete al puto infierno.

—En muchos sentidos, ya estoy allí, *neraïdoula mou* —sonríe, pero es algo agrietado—. ¿Crees que quiero esto? ¿Crees que disfruto arrastrándome ante ese ruso *malákas*?

—¡Entonces no lo hagas! ¡Cancélalo!

—¿Y perder los muelles? ¿Los almacenes? ¿El respeto? —lanza una carcajada, aunque sacude la cabeza con tristeza—. Tu hermana escupió la misma ingenuidad. Mira a dónde la llevó.

—Te dije que no hablaras de ella.

—¿Por qué? —me cacarea, arrugando el puro que lleva en el bolsillo—. ¿Porque prefieres fingir que está tomando mai tais en Miami? ¿Que no se está pudriendo de frío en algún lugar sin nombre?

Mi palma cruje en su mejilla antes de darme cuenta de que me he movido. El sonido resuena.

Una bofetada de treinta años de duración.

Baba no se inmuta, aunque la huella de mi mano está roja y descarnada en su mejilla barbuda. —¿Te encuentras mejor?

Tiemblo de rabia. —Vete al infierno.

—A su debido tiempo, hija mía —me agarra la muñeca, presiona con fuerza contra la venda que me puso mi extraño con beneficios. La sangre brota a través de la gasa cuando aprieta—. Pero antes saldrás por esa puerta. Sonreirás. Cogerás la mano de Sasha Ozerov. Y le agradecerás el honor.

Me suelto. —¿O qué? ¿Me matarás?

—¿Matarte? —replica—. No, *koukla*. Eres mi hija. Pero esa amiguita tuya, ¿Gina? ¿La que te prestó este vestido? Su sonrisa se ensancha cuando me quedo helada—. ¿Cuánto crees que duraría en Hunts Point?

Ese pavor vuelve peor que nunca, aferra mis entrañas con sus dedos fríos y aprieta, aprieta. —Tú... no lo harías.

Leander se levanta todo lo que puede. —No hay límites en lo que haría para mantener a salvo a mi familia.

Las paredes se cierran. Mi reflejo se quiebra en las puertas de acero de los compartimentos: una docena de Arieles atrapadas, con los ojos muy abiertos y temblorosos. *Lucha*, gritan. *¡Lucha!*

Pero cada una de ellas sabe que perdí esta guerra hace mucho tiempo.

—Te daré un momento para ordenar tus pensamientos —dice mi padre—. Reúnete conmigo junto a la escultura de hielo cuando estés lista para continuar. Y Ariana... no intentes huir. No me gustaría tener que perseguirte. Esto ya es bastante duro para mí.

Se marcha y la puerta se cierra tras él.

En el espejo, la chica del vestido prestado me devuelve la mirada. Ojos verdes. Trenza suelta. Un corte que no puede dejar de reabrir.

—De acuerdo —susurra.

—De acuerdo —hago eco.

Luego, salgo al encuentro de mi jaula.



Baba está de pie junto a la escultura de hielo en medio del salón de baile cuando salgo. Es un cisne con las alas desplegadas, aunque empieza a parecer que se caen al derretirse.

Mi vestido y mi pelo están casi todos en orden. No hay mucho que pueda hacer con respecto al pendiente que me falta, pero eso no es lo que más me preocupa en este momento.

Es medianoche. El reloj empieza a sonar.

Primer toque: doce campanadas agudas. Un sonido como una sentencia de muerte. Un sonido como jaulas destrozadas.

Segundo toque: lo siento antes de verlo. Un pinchazo en la piel. Mi sangre recuerda sus manos mejor que mi cerebro.

Tercer toque: me giro.

Cuarto: Me observa. El hombre del baño. Sasha Ozerov. Traje impoluto, pelo perfecto, boca colocada en ese mismo tajo brutal. Pero los tendones de su cuello sobresalen como cables de tensión. Sus pupilas se tragan entero el azul ártico de sus ojos.

Quinto: Mis rodillas se vuelven mantequilla. Mis tacones Valentino prestados no se tambalean. Pequeños milagros.

Sexto: Mi padre se interpone entre nosotros, sonriendo como si fuera el día de *su* boda. —Sasha, te presento a mi hija, Ariel. Tu prometida.

Séptimo: La escultura de hielo llora. Yo no lloro. No puedo. No quiero.

Octavo: Los ojos de Sasha se oscurecen hasta volverse negros.

Noveno: Quiero reír. O gritar. O quizá reservar un billete de ida a la dimensión a la que Lois Lane se haya retirado tras la cancelación de *Smallville.*

Décimo: En lugar de eso, arqueo una ceja. —Tenemos que dejar de encontrarnos así. La gente hablará.

Undécimo: Su pulgar roza la palma de mi mano vendada; solo un parpadeo, lo suficiente para que me tiemble el pulso. —Nuestra historia no ha hecho más que empezar, *ptichka*.

Duodécimo: El reloj se calla. La habitación contiene la respiración. Y comprendo, con la claridad de una bala entre los ojos,

que los finales felices son pura mierda.

Algunas princesas reciben manzanas envenenadas. A otras les dan ataúdes de cristal.

¿Yo? Yo tengo dos metros de pesadilla rusa vistiendo un Brioni y anillo de casado.

—¿Y bien? —mi sonrisa podría desollar la piel—. ¿Preparado para arruinarnos la vida el uno al otro?

No pestañea. —Nací preparado.

6

ARIEL

El corazón humano es un pequeño órgano traidor. No le importa la lógica, ni la autoconservación, ni los muros meticulosamente construidos que has malgastado décadas levantando. No le importa que te hayas pasado toda la vida huyendo de lo que ahora tienes delante, sonriendo como el diablo que acaba de ganar la última alma de la subasta.

No, el corazón hace lo que quiere. Corre cuando debería retroceder. Se ablanda cuando debería endurecerse. *Duele* cuando debería arder de rabia.

Yo lo sé. El mío está intentando salir de mi caja torácica como un animal enjaulado.

Respira, me digo, apretándome una mano contra el esternón, como si pudiera empujar físicamente la sensación hacia abajo. *Respira o te desmayarás delante del hombre que literalmente ordenó un asesinato por teléfono hace dos horas. Respira o verá cómo te derrumbas.*

Pero respirar requiere oxígeno, y el aire de la gran sala del Met parece espeso como el jarabe. Demasiado perfume, demasiados arreglos florales. El vestido de DVF me pica donde el sudor se desliza por mi columna vertebral. Un rizo rebelde se me pega a la mejilla como un signo de interrogación. Y mi mano, la que me vendó, palpita al ritmo frenético de mi pulso.

Esto no está ocurriendo. Esto no está ocurriendo.

Pero sí.

Sasha Ozerov, *el* Sasha Ozerov, heredero del trono de la Bratva rusa, el hombre cuyas manos estaban literalmente dentro de mí hace menos de una hora, está ante mí. Sus ojos de hielo se ensanchan un poco al clavarse en los míos.

Por un segundo, el mundo se reduce a la contracción de su respiración, la sutil flexión de su mandíbula, la forma en que sus nudillos se blanquean alrededor de la copa de champán que sostiene. Es la primera grieta que veo en su armadura.

Se va tan rápido como llegó.

La voz de Leander retumba a mi lado. —Sasha, te presento a mi hija, Ariel. Tu prometida.

Prometida. Es solo una palabra, en teoría. En realidad, es una cuchilla de guillotina lanzándose hacia mi garganta.

Corre, gritan todos los instintos de supervivencia que he perfeccionado desde la infancia. Pero tengo los pies clavados en el suelo de mármol y los pulmones se niegan a cooperar. La habitación se tambalea. Los recuerdos me invaden en oleadas.

Doce años, escondida en un armario mientras los enemigos de Baba saqueaban nuestro apartamento, con sus risas agudas como disparos.

Diecisiete años, metiendo mi partida de nacimiento en una mochila, robando dinero de su caja fuerte, escabulléndome por la escalera de incendios mientras él rugía mi nombre en el piso de abajo.

Veintidós años, mostrando carnés falsos hasta que "Ariana Makris" quedó enterrada bajo capas de tinta, convirtiéndose en Ariel Ward, un nombre que no me sabe a sangre en la lengua.

Y ahora esto. Un remate cósmico. El universo se ríe mientras me arroja de nuevo a la boca del lobo, esta vez con un collar de diamantes alrededor del cuello.

Sasha mira a Leander y luego vuelve a mirarme a mí. Hay un destello de algo peligroso en sus ojos: reconocimiento, sí, pero algo más caliente, más oscuro. Un desafío. Una promesa.

—Un placer —dice, su voz con el mismo calor áspero que antes encendió algo en lo bajo de mi estómago. Extiende una mano, la misma que me había inmovilizado contra el lavabo. La miro como si fuera un cable con corriente.

Tócalo y estarás perdida.

Pero Leander está mirando, con su sonrisa de sierra.

Así que tomo la mano del diablo.

El contacto me produce una sacudida eléctrica e implacable. Su agarre se estrecha. Una pregunta silenciosa. Una burla.

—Lo mismo digo —miento, apartándome demasiado deprisa.

Leander da una palmada. El sonido es como el mazo de un juez. —¡Maravilloso! Ahora, si me disculpan, tengo deberes filantrópicos que atender —se detiene en las palabras, la broma interna de un hombre que sabe muy bien que todo esto es un espectáculo de marionetas para gente demasiado estúpida para saberlo—. Ustedes conózcanse.

Se funde entre la multitud, dejándome a solas con la encarnación humana de una espada de doble filo.

Sasha se acerca y su colonia me inunda. —Así que... —murmura, con la voz lo bastante baja como para sortear el zumbido de la habitación—. Ariel Ward.

La forma en que lo dice, como si me quitara una capa de piel, me hace estremecer. —Sorpresa.

Su boca se tuerce. —Podrías haber mencionado que eras el repuesto de Makris.

—¿Y arruinar el misterio? —me fuerzo a sonreír, aunque parece quebradizo—. ¿Dónde está la gracia?

Me estudia. A esos ojos azules no se les escapa nada: ni el temblor en mis manos, ni la forma en que mi pulso aletea en mi garganta. —Estás temblando.

—Choque de adrenalina —me encojo de hombros, buscando parecer indiferente—. Ocurre después de evitar por los pelos morir en manos de un desconocido en un retrete.

—Ah —da vueltas a su champán. El líquido capta la luz como oro líquido—. Y yo que pensé que era mi encanto.

—Tu "encanto" casi hace que me despidan.

—Pero no mata.

—Todavía no.

Tararea, un sonido que vibra en mis huesos. —Sigues en pie, *ptichka*. Eso es más de lo que consigue la mayoría de la gente.

El apodo *pajarito* hunde sus garras en mí. Quiero odiarlo. Quiero odiarlo *a él*. ¿Por qué no puedo?

No se suponía que fuera así. Mamá nunca me contó esta parte del cuento de hadas.

No debía desear al monstruo.

—¿Por qué haces esto? —pregunto de repente—. La Bratva no necesita alianzas. Podrías haber eliminado a los griegos hace años.

Algo parpadea en sus ojos: una sombra, que está ahí y se ha ido. —Cuidado, reportera. La curiosidad mató al gato.

—Y la satisfacción lo resucitó —inclino la barbilla hacia arriba, desafiante—. No evites la pregunta. ¿Por qué te casas conmigo? ¿Por qué no metes una bala en el cráneo de mi padre y te llevas lo que quieres?

Por un momento, creo que no va a responder. Entonces, se inclina. Su aliento roza mi oreja. —Porque las balas hacen mártires, *ptichka*. Pero ¿los matrimonios? Esos hacen imperios.

Las palabras se deslizan por mi columna vertebral. Antes de que pueda responder, se endereza, con su máscara de gélido control de nuevo en su sitio. —Baila conmigo.

No es una petición.

La orquesta se hincha mientras él me arrastra a la pista. Su mano se posa en la parte baja de mi espalda como si ya lo hubiéramos hecho un millón de veces. Nos movemos en sincronía, esta jodida parodia de felicidad en ciernes. Es traicioneramente fácil dejar que me lleve.

—Tienes miedo —observa, haciéndome girar antes de volver a enrollarme.

—¿De ti? —me río, amargada—. Por favor.

—De lo que llegarás a ser —su agarre se estrecha—. De lo mucho que deseas quemarlo todo.

No hay mucho en este mundo que escueza más que la verdad sin maquillar, pero la verdad contada por Sasha Ozerov podría ser una de esas cosas. Porque tiene razón. No solo le tengo miedo a él, a Leander o a los grilletes de este acuerdo.

Tengo miedo de la parte de mí que sigue siendo Ariana Makris, la chica que aprendió a mentir antes que a montar en bici. La parte que sabe cómo sobrevivir en la oscuridad.

—No me conoces —susurro.

—Oh, sé lo suficiente. Sé que sabes a melocotón y a malas decisiones. Sé cómo suenas cuando te deshaces. Y sé... —me inclina de repente. Sus labios rozan mi mandíbula—, que preferirías morir antes que dejarnos ganar a cualquiera de los dos.

La música se intensifica. A nuestro alrededor, la multitud aplaude a la banda, ajena a la guerra que se libra en el centro de la pista de baile.

Cuando me levanta, ahora tiemblo de verdad. —¿Qué quieres de mí?

—Todo —su dedo traza la línea de mi cadera, posesivo—. Empezando por la verdad que te ocultas a ti misma.

—¿Cuál es esa verdad?

—Que cuando dijiste *¿O si no qué?* en aquel baño... —su agarre se hace más fuerte, enviando electricidad por mis venas—. No tenías miedo de que te matara.

La multitud se desvanece. Solo está su aliento en mi clavícula, sus labios rozando el pulso martilleante de mi garganta.

—Tenías miedo de que te arruinara.

7

ARIEL

Tengo una pesadilla recurrente desde niña. En ella, estoy de pie al borde del tejado de nuestra casa de piedra rojiza en Brighton Beach, con los dedos de los pies curvados sobre el borde del edificio. Delante de mí solo hay espacio vacío y una caída de cuatro pisos hacia el hormigón de abajo. Detrás de mí, algo oscuro y hambriento se acerca sigiloso.

Saltar o ser devorada. Esas son mis opciones.

La historia de mi vida, en realidad. Pero aquí, en este reluciente salón de baile, con las palabras de Sasha aún ardiendo en mis oídos, por fin comprendo lo que aquellas pesadillas intentaban decirme: a veces, el monstruo que tienes detrás y el abismo que tienes delante son exactamente lo mismo.

Debería estar asustada, tacha eso, jodidamente aterrorizada, y lo cierto es que una parte de mí lo está. Puedo sentir ese miedo enroscado y tembloroso en mi vientre, un terror viejo y familiar que nunca ha desaparecido del todo.

Pero otra parte de mí está *enfadada.*

No me pasé veinte años restregándome el "Makris" de la piel como una mancha de vino obstinada solo para que mi padre me cambiara por dos vacas y una puta cabra.

Pero ahí radica el problema de los hombres como Leander: no preguntan. No negocian. Ni siquiera tienen la decencia de enviar un mensaje del tipo "*Oye, estoy pensando en prostituirte a un señor de*

la guerra ruso. ¿Qué te parece?". No, simplemente lanzan la bomba, encienden la mecha y se marchan silbando como si te hicieran un favor.

Un ejemplo: el hijo de puta engreído ya está a medio camino de la sala de baile, charlando con una senadora cuyas extensiones de cabello podría ver desde el espacio exterior. Mientras tanto, yo me quedo aquí de pie con su "regalo": un monstruo mafioso de dos metros que parece a dos segundos de besarme o de degollarme.

Tal vez ambas.

No temías que te matara. Temías que te arruinara.

Resoplo, sobre todo para mí misma, y salgo corriendo de la pista de baile. —Esto no está pasando.

Sasha arquea una ceja. —Está literalmente pasando.

—No, verás, "literalmente" implica realidad. ¿Y esto? —hago gestos salvajes entre nosotros, desde mi vestido prestado hasta sus zapatos de piel de color sangre de buey—. Esto es un argumento televisivo. Es una mala ficción. Del tipo en el que los guionistas se quedaron sin ideas y empezaron a esnifar pegamento.

—La realidad no es tan elaborada como tus *telenovelas* —dice con una risita oscura. Me aprieta contra una columna de mármol mientras las demás bailarinas se arremolinan a nuestro lado, lanzando miradas curiosas en nuestra dirección.

Le planto una palma en el pecho. —Retrocede. A menos que quieras que mi rodilla se haga amiga íntima de tu ingle.

Sus labios se crispan. —Promesas, promesas.

—Lo digo en serio.

—Yo también —coge mi muñeca, su pulgar patina sobre mi pulso acelerado—. Pero, por supuesto, grita. Monta una escena. Deja que tu querido padre explique a sus estimados invitados por qué su hija perdida hace tanto tiempo agrede a su socio en medio de...

—Cállate.

—Te reto a que intentes obligarme.

Dios, quiero hacerlo. Quiero arrancarle esa sonrisa exasperante de la cara. Quiero gritar hasta que se rompan las lámparas de araña.

Pero, sobre todo, quiero huir lejos de esta pesadilla dorada y chillona. Volver a mi apartamento de mierda de Bushwick, con sus muebles de IKEA y su problema persistente de moho. De vuelta a una vida en la que mi mayor preocupación era saber si el periodista deportivo Steve se daría cuenta de que cambié su leche de avena por media porción de leche de vaca.

En lugar de eso, hago lo que siempre he hecho mejor: mentir.

—Este matrimonio no se va a celebrar —digo, con la barbilla levantada—. Me da igual el trato que hayan hecho Leander y tú. No soy una moneda de cambio.

Sasha ladea la cabeza, estudiándome como a un rompecabezas que ha decidido resolver por aburrimiento. —¿Crees que se trata de ti?

—Creo que tu ego es demasiado grande para compartir habitación con el de mi padre, así que sí, se trata absolutamente de...

—El único ego desmesurado que hay aquí es el tuyo, si crees que me importas un carajo tú o lo que quieras —gruñe.

Se me cae la boca al suelo.

No ha terminado.

—No se trata de ti. No se trata de tu padre. Se trata de poder —interrumpe, afila la voz, la tensa—. Control. Una unión entre nuestras organizaciones, garantice que ninguna de las partes tenga... ideas —su agarre se intensifica—. ¿Tú? Tú solo eres un daño colateral.

Daño colateral. He visto cómo es eso... y se parece a Jasmine. En mi mente, veo la cara de mi hermana el día que se fue de casa. Eso me ha pasado mucho esta noche. Estar de nuevo con esta gente hace que me resulte más difícil encontrar siquiera unos minutos en los que no piense en ella.

Corrí para evitar exactamente esto, exactamente lo que le ocurrió a ella. Al parecer, no corrí lo suficiente. Llegué al borde del tejado, al abismo frente a mí, y vacilé.

Esto es lo que consigo.

—Caramba —susurro con voz ronca—. Y yo que pensé que te gustaba por mi personalidad.

—No sé nada de tu personalidad —replica rotundamente—. Me gustaba tu boca... cuando no estaba soltando tonterías.

—Y la gente dice que el romanticismo ha muerto.

—No solo está muerto —asiente—. Está a dos metros bajo tierra.

Antes de que pueda replicar, una voz familiar corta la tensión. —¡Ari! ¡Ahí estás!

El tío Kosti, hermano de mi padre, aparece a mi lado, con su barba salpicada de pimienta arrugándose con una sonrisa. Es el equivalente humano de un jersey de cachemira: suave, desgastado y trágicamente fuera de lugar en esta guarida de lobos. Si hay alguien a quien he echado de menos desde que huí, ese es el tío Kosti.

La mirada de Sasha se desvía hacia él. —Estamos ocupados.

—Y yo soy su tío favorito —Kosti me pasa un brazo por los hombros, apartándome—. Solo la tomo prestada para un baile. *Yasou*, Sr. Ozerov.

Por un instante, creo que Sasha va a estallar. Su mandíbula se aprieta y sus ojos se vuelven glaciales. Pero entonces, inclina la barbilla, un asentimiento apenas perceptible, y gira sobre sus talones para fundirse con la multitud.

Mi padre y mi prometido están ocupados ahora. Podría huir.

Pero me encontrarían. La única razón por la que Baba no lo hizo antes es porque aún no me necesitaba. Ahora que tiene un propósito para mí, no me dejará escapar.

—¿Estás bien, *koukla*? —murmura Kosti mientras nos arrastramos torpemente hacia un vals vienés.

—De maravilla. Acabo de enterarme de que estoy prometida a un traje humano armado. ¿Qué tal la selección de canapés?

Suspira, con un sonido lleno de décadas de carga familiar Makris. Es imposible que no conociera los planes para mi futuro, ni que pudiera haberme avisado. Está tan atrapado como yo. —Tu padre tiene buenas intenciones.

—No le importo. Quiere *controlarme.*

—Lo mismo, en su mundo —Kosti me gira suavemente, sus manos son callosas pero amables—. Te echa de menos, ¿sabes? Habla de ti como si aún tuvieras seis años, su niña pequeña, comiendo galletas a escondidas antes de cenar.

Se me hace un nudo en la garganta. Yo, de seis años, aún no había aprendido a comprobar si mis zapatos llevaban dispositivos de rastreo. No había empezado a dormir con un cuchillo bajo la almohada. No había visto a su madre salir por la puerta y saber, en el fondo, que nunca volvería.

—No soy su niña —digo bruscamente.

—No —la sonrisa de Kosti es triste—. Eres una tormenta que lleva la cara de su hija. ¿Y las tormentas? No se doblan. Se rompen —me aprieta la mano—. Pues rómpelo, *koukla*. Rómpelo todo.



Dos horas y cuatro martinis después, estoy desplomada en un bar de mala muerte a tres manzanas del Met, picoteando la etiqueta de una Brooklyn Lager mientras Gina me mira de reojo como si hubiera anunciado mi intención de unirme a una secta. Estoy pasando por etapas de dolor que ni siquiera sabía que existían. Todo lo normal, negación, ira, negociación, hace tiempo que desapareció. He pasado a cacarear como una hiena desquiciada y a beber hasta que se me pase el dolor.

—A ver si lo he entendido —dice, agitando su cosmo—. Te has metido con el primo más bueno de Jason Bourne, luego te has enterado de que es el nuevo mejor amigo de tu padre mafioso y ahora, ¿se supone que tienes que casarte con él?

—En mi defensa —digo—, lo del sexo ocurrió antes del "sorpresa, te vas a casar".

¿Qué te parece este anuncio público contra los ligues al azar?

—Ajá. ¿Y la parte en la que no me dijiste que eres de la realeza de la mafia griega?

Hago una mueca de dolor. —En mi defensa, de nuevo, no comparto eso. No es exactamente como para subirlo a LinkedIn.

Gina pone los ojos en blanco. —Quizá deberías reconsiderarlo. He visto tu LinkedIn. Lo único que hay es ese triste trabajo de prácticas en *Cat Fancy Monthly*.

—Se adelantaron a su tiempo.

—¡Te pagaron con cupones de Friskies! ¡Y ni siquiera tienes un gato! —me clava la pajita—. ¿A qué juegas, Ari? ¿De verdad dejarás que tu padre te case con un Terminator ruso?

—Mierda, no —las palabras salen cortantes, definitivas—. Prefiero hacer gárgaras con cristales rotos.

—Entonces, ¿qué sigue? ¿Un artículo mordaz? *Mi aventura de una noche es mi prometido mafioso: Una historia de amor*, de Ariel Ward.

—No. Voy a hacer lo que dijo mi tío: quemarlo todo —tiro la cerveza—. Desaparecer. Fingir mi muerte. Meterme en un convento de Saskatchewan. Lo que haga falta.

Gina se echa hacia atrás, evaluándome. —Saskatchewan es una vibra, pero ¿has pensado en cambio en el mejor amigo de una chica?

—¿Diamantes?

—Incendio provocado —dice rotundamente.

—¡Caramba!

Apoya una mano en mi antebrazo. —Escúchame. Incendiamos el yate favorito de Leander, le echamos la culpa a Sasha y cogemos un vuelo a Bali. Tú puedes tirarte a instructores de surf sexys, yo seduciré a herederas australianas. Será icónico.

Le sonrío con tristeza. —¿De verdad incendiarías un yate por mí?

—Cariño, robaría un submarino nuclear por ti —me devuelve la sonrisa—. Pero solo si prometes ponerle mi nombre a tu primogénito.

—Trato hecho —choco mi cerveza contra su vaso—. Pero primero necesito una garantía. Algo que haga retroceder a esos dos psicópatas.

—Tranquila —le hace señas al camarero para que traiga otra ronda—. Encuentra la criptonita de Sasha. ¿Tiene una familia secreta? ¿Un miedo atroz a los payasos? ¿Un OnlyFans?

—Es un *pakhan* de Bratva, Gina. Probablemente su OnlyFans sea solo vídeos de *unboxing* de dientes humanos.

—Qué caliente —hace una pausa—. Espera, ¿eso existe?

El camarero sirve dos chupitos de tequila. Gina se bebe el suyo de un trago, se lame la sal de la muñeca y sonríe. —Relájate, Ariel. Lo solucionaremos. Has sobrevivido a cosas peores que unos abdominales con una manía asesina.

Trago el chupito. El ardor me aclara la cabeza. —No voy a casarme con él. Jamás.

—Buena chica —me rodea con un brazo, y su perfume, algo agresivamente floral que sin duda robó de alguna tienda, me llena los pulmones—. Ahora, vamos a emborracharnos y a rayar el coche de tu padre.

—Su coche es a prueba de balas.

—Eso no me impedirá intentarlo.

Mientras nos adentramos en la noche empapada de neón, me aferro a la promesa como a un salvavidas. *No voy a casarme con él.*

Pero, en algún lugar, en el rincón más oscuro de mi mente, la voz de Sasha me susurra.

Eso ya lo veremos, ptichka.

8

SASHA

Veo a Ariel desaparecer por la salida, con su vestido ondeando como una bandera de batalla. Cada paso que da es un desafío. Cada movimiento de sus caderas es un dedo medio a todo lo que su padre y yo hemos planeado para ella.

No me lo pondrá fácil.

Leander se materializa a mi lado. —Necesitará tiempo —dice, entornando los ojos hacia las puertas por las que ella había irrumpido.

—Necesitará una correa.

—Lo intenté —ríe a carcajadas—. Entonces, apenas vi a la chica durante casi dos décadas. No es una potra fácil de domar, Sasha. Hay demasiado de su madre en su ADN.

—No, no es una potra. Es salvaje. Callejera. Pero incluso los callejeros aprenden a obedecer.

La mandíbula de Leander se tensa. La vena de su sien palpita. —Cuidado, muchacho. No estás tratando con una puta del muelle. Esta es mi sangre.

Casi me río. ¿Quiere jugar a ser un padre cariñoso *después* de ofrecerme la mano no deseada de su hija en matrimonio? Menudo momento para hacer de padre.

—¿"Tu sangre"? —me acerco un poco más—. Tu sangre pasó quince años huyendo de ti. ¿Crees que ahora se arrodillará solo porque has colgado un anillo de diamantes delante de ella?

Por un instante, se le cae la máscara. El orgullo crudo y podrido lo traspasa, y por un momento me pregunto si el Leander Makris de antaño, aquel del que solían contar historias, ha vuelto.

Entonces, suspira y se desvanece, y en lugar de la máscara pétrea de un jefe de la mafia, veo el rostro delineado y cansado de un padre. —No —concede—, sé que no será así. No se arrodillará por un anillo, por un hombre, por un matrimonio. Ni siquiera por su propio padre —su risa está empapada de miseria. Pero cuando sus ojos se cruzan con los míos, están más tranquilos. Resignados—. Pero hay formas mejores de ganarse la conformidad.

—Ninguna tan eficaz como comandarla.

En el fondo de mi cabeza, veo al niño serbio lamentándose mientras se le destrozan los huesos. Después de todo, ¿qué es más fácil que coger lo que necesitas? ¿Qué es más fácil que exigir que te lo den? Si algo me enseñó mi padre es que la distancia más corta entre dos puntos es una línea recta bañada en sangre.

Pero Leander se limita a sacudir la cabeza. —Hay formas mejores, Sasha. Tómalo de un viejo con experiencia, que lo ha intentado, que ha estado en tu lugar.

Pongo los ojos en blanco. —¿Qué "formas mejores"?

—Tiempo, por un lado. Paciencia, por otro —vuelve a mirarme, con la cabeza ladeada, una curiosa compasión en el rostro que no tiene cabida en una franca discusión de negocios entre dos aliados precarios—. Y lo mejor de todo, persuasión. No luches con ella. Sedúcela.

La risa se abre paso en mí, sin oportunidad de detenerla. —¿"*Seducirla*"? Has perdido la puta cabeza, viejo. ¿Te ha servido de algo satisfacer sus sentimientos? Dime: ¿cuántos arreglos florales y cajas de bombones con tarjetas de *Siento que tu padre sea una puta bestia* le enviaste a su puerta en los últimos quince años? ¿Cuántas veces intentaste arreglar las cosas? ¿Qué tal te fue?

Leander se pasa una mano por la cara. Parece repentinamente agotado. Incluso la pajarita de su esmoquin parece estar caída. —Búrlate todo lo que quieras; el cielo sabe que merezco el desprecio.

Y Dios sabe que ya he oído bastante de Ariana, cuando se digna a hablar conmigo. Pero... —me agarra el hombro de una forma tan paternal que casi le rompo los dedos solo por la audacia—. Puedo obligarla a esto tanto como tú, pero ambos sabemos el lío que eso podría suponer. Quedan... diez días hasta Año Nuevo. Aprovéchalos. Convéncela de que este matrimonio no es una jaula. Convéncela de que es... libertad. Poder. Un trono propio.

—¿Y si sigue diciendo que no?

—No llegaremos a eso, ¿verdad? Has encantado objetivos más difíciles.

Lo estudio: el ligero temblor de su mano al alisarse las solapas, la forma en que sus ojos se detienen en la salida por la que huyó Ariel. El hombre es una paradoja: un capo con los nervios crispados de un padre.

Patético.

Fascinante.

—¿Por qué esa piedad repentina? —pregunto—. El Leander que conozco la habría vendido al mejor postor al amanecer.

Su garganta se estremece. —El Leander que conociste enterró a una hija.

Jasmine

El nombre no se pronuncia entre nosotros. Mantengo el rostro pétreo, pero el recuerdo parpadea: las manos de Jasmine temblando mientras aferraba su pasaporte falsificado, la voz cruda de tanto suplicar. *No dejes que me encuentre*.

Leander mira fijamente su reflejo en el cisne de hielo derretido, con la voz hueca. —No perderé a otra chica por culpa del orgullo. No otra vez.

Ahí está. La debilidad. La podredumbre debajo del barniz.

—Bien —suspiro—. Diez días. Estará suplicando el altar después de uno.

No sonríe. —Procura que lo haga. Pero con *cuidado*, Sasha. Ella no es una de tus ratas Bratva. Ella es... —duda.

—¿Tuya? —termino—. No, Leander. Dejó de ser tuya el día que aprendió a deletrear *correr*.

Sus nudillos se blanquean alrededor del tallo de su copa. Por un segundo, creo que va a golpear. Pero entonces exhala, abandona la lucha. —Solo... haz que lo desee. Haz que se lo crea.

Me giro hacia la salida, con mi abrigo cortando el aire tras de mí. —Lo hará.



El olor de Ariel se adhiere a mi chaqueta cuando salgo: melocotones y pánico. Incluso cuando el frío aire invernal de Manhattan arrastra sus garras sobre mí, ese olor a verano perdura.

No debería haberla tocado. No debería haberla probado. No debería haberla dejado arrastrarse bajo mi piel como un puto parásito.

Pero cuando me miró en aquel baño, toda furia, miedo y lucha, vi a Jasmine. Vi a la chica que metí de contrabando en un carguero quince años atrás, con la risa delirante resonando en los muelles de Brooklyn. *Gracias*, me había susurrado.

No me molesté en contestar.

Un mensaje ilumina mi teléfono. Feliks. ***Problema serbio resuelto. ¿Y ahora qué?***

Miro fijamente el texto, luego el reluciente Met. Después, tecleo, ***hago de príncipe azul***.

¿Ariel quiere un cuento de hadas? Muy bien.

Le daré una maldita epopeya.

9

ARIEL

Las luces fluorescentes de la sala de descanso en el *Gazette* hacen su mejor imitación de un aparato de tortura medieval. Sinceramente, me quito el sombrero; están para morir.

Al menos, para que muera yo.

Me desperté con una resaca infernal después de que Gina me hiciera beber anoche hasta el agua de los floreros. La dichosa oscuridad del abismo de la borrachera fue agradable durante un rato, al igual que los primeros momentos en que me desperté en mi propia cama.

Parpadeé, con los ojos granulados, mientras miraba al techo. Las mismas manchas de moho de siempre. Las mismas manchas de agua. El mismo viejo techo texturizado que se parece vagamente a Richard Gere si entrecierras los ojos lo justo.

Entonces, me acordé.

¿O si no qué?

¿Qué viene ahora, Baba?

Pues rómpelo, koukla. Rómpelo todo.

El peso de todo aquello me inmovilizó contra el colchón. Me debatí entre gritar o hundirme en la negación, fingiendo que me lo había inventado todo. Opté por la tercera opción: Me levanté, me vestí y me fui a trabajar.

Ahora estoy aquí, sintiéndome como el extremo equivocado del tracto gastrointestinal de la Parca, preguntándome si la muerte

podría ser la solución más limpia a todos mis problemas.

La cafetera gorgotea alegremente. Me inclino hacia ella y le susurro—: Si me das descafeinado, acabaré contigo.

—Hablar con objetos inanimados no grita "excelente salud mental" —Gina entra en la habitación. A diferencia de mí, tiene un aspecto exasperantemente arreglado, como de costumbre. Incluso ahora que tenemos más de treinta años, puede beberse medio bar y despertar con el mismo aspecto que si acabara de someterse a un tratamiento facial.

—Ahora mismo hay muy pocas cosas en mi vida que sean excelentes, Gee.

—Cuéntalo todo.

Me giro para mirarla con el ceño fruncido. —*Ya* te lo conté. Anoche. ¿De verdad no te acuerdas?

—Ah, sí. Ya. Ya me acuerdo —se lame el glaseado de PopTart del pulgar—. Pero también me desmayé después del tercer trago, así que, por si acaso... ¿me lo cuentas todo otra vez?

Antes de que pueda estrangularla, nuestra compañera de trabajo, Lora, entra flotando en la habitación como la semilla de diente de león desarraigada y despreocupada que es. Su vestido de lunares está al revés, su pelo desafía la gravedad y lleva una taza con la etiqueta "*Tía Gata nº 1*".

Nunca he envidiado tanto a alguien.

—¡Buenos días, señoras! —gorjea a un tono y un decibelio que bien podrían convocar a todos los perros del municipio.

Hago una mueca de dolor y me tapo los oídos. Lora no se da cuenta.

—¿Has visto el e-mail de John? —Lora sopla sobre su té, enviando columnas de vapor hacia las tejas caídas del techo—. Se supone que todos debemos enfocarnos en el nuevo proyecto de infraestructuras del alcalde. Quiere seiscientas palabras por tres sobre los ángulos de impacto en la comunidad. Ah, y Ariel: te ha puesto en el equipo de Brighton Beach para las entrevistas de mañana. Sí, trabajo de campo.

Gina se atraganta con su zumo de naranja.

Mis dedos se aprietan alrededor del vaso de cartón hirviendo. La tarea debería parecer una victoria: por fin, un informe real. En lugar de eso, las palabras *Brighton* y *Beach* me revuelven las tripas. El último lugar al que debería ir es cerca de los dominios de mi padre.

Lora, mientras tanto, ha empezado a tararear.

Estaría bien vivir un ratito en su mundo. Sobre todo, porque "su mundo" es una bola de nieve llena de destellos de arco iris, donde todo son "yay" y "woo" e interminables rayos de sol.

En un lugar así no hay sitio para hombres como Sasha Ozerov.

—Sí, trabajo de campo —refunfuño en un tono miserable y monótono—. Estoy impaciente.

Lora, en un movimiento sorprendentemente perspicaz para sus estándares, me mira. —¿Te pasa algo, tesoro?

En respuesta, aprieto la frente contra la fría superficie laminada de la mesa de la sala de descanso. *Todo* me pasa.

—Ree tuvo una... llamémosla "mala cita" —responde Gina por mí.

—¿Una mala cita? —los ojos de Lora se abren de compasión—. ¡Oh, no! Cuéntamelo todo. ¿Fue una de esas horribles situaciones incómodas? Tuve la peor experiencia la semana pasada con...

—Más bien una situación de matrimonio concertado —le contesta Gina.

Levanto la cabeza lo justo para fulminarla con la mirada. —Gracias por eso.

—¡¿Matrimonio concertado?! —jadea Lora, desplomándose en la silla junto a mí—. ¡Qué romántico! Como un cuento de hadas.

Y esa es exactamente la razón por la que Lora se enamora de todos los hombres que conoce. También por eso escribe la columna de consejos sobre citas del periódico, aunque es la última persona en la Tierra a la que alguien debería pedir consejo sobre citas. Es una romántica, lo bastante ingenua como para seguir teniendo esperanzas de que las cosas funcionen.

Yo abandoné esa idea hace años.

—Menos cuento de hadas y más historia de terror. Este tipo es lo más alejado de un príncipe azul.

—Ningún hombre lo es —suspira Lora, de un modo muy poco propio de Lora—. Pero yo pensé que Ethan era El Elegido, ¿sabes?

Gina se levanta como un tiburón que huele sangre en el agua. Conozco esa mirada. Es la misma que pone cuando alguien menciona sus inversiones en criptomonedas o sus cristales curativos.

Puro deleite depredador.

—Háblanos de Ethan —dice, inclinándose hacia delante—. Necesito una distracción de la crisis amorosa de Ariel.

Lora apoya la barbilla en la mano y mira a lo lejos. —Él... Él... É-é-él...

¿Le está dando un ACV? gesticula Gina.

Me pregunto lo mismo. Parece que Lora está sufriendo un corto. Mocos, ojos llorosos, mejillas sonrojadas, hombros que empiezan a temblar...

—Mierda —siseo—. Está...

Llorando.

No, no "llorando", sino sollozando a moco suelto.

Como de costumbre, Gina empezó todo este lío, pero como aún más de costumbre, soy yo quien se siente obligada a recoger los pedazos. —Lora —me aventuro—, ¿estás bien?

Ella solloza con más fuerza. —¡Sí! ¡Estoy bien! Me alegro tanto por ti...

Me cuesta creerlo. No porque Lora no se alegre por mí, es la persona más dulce del personal, sino porque no parecen exactamente lágrimas de felicidad.

Este es el típico comportamiento de una viuda en un funeral. Esto es...

—Lora —digo con cuidado—, ¿Ethan ha roto contigo?

Parpadea y me mira. Solo puedo contemplar horrorizada cómo sus enormes ojos de cachorrito se llenan lentamente de más y más lágrimas... Entonces, estalla la presa.

Lora se lanza sobre mí y empieza a berrear a pleno pulmón. —SÓDO DO EDTAÑO TANTO…

—Se volvió alemana por el trauma —susurra Gina.

Le lanzo una mirada fulminante a Gina y le doy una palmada en la espalda a Lora. —Ya, ya. Lo siento mucho. Te mereces algo mejor.

No sé nada de eso con seguridad. Ni siquiera conozco a Ethan, ni a Damian, ni a Connor, ni a Brett, ni a Alan, ni a la letra del alfabeto en la que esté Lora en ese momento. Es la clase de colega con la que intercambiamos cotilleos, pero no mucho más. Tomamos unas copas después del trabajo si los astros están alineados. Y hace tan buen trabajo manteniéndonos al día de su drama amoroso que no tenemos que ir a buscarlo.

Algunas personas poco amables, léase: Gina, podrían llamar a Lora una "sobrecomunicadora crónica". ¿Yo? Me alegro de que me ahorre la molestia de hablar de mi propia vida.

—EDA DO MEJOD DE MI VIDA...

Intercambio una mirada de impotencia con Gina por encima de los hombros agitados de Lora. —¿Escape de incendios? —susurro. Ella me da el visto bueno y empezamos a guiar a Lora en esa dirección.

El cartel sobre la ventana abierta dice ***Salida de emergencia***, y esta es sin duda una emergencia. Emocionalmente hablando, al menos.

Acomodo a Lora en el rellano más cercano y, al final, respira lo bastante tranquila como para volver a hablar en inglés. —Ha ocurrido muy deprisa.

Frunzo el ceño. Reconozco que no presté mucha atención cuando empezó a hablar de su "nuevo novio", pero estoy casi segura de que lo conoció hace menos de seis semanas. Parece que sus conductos lagrimales no tienen noción del tiempo. Le presto mi hombro para llorar. Ojalá estuviera hablando metafóricamente, pero ahora mi chaqueta se ha convertido en problema de la tintorería. —Creía que las cosas iban genial entre ustedes.

—¡Así era! Pero entonces, empezó a decir que él... que yo... —le brotan nuevas lágrimas y vuelve a disolverse.

—No pasa nada, cariño —le digo, dándole unas palmaditas en la espalda—. Lo entendemos.

Gina frunce el ceño. —¿Sí?

—Sí —replico—, lo entendemos. Todos conocemos la sensación de que te abandonen de repente. ¿No es cierto, Gina?

—O sea...

—He dicho: *¿No es cierto, Gina?*

Gee asiente como un muñeco en el salpicadero. —Desde luego, sí. Sin duda he pasado por ello. Nos pasa a los mejores.

Por suerte, las habilidades de Lora para detectar mentiras no son las más agudas. —¿Crees que soy una de las mejores?

—Yo no diría... Er, sí, absolutamente. Ajá —Gina añade un doble pulgar hacia arriba.

—Le hice todos esos regalos —se lamenta—. Intentaba sorprenderlo, ¿sabes? ¿No es eso lo que hacen las parejas que se quieren?

Hago una mueca. —Las sorpresas son... —*mi pesadilla*—, siempre una buena jugada.

—¿Verdad? —suspira profundamente—. Le compré una lasaña de ragú enorme en Pacino's...

Frunzo el ceño. —Pensé que habías dicho que Ethan era vegano.

—La lasaña *es* vegana —Lora prosigue—. Le dije que cerrara los ojos y le metí un poco en la boca con una cuchara. Me pareció romántico.

Necesito todo lo que hay en mí para no exclamar: *¡Le has dado a tu novio vegano trozos de vaca muerta!*

—Tan romántico —afirmo.

—Y lo llevé a un espectáculo increíble cuando el circo estaba en la ciudad. Incluso había leones.

—¿Pero no es...?

—¿Un activista de los derechos de los animales? —termina Gina por mí.

—¡Exacto! Le encantan los animales.

Gina y yo intercambiamos miradas. Empiezo a entender la versión del pobre Ethan.

Lora continúa, felizmente inconsciente. —Eso fue por nuestro primer aniversario...

—Espera, ¿estuvieron juntos un *mes*? —suelta Gina.

—Treinta días mágicos —confirma Lora con nostalgia—. Iba a ser su esposa.

—¿Te lo ha dicho? —pregunta Gina.

—No. Yo se lo dije a él.

—De acuerdo —la interrumpo, temerosa de adónde va a parar esto. De repente, mi vida no parece tan mala—. Se está haciendo tarde, así que deberíamos volver al...

—No, no —insiste Gina—. Quiero oír lo que pasó. ¿Le dijiste que serías su esposa?

—Sí —Lora se encoge de hombros—. Planeé todo con el maestro de ceremonias y se lo propuse.

Gina tiene la mandíbula abierta de puro regocijo. —Este es el mejor día de mi vida.

—A ver si lo entiendo —interrumpo—. ¿Le diste ragú a mano a tu novio vegano, compraste entradas para un circo de animales y le propusiste matrimonio en su primer aniversario? ¿Y luego rompió contigo?

Dios, ¿quién podría culparlo?

—Tienes razón —suspira Lora. Por un segundo, la esperanza se enciende en mi corazón, la esperanza de que estoy a punto de oír algo remotamente consciente. Entonces—: ... Me merezco algo mejor.

No. Los que entráis aquí, abandonad toda esperanza.

Se sacude el polvo y se levanta. —Gracias, chicas. Eso me ha hecho sentir mucho más ligera.

—Cuando quieras —dice Gina. Por una vez, estoy cien por cien segura de que lo dice en serio.

Lora nos dedica una sonrisa y se despide con la mano, y luego desaparece de nuevo por la ventana.

—Eres una amiga horrible —le digo bruscamente a Gina en cuanto se desvanecen los pasos de Lora.

—¿Estás de broma? Tenemos que salir más con ella.

—¡Hablo en serio!

Se encoge de hombros. —No te he oído ponerte de parte de Evan, Madre Teresa.

—Ethan —corrijo. Pero joder, tiene razón—. Si *así* es el panorama de las citas, quizá debería aceptar la oferta de mi padre y Sasha. Ha sido desolador —suspiro y me desplomo hacia delante, con la cabeza entre las rodillas en posición de *este avión se va a estrellar*—. ¿Qué voy a hacer, Gee?

—Bueno, parece que Lora podría tener un contacto en el circo, por si estabas pensando en unirte.

Me giro para fulminarla con la mirada. —Te estás burlando de mi vida.

Suspira y se apoya en las rejas metálicas. La picardía desaparece de su rostro. —Bien. ¿Quieres que hablemos en serio? Puedo ser seria. En serio, casi no tienes opciones.

—No, tengo tres —las marco con los dedos—. Uno, huyo. Pero Leander acabará encontrándome. Y, cuando lo haga, puede que cumpla sus amenazas. Sobre *las dos* —le dirijo una mirada significativa, para que recuerde que ella también participa en este juego—. Dos, le sigo el juego e intento encontrar una garantía como sugeriste anoche. Pero eso podría llevar meses, y la boda probablemente tenga un calendario acelerado.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Porque así es como actúa mi padre. No da tiempo a la gente para pensar o planificar. Solo... —agito la mano vagamente, intentando encontrar las palabras—. Avasalla. Arrolla. Se lleva lo que quiere y deja que los demás se ocupen de las consecuencias.

Gina tamborilea con los dedos en la escalera de hierro. —¿Cuál es la tercera opción?

—Le digo que no. A la cara. Dejo claro que esto no va a pasar.

—Eso es un suicidio —dice rotundamente.

—Tal vez —escurro lo que me queda de café—. Pero al menos es bajo mis condiciones. Y ¿sinceramente? Estoy cansada, Gee. Cansada de huir, cansada de esconderme, cansada de dejar que dicte los términos de mi vida desde lejos.

Me estudia durante un largo momento. —Vas a hacerlo de verdad, ¿no?

—Sí, creo que sí.

—Entonces, voy contigo.

—De ninguna manera —la cojo de la mano—. Esta no es tu pelea.

—Y una mierda. También me amenazó a mí, ¿recuerdas?

—Precisamente por eso tienes que mantenerte lo más lejos posible de él —aprieto sus dedos—. He pasado quince años manteniendo las distancias con ese mundo. No te arrastraré a él ahora.

Abre la boca para discutir, pero algo en mi cara debe detenerla. En lugar de eso, se limita a preguntar—: ¿Cuándo?

—Ahora, antes de que pierda los nervios —me pongo en pie y cojo mi bolsa—. ¿Me cubres con los jefes?

—¿Esto es un "no" definitivo a la idea del incendio? Porque realmente creo que el fuego podría hacer desaparecer esta situación.

Me río. —Me alegra saber que no estabas demasiado borracha para recordarlo. No me gustaría que te metieras en problemas cuando me haya ido.

Me coge del brazo al pasar. —En serio, Ari... Ten cuidado, ¿vale?

Intento contener la sonrisa. —Siempre lo tengo.



El viaje a Brighton Beach es como retroceder en el tiempo. Cada esquina encierra un fantasma: está la bodega donde solía comprar

caramelos con Jasmine, el parque infantil donde mamá nos llevaba después del colegio, la iglesia donde Leander nos hacía desfilar los domingos como su pequeña familia perfecta.

Aparco a una manzana de su oficina. Mis manos están firmes mientras apago el motor, pero mi corazón hace todo lo posible por romperme las costillas desde dentro.

Vamos, Ariel. Tú puedes.

Cuando doblo la esquina, veo asomar el almacén. Una pesadilla asimétrica y ondulada. Algo que tus ojos no verían, y eso es intencionado. Es más fácil hacer lo que quieres cuando nadie se molesta en mirar en tu dirección.

Pero yo sé cómo son las cosas.

Sé que, en algún lugar de ese edificio, Leander Makris está sentado en su sillón de cuero, fumando sus puros cubanos, pensando que ya ha ganado. Pensando que su hija pródiga caerá como todas las demás.

Voy a entrar ahí y se lo voy a decir a la cara:

Ni de coña.

10

ARIEL

La puerta del almacén gime como un animal herido cuando entro. Clásico de Baba: ¿por qué arreglar lo que aún funciona, aunque suene como un estertor?

Dentro, el olor me golpea primero: sal, aceite de motor y los puros que ha fumado desde que yo tenía edad suficiente para robárselos del bolsillo del abrigo. Se me hace un nudo en la garganta.

Dos guardias bloquean el hueco de la escalera, versiones calcadas de los cabezas huecas que solían merodear por nuestra cocina de Brighton Beach, jugando al *xeri* y consumiendo un cigarrillo tras otro hasta el amanecer. Uno cruje los nudillos; el otro sonríe.

—¿Perdida, princesa?

—Dile que estoy aquí.

El de la sonrisa toca su auricular, murmura en griego. Hace una pausa. Luego, mueve la barbilla hacia el montacargas. —Ya sabes a dónde ir.

El viaje hasta la sexta planta dura un siglo. En las paredes del ascensor hay espejos desgastados que reflejan a una chica con una chaqueta de cuero destartalada y botas sucias, el pelo hecho un lío de rizos que no se ha molestado en cepillar. Parezco un gato salvaje. La boca me sabe al tequila de anoche. Aún me duelen los muslos por los pecados de anoche.

El despacho de Baba no cambió. El mismo escritorio de caoba, las mismas ventanas del suelo al techo manchadas de huellas dactilares. El horrible óleo que encargó de sí mismo sigue colgando torcido detrás de él. Está inclinado sobre el papeleo, con un bolígrafo dorado en la mano, pero se queda inmóvil cuando el ascensor suena y me escupe fuera.

Cuando alza la vista, su rostro hace algo que no había visto en años: se ablanda. Solo durante un instante. Luego, desaparece.

—Ariana —se levanta demasiado deprisa, tirando una carpeta al suelo—. Estás aquí.

—Ariel —corrijo, quedándome junto a la puerta—. Ya te lo he dicho.

Empieza a rodear el escritorio, vacila y se hunde en la silla. Sus manos tiemblan mientras endereza un montón de papeles. Frunzo el ceño al notar el temblor: ¿es algo nuevo o es que nunca me había dado cuenta? De su cajón superior asoma un frasco de pastillas. Betabloqueantes, si la letra azul descolorida de la etiqueta sirve de pista.

—Siéntate —dice. Luego, añade—: Por favor.

Permanezco arraigada. —No me voy a casar con Sasha.

No parece sorprendido. Solo asiente lentamente. —Ya veo.

—No es un buen hombre, Baba.

Un destello de algo cruza su rostro, ¿culpa? ¿Molestia?, antes de disimularlo. —Es... directo. Pero te mantendrá a salvo.

—¿A salvo? —lanzo una carcajada—. ¿De quién? ¿De ti?

Se frota la sien, un gesto tan familiar que escuece. Solía verlo hacer eso en la mesa de la cocina, a altas horas de la noche, mientras mamá golpeaba los armarios y murmuraba sobre los hombres y sus guerras.

—¿Crees que quiero esto? —pregunta en voz baja.

—Tú lo arreglaste, así que, sí, todo parece indicar que sí.

—¡Porque no puedo protegerte para siempre! —las palabras estallan crudas, sobresaltándonos a ambos. Se aclara la garganta y se mira las manos. Cuando vuelve a hablar, su voz es más baja, pero

con ese acero viejo y familiar—. Tu trabajo de mierda, tu pisito, tu nombre falso, ¿crees que no lo sé? ¿Que no te he dejado jugar a las casitas?

El aire abandona mis pulmones.

Se inclina hacia delante, con la voz entrecortada mientras continúa. —Mis enemigos quieren todo lo que es mío, querida. Eres mi hija, eso significa que estás incluida. ¿Crees que no vendrán a por ti? ¿Por ella?

Me quedo helada. —¿Ella?

—La pelirroja. Tu... amiga —lo dice como si fuera una palabrota —. Gina.

Estoy al otro lado de la habitación antes de darme cuenta de que me he movido, golpeando su escritorio con las palmas de las manos. —Si la tocas...

—No lo haré —se enfrenta a mi mirada, firme—. Pero otros lo harán. A menos que seas intocable.

—¿Y casarme con un psicópata Bratva me hace intocable?

—Sí —lo dice simplemente, como si estuviera explicando la lluvia —. El nombre de Sasha es un escudo. Su gente son lobos. Destriparán a cualquiera que te mire de reojo.

Quiero gritar. Rodear su escritorio, arrancar su estúpido cuadro, quemar toda esta morgue oxidada a la que llama imperio.

—Ni siquiera lo conozco —digo, con la voz entrecortada—. ¿Eso te importa algo? ¿Te... importa el amor? —me odio por decirlo, por lo patético que suena. Es incluso peor en voz alta que en mi cabeza.

—¿"Amor"? —se clava la palma de las manos en los ojos—. Tu madre y yo nos amamos. Al menos, durante un tiempo.

La implicación es que al final no importó. Que el destino les destruyó, así que no puede ser culpa suya.

—Y eso funcionó muy bien para todos los implicados —escupo con quince años de sarcasmo y resentimiento.

—A veces, el corazón sigue a la cabeza. A veces no.

Aprieto los dientes. —Me importa una mierda lo que siga a qué. Ninguna parte de mí se mete en esto por voluntad propia. No

puedes venderme como si...

—¿Y si...? —se detiene y golpea el escritorio con los dedos—. ¿Y si hacemos un acuerdo?

Resoplo. —¿Desde cuándo haces acuerdos?

—Desde que mi hija volvió a mí —su voz es suave, casi suplicante. Otra cosa que nunca había oído de él—. Dale tiempo. Solo... un poco de tiempo.

—No necesito tiempo. Nunca cambiaré mi...

—Diez días —dice de repente.

Parpadeo, confundida. —¿Qué?

—Pasa diez días con él. Deja que Sasha te enseñe... lo que sea que los jóvenes se enseñan unos a otros —agita una mano, torpe, brusco—. Si sigues odiándolo después de diez días, hablaremos.

—¿Y Gina?

Baba duda. En esa vacilación, lo veo: el hombre que me enseñó a montar en bicicleta, que me vendó las rodillas después de que saltara del tejado del garaje persiguiendo a Jasmine, que tarareaba *Nani Nani a Paidi mou* cuando las tormentas eléctricas no me dejaban dormir.

—Diez días —repite.

El silencio se extiende, espeso por las cosas no dichas. No es ni de lejos la promesa que quiero, pero es todo lo que voy a conseguir. Finalmente, doy un paso atrás. —Eres un cabrón, Leander Makris.

Se levanta, lento y dolorido, y rodea el escritorio. Por un instante, creo que va a alcanzarme. En lugar de eso, se detiene a un brazo de distancia, con el olor a tabaco y azúcar quemado envolviéndonos.

—Tienes los ojos de tu madre —murmura—. También su terquedad.

—No...

Pero ya se está inclinando hacia mí y me da un beso seco en la mejilla. El gesto es rígido, extraño, un fantasma del hombre que solía hacerme girar en el aire hasta que gritaba de risa.

Y, sin embargo, maldito sea, no puedo apartarme.

El descenso en ascensor es un borrón. Al pie de la escalera, los guardias me miran con desprecio y se ríen entre dientes. El de la sonrisa dice algo en griego que suena como *Nos vemos en la boda*, pero lo ignoro.

Camino de vuelta a mi coche, dejando atrás aquel almacén paso a paso. Pero, justo antes de doblar la esquina, miro hacia atrás, porque soy sentimental y estúpida y nunca, nunca aprendo la lección. Y, cuando lo hago, capto un parpadeo de movimiento en la ventana del sexto piso. Una sombra, observando.

Por un segundo, casi me despido con la mano.

SASHA

Salir con la chica.

Vaya puta broma.

Leander quiere que cene y beba durante diez días seguidos con la princesita mimada de su hija. El viejo está perdiendo la cabeza.

Mi humor es negro. Pero una de las ventajas de que tus tarjetas de visita pongan CEO es que puedo despejar una planta entera del rascacielos de Industrias Ozerov para mí solo. Aquí no hay abejas obreras zumbando que me distraigan. Solo silencio.

Lo prefiero así. El silencio me permite cribar la grava de mis pensamientos y desenterrar el oro. Tanto en esta empresa como en el negocio más oscuro y sangriento que hay debajo de ella, soy el cerebro de la operación. Si no soy agudo como director general, las acciones caen en picado. Si mi cabeza no está en el juego como *pakhan*...

Los costos son mucho, mucho más elevados.

Así que no puedo permitirme dividir mi enfoque. No ahora, ni nunca. Eso es un lujo para mis empleados de abajo, los que no tienen ni idea de qué tipo de organización alimentan en realidad. Yo, en cambio, tengo que mantener la vista en el premio en todo momento. Eso significa nada de distracciones.

Y no dejaré que Ariel se convierta en una distracción.

Diez días. A la mierda. Para un trabajo como este, no necesito diez días. Ni siquiera necesito cinco.

Solo necesito uno.

—Feliks —gruño por el interfono—, quiero que envíes algo. Lo antes posible.

—Claro —responde Feliks—. Dime.

—Flores.

Silba como un lobo. —Suena serio. ¿Alguna preferencia para el arreglo?

—Me importa una mierda.

—Cosas románticas, entonces.

Sacudo la cabeza. Lo que busco aquí no es *romance*, solo la ilusión de uno. Los grandes gestos me llevarán a la mitad del camino. En cuanto a la otra mitad...

Continuaré donde lo dejé en ese cuarto de baño.

—Ah, ¿y jefe? —vuelve a sonar la voz de Feliks en el interfono.

—¿Sí?

—Están aquí.

No levanto la vista de mi escritorio. —Hazlos pasar.

Segundos después, entran dos figuras: una nerviosa, la otra tranquila. Feliks se coloca en la retaguardia, impidiendo cualquier huida.

No es que fueran a llegar muy lejos.

—Brian, Peter. Siéntense.

Los dos hombres obedecen.

Feliks cierra la puerta y se coloca frente a ella, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Caballeros —levanto la carpeta que tengo encima del teclado—. Creo que conocen a este hombre.

Dentro de la carpeta hay una sola foto. La empujo hacia delante, dejando que los dos empleados le echen un buen vistazo.

—¿Y bien? —espeto—. Hablen.

—No lo conozco, señor —responde Peter con seguridad, aunque rápido.

—Yo tampoco —balbucea Brian—. Nunca lo he visto.

Patético. Si este es el calibre de los espías que me envían mis rivales, no me extraña que aún no hayan conseguido tocarme. —Es Prabhat Gupta, nuestro principal competidor. Su empresa acaba de lanzar un medicamento que hemos estado desarrollando durante los últimos cinco años. Nos ha adelantado seis meses en el mercado —les pongo delante dos pequeñas pastillas rosas—. Esto es nuestro. Esto es suyo.

Ambos se inclinan sobre las pastillas. Peter coge una en la mano y la acerca a la luz. Los ojos de Brian, sin embargo, no parecen saber dónde posarse. —Eso es... terrible. Deben de tener un departamento de I+D de última generación.

—Es lo mismo.

Brian parpadea. —¿P-Perdona?

—He dicho que es lo mismo. *Exactamente* igual.

Trituro una pastilla, luego la otra, y esparzo el polvo sobre mi escritorio. Lo hago con las manos desnudas, aunque solo sea para satisfacer mi ligero instinto dramático. Peter alza una ceja, mientras Brian mira a su alrededor, a las pastillas, a la foto, a mí.

A veces, es casi demasiado fácil.

—Y —añado—, la fuga se rastreó hasta *su* despacho compartido.

Pandemónium instantáneo. A Peter casi se le salen los ojos de las órbitas. Brian, por su parte, también pone cara de asombro. Se hunde en la silla. —Eso es imposible —balbucea Brian—. Juro que no...

—Sí, lo hicieron. Uno de ustedes, al menos. Y ahora, le daré a elegir al culpable —junto los dedos y los miro fijamente a los ojos—. Confiesa. Si lo haces, puede que muestre piedad. Si no lo haces…

No hace falta que termine esa frase.

—Tienes diez segundos —concluyo—. A partir de ahora.

Los cuento tamborileando con los dedos sobre el escritorio: *Nueve. Ocho. Siete...*

—Sr. Ozerov, debe haber habido un error...

Seis, cinco, cuatro... Feliks empieza a tararear el tema de *Jeopardy* desde la puerta. Tiene un sentido del humor enfermizo.

—¡Estoy diciendo la verdad!

Tres... Dos...

—¡Por favor, tienes que...!

Uno.

—Se acabó el tiempo —me levanto—. Los dos están despedidos. Feliks…

—¡Vale, vale! ¡He sido yo!

Hago una pausa y miro al hombre que ha hablado. —¿Así que lo admites, Brian?

—Sí, lo admito —respira hondo. El bigote le tiembla con cada inhalación de pánico—. Lo siento, Sr. Ozerov. Tenía problemas. M-Mis deudas, verás...

Lo veo. Hago comprobar los antecedentes de todos mis empleados potenciales. Su expediente es sencillo. Brian Fenner: padre moroso, disfrutador de prostitutas y jugador ocasional los sábados por la noche. No lo contraté por ignorancia, y seguro que no fue por lástima: pensé que sus pecados serían un buen chantaje y que sus deudas serían un fuerte incentivo para hacer horas extras. No creí que fuera tan estúpido.

—Por favor, no me despidas —suplica—. Tengo hijos, tengo una familia...

—Y tus putas —interrumpo mientras abro uno de los cajones de mi escritorio—. ¿Cómo van a arreglárselas sin ti?

Se queda blanco como el papel. —Sr. Ozerov, por favor. Realmente necesito esto...

—No te despediré.

Se le iluminan los ojos. —¿De verdad?

—De verdad.

—¡Oh, gracias! Gracias, Sr…

BANG.

El cuerpo de Brian se tambalea un instante. Luego, como una marioneta a la que le han cortado los hilos, se cae, manchando de rojo la alfombra.

Peter no se mueve. Sus ojos siguen la caída, la calma de su rostro da paso a un horror mudo.

Debe ser su primer cadáver.

—¿Tienes algo para decir? —pregunto mientras vuelvo a colocar la pistola en el cajón de donde salió.

Sacude la cabeza con tanta fuerza que es un milagro que la maldita cosa no salga volando de su cuello. —No, señor. Nada.

—Bien. Entonces, piérdete.

Se levanta de la silla y se dirige hacia el ascensor, apretando el botón como un loco. Tardará un rato en llegar hasta el último piso, porque a Feliks siempre le gusta enviarlo de vuelta al vestíbulo. Es su forma de hacer novatadas a los huéspedes.

Una vez que Peter está delante del banco del ascensor, temblando tan fuerte que necesita la pared como muleta para mantenerse erguido, Feliks se inclina hacia mi oído. —¿Fue prudente o imprudente?

—Ni lo uno ni lo otro —me encojo de hombros—. A nadie le importa una mierda. No lo echaremos de menos.

—Podrías haberlo despachado.

—Lo he despachado.

Una pequeña sonrisa frunce sus labios. Soy consciente de que Feliks no siempre aprueba mis métodos, pero los comprende. Este hombre nos traicionó. Volvió a Mole contra nosotros. Bratva o no, eso es inaceptable.

—Llamaré al equipo de limpieza —concluye.

—Procura que así sea —se está alejando cuando añado—: Ah, ¿y Feliks?

—¿Sí?

—Sin testigos.

Entiende de inmediato lo que le digo. Con un gesto de la cabeza, se da vuelta y se dirige al ascensor, silbando. En cuanto se abren las puertas, el cuerpo de Peter cae al suelo.

Cojo mi chaqueta y lo sigo. —Y dicen que yo soy el dramático.

Feliks extiende las manos en un gesto de asombro, con una pistola con silenciador en la palma. —¿Qué puedo decir? Soy teatral de corazón.

Paso por encima del cadáver de Peter. —Invéntate algo. Que se gano la lotería, una oferta de trabajo en el extranjero, una escapada romántica... me da igual. Solo haz que desaparezcan.

—Entendido, *pakhan*.

—Y hazme una reserva para esta noche.

—Claro. ¿En el sitio de siempre?

—Sí —entro a grandes zancadas en el ascensor—. Pero que sea para dos.

La comprensión florece en sus ojos. —Ya veo —murmura perversamente—. ¿Te espero para llevarte a casa?

—Me importa una mierda, Feliks.

Pulso el botón de la planta baja. La sonrisa comemierda de Feliks es lo último que veo antes de que se cierren las puertas, pero por una vez no se equivoca. Esta noche no necesitaré que me lleven.

Ariel y yo estaremos ocupados de otra manera.

12

ARIEL

—Jesús, Ariel. Pareces la foto del "Antes" de un anuncio de antidepresivos —Gina está esperando en mi mesa con dos tazas de Starbucks, el ceño fruncido y cumplidos útiles, como siempre.

—Gracias, amiga —me desplomo en la silla, dejando caer al suelo una pila de cartas sin abrir—. Acabo de tener una conmovedora charla padre-hija. Le he dicho: Quiero ser libre. Él dijo: Cásate con el peor hombre vivo o verás morir a todos tus seres queridos. Ya sabes, cosas normales de familia.

Me empuja un espresso cuádruple, sin espacio para la nata, el azúcar o la esperanza. Justo como me gusta. —Déjame adivinar: ¿te has rendido?

—Diez días —apenas me atrevo a decirlo. Nunca una duración arbitraria había sonado tan atroz y malvada—. Tengo diez días para decidir si quiero ser la señora Barbie Bratva o firmar tu sentencia de muerte.

—¿Mi sentencia? —se resiste—. ¿Y yo qué hice?

—Elegiste ser mi amiga en tercer curso. Debería haber sabido que era un pecado imperdonable.

Gina chasquea los dedos. —Maldita sea. Sabía que debería haberme juntado con Annie Clymer, aunque fuera una molesta amazona —gira mi silla y me obliga a mirarla—. Entonces, ¿cuál es la jugada? ¿Envenenar su borscht? ¿Fingir tu muerte? ¿Subir a un

avión y saltar en paracaídas por la salida de emergencia sobre la parte más recóndita de Perú?

Miro fijamente el borrador del artículo que brilla acusadoramente en mi pantalla: ***La cruzada de la pastelería local contra el hambre infantil***. Siempre recordaré este, pienso. Mi último artículo antes de convertirme en esposa de la mafia.

—La jugada es hacer mi maldito trabajo.

Durante la hora siguiente, canalizo toda mi rabia escribiendo. Cada golpe del teclado es un dedo corazón a Leander, a Sasha, al universo. La columna en sí, sin embargo, es un poco menos heavy metal que eso.

¿...El secreto de las deliciosas magdalenas de mascarpone y miel de lavanda de la propietaria Marisol Hernández? Todo se reduce a un ingrediente especial, dice: El amor.

Voy por la mitad de un párrafo sobre las proporciones de la crema de mantequilla cuando suena mi teléfono.

Número desconocido.

Se carga una imagen: Sasha y yo en la pista de baile de la gala, su mano extendida posesivamente sobre mi espalda baja. El pie de foto dice: ***Esperando con impaciencia el segundo plato.***

La pantalla cruje contra la pared antes de que me dé cuenta de que la he tirado.

—¡Vaya! —Gina se zambulle bajo su escritorio—. ¿Pero qué...?

—Número equivocado —digo con voz ronca, mirando los cristales rotos que se extienden por la cara sonriente de Sasha cuando mi teléfono termina de rebotar hacia mí y se posa a mis pies. Al cabo de un minuto, la pantalla se queda en negro.

Pero, incluso ahora que ya no está, me siento enferma.

Quince años corriendo.

Seis meses trayendo café.

Faltan diez días para que todo arda en llamas.

—Tiene que haber una salida —dice Gina.

Solo puedo sacudir la cabeza. —Deberías haber visto la cara de mi padre. Era... Ni siquiera sé lo que era, Gee. Si solo fuera él, quizá

podría salirme. Pero también está Sasha. Y Sasha es... bueno... Si no sé lo que era mi padre, entonces seguro que no sé lo que Sasha puede o no ser. Y me aterra averiguarlo.

—¿Así que es seguir la corriente y morir? ¿Preguntar "a qué altura" cuando te digan que saltes? Vamos, Ari, eres una luchadora. Tienes más fuego dentro que eso.

Se me llenan los ojos de lágrimas de rabia mientras vuelvo a sacudir la cabeza. —Ojalá fuera así. Pero, a menos que Sasha cambie repentinamente de opinión, estoy atascada. Tendría que ser él quien cancelara las cosas. Pero incluso entonces…

—Espera. Espera. *Coge el puto teléfono*, mujer —a Gina se le iluminan los ojos—. ¿Recuerdas lo que dijo Lora sobre ella y Ethan? ¿De cómo él rompió con ella después de declararse?

Frunzo el ceño. —Ya estoy comprometida. Declararme no va a servir de nada.

—No, tonta. Pero piénsalo. Ella alejó a ese tipo siendo demasiado. Lo hizo salir corriendo despavorido. Y eso es lo que tú quieres, ¿verdad?

—...No entiendo.

—Lo que digo es que tienes que ser tan absolutamente insoportable que ni siquiera el príncipe de la mafia rusa pueda soportarte. Ni por todo el té de China.

La idea cristaliza, afilada y peligrosa como un cristal roto. —Hacer que me deje.

—Bingo —Gina se inclina hacia delante, prácticamente vibra de alegría—. Sé pegajosa. Sé psicópata. Sé la chica que pone nombre a tus futuros hijos en la primera cita y cuenta su sueño recurrente en el que ambos son delfines nadando por campos de algodón de azúcar.

Una carcajada sale de mi garganta. —Preferiría pegarme un tiro.

—Esa es la cuestión. Los hombres como él quieren chicas interesantes. Chicas independientes. Chicas que no los necesiten —enumera con los dedos—. Así que sé exactamente lo contrario. No seas interesante, sé necesitada. No seas independiente, sé exigente.

Haz que se dé cuenta de que casarse contigo no valdría la pena, sea cual sea el trato que está intentando hacer con tu padre.

Tengo tantas ganas de participar en este loco plan. Pero...

—No conoces a Sasha —me paso los dedos por el pelo—. No es un puto financiero que huye gritando del compromiso. Es... —bajo la voz y echo un vistazo a la oficina—. Es peligroso, Gee.

Gina acerca su silla, sin inmutarse. —Entonces, nos volvemos nucleares. Primera fase: contacto constante. Hablo de cincuenta mensajes por hora como mínimo. Corazones, GIFs de animales bebés, esas extrañas pegatinas animadas de osos haciendo yoga.

A pesar de todo, resoplo. —Podría volverme loca.

—Fase dos —continúa, entrando en calor con su tema—, asalto en las redes sociales. Etiquétalo en todas tus publicaciones. Escribe pies de foto largos sobre su amor eterno. Crea una de esas cuentas de pareja: "*#SashaYArielX100pre*". Publica fotos mal editadas ustedes juntos para ver qué aspecto tendrían sus bebés.

—Ni siquiera está en las redes sociales... —empiezo, luego me detengo—. En realidad, es perfecto. Nada dice "desquiciado" como etiquetar una cuenta inexistente sesenta veces al día.

—¡Ahora lo entiendes! —Gina está prácticamente rebotando—. Fase tres: apodos cariñosos. Cuanto peor, mejor. Terroncito. Cachetitos. Mi osito Bratva.

Me atraganto con el café. —Oh, Dios.

—No pierdas fuelle ahora, porque la cuarta fase puede ser la más importante. La planificación del futuro. Hazte un tablero de Pinterest de bodas. Deja revistas de novias por todas partes. Empieza a referirte a su apartamento como "nuestro primer hogar" y habla de dónde vas a poner el cuarto del bebé.

Ahora puedo verlo todo. Cada cita horrible que he tenido, cada bandera roja que he esquivado, convertidas en un arma. Puedo *convertirme* en todas ellas.

—Y —continúa—, en ninguna circunstancia le pongas nada fácil, nunca. Tendrá que trabajar como un perro por un beso en la mejilla. ¿Un abrazo? No, eso es material para una cuarta cita como mucho.

¿Un beso? Ni lo sueñes, colega. Serán viejos y canosos antes de que se besen. Pero, durante todo ese tiempo, lucirás como un bombón en cada cita. Compra todas las existencias de Victoria's Secret y lánzale una miradita aquí y allá. Vuélvelo loco y nunca, nunca lo dejes comer.

En este punto, me estoy riendo a carcajadas. —Eres malvada.

—Soy brillante.

—Eres las dos cosas —sonrío, y siento como si enseñara los colmillos—. Pero ¿sabes una cosa? Tienes razón. Si Sasha Ozerov quiere una esposa, le daré una sacada directamente de sus peores putas pesadillas.

—Esa es mi chica —Gina levanta su café en señal de saludo—. La Operación Novia Psicópata está en marcha. Solo prométeme una cosa.

—¿Qué?

—Si no sale huyendo y te casas con él... —sonríe perversamente —. Será mejor que sea tu dama de honor. Haré el brindis más emocionalmente inapropiado de la historia de las bodas. Le contaré a todo el mundo aquella vez en la universidad en la que tú...

—Para —levanto una mano, riéndome a mi pesar—. Si esto funciona, no habrá boda. Y si no... —trago saliva—. Puede que necesite que hagas ese brindis en mi funeral.

—Por favor. ¿De verdad crees que dejaría que te mate? —me estrecha en un fuerte abrazo—. Podemos con esto, Ariel. Diez días para que Sasha Ozerov se arrepienta de haber oído tu nombre.



Las flores llegan una hora más tarde, como una declaración de guerra.

Dos docenas de rosas negras, sus pétalos besados con bordes carmesí, como si las hubieran mojado en sangre. La tarjeta es sencilla.

Esta noche. Le Bernardin. A las ocho en punto.

Ponte algo bonito…
a menos que prefieras que elija por ti.
—S.O.

—Puta mierda —susurra Gina, pasando los dedos por las espinas —. Son rosas Supremo de Medianoche. Solo crecen en algún invernadero secreto japonés. Literalmente, ni siquiera se pueden comprar: solo se puede acceder a ellas por invitación.

Por supuesto que sí. Porque Sasha Ozerov no envía ramos de supermercado. Envía flores imposibles, cada pétalo gritando: *Lo poseo todo. Puedo tenerlo todo. Y ahora, voy a por ti.*

Me tiemblan las manos cuando vuelvo a leer la tarjeta. Las ocho en punto. La primera marca de mi cuenta atrás de diez días hacia la sumisión o la destrucción.

—Perfecto —arrugo la tarjeta en mi puño—. Esto es perfecto. ¿Qué mejor lugar para empezar la Operación Novia Psicópata que un restaurante de cinco estrellas?

—Me encanta —Gina sonríe—. ¿Qué te vas a poner?

Pienso en el baño del Met. En las manos de Sasha deslizándose por mis muslos, en sus dientes en mi garganta. En lo mucho que lo deseaba antes de saber quién era.

—Algo que le haga recordar lo que nunca volverá a tener.

La cuenta atrás empieza esta noche. Pero Sasha Ozerov no es el único que sabe jugar.

A ver si le gusta salir con una pesadilla.

13

SASHA

Una mirada al vestido de Ariel y sé que esta noche estará en mi cama.

Una parte de mí quiere decir que a la mierda con esta canción y este baile; vayamos al evento principal. Pero otra parte, una parte más sabia, aconseja: *Paciencia, paciencia*. La mitad de la diversión está en la caza. Y esta caza será lo suficientemente corta. No tiene sentido precipitarse.

Me relamo los labios mientras la veo salir de la limusina que he enviado. Las plumas de punta roja de su vestido captan la luz del sol moribundo. Una señal de advertencia. La forma que tiene la naturaleza de decir: *Peligro, no tocar*.

Lástima que nunca se me haya dado bien seguir las normas.

El vestido abraza cada curva como una segunda piel, haciendo arder mi imaginación sin revelar absolutamente nada. No es que necesite mucha inspiración. Está cubierta desde el cuello hasta la clavícula, pero aún así no me cuesta imaginar con qué facilidad podría agarrar a Ariel por ese delicado cuello y enseñarle lo que les ocurre a las niñas que juegan con el peligro. Enseñarle que ninguna sonrisa recatada puede ocultar el hecho de que ahora es *mía.*

Porque de eso va esta exhibición, ¿no? Es un acto de rebelión disfrazado de rendición.

La hija perfecta. La cita perfecta. La futura esposa perfecta.

Casi me entristece que parezca tan mansa, tan sumisa. Quería una pelea más abierta, aunque solo fuera para poder gruñirle al oído: *Oh, cariño. No tienes ni idea de dónde te estás metiendo.*

Si se hubiera presentado con un chándal demasiado grande, al menos habría estado justificado llevarla al baño y arrancárselo.

Pero está bien. Si ella quiere ceder tan fácilmente, no diré que no.

Le tiendo la mano mientras sube los escalones. Cuando está lo bastante cerca, coloca sus dedos entre los míos.

Como una princesa en un baile.

Como un cordero al matadero.

—Srta. Ward —dejo que mi mirada la desnude, observando cómo el rosa florece en sus mejillas—. Estás impresionante.

Una sonrisa curva sus labios: modesta, tímida, todo lo que no era en la gala. Todo lo que sé que no es. —Por favor. Llámame Ariel.

—Ariel. Me alegro de que hayas podido acompañarme.

Cuando me enderezo hasta alcanzar mi estatura máxima, sus ojos se apartan de los míos, pero no antes de que capte el calor que desprenden. Esas miradas rápidas y fugaces me dicen todo lo que necesito saber. Suben por mi cuerpo, pasan por mis hombros, llegan a mi cara y se alejan de nuevo.

Hambrienta. Desesperada.

Bien. El ansia tampoco me ha abandonado desde nuestro último encuentro. Desde que vendé su mano e imaginé envolverla alrededor de mi polla en su lugar.

—¿Comemos? —hago un gesto hacia las puertas del restaurante, aunque lo que realmente quiero decir es: *¿Dejamos de fingir?*

Paciencia, Sasha. Paciencia.

Sujeto la puerta y la guío al interior. El maître prácticamente se tropieza al vernos. —¡Sr. Ozerov! Lo estábamos esperando. Su mesa habitual está justo aquí...

—Tomaremos la cabina de la esquina —interrumpe Ariel.

Tanto el maître como yo nos quedamos helados. Yo me giro primero, pero, cuando la miro, Ariel se limita a sonreír de la misma

forma fácil y agradable que me ofreció cuando salió del coche por primera vez.

Mi mirada se desplaza hacia el maître. Su rostro está pálido y afligido. Lo sabe tan bien como yo: Nadie me contradice en mi propio reino. Este es mi territorio, mi imperio en miniatura, donde todos, desde el sumiller hasta los ayudantes de camarero, saben exactamente quién ostenta el poder.

Todos menos mi cita, al parecer.

Su sonrisa adquiere un filo más agudo, gotea veneno sacarino. —A no ser que prefieras quedarte toda la noche mirando las langostas escamosas de la pecera, cariño.

Asiento una vez, rechinando los dientes. Que así sea. Que tenga esta pequeña rebelión.

Eso hará que romperla sea mucho más dulce.

Le hago un leve gesto con la cabeza y rápidamente nos llevan en otra dirección. El equipo de servicio se apresura a trasplantar un cubo de cristal a esta nueva mesa. Acuna una botella de champán Krug, por cuyo cuello ruedan gotas condensadas como lágrimas.

—Con los saludos del chef —murmura el maître, inclinándose tan bajo que casi espero que su nariz roce el suelo—. Por favor, disfruten de la velada.

Ayudo a Ariel a sentarse y la veo hundirse en los cojines de terciopelo como si fuera su sitio. Como una reina ascendiendo a su trono.

Mi reina, le guste o no.

Sus labios vuelven a torcerse en esa sonrisa perfecta. —¿Quién ha dicho que la caballerosidad ha muerto?

—No ha muerto. Solo es impopular hoy en día —me acomodo en mi lado de la cabina, ajustándome la corbata. Sus ojos siguen atentamente el movimiento antes de apartar la mirada.

—No puedo decir que no esté de acuerdo. El último chico con el que salí me llevó a Chick-Fil-A.

La mención casual de otro hombre tocando lo que ahora es mío hace que la violencia recorra mis venas. Quiero encontrar a ese inútil

de mierda y explicarle exactamente por qué ha sido un error. Preferiblemente con los puños.

Paciencia, Sasha. Paciencia.

En lugar de eso, aprieto los dientes en lo que podría llamarse generosamente una sonrisa. —Seguro que pueden encontrar un pollo para freír si la comida de aquí no es de tu agrado.

Algo ardiente y desafiante relampaguea en sus ojos, ahí estás, *pequeña escupefuego*, antes de que esa máscara perfecta vuelva a deslizarse en su sitio.

El camarero se acerca con una respetuosa inclinación de cabeza. —Señor, señora, es un placer que nos acompañen esta noche. ¿Puedo...?

—Cinco de esos.

Otra vez Ariel. No es que ladre órdenes, al contrario, su voz es tan dulce, femenina y jodidamente *perfecta como la de una princesa* que es un milagro que pueda ofenderme.

Pero hay algo en la forma en que sigue abalanzándose justo cuando espero que se siente y se deje servir que me irrita.

El camarero está tan sorprendido como yo. —Perdone, ¿cinco de qué exactamente, señora?

—Esos —señala con una uña cuidada con bastante rudeza a la mesa de al lado. La pareja que está allí lleva un traje de noche que hace un siglo habría sido "anticuado". Deben tener cerca de noventa años. La miran parpadeando con lenta confusión.

—¿Cinco... raciones de caviar osetra? —se esfuerza por aclarar el camarero.

—¿Hay algún problema? —pregunta.

Sacude la cabeza apresuradamente, mirándome. —No, no. Por supuesto que no. Volveré enseguida con eso —se va en un santiamén y me deja mirando a mi cita y preguntándome qué estará pasando exactamente por su cabeza.

—Tenía intención de pedir por nosotros —retumbo.

—¡No me gustaría que te tomaras la molestia! —dice—. No es que no sea *muy* caballeroso por tu parte. ¿Qué mujer no sueña con

un hombre grande y fuerte que saque las sillas y pida por ella? —su voz gotea miel, pero hay un océano de vinagre de fondo—. ¿Cómo podría hacer esas cosas yo sola, delicada y femenina?

El desafío en su tono me hace palpitar la polla. Me dan ganas de inclinarla sobre la mesa y mostrarle exactamente con qué clase de hombre está tratando.

Pero eso sería... descortés. Y yo no soy más que un caballero.

Al menos, hasta que se cierre la puerta de la habitación.

—Dirijo un imperio. Puedo encargarme de pedirte la cena.

—Oh, un *imperio*, ¿eh? —se inclina y sonríe, todo dientes y nada de calidez—. Cuéntamelo todo. ¿Tienes algún gran plan de emperador? ¿Desfiles? ¿Grandes bailes? ¿Quizá una gran nave espacial redonda para destruir planetas enemigos?

Hay algo que no encaja. El fuego que vi en sus ojos en la gala, el desafío que me hizo querer romperla, está aquí y allá, presente y desaparecido, bailando más rápido de lo que puedo localizarlo. Y, cuando desaparece, es sustituido por esta dulce parodia de sumisión aduladora que me pone los pelos de punta.

¿Su obstinación de aquella noche era solo una actuación? ¿O es esta la actuación?

Una cosa es segura: cuando acabe esta noche, le quitaré todas las máscaras que lleve hasta que no tenga dónde esconderse. Encontraré a la verdadera Ariel Ward debajo.

Y entonces, la domaré como es debido.

La gente cree que el romance es complicado, pero no lo es. Es una ecuación, la más sencilla de todas: vino, cena, sexo. Esa rutina de tres pasos me ha hecho ganar muchos más corazones de los que nunca quise, sobre todo cuando lo único que me interesaba era una noche con el cuerpo que los acogía.

Entonces, ¿por qué Ariel no iba a ser igual?

¿Por qué no iba a caer rendida a mis pies como todas las demás mujeres?

Diez días son unos nueve y medio más de lo que necesito.

El camarero vuelve con una fuente repleta de caviar y la pone delante de nosotros. —Cinco raciones de osetra...

—Oh, no, no, no —tose Ariel con tristeza—. ¡Esto no es lo que quería! Me refería a esos —esta vez, señala un plato completamente distinto, en una mesa completamente distinta. Tres ratones ciegos no habrían fallado por tanto margen, pero ella no muestra ningún signo de confusión. Solo vuelve a sonreír.

No puedo decidir si quiero reírme o sacarle la sonrisa a la fuerza.

—Eh... Señora, solo quiero asegurarme de que estoy...

—Son tartas, ¿verdad? —mira al hombre—. ¡Eso es lo que quiero! Siento mucho la confusión.

El camarero me mira sin esperanza. Me encojo de hombros. Si quiere hacer el ridículo, no se lo impediré. Eso no cambia cómo acabará esta noche: un gemido en mis oídos, un anillo en su dedo, un ejército en mi bolsillo.

Mientras tanto, sorberé mi champán y esperaré.

Se toca las uñas distraídamente mientras el camarero vuelve a desaparecer en la cocina en busca de sus tartas. A su favor, no tarda demasiado, aunque esta vez trae refuerzos. Otro camarero trae dos platos de entremeses.

—Tartaletas de higos y queso de cabra —explica el pobre bastardo—. Emparejadas con una copa de nuestro mejor Chateau Pétrus. Añada 1920. Un año excelente.

El plato es una obra de arte: higos regordetes que gotean miel, queso de cabra batido hasta formar nubes, todo ello maridado con un Merlot que es el paraíso para el paladar. Espero a que coma, aunque solo sea porque quiero ver cómo es el éxtasis en su rostro antes de mostrarle cuánto más es capaz de sentir su cuerpo.

Pero Ariel da un delicado mordisco y deja el tenedor como si la quemara.

—¿No es de tu gusto? —pregunto.

No debería importarme lo que piensa de la comida. No debería fijarme en cómo trabaja su garganta al tragar.

Su sonrisa es lo bastante azucarada como para pudrir dientes. —No me gusta mucho el queso de cabra.

Mentirosa. Es imposible que a una princesa griega no le guste el queso de cabra. Diablos, probablemente se alimentó de esa mierda desde que nació.

Pero a la mierda. No voy a perder el tiempo con estas tonterías. Si quiere jugar a este juego, la dejaré. Que finja que no está ávida de algo más que comida.

Bebo lentamente un sorbo de vino, observándola por encima del borde de la copa. Sus ojos siguen cada movimiento que hago.

—Qué pena —comento, con un tono de voz lo bastante bajo como para hacerla estremecer—. Tenía tantos planes para el postre.

Ariel se encoge de hombros y se ríe como una muñeca Barbie de cuerda. —¡Oh, no! —luego, hace una señal al camarero para que vuelva.

A partir de ahí, es como un puto montaje de picaresca.

Llega una ensalada: almendras y guisantes y las verduras más inofensivas que jamás se hayan hecho. Nunca he conocido a una mujer que no se atiborre de comida de conejo. Seguro que esta vez no tiene nada que objetar.

Y sin embargo...

—¿Y ahora qué?

—Tengo alergia a las almendras —explica con simpatía.

No, no la tienes. Hice que crearan un expediente sobre ti. Si fueras alérgica a los gatos, Feliks lo sabría. —Lástima.

La voz en mi cabeza que insta a la *Paciencia* empieza a volverse ronca.

El pato: —Oh, lo siento mucho —dice con una mirada compungida al confit de pato rociado con compota de cereza—. El pato me recuerda demasiado a mi mascota de la infancia. Tenía un patito que se llamaba Sir Quacks-a-Lot.

Tartar de carne—: ¿El chef está intentando contagiarme parásitos?

Una y otra vez, rechaza todo lo que se le propone, y una y otra vez, no puedo evitar sentir que algo falla en toda esta actuación. La malcriadez va y viene como una marea, sube cuando se acerca el camarero, baja cuando estamos solos. Su cuerpo traiciona lo que su boca niega: el rápido destello de su lengua cuando llega un nuevo plato, el agarre con los nudillos blancos de su copa de vino cada vez que me acerco.

La sorprendo mirándome las manos mientras corto la tierna carne del costillar. Sus pupilas se abren de par en par cuando me llevo el tenedor a la boca, un destello de calor relampaguea en esos ojos verdes antes de que se acuerde de su actuación y desvíe la mirada.

No es inmune. Ni por asomo.

Lanzo otro trozo de wagyu perfectamente cocinado, viéndola empujar la comida por el plato como un niño que evita la hora de acostarse. —¿Le pasa algo a la salsa? —le pregunto mientras la retira con cuidado de su quinto plato sin tocar.

Levanta la mirada a través de esas espesas pestañas, irradiando falsa inocencia como un reactor nuclear. —No me gusta mezclar fruta con carne.

Dejo el cuchillo con cuidado deliberado, el metal chasqueando contra la porcelana como una bala al ser disparada.

De acuerdo.

A la mierda la paciencia.

Es hora de poner fin a esta pequeña farsa.

Hago una señal al camarero. —Lleva el plato de la señora a la cocina. Retira la salsa.

A nuestro alrededor, el restaurante se queda en silencio. En la década que llevo frecuentando este lugar, nunca he devuelto un plato. Las mejillas de Ariel se sonrojan cuando los comensales cercanos se vuelven para mirarnos.

Pero ella no dice nada.

Tal vez haya esperanza para la potrilla, después de todo.

Cuando llega su nuevo plato, la observo con oscura diversión. —¿Mejor?

Da un mordisco, incapaz de negarse sin montar una escena. —Perfecto —consigue decir, pero su voz se ha vuelto ronca.

Me inclino hacia delante, lo bastante cerca como para percibir el olor a melocotón en su piel. Lo bastante cerca como para imaginarme saboreándolo. —Pensé que podría ser así —bajo la voz, solo para sus oídos—. Siempre sé exactamente lo que necesita una mujer, incluso cuando se resiste.

El tenedor tiembla ligeramente en su empuñadura. Ya no juega con la comida, y ambos sabemos por qué. Sus jueguecitos solo la han hecho más apetitosa.

Es entonces cuando por fin se enciende la bombilla.

No se está haciendo la difícil. No rechaza la comida porque no le guste.

Al contrario... está lista para el postre.

Y yo también.

La cojo de la muñeca cuando coge otra copa de vino. Su pulso revolotea contra mis dedos como un pájaro atrapado.

—Quiero enseñarte algo —las palabras salen más ásperas de lo que pretendía.

—¿Qué clase de algo? —chilla.

—La vista desde mi ático. Es espectacular.

Vacila solo lo suficiente para mantener su pequeña farsa de virtud. El tiempo suficiente para que yo quiera hacerla pedazos.

—Me gustaría —le tiembla la voz. Por deseo o por miedo... A estas alturas, me da exactamente igual. Ambos me darán lo que quiero.

Me levanto y le tiendo la mano. Cuando coloca sus delicados dedos en mi palma, tiemblan.

Cruzamos el vestíbulo y nos dirigimos a las puertas del ascensor del hotel anexo. Las puertas se cierran con un suave *ding*. Aquí dentro, cerrados a cal y canto, ese olor a melocotón es más fuerte que nunca.

Algo primitivo se despliega en mi pecho. Algo que quiere inmovilizarla contra estas paredes y follarla hasta que olvide a todos

los hombres que me precedieron.

Pero también hay algo más. Algo que me hace preguntarme si sigo siendo el cazador aquí. Si alguna vez lo fui.

Entonces, lo descarto. Ella es un conejo y yo soy un lobo. Lo que ocurra a continuación será desordenado, brutal y breve. Pero saciará mis necesidades, eso es un jodido hecho.

Los "diez días" terminan esta noche.

14

ARIEL

Mierda.

Hago todo lo que puedo para mantener mi cara de póquer y ocultar mi pánico. Porque, de hecho, tengo pánico.

Subir a su ático no formaba parte del plan. Llevo toda la noche comportándome como una mocosa malcriada. ¿Por qué Sasha aún no ha salido corriendo?

Fui exigente. Fui molesta. Fui esnob. Maleducada.

Entonces, ¿por qué Sasha parece pensar que estoy dispuesta a follar? ¿Y por qué él está dispuesto a follar?

¿En qué me he equivocado?

Sería mucho más fácil pensar si realmente no estuviera dispuesta a follar. Tal como están las cosas, toda la sangre corre hacia el sur. Me siento mareada, enloquecida, ruborizada de una forma que no había sentido en mucho, mucho tiempo. No me había sentido así desde...

Desde que un desconocido de ojos azules me folló hasta la inconsciencia en un cuarto de baño.

Es como si continuáramos justo donde lo dejamos.

Intenté llevar este vestido rojo como una armadura, como una máscara, pero en cuanto lo vi esperándome fuera del restaurante, empezaron a sonar cinco alarmas de incendio en cada célula de mi cuerpo.

Son las manos.

No, son los ojos.

Quizá la colonia.

¿O es el corte de su mandíbula, el ángulo de sus hombros, la aspereza de su voz cada vez que ronronea mi nombre? Esta noche aún no lo ha dicho, pero, si me gruñe *ptichka* al oído, podría quemarme.

El ascensor hace *ping* y las puertas se abren. Sasha me hace un gesto para que salga primero. En teoría, es caballeroso, pero conozco demasiado bien a los de su clase. Acaba de cortar mi última esperanza de escapar. Podría haber dejado que se adelantara y pulsar el botón del ascensor para volver a la planta baja.

Demasiado tarde para eso ahora.

Derrotada, salgo. —¿Dónde está esta… em, vista?

Cuanto antes la vea, antes podré irme y celebrar mi autocontrol con una hamburguesa con queso. Estaba demasiado ocupada devolviendo todo a la cocina para comer de verdad. Me muero de hambre.

—Paciencia —dice—. Tenemos tiempo para eso.

No "tenemos" nada. *Él* tiene tiempo; *yo* tengo una bomba de relojería conectada en medio de mi vida, y tengo que desactivarla antes de que todo lo que amo explote.

El problema es que hay una parte de mí que quiere quedarse. Una parte de mí se pregunta: *¿Y si dejas que ocurra?* El recuerdo de aquel cuarto de baño me persigue como un sueño febril. Sus manos en mi piel, su aliento en mi oído. Un magnetismo crudo y animal que me atrajo hacia él incluso antes de saber su nombre. La química no es suficiente. Esto es fusión nuclear: peligrosa, explosiva, capaz de arrasar ciudades.

Capaz de destruirme.

Odio lo mucho que lo anhelo. Odio que, incluso ahora, sabiendo lo que sé, temiendo lo que temo, mi cuerpo traicionero aún recuerde su tacto.

Me persigue por mi apellido. Por las conexiones. Por el imperio que represento.

Necesito recordarlo. Necesito tatuarme esa verdad en mi puta alma.

No *me* quiere.

Pero una voz traidora sigue susurrando objeciones en los rincones más oscuros de mi mente. *Si eso es cierto, ¿por qué te deseó aquella noche? Antes de saber tu nombre o tu valía, cuando no eras más que una extraña en un cuarto de baño, ¿por qué te miró como si fueras todo lo que siempre había deseado?*

Salgo de mis pensamientos al ver la habitación. —Oh, vaya.

Paredes doradas. Alfombra persa. Una cama con dosel tamaño king con cortinas transparentes. Antes bromeaba sobre lo del emperador, pero, si eso no fuera imposible, pensaría que Sasha le dio una paliza a Luis XIV y le robó el dormitorio.

Contrólate, tonta. ¿Dejarás que use un juego de sábanas de mil hilos de calientabragas?

Correcto. El plan. Novia psicópata.

—Vaya, que sutileza —murmuro.

Viene detrás de mí, una pared de calor que puedo sentir sin tener que darme vuelta. —La sutileza es para los hombres que no están seguros de lo que quieren —su aliento me roza el cuello—. Yo estoy muy seguro.

Me estremezco y me alejo. —Tu ego está absorbiendo todo el oxígeno de aquí. Abramos una ventana.

Avanzo a grandes zancadas hacia las puertas de los balcones, intento manipular la cerradura, pero me tiemblan las manos y mi cerebro se queda de repente en blanco de todo recuerdo sobre si a la derecha se cierra y si a la izquierda se abre o no.

La puerta se niega a abrirse. Sin otra opción, me giro para mirarlo. Sasha está de pie donde lo dejé, en el centro de la habitación. Con las manos en los bolsillos, totalmente aburrido, pero con un brillo en los ojos que no hace mucho por calmar mis escalofríos.

—¿Vas a quedarte ahí parado o vas a ayudarme?

No se ríe. No parpadea. Solo sigue mirándome como si quisiera unos segundos más para memorizar el tono exacto del rubor de mis mejillas. —Estás nerviosa.

—Me aburro —corrijo en una mentira descarada—. Todo este numerito de "mafioso melancólico" ya cansa. ¿Practicas tus líneas en el espejo? *Mírenme, soy Sasha Ozerov, bebo whisky y mato a gente antes del almuerzo...*

Cruza el espacio que nos separa en un instante, sin esfuerzo. Un borrón de movimiento negro. Su mano sale disparada y me agarra la muñeca. —Cuidado, Ariel. No eres tan graciosa como crees.

—Y tú no das tanto miedo —intento tirar de mi brazo hacia atrás, pero su agarre se hace más fuerte.

—¿No? Entonces, ¿por qué tiemblas?

Porque tú eres fuego salvaje y yo soy gasolina.

Sus iris son de un azul tan pálido que casi son translúcidos. Miro hacia atrás todo lo que me atrevo antes de apartar la mirada. Pero no me deja ir muy lejos. La mano que no me está esposando se levanta para redirigir mi rostro, con suavidad, con ternura, casi con reverencia, hacia el suyo.

—Respira —canturrea.

—Lo estoy haciendo.

—Sí, pero lo haces como si nunca fueras a tener la oportunidad de volver a hacerlo.

En sentido estricto, no se equivoca. Suelto una exhalación renuente, seguida de una tímida bocanada de aire. Sus dedos arden en mi mejilla, descansan allí como mariposas.

Otra inhalación. Otra exhalación. Lentamente, mi ritmo cardíaco desciende de nuevo hacia algo parecido a la normalidad.

Entonces, su cara se acerca. Más cerca. Tardo un largo y tonto instante en comprender las implicaciones. ¿Besarme? Seguro que no. Pero ahí viene, más cerca, más peligroso, más cerca, *más cerca*…

Y entonces, me suelta la cara, pasa la mano por mi cintura y descorre el pestillo de la puerta del balcón.

La ráfaga de aire de diciembre es suficiente para extinguir todo el calor acumulado que estaba convirtiendo mis entrañas en papilla derretida. Tiemblo, esta vez de frío, y me aprieto el torso mientras la piel de gallina me recorre los brazos.

Me doy vuelta y salgo al balcón.

Y se me corta la respiración.

Nueva York brilla abajo como monedas arrojadas a una fuente para la buena suerte. Negro y neón y plata y oro, movimiento y luz por todas partes, coches y gente arrastrándose por las calles de abajo.

Vives en una ciudad así porque te asombra cada vez. A mí, al menos, me asombra. Por eso nunca me he atrevido a correr tan lejos como debería.

Otra ráfaga de brisa fría hace que la vista se vuelva borrosa mientras los ojos se me llenan de lágrimas. Pero, en cuanto empiezo a sentirme como un polo en Prada, Sasha vuelve a acercarse por detrás. Sus brazos me aprisionan mientras se agarra a la barandilla de hierro forjado. Al instante, me relajo y absorbo su calor, aunque sé que es veneno.

—¿Te gustan las alturas? —pregunta.

—Me gusta saber que podría saltar si fuera necesario.

Un latido. Su pecho roza mi espalda. —Lo dices como si no fuera a ir a por ti.

El escalofrío que me sacude esta vez no es por el frío. Es por el puto enigma imposible del hombre que actualmente me inmoviliza en el delgado borde de uno de los miradores más caros del mundo.

Es como una de esas ilusiones ópticas: Miras y ves dos caras frente a frente. Luego, parpadeas y es un jarrón. Caras, un jarrón, un hombre bueno, un hombre malo... todo se mezcla y es muy difícil saber qué es qué o quién es quién o qué es real o qué no lo es o por qué debería o no debería dejarlo hacer lo que quiera conmigo.

—¿Me perseguirías hasta allí? —hago un gesto hacia las relucientes calles de abajo—. ¿A través de todo eso?

—Quemaría toda la ciudad para encontrarte.

—Eso no es romántico; es psicótico.

La risa retumba en su pecho y en mi columna vertebral. —Son la misma cosa, *ptichka*.

—Deja de llamarme así —giro para mirarlo a la cara. Es un error. Ahora estoy atrapada entre su cuerpo y cuarenta pisos de nada—. No soy tu pajarito.

—¿No? —sus ojos bajan hasta mi garganta, donde mi pulso martillea contra mi piel—. Desde luego, vas vestida como uno. Todas estas plumas. Toda esta delicada seda.

Se suponía que el vestido formaba parte de mi estrategia. Compré lo más caro que pude encontrar en Bergdorf's: metros de charmeuse de seda de color carmesí que flota alrededor de mi cuerpo, con plumas de avestruz blancas adornando el escote de cuello alto.

Pero la forma en que me mira ahora me hace sentir que no me vestí para matar; me vestí para que me mataran.

Sus dedos rastrean una de las plumas, apenas rozando mi piel. —¿Te has puesto esto para tentarme? ¿O para torturarme?

—Quizá no pensé en ti ni una sola vez mientras me vestía. ¿Lo has pensado alguna vez?

Se acerca más. —El restaurante está cerrado. El personal se ha ido. La ciudad está dormida —su dedo recorre mi brazo—. Aquí no hay nadie más que nosotros, Ariel. Nadie para quien actuar.

Su mirada se dirige a mi boca.

Este es el juego, me recuerdo. *Que piense que está ganando.*

Inclino la barbilla. —¿Y ahora qué? ¿Me enseñas tu dormitorio? ¿Tu colección de cuchillos? ¿Tus exnovias taxidermizadas?

—No —su pulgar roza mi labio inferior—. Ahora, dejas de hablar.

El beso no debería sorprenderme, pero lo hace. No es suave. Es un reclamo: caliente, hambriento, todo dientes y lengua y violencia apenas contenida.

Lo que también me sorprende es que lo dejo besarme.

Le meto el puño en la camisa, aferrándome inútilmente a mi rabia, que se disuelve rápidamente, mientras mi cuerpo se arquea

hacia el suyo con una motivación totalmente distinta. Gime, el sonido vibra en mi interior y, de repente, me levanta. Mis piernas rodean su cintura mientras me lleva a la mesa.

Sus manos están por todas partes. Mi vestido se desgarra en el hombro, su boca sigue el desgarro, abrasa un camino por mi cuello. Jadeo, mis uñas rasgan su cuero cabelludo. —Sasha...

—Dilo otra vez —gruñe contra mi piel.

—Sasha.

—Más alto.

—*Sasha*.

Rasga la otra manga. La tela se desliza hasta el suelo. Sus ojos se clavan en los míos, negros de deseo. —Esta noche eres mía, Ariel. Cada jadeo. Cada grito. Mía.

Debería empujarlo. Debería darle un rodillazo en la ingle y huir.

En lugar de eso, vuelvo a besarlo.

Es un error. Él lo toma como una rendición. Sus manos se deslizan bajo mis muslos, arrastrándome más cerca. La hebilla de su cinturón se clava en mi estómago, una marca.

No. Así no.

Libero mi boca. —Para.

Se queda quieto, con el pecho agitado. —¿Qué?

—He dicho que pares.

Su risa es áspera. —Tu cuerpo dice lo contrario.

—Mi cuerpo es un mentiroso —empujo contra él, pero no se mueve—. Quítate. Quítate.

Por un momento, pienso que se negará. Entonces, se levanta bruscamente, dejándome fría.

—Estás jugando a un juego peligroso, Srta. Ward —dice, ajustándose los gemelos con movimientos bruscos.

Me incorporo, agarrándome el vestido estropeado. —Tú empezaste.

—Y me has seguido hasta aquí.

—A tu ático, no a tu cama.

Se acerca a la barra y se sirve dos dedos de vodka. —Entonces, ¿por qué viniste?

—Para sentar un punto.

—¿Qué cosa?

Hago lo que puedo para mantenerme firme sobre piernas temblorosas. —Que no te pertenezco. Que puedo entrar en tu mundo y salir de él.

Vacía el vaso de un trago y lo vuelve a dejar con un tintineo áspero. —Pues hazlo. Vete.

—Mírame —tomo mis cosas y me dirijo al ascensor.

Se me echa encima en tres zancadas y me arrincona contra la pared.

—¿Qué haces? —respiro—. Me dijiste que me fuera.

—Te dije que lo intentaras —sus labios se ciernen sobre los míos —. Pues vete. O bésame.

Lo odio.

Lo detesto.

Lo beso.

Esta vez, es más lento. Más profundo. Una caída libre sin paracaídas. Sus manos enmarcan mi cara, tiernas de una forma que me aterroriza. Su lengua choca con la mía, juguetona, burlona, aquí y allá, dulce y hábil. Saboreo la acidez del vodka y el dulzor de las tartas de higos. Cuando se retira, su aliento me roza los labios. —Quédate.

Sí.

No.

Sí.

Enrosco los dedos en su pelo, arrastrándolo al suelo. La alfombra me quema las rodillas, pero no me importa. Le quito la camisa de un tirón y trazo un mapa de las cicatrices de su pecho con la lengua. Cada una es una historia que nunca pediré.

Todo el tiempo, me digo que estoy haciendo esto como un juego de poder. *Mantener la ventaja. Jugar su juego. Mostrarle lo que quiere y luego quitarselo antes de que lo consiga.*

Todo el tiempo miento.

Su cinturón se abre con estrépito, su cremallera raspa, y entonces sus manos están bajo mis muslos, tirando de mí a horcajadas sobre él. —Ariel...

Sus dedos se clavan en mis caderas. Me balanceo contra él, la fricción quema el encaje de mi ropa interior. Sisea y echa la cabeza hacia atrás. —Mierda. Tú...

Le tapo la boca con la mano. —No lo estropees.

Me pellizca la palma de la mano, con los ojos encendidos, y nos hace girar. El mundo gira. Cuando se incorpora, sus dientes encuentran el lóbulo de mi oreja. —Dime que quieres esto.

—No.

—Mentirosa —se aprieta contra mí y ahogo un gemido—. Dímelo.

—Quiero...

Los cristales se rompen.

Nos quedamos inmóviles, el sonido sacude el denso silencio. Pero entonces lo veo. El vaso de vodka olvidado de Sasha, derribado de la mesa por nuestro pequeño baile a trompicones. Está esparcido por el suelo en fragmentos brillantes.

Es la llamada de atención que necesitaba. *¿Cuál es el premio por ganar este juego, Ari? ¿Esto es "alejarlo" para ti? ¿No vas a acabar igual de destrozada que ese vaso?*

Me alejo de él, con el vestido colgando de un hombro. Me coge. —Ariel...

Le aparto la mano de un manotazo. —No me toques.

Se sienta sobre los talones, con el pecho aún agitado. —No tiene por qué ser así.

—¿Cómo? ¿Como si un monstruo me chantajeara para casarme? —me río, un sonido tan agudo como los fragmentos de cristal que nos rodean—. Es exactamente lo que es.

Le tiembla la mandíbula. —Has venido voluntariamente.

—Para demostrarte que puedo resistirme —me levanto sobre piernas temblorosas—. Y ahora, lo haré.

—¿Así es como llamas a esto? —señala el espacio entre nosotros, crepitante de electricidad y de malas decisiones que se mueren por ser tomadas—. ¿Resistencia?

—Llamémoslo un momento de locura temporal —agarro mi bolso de donde se ha caído—. No volverá a ocurrir.

Se levanta con un movimiento fluido. —Te mientes a ti misma.

—Tú también, si crees que alguna vez seré tuya.

Me apresuro a atravesar el ático. El ascensor se abre al tocarlo. Pequeñas misericordias. Un segundo más en este lugar es demasiado.

—Ariel…

Entro y empiezo a pulsar el botón de la planta baja. —Vete al infierno, Sasha.

Su mano sale disparada, deteniendo las puertas antes de que puedan cerrarse. —Te olvidas de algo.

¿Mi amor propio? Sí, lo dejé en tu alfombra.

Me muerdo el labio para contener las palabras mientras él entra en mi espacio, apiñándome contra la pared de espejos. —Olvidas que no me rindo.

—Hay una primera vez para todo.

—No en eso —me agarra de la muñeca y me mira fijamente, duro y despiadado, el azul en el corazón de una llama. Luego, me suelta y se aleja—. Te veré pronto.

Las puertas se cierran ante su sonrisa.

En cuanto se va, toda la lucha muere en mí. Me desplomo contra el espejo, tiemblo. Mi reflejo se burla de mí: labios hinchados, pelo alborotado, una mujer deshaciéndose.

Un día menos, creo.

Faltan nueve.

15

ARIEL

—¿Y ya está? —Gina se resiste—. ¿Te ha dejado marchar sin más?

—Bueno, no es como si pudiera encerrarme —*aunque una parte de mí casi, más o menos, deseó que lo hiciera.*

—¿No puede? —replica—. Es un *pakhan* grande y malo. Seguro que puede hacer muchas cosas.

Doy un sorbo a mi café con leche con triple chocolate y moca. Después de la falta de calorías de ayer, se me antoja todo lo que hay en el menú. *Cualquier* menú, en realidad. —No creo que hiciera eso. Llámame loca, pero... no me dio esa sensación. Esa vibra de "encerrarte y atarte".

—Qué pena —suspira Gina—. Es la mejor vibra que hay.

Estoy a punto de decirle que no prefiero ninguna de las vibra de Sasha, por muy pervertida que sea, cuando Lora entra corriendo en la cafetería. —Lo siento —jadea—. El tráfico era una locura. ¿Qué me he perdido?

—Ariel sigue intentando librarse de su chico malo multimillonario —le informa Gina. Es la versión suavizada, la que no menciona mi verdadera identidad, ni su verdadera identidad, ni por qué esta unión sería un paso que acabaría con mi carrera, ni por qué rechazarla podría acabar con mi vida—. Su padre quiere que se case con él.

—¡Santo cielo! —dice Lora, atónita—. Es como si los hombres creyeran que hemos vuelto a los años cincuenta. Siento mucho que

tengas que lidiar con eso, cariño.

—No pasa nada. En realidad, está bastante bueno.

—¡Caramba! —exclamo.

—¡Es la verdad!

—Huh —reflexiona Lora—. ¿Es un mal tipo?

Técnicamente, sí, pero... —No es mi tipo.

—¿Pero es atractivo?

—Pues sí —*desgraciadamente.*

—¿Y rico?

Con dinero de la droga, pero sí. —Algo así.

Frunce los labios, pensativa. —Sabes que te apoyo, ¿verdad?

Uh-oh. —¿Por qué siento que hay un "pero" al final de este pensamiento?

—¡No es un "pero"! —niega Lora rápidamente—. Es un... un "pues".

Un "pues". Qué reconfortante.

Me desplomo hacia delante, derrotada. —A ver.

Como las lombrices de tierra tienen más agallas que Lora, la perspectiva de contradecirme pone una expresión culpable en su cara. Si hay algo que Lora odia, es el conflicto. —Pues... es que parece un poco soñado, ¿no?

Más bien de pesadilla.

—Define "soñado" —le digo.

—Guapo, rico y famoso —completa Gina—. *Pum.* Triple amenaza.

Frunzo el ceño. —¿De qué lado dijiste que estabas?

—¡Oh, todos estamos de tu parte, cariño! —canturrea Lora—. Solo necesito una explicación rápida... ¿por qué *no* te gusta este hombre?

—Bueno, él como que... él... —hay muchas formas de responder a su pregunta, pero me encuentro tanteando. *Las primeras palabras que le oí pronunciar fueron una orden de cometer un asesinato a sangre fría* parece una explicación clara, pero conlleva aún más preguntas que tendría que responder—. Él solo...

—Le gusta patear cachorros —interrumpe Gina—. Por gusto.

Lora jadea. —¡Dios mío!

—También es un defensor de los clubes de focas bebé. Tiene una pegatina para el parachoques y todo.

"*¿Qué demonios?*", gesticulo con la boca en dirección a Gina.

Hace como si no me viera. —¿A que sí? ¿Quién en su sano juicio haría daño a un bebé ani… ¡Auch!

Le doy un codazo en el costado a Gina, pero Lora está encerrada en los horrores.

—Un monstruo, eso es —decide Lora. La broma parece sobrevolar su cabeza—. Tienes razón, Ariel. Este hombre no es bueno. Tienes que deshacerte de él.

Me alegro de que al menos estemos en la misma página ahora. —Esa es la cuestión: anoche lo intenté de verdad. Fui muy grosera, chicas.

—¿De verdad? —Gina entrecierra los ojos—. Solo pregunto porque tu umbral de "grosería" parece ser un poco...

—¿Canadiense? —sugiere Lora.

Gina hace pistola con los dedos. —Bingo.

Levanto las manos. —¿Qué significa eso?

Gina se da una palmada. —Hagamos una autopsia de los eventos. Analiza lo que pasó anoche. ¿Dónde crees que fueron mal las cosas?

¿Aparte de dejar que el Sr. Grande, Malo y Melancólico me manoseara por todas partes? —Por Dios —digo—, no tengo ni idea. Hice todo lo que no se debe hacer en una cita: fui quisquillosa, pasivo-agresiva, desconsiderada...

—¿En qué sentido?

—No terminé ni un solo plato —le digo—. Me llevó a un restaurante francés de lujo, y yo fingí que todo allí era una mierda. Y no lo era —aún puedo saborear el único bocado de entremeses que tomé.

Dios, el queso de cabra estaba para morirse.

—¿Así que fuiste una niña mimada? —Gina suelta una carcajada —. Nena, no sé si te has dado cuenta, pero ese es el tipo de mujeres

que se casan a los veintiún años con hombres como Sasha. Esa es su marca.

—Entonces, ¡¿qué se supone que tengo que hacer?! —exclamo—. Me he quedado sin ideas, chicas.

—No necesitamos un nuevo plan. Esposas trofeo han acabado imperios con mucho menos. Tus jugadas son simplemente débiles, Ward.

Estoy a punto de volver a darle un tortazo a Gina cuando la mano de Lora se levanta como la de una ansiosa niña de guardería. —Creo que tengo una idea —se inclina conspiradoramente—. El verano pasado conocí a un comerciante de materias primas muy dulce en la boda de mi hermana. Tenía unos ojos verdes preciosos y, cuando bailamos, me habló de su yate en Sag Harbor.

—Pero lo has asustado —predice Gina, mojando un macaron en su café.

—¡No! —protesta Lora. Luego, se marchita—. Bueno... ¿quizá? Es que estaba muy emocionada. Le hice un paquete para nuestra segunda cita con sus aperitivos favoritos y un pequeño álbum de fotos con imágenes de nuestra primera cita. Y puede que le mencionara que en mi tablero de bodas de Pinterest ya tenía elegida nuestra estética de pareja...

Hago una mueca de dolor. —Oh, Lora.

—¡Lo sé! Lo sé —suspira soñadoramente—. Pero deberían haber visto su yate, chicas. Ya tenía nombres elegidos para nuestros futuros hijos. Estaba pensando en Margarita para una niña, por el barco. ¿Entienden? ¿Cómo *Mar*garita?

—Mátame —murmura Gina para que solo yo pueda oírla.

Lora se revuelve el pelo. —En fin, dejó de responder a mis llamadas después de que me presentara en su clase de CrossFit con botellas de agua "Soulmate" a juego. Y luego en su oficina con sopa de pollo cuando me enteré de que estaba resfriado. Y luego en casa de su madre para presentarme...

Gina se queda antinaturalmente quieta. —Espera, eres un genio.

Lora parpadea. —¿Yo?

—No a propósito, pero sí —se inclina sobre la mesa, con una sonrisa perversa dibujada en el rostro. —Los hombres quieren una cacería, Ari. Sobre todo, los hombres como Sasha. Así que no seas un conejo, sé un hombre lobo.

La miro confundida. —No te entiendo.

Me agarra la muñeca, con los brazaletes temblando. —¡Hemos hecho todo mal! No te limites a ser una malcriada, *métete* con él. Ponlo cachondo bajo ese bonito traje Armani. Preséntate en su despacho como una bibliotecaria sexy, agáchate sobre su mesa, susúrrale exactamente dónde quieres sus manos con tu mejor voz de Jessica Rabbit... y luego vete. Sin adioses ni seguimiento. Deja que se quede allí con las pelotas azules y una hoja de cálculo.

—¿En su despacho? —chillo.

La idea me aterroriza. Me imagino las salas de juntas de las empresas llenas de fustas de cuero negro y, de verdad, siento que eso es, al menos en gran parte, cierto.

—En su despacho —confirma Gina—. El cerebro de los hombres sufre un cortocircuito cuando invades su terreno. Confía en mí. Una vez le hice una paja a un vicepresidente en el almacén de Duane Reade durante su pausa para comer y ni siquiera lo dejé terminar. Me envió sonetos durante semanas.

Lora jadea. —¡Gina! Eso es crueldad.

—No, es ciencia.

Aparto la taza. —Quieres que... coquetee. Con Sasha. En el trabajo. Y que me vaya.

—Corrección: *Excita*, no solo coquetees. Luego, te retiras tácticamente. Luego... —Gina hace la mímica de una explosión con las manos—. Capitaliza la culpa católica reprimida o cualquier trauma que esté arrastrando.

—Es ruso ortodoxo. Creo.

—Patata, *kartofel*.

Lora y yo la miramos sin comprender. Ella pone los ojos en blanco. —Eso en ruso significa... ¿Saben qué? No importa. Mi humor es un desperdicio para este público. Lo que quiero decir es que los

juegos de dominación son universales. Así que juegas para ganar o para perder, pero juegas de cualquier manera. Te guste o no.

Miro fijamente el arte de mi café con leche: un tulipán derrumbándose. Mientras tanto, mi mente empieza a reproducir películas para mí. Imagino los dedos cicatrizados de Sasha tamborileando sobre un escritorio. El tono grave de su voz cuando se cierran los ascensores.

—¿Y si... toma represalias? —pregunto tímidamente.

Gina se burla. —Por favor. Chico malo o no, tiene una sala de juntas llena de matones ante los que parecer duro. ¿En el peor de los casos? Te mete en un armario de suministros y te devora hasta el fin del mundo. ¿En el mejor de los casos? —mueve las cejas—. Llama a tu padre y le dice: "Lo siento, señor, su hija es un peligro para mi productividad".

Lora dobla su servilleta en forma de origami nervioso. —Suena un poco... arriesgado...

Arriesgado. Esa es la palabra.

Suicida es otra.

Pero Gina tiene razón: Sasha es quien ha marcha en juego este juego. Yo solo estoy atrapada jugándolo.

Y ¿si él quiere llegar tan lejos?

Bien.

Yo también puedo luchar sucio.

16

SASHA

—¿Qué es ese olor?

Feliks, que se entretiene encendiendo y apagando su encendedor, una y otra vez, porque sabe que me vuelve loca, se encoge de hombros sin mirarme.

Flut. —No lo sé —*flut*.

—Se suponía que tenías que traer al equipo de limpieza —gruño.

—Lo hice —*flut*—. Dos veces —*flut*.

—Entonces, ¿por qué sigue oliendo a sangre?

Echo un vistazo a los asientos frente a mi escritorio, el último lugar en el que se sentó Brian Fenner. A mis ojos, bajo el resplandor de las luces fluorescentes de mi despacho, parece inmaculado. No hay sangre, ni manchas, ni señales de que allí haya ocurrido algo violento. Solo parece lo que es: una puta silla.

Pero, cuando lo huelo, huele a sangre.

Flut.

—Guarda esa puta cosa antes de que te la meta por la garganta.

Feliks se guarda el encendedor en el bolsillo con una sonrisa burlona. —Hoy estás de mal humor.

Aprieto la mandíbula. Claro que estoy de puto *mal humor*. Apenas he dormido. Como ha pasado desde que se cerraron las puertas del ascensor, no dejo de repasar en mi cabeza lo de anoche: las plumas de Ariel revoloteando sobre la alfombra de mi dormitorio.

Los pequeños jadeos que se deslizaban por sus labios. El suave borde de sus bragas cuando yo...

Por el amor de Dios, espabila, hombre.

—Háblame de la limpieza —ladro—. ¿Alguien ha visto algo?

—No. El cuerpo de Brian ya es ceniza, y Peter... —Feliks estira las piernas y bosteza—. Digamos que el río Este tiene un secreto más para guardar.

Tamborileo con los dedos sobre el escritorio. El anillo de mi mano derecha capta la luz, la misma mano que tocó su hombro desnudo anoche. Que se deslizó por su...

Me voy a volver loco.

—¿El coche?

—Triturado y fundido en el desguace de Igor. Sin rastro.

—¿Grabaciones de seguridad?

—Limpias.

—¿Y sus teléfonos? ¿Ordenadores?

—Todo controlado —arquea una ceja—. No soy un alma sensible, jefe, pero hoy estás empezando a herir mis sentimientos. Es casi como si ya no confiaras en que haga mi trabajo. O... —sonríe con timidez—. ¿Tienes algo más en mente?

Está poniendo el cebo, esperando que pique. Pero yo no nací ayer, y Feliks lleva fastidiándome desde el día en que le saqué de aquella puta zanja de Moscú, así que estoy acostumbrado a sus tácticas.

—Sigues diciendo que están limpios, pero conozco un agujero en el suelo con el cadáver de un niño serbio escondido que podría sugerir lo contrario.

Feliks tiene el descaro de parecer ofendido. —Ahora sí que me siento herido. Brian está, *estaba*, limpio en ese aspecto, Sasha. Peter también. Eran ladrones, pero estúpidos y aislados. Sin ninguna influencia serbia. No tenemos que ponernos paranoicos con esto.

—La paranoia nos mantiene vivos, *brattan*.

Feliks duda. —¿Seguro que estás bien? Pareces...

—Estoy bien.

—Porque si se trata de...

—No.

—Pero si lo fuera, sabes que podrías contar...

La grapadora que lanzo falla por centímetros a su cabeza.

Pero, por mucho que me resista a admitirlo, no se equivoca. Me aferro a los brazos de la silla hasta que los nudillos se me ponen blancos y me obligo a exhalar para calmarme.

Porque la grapadora no es lo único que falló por centímetros.

La tenía allí, *allí mismo*, maldición, gimiendo y maullando en el suelo. Un trozo fino de encaje era lo único que me separaba de ella.

Maldita sea, su reticencia ya había caído por el balcón. Ella lo deseaba. Lo deseaba tanto como yo.

Entonces, ¿por qué retroceder? ¿Por qué jugar a estos juegos?

¿Y por qué no puedo dejar de pensar en ella?

Me ahorro tener que responder a esas preguntas cuando llaman a la puerta. —Adelante —llamo.

Se abre y se cuela un hombre que parece totalmente fuera de lugar en este edificio de oficinas. Tiene la cara demacrada y tatuada, y la calva salpicada de tinta. No es apto para la sociedad educada.

Sin embargo, la sociedad bratva es exactamente el lugar al que pertenece.

—¿Pasa algo, Yannik? —pregunto.

Traga saliva y cruza las manos a la espalda. Siempre he apreciado esa reacción. Algo en los asesinos a sangre fría que agachan la cabeza ante ti complace al señor de la guerra interior de un hombre.

—Ha habido... un problema, señor. En una de las instalaciones de procesamiento.

Me inclino hacia delante. —¿Cuál?

—Avenida Skillman, señor.

Mi mandíbula se tensa. Es una de nuestras operaciones más pequeñas, pero aun así. —¿Qué tipo de problema?

—Serbios —Yannik desplaza su peso—. Un puñado apareció anoche, blandiendo bates de béisbol como putos locos. Empezaron a

molestar a nuestros chicos, exigiendo dinero por protección.

Intercambio una mirada con Feliks. No es la primera vez que los matones callejeros serbios intentan marcar su territorio en nuestros barrios. Como perros meando en los árboles.

—¿Algún herido?

—No, señor. Pero les afectó mucho a las personas que trabajan allí. Son empaquetadores de bajo nivel, ¿sabes? Se asustan con cosas así.

Me crujo el cuello. Por fin algo que hacer además de sentarte a pensar en... *Ni se te ocurra.*

—Llama a Dimitri y a Antón. Les haremos una visita.

—Ya los he llamado —dice Feliks, levantándose de la silla mientras guarda el teléfono—. Se reunirán con nosotros abajo.

Me levanto y cojo mi abrigo. —Es hora de recordar a algunas personas dónde pueden y dónde no pueden meter sus....

Entonces, hablando de demonios intrusos, la puerta se abre de golpe.

Y Ariel entra a grandes zancadas, con todas mis distracciones puestas de manifiesto.

Si eso fuera todo, le diría a mi secretaria que la llevara a almorzar y seguiría mi puto alegre camino para machacar algunos cráneos serbios. Mi futura esposa tiene que aprender cuál es su sitio.

Pero eso *no* es todo.

Lleva gafas. Unas monturas de cuerno se posan en su nariz, agrandando sus ojos verdes y haciéndolos más brillantes. Le cruza el pecho una impecable camisa blanca abotonada tres tallas más pequeña que la suya y dos botones demasiado bajos, metida dentro de una falda lápiz negra que abraza todas sus curvas y apenas le besa la parte superior de las rodillas. Lleva el pelo castaño recogido en un moño severo, del que se escapan delicados mechones que enmarcan su cara.

Mi cerebro entra en cortocircuito.

—Sr. Ozerov —se sube las gafas por la nariz—. Espero no interrumpir nada importante.

Yannik se queda boquiabierto. Feliks tose para ocultar su risa.

Debería estar furioso por esta interrupción. Debería estar pensando en esos serbios, en mantener el orden, en derramar sangre y en los negocios.

En lugar de eso, solo puedo pensar en lo mucho que quiero estropear ese pelo perfecto. En hacer pedazos esa falda para poder...

—Sra. Ward —mi voz sale más áspera de lo que pretendía—. No es un buen momento.

Me dirige esos grandes ojos verdes desde detrás de esas malditas gafas. La imagen de la inocencia perfecta mientras yo soy un sucio pecador a punto de caer en la tentación.

—Siento mucho interrumpir. Yo… —su cadera golpea mi mesa cuando se inclina sobre ella, haciendo que se desparramen los papeles, incluido el expediente de Brian—. ¡Uy! Qué torpe soy.

Aprieto la mandíbula cuando se inclina para recogerlos, dándome una visión perfecta por debajo de su camiseta. La temperatura de la habitación aumenta de pronto. De repente, siento el cuello apretado, estrangulándome.

—Pareces tenso, cariño —me pasa un dedo por el hombro, enroscándolo sobre mi bíceps—. ¿Quizá necesitas un descanso? Esperaba que pudiéramos comer juntos. te he echado tanto, tanto, *tanto* de menos hoy.

Pillo la nuez de Adán de Yannik mientras intenta no mirarle el culo. Ni siquiera Feliks puede apartar los ojos de sus piernas.

Ni siquiera puedo culparlos. Tengo la polla tan dura como para clavar putos clavos.

Pero los culparé de todos modos.

—Fuera —escupo—. Ustedes.

—Pero los serbios... —empieza Yannik.

—Manéjalos sin mí.

Feliks conduce a Yannik hacia la puerta y me lanza una sonrisa cómplice por encima del hombro antes de cerrarla. El chasquido del pestillo resuena en el repentino silencio.

Entonces, me volteo hacia Ariel.
—¿Qué —gruño—, crees que estás haciendo?

SASHA

La puerta se cierra con un chasquido, sellándonos en un silencio lo bastante espeso como para ahogarnos. No me muevo. No puedo moverme. No con ella allí de pie, pareciéndose a todas las fantasías prohibidas que he aplastado bajo mi bota.

Las gafas. La camisa ceñida sobre los pechos. La falda que debería ser ilegal.

Un clavo tras otro en mi ataúd.

La sangre ruge en mis oídos, un tamborileo primitivo. Lo acompañan voces que dicen cosas que no puedo permitirme hacer.

Sujétala.

Dóblala.

Tómala.

Ariel ladea la cabeza y curva los labios en una sonrisa tímida. —Luces tenso, querido —arrastra la palabra como una cuchilla, probando su filo contra mi paciencia.

Es jodidamente vergonzoso lo bien que funciona.

—¿Qué haces aquí? —mi voz es de grava, con los puños apretados a los lados.

Es una pregunta retórica; sé exactamente lo que está haciendo. Pero quiero oírselo decir. Quiero que admita que esto es un juego para poder destrozarlo de una puta vez.

Se encoge de hombros. Su blusa se desliza lo suficiente para dejar al descubierto el tirante de encaje de su sujetador. —¿No

puede una prometida visitar a su futuro marido en el trabajo?

—Aún no eres mi prometida.

—Oh, pero lo seré —se acerca, moviendo las caderas a cada paso —. Diez días, ¿no? O nueve ahora, supongo. Será mejor que nos conozcamos hasta entonces.

Su olor me golpea: Jazmín y melocotón, igual que aquella noche en el baño. Me inunda los pulmones, la garganta, el cráneo. Me ahogo en él.

Se detiene a unos centímetros de mi escritorio, rozando el borde con la cadera. —No estás trabajando, ¿verdad? —sus dedos siguen el rastro de mi portátil cerrado, con las uñas pintadas golpeando la tapa—. Parece como si solo estuvieras aquí. Pensativo. *Amenazante*.

—¿Amenazante?

—Mm —se inclina hacia delante, apoyando las manos en el escritorio. La blusa se abre y me obligo a mantener la mirada fija en la suya, porque, si vuelvo a mirar por debajo de las copas de su sujetador, podría implosionar—. Un ceño tan fruncido no puede ser bueno para tu tensión arterial.

—Eres tú la que me está dando un ataque.

Su risa es baja, melosa. —¡Pobrecito! —se endereza y hace un puchero con el labio inferior—. Quizá necesites una distracción. Un "sacudón" no sería tan mala idea, en realidad...

Cuando su palma se posa en mi corbata y sus dedos juguetean con la seda, no me inmuto. Pero mi respiración se entrecorta, traicionera.

Ella se da cuenta. Claro que se da cuenta. Su sonrisa se afila.

—Cuidado, *ptichka* —le advierto.

—¿O qué? —tira de la corbata y me acerca. Nuestros rostros están a la altura. Su aliento es caliente contra mis labios—. ¿Me... azotarás?

Me tiembla la mano por las ganas de agarrarla, de voltearla sobre el escritorio y enseñarle exactamente lo que les pasa a las malcriadas que juegan con fuego. Pero me mantengo firme, con los músculos tensos, dejándola creer que tiene el control.

Por ahora.

—Me estás poniendo a prueba —gruño.

—¿Qué estoy poniendo a prueba? —su pulgar roza el hueco de mi garganta, justo en la línea de mi cicatriz—. ¿Tu autocontrol?

—Mi misericordia.

Ariel titubea. —No conoces el significado de la palabra.

Antes de que pueda replicar, balancea una pierna sobre mí y se acomoda en mi regazo. La falda se le sube por los muslos. Mis manos vuelan hacia sus caderas por instinto, y las agarro con fuerza suficiente para magullarla. Pero ella no hace ningún gesto de dolor. Solo aprieta, lenta y deliberadamente, hasta que mi visión se apaga. —Ariel, yo...

—Shh —me pone un dedo en los labios. Su otra mano se desliza por mi pecho, desabrochándome el botón superior de la camisa. Luego, el siguiente. Y el siguiente—. Hablas demasiado.

Podría detenerla. Debería detenerla. Pero su piel está caliente como la fiebre a través del fino algodón de su blusa, y sus caderas se mueven a un ritmo jodidamente *obsceno*. Me duele la polla, apretada contra la cremallera, y ella sonríe como si lo supiera. Como si estuviera ganando.

—No eres el único que sabe jugar, Sasha —sus uñas me arañan la clavícula. Suave, suave, y luego una punzada, un arañazo que me hace sangrar—. ¿Te crees tan temible? ¿Tan *intocable*? —se inclina hacia mí y me roza la oreja con los labios—. Pero te he visto deshacerte. Lo he sentido.

Sus dientes rozan el lóbulo de mi oreja y la realidad se fractura. Mis manos se deslizan por su espalda, memorizando cada curva a través de la seda. Se arquea hacia mí como una gata, pero, cuando intento atrapar sus labios, gira la cabeza.

—Ah-ah —la punta de su dedo vuelve a presionarme la boca—. Nada de besos.

Gruño. —¿Por qué no?

—Porque no —mueve las caderas, provocando un gemido en lo más profundo de mi pecho—. Hoy las reglas las pongo yo.

Mi risa es oscura, peligrosa, delirante. —¿Desde cuándo?

—Desde... ahora —sus labios recorren mi cuello, sacando la lengua para saborear la sal de mi piel. Pero, cuando me inclino hacia ella, se aparta lo suficiente para negármelo—. Las manos por encima de la cintura, cariño.

Le agarro el culo, desafiante. —Oblígame.

Chasquea la lengua y se queda completamente quieta. —Podría irme.

—No lo harás.

—Pruébame.

Nos miramos fijo, ninguno de los dos dispuesto a echarse atrás. Entonces, lenta y deliberadamente, empieza a levantarse de mi regazo.

—De acuerdo —deslizo las manos hasta su cintura, rindiéndome. Por el momento.

Su sonrisa es puro pecado mientras vuelve a acomodarse. —Buen chico.

Mis dedos se clavan en sus costillas en advertencia, pero se ríe y vuelve a trabajar en los botones de mi camisa. Cada nuevo centímetro de piel expuesta recibe el mismo tratamiento: labios, dientes, lengua, mientras sus caderas mantienen ese ritmo enloquecedor.

El aire se espesa con el deseo, con la necesidad, con el recuerdo de aquella noche en el baño. Pero, cada vez que intento tomar el control, acelerar las cosas o acercarla, ella retrocede. Se niega. Se burla.

Es una tortura.

Es el éxtasis.

Me está volviendo jodidamente loco.

Sus uñas recorren mi pecho, dejando a su paso estelas rojas y furiosas. —¿Te sientes frustrado?

Cojo su muñeca, apretando lo justo para recordarle con quién está jugando. —No tienes ni idea.

—Oh, creo que sí —se inclina hacia mí, con su aliento caliente contra mis labios. Lo bastante cerca como para saborearlos, pero sin llegar a tocarlos. —La cuestión es... ¿qué vas a hacer al respecto?

Agarro con fuerza su muñeca mientras la sangre me corre por las venas. Nos dirigimos hacia el punto de no retorno.

—Estás jugando con fuego, Ariel.

Se mueve en mi regazo y yo reprimo un gemido. La fricción me está matando, joder.

Su mano libre serpentea por mis abdominales y juguetea con la hebilla de mi cinturón. —Parece que lo estás disfrutando.

Agarro su otra muñeca, pero ella vuelve a girar las caderas y mi agarre vacila. Se me cae la cabeza contra la silla y se me escapa una maldición entre los dientes apretados.

—Mírate —ronronea—. El gran jefe malo de la Bratva, desmoronándose por mi culpa.

Mis ojos se abren bruscamente, *¿cuándo los cerré?*, para encontrarla mirándome con oscura satisfacción.

Sabe exactamente lo que hace. Lo cerca que estoy de romperme.

Su peso se desplaza y, de repente, está de pie. La pérdida de contacto es el despertar más cruel que he tenido nunca.

—¿Qué...? —mis manos la alcanzan automáticamente, pero ella baila hacia atrás y se alisa la falda.

—¡Ni siquiera noté cuánto tiempo te estaba robando! —lo dice con tanta inocencia, con un aleteo tan puro de sus pestañas que casi me lo creo—. Dijiste que estabas ocupado, ¿verdad? No he venido a interrumpirte. Y además... —saca la lengua para mojarse los labios —. De todas formas, no tengo tanta hambre.

Luego, se da vuelta y sale contoneando las caderas. Caderas a la izquierda. Caderas a la derecha. Vuelve a recogerse el pelo en su moño.

Y la puerta vuelve a hacer *clic*

Se ha ido. Sin más.

Miro fijamente la puerta vacía, con la polla palpitando dolorosamente contra mi cremallera. Aún siento un hormigueo en las

manos cuando agarro sus caderas, su cintura, su...

Maldita sea.

No me había sentido tan crudo, tan expuesto, desde... desde el baño, en realidad. Desde que la abandoné, temblando de lujuria no consumida y con la certeza punzante de que había cometido un error.

Ahora ella me ha devuelto el favor, dejándome con el mismo sabor amargo de lo que podría haber sido. De lo que casi fue.

Lo que casi dejo que ocurra.

Me levanto de la silla. El cuero cruje bajo mis pies. La habitación parece demasiado pequeña, demasiado caliente. El aire está impregnado de su olor. A melocotón, como si ahora trabajara en un puto huerto.

Me acerco a la ventana, deseando abrirla de un tirón, pero en lugar de eso me aflojo la corbata. Abajo se extiende la ciudad, una jungla de cemento rebosante de vida. Normalmente, la vista me tranquiliza. Me recuerda todo lo que he construido, todo lo que controlo.

Pero hoy es una burla. Un recordatorio de lo fácilmente que puedo perder el control. Lo rápido que puede deshacerme.

Golpeo el cristal con el puño, la vibración me sacude los dientes.

¿Qué coño ha sido eso?

No fue una seducción. No exactamente. Fue... una declaración de guerra. No fue un juego previo, sino un juego de poder.

Y casi la dejo ganar. Casi olvido quién soy, de lo que soy capaz.

Casi.

Me giro y observo la habitación. Su presencia perdura en todas partes: en los papeles esparcidos por mi escritorio, en el tenue aroma de su perfume, en el dolor palpitante de mi polla frustrada.

Cojo el portátil con el que había jugueteado y lo abro. La pantalla brilla, iluminando la hoja de cálculo en la que estaba trabajando antes de que ella entrara. Antes de que pusiera mi mundo patas arriba.

Rutas de distribución serbias. Márgenes de beneficio. Logística. Las cosas que importan. Las cosas en las que debería centrarme.

No en la forma en que su blusa se tensaba sobre sus pechos. No en la curva de su cadera cuando se sentó a horcajadas sobre mí. No en la...

Otra vez, *mierda*

Vuelvo a cerrar el portátil de golpe. Es inútil. No puedo pensar. No puedo concentrarme. Solo la veo a ella, encaramada a mi escritorio como una reina en su trono, con sus ojos burlones detrás de esas ridículas gafas.

Ridículas, sí. Y sin embargo... devastadoramente eficaces.

Las mujeres se me han echado encima toda la vida. Modelos. Actrices. Herederas. Me han ofrecido todo: sus cuerpos, sus fortunas, sus almas. Pero ninguna me había hecho sentir así. Como si *yo* fuera el cazado. Como si *yo* fuera la presa.

Es exasperante. Estimulante.

Es muy, muy peligroso.

Camino por la habitación, con la mente acelerada. ¿A qué está jugando? ¿Qué quiere? ¿Lo sabe siquiera?

Una cosa es segura: yo sí lo sé. Sé lo que quiero y lo que me juego. Lo sé desde el día en que mi padre me enrolló aquel alambre de espino alrededor del cuello y lo mantuvo allí hasta que la cicatriz se fijó profundamente en mi piel.

Tengo un negocio por dirigir. Un imperio que proteger.

Y, al parecer, una novia que domar.

Sí, *domar*. Esa es la palabra adecuada. Cree que puede controlarme. Cree que puede manipularme con sus juegos, sus burlas.

Gruño y doy una patada a la silla, que da vueltas por la habitación y choca con la pared del fondo. Se equivoca. Está muy equivocada.

Yo soy quien tiene el control aquí. Yo soy quien toma las decisiones.

Y no dejaré que juegue conmigo.

ARIEL

Lo hice.

El trayecto en ascensor hasta mi apartamento parece infinito. Mis rodillas no dejan de temblar. Mi piel zumba. Respiro a bocanadas, como si acabara de subir diez pisos a toda velocidad en lugar de quedarme inmóvil en una caja sin aire.

Cuando meto las llaves en la cerradura a tientas, tengo los muslos resbaladizos de una calentura desenfrenada e impía y el pulso es una corriente eléctrica bajo la piel.

Pero lo *hice*.

He ganado.

Por fin consigo abrir la puerta, me lanzo al interior y la cierro de un golpe como si Sasha pudiera estar siguiéndome, listo para terminar lo que empecé. Mi bolso y mis llaves caen al suelo mientras me desplomo, de espaldas al suelo, dividida entre reír y gritar. La sonrisa que se me dibuja en la cara es de lo más tonta, pero no puedo evitarla. Tampoco lo haría si pudiera.

—Estás loca —me susurro a mí misma—. No puedo creer que hayas hecho eso.

Mi teléfono empieza a bailar en mi bolso. Lo saco y descubro que Gina me ha enviado un triple mensaje.

GINA: Entonces?

GINA: …Entonces??????

GINA: Entonces?????!!!!! Lo hiciste!?

Buena pregunta. ¿Lo hice? ¿Acabo de entrar en el despacho de Sasha, vestida como una bibliotecaria pornográfica, a la vista de sus compañeros de trabajo, y procedí a dejar sus bolas azules hasta que las venas le sobresalían de la frente como cables en el puente de Brooklyn?

Sí, de hecho, lo hice.

Estoy segura de que sigue babeando su portátil, le contesto, mareada y delirante.

La puta amaaa! es su respuesta inmediata.

Quiero gritar a los cuatro vientos, abrir la ventana de par en par y hacer saber a todo el mundo en Nueva York que yo, Ariel Ward, acabo de vencer al imbécil engreído conocido comúnmente como Sasha Ozerov.

Como me parece una mala idea, opto por el plan B, que consiste en apretar la cara contra un cojín y gritar.

Pero, incluso cuando ya pasó, mi cuerpo sigue vibrando con una energía inquieta. Es un calor que no tiene nada que ver con la temperatura real de mi apartamento y todo que ver con la forma en que Sasha me miraba cuando me senté a horcajadas sobre su regazo.

Como si quisiera enterrarse en mí y no salir nunca.

Tenía los ojos enormes, las manos tensas, y su respiración era un rumor áspero en el pecho. Estaba a un gemido de la combustión espontánea.

Lo jodí bien jodido.

El problema es... que puede haber habido daños colaterales.

En concreto, el infierno que arde entre mis muslos.

Me quito los tacones y camino por el suelo de madera hasta mi dormitorio, con la falda de mi disfraz de bibliotecaria eficaz rozándome los muslos. Probablemente esté arrugado, pero sinceramente, ¿a quién le importa? Sirvió para algo. Debería mandarlo a enmarcar como la camiseta de un atleta retirado.

Opto por otra forma de celebración post-Sasha: el autocuidado.

Del que incluye un artefacto con pilas.

Rebusco en el cajón de la mesilla y saco mi fiel vibrador. Es un objeto color oro rosado elegante que Gina me regaló las pasadas Navidades con un guiño y un consejo sabio: *Nunca subestimes el poder de un buen zumbido*.

Nunca se han dicho palabras más ciertas.

Me bajo la cremallera y tiro la falda a un lado. Luego, me acomodo contra las almohadas y enciendo a mi novio fiel.

Bzzz. Se me cierran los ojos.

En el vacío negro que hay tras ellos, aparecen dos círculos azules.

Su rostro nada en la oscuridad. Claro que sí. Normalmente intentaría forzarme a recurrir a uno de mis viejos conocidos, quién no ha tomado prestado a Jason Momoa para llegar a su objetivo, ¿verdad?, pero, dado lo loco que ha sido todo este día, dejo que ocurra. De todos modos, robar a Sasha para mi propio placer egoísta me parece otra victoria más.

Así que está ahí, revoloteando en la oscuridad. Alargo una mano imaginaria y siento la barba de Sasha imaginaria debajo de mis dedos. Trazo la línea de su mandíbula, descendiendo hasta su garganta, su clavícula, el valle entre sus pectorales.

En mi mente, está exactamente como lo dejé: mordiéndose el interior de la mejilla, la camisa desabrochada, la corbata torcida, la piel febril por todas partes que toco.

Srta. Ward... retumba su voz.

¿Quién, yo? me burlo en mi cabeza. *Pareces disgustado, Sasha. ¿Te ocurre algo?*

Vas a ser mi puta muerte.

Me río, tanto en mi fantasía como en voz alta, porque hay demasiados significados ocultos en esa frase como para que sea inteligente decirla en voz alta. No necesito que me recuerden lo que está en juego; Dios sabe que ya pasé bastante tiempo pensando en eso.

Lo que necesito es que Sasha de Ensueño haga lo que Sasha de Verdad nunca haría: *Que me deje usarlo como necesito.*

Aumento la vibración. Cuando me aparto el dobladillo de las bragas y lo presiono contra mi clítoris palpitante me recorren nuevas sensaciones.

Quédese ahí, señor, le ordeno mentalmente, empujando hacia atrás su pecho con un talón mientras me siento en su escritorio. Se echa hacia atrás en su silla de oficina, con las piernas abiertas. Me bajo la ropa interior por los muslos y dejo que cuelgue de mi tacón.

Luego, con un *Ups* juguetón se la dejo caer en el regazo. Sasha empieza a coger el tanga lila, pero se lo impido con mi pie en su muñeca.

No, no, no, lo regaño. *Mantén las manos quietas. Sí, buen chico. En los reposabrazos. Donde pueda verlas y asegurarme de que no te estás portando mal.*

Esos músculos tensos de su garganta trabajan duro. Está hecho un puto lío, y eso me está convirtiendo a mí también en un lío. Escondida bajo el dobladillo de mi falda, estoy tan mojada que casi da vergüenza.

Pero aún nos queda mucho camino por recorrer.

La mitad de mí se sorprende de que, incluso en mis sueños, Sasha considere la posibilidad de desobedecer. La otra mitad sonríe satisfecha cuando se aferra a los brazos de su silla de oficina, tal y como le ordené, y se echa hacia atrás. Ninguna parte de mí pasa por alto la maldición murmurada que se desliza entre sus labios perfectos.

Hay tantas formas en que podría utilizarte, ronroneo en mi visión. Paso un dedo burlón por el interior de mi pantorrilla, por la rodilla, hasta que desaparece bajo mi falda. Cuando lo retiro, está reluciente de mi deseo.

Lo extiendo hacia él. *Si quieres, puedo dejar que me pruebes.*

Abre la boca y arquea el cuello hacia mí. *Ariel, yo...*

¡No, no, no! vuelvo a decir, negando con la cabeza. *Tampoco creo que debas hablar ahora. Siéntate ahí y solo sigue así de guapo para mí, ¿vale?*

Lo hace.

Que Dios me ayude, lo hace.

Ahora, ¿dónde estaba? Miro mi dedo empapado. *Qué desastre. Deja que lo limpie.*

Luego, sin apartar la vista de él, me lo meto en la boca.

Los ojos de Sasha se vuelven enormes. Más azules que el azul, pero oscuros, profundos como un océano. No creo que fuera capaz de formar palabras en ruso, inglés o balbuceos aunque lo dejara hablar. Está al borde de un gruñido salvaje y nada más.

Pero, como esta es mi fantasía y mando yo, se queda callado.

Me pregunto con una risita cuánto le estará costando obedecer.

¡Así está mejor! Vuelvo a sonreír. *Te estaba haciendo una pregunta, ¿no? Estaba considerando todas las formas en que podría usarte. Y hay tantas, tantas opciones. ¡Me da vueltas el cerebro solo de pensar en ellas!*

Estoy exagerando y lo sé, pero demándame: ¿no debería poder actuar como quiera en mi propia imaginación? Parece que a Sasha no le importa, ¿verdad?

Podría subirme esta falda, enredar dos manos en esa melena rizada tuya y arrastrar tu cara entre mis piernas. Te dejaría la barba hecha un asco, pero no te enfadarías, ¿verdad? Asiente si te parece bien.

Sasha asiente.

O... ¡Oh, ya sé! Podría coger tus manos grandes y fuertes y poner tus dedos exactamente como los quiero. Solo dos de ellos, torcidos como un signo de interrogación. Podría deslizarlos despacio, despacio dentro de mí y hacer que te quedaras perfectamente quieto mientras te cabalgo hasta conseguir lo que es mío. ¿Te gustaría, Sasha?

Sasha vuelve a asentir.

¿Qué más? Veamos. Podría deslizarme hasta mis rodillas, desabrocharte los pantalones y llevarte a mi boca. Apuesto a que es enorme. Apuesto a que estás erecto. Apuesto a que eso te gustaría más que nada.

Tiene los nudillos blancos mientras aprieta la silla. Aumento los ajustes de mi vibrador. Ahora es un gemido palpitante y quejumbroso, y yo también, cada articulación de mi espalda crujiendo mientras me arqueo fuera de la cama. Mi blusa abierta se agita con la corriente del ventilador y levanto la mano que tengo libre para acariciar un pezón hasta convertirlo en una punta perfecta y dolorosa.

Si me sentara sobre ti y te montara hasta que te corrieras dentro de mí, ¿te gustaría?

Si me inclinara por ti y me empalara contigo hasta que explotaras por todas partes, ¿te gustaría?

Si yo fuera tuya y tú fueras mío, si yo te usara y tú me usaras, si los dos nos quedáramos encerrados aquí hasta que las ventanas se empañaran y el escritorio se estropeara y nuestras ropas no fueran más que un recuerdo sudoroso y andrajoso...

Dime, Sasha, ¿te gustaría?

¿Te gustaría?

¿Te gustaría?

Y entonces, justo cuando el orgasmo está tan jodidamente cerca que puedo saborearlo en mi lengua como una tormenta que se avecina...

Alguien llama a la puerta.

—¡Maldita sea! —gimo. Toda la tensión casi resuelta se apresura a salir de mí y me dejo caer sobre el colchón como un pez fuera del agua. Estoy sudorosa, dolorida, insatisfecha de la forma más grosera posible.

Casi me hace sentir culpable por lo que le hice a Sasha.

Y voy a matar a Gina.

Siempre se enfada cuando no le contesto. Una vez me aplicó la ley del hielo por tres días porque no le di me gusta a un GIF de un par de nutrias abrazándose con la leyenda ***Oh, sí somos*** que me envió a las dos de la mañana. No sería la primera vez que se me aparece sin avisar para exigirme que vea la serie de enlaces de TikTok que me ha enviado.

Abandono el vibrador sobre el edredón para no olvidarme de limpiarlo más tarde, me pongo un albornoz y marcho irritada hacia la puerta.

—Caramba, te juro que voy a...

Pero, al abrir, veo que no es Gina. No es Gina en absoluto.

—Hola, *ptichka* —la corbata de Sasha sigue suelta alrededor del cuello, exactamente como la dejé—. ¿Me echaste de menos?

ARIEL

Hay un retraso de tres segundos entre que mis ojos registren a Sasha y mi boca se actulice.

—¿Qué...? ¿Cómo...?

—No eres la única que sabe pasar sin avisar —se inclina hacia mí, lo suficiente para que pueda saborear la menta de su aliento—. Ahora, ¿vas a invitarme a entrar o no?

Me aprieto más la bata. El satén no hace exactamente nada por ocultar el hecho de que estoy desnuda debajo. —No.

—Me parece justo —me coge de la muñeca y tira de mí hacia el pasillo.

—¿A dónde…? ¡Jesús, no estoy vestida!

—Una lástima —su mirada me recorre de pies a cabeza, deteniéndose en la franja de muslo que mi bata no cubre—. Pero no importará a donde vamos.

—¿Y dónde es eso?

Suena el ascensor. Sasha me empuja dentro. —Querías saber quién soy, ¿verdad? Pues te lo voy a demostrar.



Veinte minutos después, estamos en lo más profundo de una parte del Bronx en la que nunca había estado, aparcados frente a un

restaurante llamado *Babushka's Lap*. El letrero de neón parpadea como una luciérnaga moribunda.

A través de las ventanas, veo helechos de plástico, un acuario sobre la encimera con un único pez de colores apático y un tablón de anuncios empapelado con anuncios de periódicos rusos.

Sasha entra a grandes zancadas, como si estuviera en casa. Cuando lo sigo dentro, veo por qué.

Una anciana detrás del mostrador levanta la vista, y su rostro arrugado se divide en una sonrisa mientras grita de pura alegría—: ¡Sashenka! —rodea el mostrador más deprisa de lo que le permite su bastón, y le agarra la cara con sus manos arrugadas. Me sorprende que lo permita—. ¿Cómo estás, *malchik*? ¡Todavía guapo! ¡Sigues con el ceño fruncido! ¿Has comido?

No espera a que responda antes de volverse hacia mí. —¿Y tú? ¡Está claro que no! Eres piel y huesos —golpea a Sasha en el brazo y mis ojos se desorbitan ante el hecho de que no ordene su ejecución y descuartizamiento público de inmediato—. ¿Has estado matando de hambre a esta pobre? Tendrá que engordar si quiere sobrevivirte.

Sasha se ríe y se pasa una mano por el pelo. —Zoya, esta es Ariel. Ariel, esta es Zoya.

Mantengo el albornoz cerrado con una mano mientras ofrezco la otra a la anciana para que me la estreche. Me pilla por sorpresa y me abraza. Estoy mortificada, pero a ella no podría importarle menos.

—Cualquier amiga de Sasha es amiga mía —declara, rezumando calor maternal—. Y cualquier novia suya es aún mejor.

Mi cara se pone roja como la remolacha. Sasha no hace ningún movimiento para corregirla.

Retrocede, aunque mantiene ambas manos arrugadas pegadas a mis hombros. —¡Eres una belleza, querida! Deja que te ponga algo de comida en la barriga.

Sigo sonrojándome mientras intento recordar cómo entablan conversación los adultos con nuevos conocidos. Sobre todo, cuando ese conocido ni siquiera pestañea ante la aparición de Sasha con

una mujer en bata. *¿Es algo habitual en él?* —¿Es este tu restaurante?

Se ríe a carcajadas. —¿Mío? *Nyet*, nena. Esto es de Sasha.

Casi me ahogo con mi propia lengua.

—Era de mi madre —interviene Sasha, repentinamente concentrado en disponer los saleros y pimenteros sobre una mesa cercana en formación militar—. Zoya lo llevaba por ella. Se hizo cargo cuando llegó el momento.

El ojo bueno de Zoya centellea, aunque el otro está nublado por las cataratas. —Hago todo lo que puedo para que no se estropee. Sé cómo funciona una cocina, que no te engañen mis canas. Pero dejo que Sashenka se ocupe de los números y esas cosas —agita una mano y se ríe—. ¡Ahora, vengan! Hay mucho que comer. Tenemos mucha carne que ponerte, *malishka*.

Casi me quedo sin habla cuando me pellizca el culo, me pasa una mano por el codo y nos lleva a la cocina, con albornoz y todo.

Sasha le sigue por detrás. Juraría que incluso sonríe.

~

ESTOY TAN llena que podría morir.

Pero Zoya. No. Para.

La comida sigue llegando en interminables platos: albóndigas brillantes de mantequilla, borscht del color de las amapolas frescas, una botella de vodka tan fría que se empaña.

—Nunca he comido tanto en mi vida —digo por decimoquinta vez. Zoya vuelve a fingir que no me oye. En lugar de eso, llena mi vaso de chupito con más vodka.

—¡*Za lyubov*! ¡Por el amor! —grita mientras acaba el suyo de un trago.

Sasha la imita. Y yo dejo reposar el mío.

Para ser una señora que debe andar por los ochenta y cinco, sabe beber como una maldita pirata. Incluso con las diez mil calorías

que he ingerido, estoy mareada por los dos chupitos que no me ha dejado evitar.

Zoya vuelve a dejar el vaso de chupito, murmura algo sobre "comprobar el inventario en la despensa" y desaparece. Yo mantengo los ojos fijos en mi plato, empujando la comida aquí y allá con el tenedor. Sasha hace lo mismo.

—Entonces —me atrevo con una cucharada de sopa. Es celestial: remolacha, eneldo y algo ahumado que me recuerda los días de lluvia en casa de mi yia-yia, cuando era demasiado pequeña para saber que Baba nos escondía allí los fines de semana porque tenía "asuntos" que atender.

—Entonces —me responde. Apenas es una palabra. Más bien un gruñido. Un monosilábico sería una mejora.

Pero, después del día que he tenido, me volveré loca si me veo obligada a sentarme con mis propios pensamientos. Así que sigo. —Tu madre... ¿Era la dueña de este lugar?

Asiente y rasga un trozo de pan negro con los dientes. —Yakov, mi padre, lo odiaba. Lo llamaba "distracción". Mi madre lo llamaba su alma. Quizá lo fuera.

Voy con cuidado. —¿Está...?

—Muerta.

—Claro —*duh, Ariel*—. Lo siento por tu...

—No te molestes.

Volvemos a caer en un silencio incómodo. El horno sisea al enfriarse, los viejos engranajes vuelven a su sitio ahora que Zoya ha terminado misericordiosamente de convertirme en foie gras.

—Sashenka aprendió a cocinar aquí —anuncia Zoya al volver a la habitación de repente, dejando dolorosamente claro para todos nosotros que estuvo escuchando a escondidas todo el tiempo—. Todos los domingos amasaba masa hasta que le temblaban los brazos. Es mejor hijo de lo que su padre se merecía, te lo aseguro.

—Basta —suelta Sasha.

Pero Zoya está ahora en modo cuentacuentos y, por la forma en que nos saludó cuando entramos por primera vez, creo que podría

ser la única persona viva capaz de pasar por encima de las órdenes directas de Sasha y salirse con la suya. Continúa, impertérrita. —Quince años y ya hacías *pelmeni* mejor que nunca. Tu madre lloró la primera vez que los hiciste, ¿verdad?

Su mandíbula se flexiona. —Lloró porque usé demasiada pimienta.

—Oh, no seas tan humilde —le golpea el antebrazo con una cuchara de madera—. Lloró porque su lobito aprendió delicadeza.

La bola de masa se resbala de mi tenedor. Delicadeza y Sasha Ozerov no caben en la misma frase. No tiene sentido.

Zoya le acaricia la mejilla. —Ah, no pongas esa cara. Ella vela por ti, tu *mamochka*.

—Los muertos no velan por nada.

—Lo dice el chico que deja lirios en su tumba todos los meses.

Se levanta bruscamente, la silla chirría. —Necesito aire.

Casi me alivia verlo marchar. Puede que yo también necesite un poco de aire. Ver a Sasha interactuar con alguien que claramente lo quiere, alguien ruidoso y divertido y amable, tiene mi cerebro revuelto. No sé qué pensar.

Pero, como Zoya es todas esas cosas, no tolerará que Sasha se enfade y abandone el lugar. Sin mirarme, me empuja del taburete hacia la puerta trasera. Abro la boca para discutir, pero ella niega con la cabeza y guiña un ojo.

Lo que ella crea que voy a hacer ahí fuera no hará que Sasha se sienta mejor. Probablemente lo empeorará. Pero, de todos modos, avanzo arrastrando los pies por el pasillo y atravieso la puerta trasera.

El callejón apesta a salmuera y basura, pero Sasha está apoyado contra la pared de ladrillo como si no le molestara. Yo revoloteo junto al contenedor, insegura de si ofrecerle palabras de consuelo o una orden de alejamiento.

—Tu *babushka* es una vieja parlanchina —digo tras un incómodo estiramiento—. Me cae muy bien.

—No es mi *babushka* —no me mira—. Era mi niñera. Mi madre la contrató cuando yo tenía cuatro años.

—Eso es básicamente familia.

—No deshonraría así a Zoya —su risa es amarga—. La familia es un cuchillo que no ves venir.

El aire cambia. Esto ya no es filosofía sobre la mafia, es personal. Me acerco a él, atraída contra mi voluntad. —¿Qué le ha pasado? Me refiero a tu madre.

Unos fríos ojos grises se encuentran con los míos. —Eres reportera. Dímelo tú.

—Estoy preguntando. No interrogo. Estoy fuera de servicio y, además, no me he traído el bloc de notas —hago ademán de palpar los inexistentes bolsillos de mi albornoz. Pero es una broma floja, y ninguno de los dos nos reímos.

Un músculo salta en su mandíbula. La cicatriz a lo largo de su garganta palpita débilmente bajo la farola parpadeante. Estoy segura de que va a decirme que me meta en mis putos asuntos. Y entonces...

—Saltó —dice rotundamente Sasha—. Desde nuestro edificio de apartamentos. Dijeron que dejó una nota con un ***perdón*** rociada con su perfume favorito. No es que la haya visto.

Se me revuelve el estómago. —Así que no te lo crees.

Se queda mirando algo por encima de mi hombro: un recuerdo, un fantasma. —Cuando la encontré, sus manos... estaban magulladas. Dedos rotos. Como si hubiera intentado...

Lo deja colgar en el aire de la noche, inacabado.

—Él la mató —susurro—. Tu padre.

Su mirada se dirige a la mía. —No quiero tu compasión, Ariel.

—No iba... quiero decir... iba a decir que me identifico. Sé cómo...

—Y una mierda —algo peligroso relampaguea en sus ojos. Empuja la pared, aprisionándome contra los ladrillos húmedos—. Tu padre vende hijas. El mío vendía almas. ¿Qué es peor?

El vodka de su aliento se mezcla con su colonia. Fría como estoy, con solo un albornoz para protegerme del invierno, mi cuerpo se

arquea hacia su calor. —¿Por qué me cuentas esto?

Su pulgar roza mi clavícula. —¿Quieres jugar a la psicóloga? Bien. Este es tu diagnóstico: estoy roto. Soy violento*. Incapaz* —sus labios rozan el lóbulo de mi oreja. Durante un suspiro, dejo que se acerque. Dejo que sus dedos patinen por mi brazo, que su mirada se dirija a mi boca. Me permito imaginar lo que sentiría al ayudar a recomponer a Sasha Ozerov, pieza a pieza...

Entonces, recuerdo quién soy. Quién es él. Por qué estamos aquí. Recuerdo por qué no puedo permitirme seguir cayendo en esas ensoñaciones, esas pesadillas, esas retorcidas fantasías de que él es cualquier cosa menos un monstruo que me empuja a la cornisa.

¿Cómo es que mamá nunca me advirtió de que el diablo tendría tan buen aspecto?

Me retuerzo para liberarme antes de que la oscuridad de Sasha me engulla por completo. —Deberíamos volver adentro —murmuro —. Zoya está preparando el postre.

Zoya no dice nada cuando volvemos, solo nos sirve pastel de miel ahogado en crema agria. Sasha picotea el suyo, es la viva imagen de la amenaza melancólica. Pero ahora veo más allá de la armadura.

Hay un niño en alguna parte. Uno que amasó hasta que le dolieron los brazos. Que deja lirios en una tumba. Que se convirtió exactamente en lo que su padre hizo de él.

—Me estás mirando fijamente —gruñe sin levantar la vista.

—Sí. Intento decidir si eres más lobo o perro guardián.

Se echa hacia atrás, evaluándome. —¿Y?

Pincho un bocado de tarta con el tenedor. —Estoy pensando en... *callejero*.

Su labio se curva. No es una sonrisa, pero casi. No se da cuenta de que lo he visto. Pero, durante un breve instante, la máscara desaparece.

Soy tan estúpida como para encontrarlo hermoso.

20

SASHA

Una hora después de llevar a Ariel a su apartamento, me encuentro de pie en un almacén que apesta a gasolina y arrogancia serbia.

Las llamas se han apagado, pero los daños permanecen. Los contenedores carbonizados se desploman como dientes podridos. Los charcos de residuos químicos brillan como arco iris bajo las luces de emergencia. La mitad de mi cargamento de material farmacéutico, el cargamento *legal*, el destinado a mantener alejados a los auditores de la DEA, está hecho ceniza.

—Tercer golpe este mes —murmura Feliks, pateando un frasco de pastillas derretido—. Estos *svolochi* ya ni siquiera intentan ser sigilosos.

Me agacho, quitando el hollín de un libro de contabilidad ennegrecido. Los números nadan: pérdidas apiladas, alianzas diluidas. La cara engreída de mi padre flota detrás de mis párpados. *Esto es lo que pasa cuando juegas a las casitas en vez de a la guerra, muchacho. Patético.*

Tiene razón.

Me pongo en pie, aplastando el libro de contabilidad bajo mi bota. —Consigue un equipo de limpieza. Arroja todo lo salvable en los muelles de Brooklyn. Y averigua quién filtró la ruta de envío.

Feliks duda. —¿Crees que es otra rata?

—Creo que la estupidez es contagiosa —paso junto a él a grandes zancadas, hacia el cadáver que yace con los miembros en

alto en el muelle de carga.

El soldado serbio, el único que hemos conseguido atrapar hoy, no puede tener más de veinte años. Doy un golpe en el hombro del chico, haciéndolo rodar sobre su espalda. Una bala entre los ojos: trabajo limpio. Mis hombres saben que no deben dejar un desastre.

Su chaqueta se abre, revelando un tatuaje tosco en el esternón: un águila bicéfala con las alas desplegadas. El escudo serbio. Por si necesitaba más pruebas de quién se atreve a joder con lo que es mío.

—Se están intensificando —comenta Feliks cuando se reúne de nuevo conmigo.

—Están desesperados —me enderezo y me limpio las manos en el abrigo—. Dile a Viktor que triplique las patrullas. Disparen a todo lo que se mueva.

—¿Y si atacan los otros almacenes?

—Entonces, has fracasado.

La mandíbula de Feliks se crispa, pero asiente y se aleja para hacer lo que le ordené.

El viaje de vuelta a Manhattan me da demasiado tiempo para pensar. Demasiado tiempo para reflexionar sobre el sabor del pastel de miel que aún hierve a fuego lento en mi lengua. Sangre y miel, miel y sangre: los dos sabores se mezclan y se funden en mi boca, una metáfora perfecta de las dos mitades irreconciliables de mi vida en este momento. No van juntas. No pueden.

Solo uno puede prevalecer.

La lluvia cae a cántaros, desdibujando el horizonte hasta convertirlo en un moratón de acuarela. Los recuerdos parpadean como una bobina rota: Ariel encaramada a mi escritorio, con las uñas rojas como cerezas golpeando el portátil. *Una distracción.*

Patético.

Aprieto el acelerador y esquivo un taxi. Suenan las bocinas. No me importa. Estas calles son mías. *Mías.*

Mi teléfono vibra. El nombre de Leander se ilumina en el salpicadero.

—*Malaka* —murmuro. Es la última persona con la que quiero hablar ahora mismo, pero una de las pocas que no puedo permitirme evitar. Contesto por Bluetooth—. ¿Qué?

—Me he enterado de lo del incendio —dice a modo de saludo—. *Tut tut*. Es difícil mantener las luces encendidas sin amigos, ¿no?

—No necesito amigos. Necesito cadáveres serbios.

—Ah, pero los cadáveres no se casan con tus hijas —sigue una pausa, cargada de insinuaciones—. Hablando de eso, ¿cómo está mi hija? Sigo preocupado, Sasha. Está... preocupada. Preocupada por lo ocurrido. Preocupada por Jasm...

—Lo entiendo, Leander. Ella está bien. Todo está bajo control.

Aprieto con fuerza el volante. *Preocupada*. Sí. La forma en que me miró en aquel callejón detrás del local de Zoya, no con miedo, sino con compasión. Como si me hubiera quitado las costillas y hubiera visto la podredumbre que había dentro.

—Hm.

—Diez días, Makris. Ese era el trato.

—Diez días —acepta—. Muy bien. Mantenme informado. Pondremos a los serbios en su lugar cuando se fije la fecha de la boda. Hasta entonces... bueno, cuídate.

La línea se corta.

Golpeo el volante con el puño. *Toma. Toma. Toma*. Toma el liderazgo, toma precauciones, toma decisiones. ¿No es eso lo que siempre he hecho? Tomé el imperio de mi padre. Tomé las gargantas de sus enemigos. Tomé y tomé hasta que incluso el acto de tomar me pareció vacío.

Pero Ariel...

¿Yo la estoy tomando a ella? ¿O es ella quien me toma a mí?

Atravieso tres carriles, ignorando la sinfonía de dedos medios a mi paso. No es la única que intenta tomarme. Los serbios están poniendo a prueba las fronteras. La semana pasada asaltaron mis plantas de procesamiento de pastillas en el norte del estado. Dos traficantes desaparecieron en Queens; probablemente estén atados

en alguna carnicería balcánica mientras los bastardos serbios los cortan en tiras.

Los muelles de Leander son la única forma de mover el producto sin interferencias serbias. Sus policías. Sus jueces. Su protección. Cuando tenga todo eso, esta guerra llegará a un final rápido y brutal. El precio para traer todo eso bajo mi bandera parecía tan sencillo cuando cerré el trato.

Un anillo. Un voto. Un bonito pájaro para tener en mi cama.

Ya nada parece tan sencillo.

El recuerdo de Ariel debajo de mí, jadeando, arañando... debería repugnarme. O aburrirme, como mínimo. En lugar de eso, se agita en mis entrañas, caliente e implacable y jodidamente inolvidable.

También toma. Y toma. Y toma.

Cuando llego a la oficina, la lluvia se ha convertido en aguanieve. Me encojo de hombros y me quito el abrigo, con las cicatrices de la espalda tirantes. Resuena la voz de Yakov. *La blandura es un cáncer. Córtalo. Córtala.*

Necesito un trago para despejarme. Pero el whisky ya apenas quema. Incluso cuando me sirvo tres dedos, lo escurro, me sirvo otros tres, no toca el caos que se desata en mi cráneo.

Esta mierda no puede continuar. Tengo que hacer lo que siempre he hecho: trazar una línea en la arena y defenderla con mi puta vida. El plan debe seguir siendo el mismo que desde el principio:

Seducir. Casarte. Controlar.

Entonces, ¿si Ariel ha decidido que quiere joder con fuego? Que así sea. La reduciré a cenizas. Que solloce mi nombre en algodón egipcio. Que me arañe la espalda. Que engañe a su propio cuerpo para que confunda la lujuria con el amor.

Pero no le *daré* amor.

No puedo.

El amor es la primera ficha de dominó, y yo le di la espalda el día que enrollé alambre de espino alrededor de la garganta de mi padre y tiré.

Saco el móvil y le envío un mensaje. Luego, lo guardo. Entonces, veo algo: un hilo de pelo castaño que asoma por debajo del sofá.

Lo recojo.

Luego, lo tiro a la basura, donde debe estar.

ARIEL

¿Por qué no me sorprende?

El mensaje de Sasha de anoche fue una obra maestra de la brevedad. ***Mañana al mediodía***, más un pin de localización. Un día de estos, alguien debería enseñarle a formar frases completas.

Supongo que, técnicamente hablando, esto contaría como una de nuestras diez citas hasta que la muerte nos separe misericordiosamente, o lo que sea. Por lo que a mí respecta, no es más que un nuevo campo de batalla para que continúe la misma guerra de siempre.

Lo preocupante es que estoy menos segura que nunca de mis tácticas.

Se suponía que la intrusión de ayer en su despacho iba a ser mi gran ofensiva. Debía ponerlo en su sitio y cambiar las tornas de todo este tinglado.

Durante un tiempo, así fue.

Pero entonces, apareció en mi apartamento. Aunque no me hubiera interrumpido en mitad de mi momento de autocuidado, habría sido como un cambio de guardia. Como si las condiciones del compromiso se hubieran puesto patas arriba.

Entre Zoya, el restaurante, aquellas confesiones susurradas en callejones mientras nuestro aliento nublado se mezclaba en el aire invernal... En algún punto en medio de todo aquello, las cosas cambiaron.

¿Qué cosas?

No estoy segura.

¿Dónde nos deja esto?

Que me jodan si lo sé.

¿Qué viene después?

Supongo que lo averiguaré hoy al mediodía.

Sasha eligió el lugar de hoy, una casa de baños subterránea oculta bajo una galería de arte de Tribeca, así que, por supuesto, todo es mármol negro y grifos dorados y camareros que flotan como bailarinas de ballet drogadas con ketamina. El tipo de lugar que llama a sus aceites de masaje en honor a los siete pecados capitales y te cobra quinientos pavos por susurrar gula mientras te frota bayas de enebro en la parte baja de la espalda.

Ojalá pudiera llegar a odiarlo más de lo que lo odio.

Su ayudante me envió por correo electrónico una serie de instrucciones después de su mensaje de texto tan contundente que apenas podría llamarse así. ***El Sr. Ozerov pide que traigas bañador***, escribió.

¿Me encanta que me vistan de lejos como a una muñeca Barbie? No.

¿Pero hice caso? Claro que sí. Por así decirlo.

Lo que significa que he traído un bikini que hace que el hilo dental parezca *grueso*.

Y, a la primera oportunidad, pienso perder el bikini. Porque luchar limpio es de perdedores, y este es un combate que tengo que ganar.

—Llegas tarde —dice Sasha cuando entro en el salón poco iluminado. Está recostado en una tumbona, con la camisa desabrochada para dejar al descubierto un trozo de pecho lleno de cicatrices, cubierto de sombras vacilantes proyectadas por la antorcha que parpadea en el candelabro sobre su cabeza. Sus ojos azules siguen cada uno de mis pasos.

Dejo caer la bolsa al suelo con un ruido lo bastante fuerte como para que el empleado haga una mueca de dolor. —Has dicho mediodía. Es mediodía.

—Son las 12:07.

—Casi —me dejo caer en la tumbona contigua y dejo que mi abrigo se abra lo suficiente para mostrar el escandaloso corte de lycra que hay debajo. Su mirada se hunde. Se detiene.

Hago como que no me doy cuenta.

Un camarero se materializa con dos vasos escarchados de agua de pepino. Sasha coge el suyo sin mirar. —¿Dónde está tu bañador, *ptichka*?

—Lo estás viendo —cruzo las piernas, dejando que el abrigo se suba para mostrar que hay tan poco en la mitad inferior como en la superior.

Bebe un sorbo lentamente. El hielo tintinea en su vaso. —Eso no es un bañador. Es una infracción del código sanitario.

—Pues arrésteme, agente.

Le tiembla la mandíbula.

Empezamos bien.

El ayudante, un hombre nervioso que se presenta como Emil, aparece y nos conduce a través de un laberinto de piscinas y saunas de cedro antes de aterrizar en una suite privada.

Aquí dentro, el aire está cargado de eucalipto y las paredes brillan por la condensación. Una única camilla de masaje domina el centro de la sala, flanqueada por estanterías de aceites y sales y quién demonios sabe qué más.

Emil empieza a balbucear sobre la terapia con piedras calientes. —Cuando empecemos el tratamiento, verán cómo...

—Hoy no habrá tratamiento.

Emil y yo miramos a Sasha totalmente confundidos. —¿Perdón, señor? —tartamudea el pobre hombre.

Sasha le responde, pero me mira todo el rato. —No necesitamos masajista. Me encargaré yo mismo.

Luego, hace salir a Emil de una forma que es educada e incuestionable al mismo tiempo. Cómo consigue ese pequeño equilibrio es un misterio para mí, porque todavía estoy mirando a un lado y a otro entre la puerta que se cierra rápidamente y la solitaria

camilla de masaje y todas las implicaciones que descansan sobre ella.

Entonces, la puerta se cierra con un clic.

Y esas implicaciones empiezan a ser muy, muy reales.

Arqueo una ceja mientras intento ocultar mi que trago con nerviosismo. —¿Tú te encargarás? ¿Planeas ahogarme en agua mineral?

—Planeo ver cuánto duras antes de suplicar —Sasha se quita la camisa. Sus cicatrices son duras a esta luz: crestas de carne destrozada que le labran autopistas por los hombros, el abdomen, la marca dentada de un lazo alrededor de la garganta. Toda una vida de violencia grabada en su piel.

Se me seca la boca.

Me pilla mirando. —¿Ves algo que te guste?

Sonrojada, me doy la vuelta. —No es tu problema

Coge un tarro de crema de la estantería y se acerca a mí. —Date la vuelta.

—¿Perdona?

—Necesitas protección contra el vapor —baja la voz—. A menos que prefieras quemarte...

El desafío bulle en mis venas. Me quito el abrigo y dejo que se acumule a mis pies.

Su exhalación es audible.

El bikini debe de ser peor de lo que imaginaba: triángulos de encaje negro sujetos con hilo de pescar y audacia. Este momento también es peor de lo que imaginé. Incluso cuando me lo ponía en mi apartamento esta mañana, zumbaba con energía ansiosa. Me dije que todo estaba en el arte de provocar. Enseñarle lo que no puede tener. Plantar mi bandera en el suelo.

Ahora, ese plan parece endeble y distante.

¿Qué *no* es tan distante?

Sasha.

Está aquí y es enorme y me mira fijo, esperando a ver qué hago a continuación. ¿Me daré vuelta y me esconderé como la buena

mascota que él quiere que sea? ¿Me someteré?

Por un momento, lo considero. Quizá toda esta lucha sea estúpida. Quizá debería darle a Sasha lo que quiere, a mi padre lo que quiere. Dios sabe que sería menos esfuerzo. Menos dolor de cabeza y angustia.

Entonces, pienso tres palabritas para mí:

¿Qué haría Jasmine?

Y ya tengo mi respuesta.

Giro en mi sitio y me echo el pelo por encima de un hombro. —Estoy esperando, Chico Loción.

Por un segundo, creo que se negará. Entonces, hunde dos dedos en el tarro. La crema brilla como perla líquida.

—Súbete a la mesa.

Trago un nudo otra vez.

Me subo. El cuero es suave y fresco contra mis muslos. Su sombra cae sobre mí cuando se sienta a horcajadas en el borde. Su calor corporal es tan intenso como el vapor que sale por los conductos de ventilación del techo.

El primer golpe de sus dedos casi me deshace. —¡Jesús! —jadeo.

—Casi, pero no del todo.

La loción está fría, pero sus manos están al rojo vivo. Empieza por los hombros, amasándome nudos que no sabía que tenía, con los pulgares clavados en los huecos de las clavículas. Cada golpe es preciso. Clínico. Exasperante.

Me muerdo el labio para reprimir un gemido.

—¿Demasiado? —ronronea.

—Apenas lo sentí —miento.

Sus palmas se deslizan por mi columna vertebral. Lentas. Tortuosas. —Tu cuerpo no está de acuerdo.

Tiene razón: mi piel canta, las terminaciones nerviosas chisporrotean bajo su contacto. Sus dedos rozan el borde de la braguita de mi bikini, evitando deliberadamente la hendidura de mi culo.

Más burlas. Más provocaciones

Entierro la cara en el reposacabezas de la mesa. *No te arquees. No gimotees. No...*

Su pulgar rodea el hoyuelo sobre mi coxis.

—*Sasha*.

—¿Sí? —lo dice inocentemente. Como si no me estuviera convirtiendo en vidrio fundido.

—Tu técnica es pésima.

Se ríe, bajo y oscuro. —Sigues mintiendo, por lo que veo.

La loción acaba calentándose entre sus palmas mientras trabaja mis muslos. Más arriba. Más arriba. Se me corta la respiración cuando su meñique roza el nudo de mi cadera. Le resultaría terriblemente fácil deshacerlo. ¿Quién sabe si se lo impediría? Tal vez dejaría que lo deshiciera, que me deshiciera, que deshiciera toda esta estúpida guerra que estoy librando. Sería muchísimo más fácil que desgastarme hasta los huesos intentando luchar contra lo inevitable.

Luego, se echa hacia atrás. —Tu turno.

Me pongo en pie de un salto, tan rápido que la habitación da vueltas. —¿Qué?

Extiende la jarra. —Me lo debes.

Por supuesto que no. —No hago masajes en la espalda.

—Hoy sí —se estira sobre la mesa boca arriba, todo músculo tallado y amenaza. Las cicatrices se ondulan mientras cruza los brazos bajo la cabeza—. Pero, si tienes miedo, lo comprendo.

El desafío pende entre nosotros.

El orgullo precede a la caída, pienso, echando una porción de crema. *Pero al menos el camino al infierno estará bien humedecido.*

Su piel es fuego bajo mis palmas. Empiezo por los hombros, imitando su técnica distante. Pero, con cada flexión de sus músculos, cada gemido ahogado, mi determinación se desvanece un poco más.

Mis palmas se deslizan por los hombros de Sasha. La loción vuelve su torso resbaladizo. Cada cresta de músculo se convierte en una oportunidad de perder el juego al que estamos jugando. Tengo que recordarme las reglas una y otra vez.

No te entretengas. No cedas.

Haz que te odie. Haz que huya.

—Más fuerte —pide con voz ronca—. ¿O es que esas manos tan delicadas no pueden hacerlo?

Le clavo las uñas. —¿Cómo dices?

Un gemido grave vibra bajo mis dedos. —Mucho, mucho mejor. Un poco de dolor hace que el placer sea mucho más dulce, ¿verdad?

Me corren gotas de sudor por las sienes. El vapor se enrolla a nuestro alrededor, espesando el aire hasta que cada respiración se siente como tragar nubes. Sus cicatrices resplandecen debajo de mi contacto: un terreno levantado y furioso. Mis dedos rozan la que rodea su cuello antes de apartarme, avergonzada.

Vuelvo al masaje y, mientras lo hago, intento que sea algo mecánico. Podría estar frotando cualquier cosa, ¿no? Acondicionando un sofá de piel, por ejemplo. Bañando a un perro. Completamente no sexual. No hay motivo para ponerse cachonda.

Excepto, por supuesto, por el calor literal. El calor de Sasha, el calor del vapor, mi propio calor burbujeando desde algún lugar profundo entre mis muslos.

Florece más calor donde mi mano ha encontrado la forma de extenderse por la línea inferior de sus abdominales. Observo estupefacta cómo baja. Más abajo. Más abaj…

No, *demasiado* abajo.

Intento zafarme, pero él se mantiene firme, guiándome sobre el oleaje de su...

—¡Sasha!

—Te estás desviando un poco del camino, Ariel —sus ojos brillan, aunque su rostro esté enmarcado por vapor ondulante—. Un hombre menos humilde podría incluso pensar que buscas algo.

Suelto un bufido burlón. —Ponerte a ti mismo en la misma frase que "humilde" puede ser la mayor tontería que has hecho hasta ahora.

Su otra mano se desliza hasta acariciar la parte posterior de mi rodilla. —Tengo muchas más locuras que nunca has visto.

—Guárdatelas para ti —digo entre dientes—. Date la vuelta.

Sonriendo, hace lo que le digo. Es perfecto: que esté de espaldas a mí facilita las cosas. Si no puedo verle los ojos, no puedo quedar hipnotizada por ellos, ¿verdad?

Pero el hecho de que Sasha Ozerov acabe de obedecer una instrucción mía me devuelve de inmediato a la fantasía de aquellos febriles minutos posteriores a la invasión de la oficina.

Mantén esas manos ahí. Sí, buen chico. Justo ahí, donde pueda verlas y asegurarme de que no te estás portando mal.

Comienza un escalofrío en todo el cuerpo.

No es que quiera darle órdenes; si por mí fuera, habría miles de kilómetros entre nosotros, y me importaría un bledo lo que eligiera hacer con sus manos.

Pero hay algo embriagador en la idea. En que me deje llevar las riendas.

Tal vez sea porque, bajo el subidón adictivo de esa fantasía de poder, está el conocimiento de que podría terminar en cualquier momento. Que, si quisiera, podría levantarse de la camilla de masaje y estallar.

Podría volverse jodidamente salvaje.

Podría inmovilizarme y hacerme suya y recordarme que, al fin y al cabo, solo uno de nosotros ha tenido realmente la sartén por el mango.

Y nunca, nunca he sido yo.

—Háblame de tu primera vez.

Su voz me arranca de mi propia cabeza. —¿Mi *qué*?

—La primera vez que te deshiciste —levanto la vista y veo que sigue boca abajo, totalmente relajado. Se le acumula la humedad en la hendidura de la columna, en cada muesca del hueso—. ¿Fue sola o con alguien? ¿Rápido y vergonzoso? ¿O lento como un sacrilegio?

—Es una pregunta un poco inapropiada para hacerle a una dama —tanteo.

—Solo si a esa dama la asusta la verdad —la mano de Sasha, descolgada de la mesa, me roza el interior del tobillo cuando paso a

su lado.

Hago una mueca mientras clavo un codo en la parte baja de la espalda de Sasha. Quiero un gemido de dolor, pero lo único que consigo es un suspiro satisfecho. —Tenía diecinueve años —susurro —. Primer año de universidad. Había un asistente del profesor en mi clase de ética periodística con unos ojos bonitos. Me besó en las estanterías de la biblioteca y... Sí. A partir de ahí, todo se complicó.

Su palma se engancha alrededor de mi tobillo y pulsa, solo una vez. —¿Fue como esperabas que fuera?

Considero la posibilidad de mentir. Los hombres como Sasha están hechos de una manera: celosos. ¿Y no valdría la pena sacarle de quicio con la idea de que este chico me hizo ver estrellas? ¿No me llevaría a donde quiero ir? *Mercancía usada*: seguro que despreciaría ese tipo de cosas. Querría una novia virginal que nunca hubiera mirado a un hombre.

Pero él lo sabría.

Sabría que le miento.

Sabría que Danny Moreno besaba bien, pero no sabía lo que hacía con los dedos, y que yo acabé saliendo de aquellas estanterías de la biblioteca con un calambre y un dolor de cabeza y nada ni remotamente parecido al clímax.

—No —digo brevemente—. No lo fue.

—Mm —se queda callado un momento. Después—: ¿Te odiaste después?

—No. Guardo todo mi odio para ti —replico—. Te toca. Primera vez que mataste a un hombre.

Su respuesta es inmediata. —Veintidós. Callejón de Grozny. Contrabandista checheno, se adentró demasiado en nuestro territorio. Le puse la pistola aquí... —agarra mi mano y la lleva a su nuca, donde mis dedos se aferran a la espesura del pelo por instinto.

—Y... ¿*bam*? —supongo—. ¿Se acabó el Sr. Contrabandista?

Sasha sacude la cabeza. —Se atascó. En su lugar, usé una botella rota.

—Jesús —me estremezco—. ¿Te arrepientes?

—Ya van dos preguntas. Me toca a mí otra vez. ¿Qué edad tenías la primera vez que tuviste un orgasmo?

—Trece años. ¿Quién fue la primera chica que te llevaste a la cama?

—Marta. Mi padre la contrató para mí. Ella me enseñó a usar bien los dientes —gira la cabeza para mirarme—. Lloró cuando me fui de Moscú.

—Adorable. ¿Por qué no te casas con ella?

La mano de Sasha sale para rodearme la cintura y atarme a la mesa. Despacio, despacio, se incorpora hasta que estamos ojo con ojo. —Porque tú eres la única a la que quiero.

Tiene los brazos firmes alrededor de mis caderas, pero, aunque pudiera irme, no estoy segura de si lo haría. No cuando está tan cerca, cuando el vapor nos rodea con su lazo, cuando todos estos secretos sienten que por fin pueden tomar su primera bocanada de aire en mucho, mucho tiempo.

—No me quieres. No de ninguna forma que importe.

—Error. Te deseo de la única forma que importa: total, completa y permanentemente.

Su rostro está inmóvil, la mirada fija, la respiración tranquila. Pero tan cerca, capto algo que no creo que haya querido mostrarme nunca: el más leve temblor de sus manos.

No tiene tanto control como pretende.

Algo en esa constatación me hace salivar. No soy la única que se tambalea en el filo de la navaja entre *¿Qué coño está pasando y por qué no dejarlo pasar?*

Pero el peligro persiste, porque Sasha se siente muchísimo más cómodo que yo caminando por esta cuerda floja. *Total. Completa. Permanentemente*. ¿Quién puede decir cosas así con la cara seria? ¿Quién puede mentir así?

Porque tiene que ser mentira, ¿no? Sasha no me quiere a MÍ; quiere lo que yo le aporto. No me quiere a MÍ; quiere aquello para lo que puede utilizarme.

No me quiere.

No puede quererme.

Nunca me querrá.

—Tus pensamientos son ensordecedores, Ariel —alarga la mano para jugar con un mechón de pelo empapado en sudor que me ha caído sobre la cara. Lo retuerce entre sus dedos y lo vuelve a colocar donde debe estar.

Busco a tientas cómo desviar la conversación. —Solo pensaba en todas las formas en que estás lleno de mierda.

Se ríe. —Soy un libro abierto en todos los aspectos importantes.

Le devuelvo la risa, porque es la mayor estupidez que he oído nunca. —¿Tú? ¿Abierto? Lo único que haces es esconderte, Sasha. Eres literalmente un profesional.

Se levanta de la mesa y me roza al levantarse. —Quizá tengas razón. Lo justo es justo. Ya no te ocultaré nada.

Engancha los pulgares en la cintura del bañador.

—Espera...

Demasiado tarde. El bañador cae al suelo.

Mi cerebro se embota.

Es... una *escultura*. Todo líneas duras e intenciones perversas. El secreto más sucio de Miguel Ángel. Mis rodillas amenazan con amotinarse.

Y no se avergüenza ni un ápice de su desnudez. Mantengo la mirada muy por encima del ecuador porque ahí está la tentación, y de todas formas tengo mucho con lo que lidiar arriba.

Sasha se acerca. Yo retrocedo. Más cerca. Me retiro. —Estás sudando.

—Es una sauna. Estamos literalmente en el infierno.

—Lo bastante cerca para que no importe la diferencia —acepta. Me toca la cintura, me levanta y cambia de posición, de modo que ahora estoy aprisionada contra la camilla de masajes por un gigante desnudo de 1,85 m.

—El verdadero infierno —dice con voz ronca—, eres tú fingiendo que no me deseas tanto como yo a ti.

Nuestras bocas se separan unos centímetros. —Yo no...

—Algún día aprenderás a dejar de mentir.

—Yo no...

—¿No? Entonces, ¿por qué goteas por mí?

Intento detenerlo de nuevo, pero soy demasiado lenta y poco entusiasta y él es demasiado para mí en todos los sentidos importantes. Sus dedos son hábiles cuando arrancan de un tirón los nudos laterales de la braguita de mi bikini.

Mi armadura de hilo dental se desliza hasta el suelo.

Sasha se inclina hacia mí, separa mis rodillas con las suyas y me toca el centro con la palma de la mano. La retira un instante después y, sin apartar la mirada de mí, se lame el talón de la mano.

—Sabe a verdad —gruñe.

Solo puedo gemir.

Su mano vuelve a donde tanto la necesito. Me separa, deslizando un grueso dedo por la última resistencia que ofrezco. Alargo la mano para agarrarme a sus hombros y mantener el equilibrio.

Lentamente, sin dejar de mirarme directamente al alma, Sasha me empuja sobre la camilla de masajes, tumbándome boca arriba. Su mano es un pulso lento dentro de mi coño palpitante.

—¿Todavía me odias? —gruñe desde donde se eleva sobre mí.

—Sí —mis uñas marcan la parte inferior de su muñeca—. Te desprecio.

—Bien —añade un segundo dedo—. Ódiame más fuerte.

—Yo te… o-od.. o-odio...

—¿Qué dices? No te oigo.

Algo se está formando dentro de mí. La presión se condensa, el calor aumenta, la luz se fusiona como un Big Bang que se prepara para dar a luz universos completamente nuevos.

Sasha se agacha. —Dímelo, princesa —ordena—. Quiero que te corras con una maldición en los labios.

Lo intento. Juro por Dios que lo hago. —V-v-ve —pero no funciona bien; nada lo hará; nada excepto los dedos de Sasha abriéndome mientras mi columna se arquea hacia el techo. Me salen maullidos agitados, uno tras otro.

Sasha sigue avanzando. Él también jadea. —Quedan siete días —murmura, con los labios rozándome la oreja—. Eso es lo que querías. Pero ya estás a mitad de camino, ¿no?

—Vete al *infierno*...

Se inclina para devorar mi boca y tragar la maldición, besándome hasta que la habitación da vueltas. Me agarra el pelo con una mano, inclinando la cabeza para intensificar el contacto. La otra bombea dentro de mí. Cada átomo de mi cuerpo grita mientras avanzo hacia un punto de ruptura que podría matarme.

Estrategia fallida en 3... 2...

Un gong retumba en la sala.

Sasha se congela. Y yo también.

La voz apagada de Emil flota a través de la puerta. —¿Señor Ozerov? La siguiente fase de su sesión está lista.

No puedes hablar en serio. Interiormente, no estoy segura de si debería reír, llorar, sollozar o gritar de alegría.

Exteriormente, mi risa maníaca resuena en las baldosas. Sueno vertiginosa. Demente. —Salvada por la campana. Literalmente.

Sasha apoya la frente en la mía y me agarra con fuerza por las caderas. La guerra en sus ojos refleja la que hay en mi pecho: necesidad contra control, fuego contra hielo.

—Esto no ha terminado —jura.

—Se siente terminado desde mi punto de vista.

Su gruñido me deja en carne viva mientras retrocede. —Sigue diciéndote eso. Veremos quién se lo cree primero.

Recoge mi bikini del suelo y lo deja caer sobre mi regazo. Luego, se da vuelta y sale a grandes zancadas, encogiéndose de hombros y poniéndose uno de los albornoces que lo esperan.

El portazo retumba hasta mis huesos.

Sola, me siento con las rodillas abrazadas al pecho. El fantasma de sus manos marca mi piel y mis entrañas gimen por la falta de liberación.

Ya estás a mitad de camino, acusó. En parte tenía razón y en parte no. Solo es el tercer día. Aún nos queda mucho camino por

recorrer.

Pero mi cuerpo ha dado un salto.

El resto de mí desea tanto seguirlo.

SASHA

La puerta del spa se cierra detrás de mí. No miro atrás. No voy más despacio. No me permito pensar en cómo se calentaba su piel bajo mis palmas, ni en el puto sonido que hizo cuando mis dedos pasaron tan cerca de la hendidura donde su muslo se unía a su cadera. Agudo, corto y dulce, como una bala en las tripas.

Emil se adentra en la casa de baños, pero yo voy en otra dirección. —¿Señor? —me llama—. Las piscinas de inmersión están aquí...

—No me uniré —le ladro por encima del hombro—. Dile a la Srta. Ward que se quede todo el tiempo que quiera. O que no. Me importa una mierda.

Luego, me voy, empujando a través de las puertas. El aparcacoches se apresura a traerme el coche. Su rostro palidece cuando me entrega las llaves y se aparta de mi camino. Salgo del aparcamiento chirriando los neumáticos.

A través de mis ventanas, Nueva York se desdibuja en una mancha de asfalto y acero, pero solo la veo a *ella*.

Ariel, tendida sobre aquella mesa, con el desafío y el deseo luchando en sus ojos. Siempre luchando. Siempre huyendo. Siempre, siempre mintiendo.

Me digo que son las falsedades las que me tienen tan cabreado de repente. La audacia de mentirme a la cara, una y otra vez.

Pero en realidad no es eso, ¿verdad? No es que no me diga la verdad, es que la *deseo* con todas mis fuerzas.

Quiero destrozarla y ver qué la mueve. No, quiero que me ruegue que lo haga. No, eso tampoco. Quiero que me lo muestre voluntariamente. Eso es una especie de conquista, ¿no? Si se me ofrece por voluntad propia, eso es ganar, ¿no?

Mierda. Apenas llevamos una cuarta parte de este pequeño periodo de prueba y ya estoy perdiendo la maldita cabeza.

Diez días. La cifra palpita en mi cráneo como una mala resaca. Se suponía que, en el peor de los casos, sería un bache. Diez pequeños días para convertir a una mocosa luchadora en una muñeca mimosa. He hecho mucho más con mucho menos.

Pero esto... esta mierda está resultando mucho más complicada de lo que debería haber sido.

Sé malditamente bien que hay muchas otras cosas que necesitan mi atención. Debería hacer la ronda por mi territorio. Debería comprobar el cargamento de Odessa, interrogar a la tripulación, recordarles lo que les ocurre a los hombres que se descuidan.

Pero la idea de ladrar órdenes, de manchas de sangre en el hormigón, de seguir como siempre, me revuelve las tripas. Ahora mismo no tengo paciencia para esa mierda.

Es una suerte. Porque, sin querer, he conducido hasta el local de Zoya.

El letrero del restaurante, deliberadamente de la vieja escuela, parpadea, como un dedo en medio de los elegantes bares de sushi y los bistrós caros que están aburguesando la manzana. Protegeré ese cartel, este lugar, hasta mi último aliento. La risa de mi madre vive en estas paredes. Su fantasma persiste en las encimeras espolvoreadas de harina, las ollas abolladas, la obstinada negativa a morir.

Zoya está en la caja registradora, contando dinero con su único ojo bueno. No levanta la vista cuando suena el timbre. —Sashenka. Tienes un aspecto horrible.

—Tú también te ves despampanante, vieja.

Resopla, cerrando el cajón de golpe. —La adulación te llevará lejos con la mayoría de las mujeres. Pero no conmigo —pero, a pesar de toda su dureza, ya se está dirigiendo a la cocina, agitando el bastón hacia un reservado—. Siéntate, voy a hacer té.

El local está vacío, es la pausa de las dos de la tarde, así que me dejo caer en la misma cabina en la que me escondía de niño, cuando aún esquivaba los golpes de mi padre borracho. La parte inferior de madera tiene las marcas de cuchillo donde grabé mis iniciales a los catorce años, borracho de vodka robado y rabia.

Zoya vuelve con una tetera desportillada y dos tazas. Las deja en la mesa y las llena. —Bebe.

El té es amargo, lo bastante fuerte como para despertar fantasmas. Justo como me gusta. Me mira tragar, con los ojos lechosos entrecerrados. —Entonces, la chica.

—¿Quién ha hablado de la chica?

Me señala con un dedo marchito justo entre los ojos. —Tu cara me dice todo lo que necesito saber. Estás dejando que se te meta bajo la piel.

—No voy a dejar que haga nada.

—*Bah*, ahórrame las tonterías, *malchik*. Vi cómo la mirabas cuando la trajiste —me clava ese dedo huesudo en el pecho—. También escuché como se *desbocaba* tu corazón. Eres como un niño que ha encontrado un cachorro callejero y no sabe si patearlo o quedárselo.

Agarro con fuerza la taza hasta que parte del té se derrama por el borde. Sale vapor del charco. —Ella es un medio para un fin. Nada más.

Zoya se inclina hacia mi. —Tu padre dijo lo mismo de tu madre. Mira cómo acabó.

Su mención es como una cerilla en la gasolina. Me pongo en pie antes de darme cuenta, con la silla chirriando. —No lo hagas.

—¿No qué? ¿Que no te recuerde que el amor no es una debilidad? —ella también se levanta, temblorosa pero implacable—. Tu madre, Nataliya, era la fuerza misma. Manos suaves, mente

aguda. Amasaba masa mientras tu padre amasaba cadáveres. Y tú... —su bastón me da un golpecito en la espinilla, lo bastante fuerte como para magullarme—. Eres hijo de ella. No de él.

El aire es demasiado denso. Las paredes están demasiado cerca. Doy zancadas hacia la cocina, necesito espacio, pero su voz me sigue.

—¿Crees que cerrar tu corazón te da seguridad? ¿Te hace fuerte? —se ríe, con un sonido seco y entrecortado—. Lo único que hace es dejarte solo.

Me apoyo en la encimera de acero inoxidable, con la cabeza inclinada. La cocina huele a eneldo y azúcar quemado, al perfume de mi madre. Su voz aún susurra en el zumbido del frigorífico, en el goteo del grifo.

Moy malchik. Mi niño valiente.

La mano de Zoya se posa en mi espalda, ligera como un gorrión. —Sasha...

Me giro sobre ella. —¿Qué quieres de mí? ¿Una confesión? Vale. Es... exasperante. Imprudente. Obstinada. Me mira como si fuera un objeto roto que está decidida a recomponer, aunque le haga trizas las manos —gruño y me doy vuelta para que no pueda verme la cara —. Y no puedo… *maldita sea*, no puedo dejar de pensar en ella. En lo que pasará cuando pasen los diez días. Cuando el trato esté hecho. Cuando se dé cuenta...

—¿Se de cuenta de qué?

—Que soy exactamente lo que ella cree que soy —la admisión flota en el aire, fea y cruda—. Un monstruo. Un asesino. El hijo de mi padre.

Zoya suspira y me coge la cara. Tiene las palmas ásperas, encallecidas por décadas en esta cocina. —Escúchame, Sashenka. Eres el hijo de Nataliya. Su corazón. Su bondad —su pulgar roza la cicatriz de mi garganta, el regalo permanente de Yakov—. Pero la bondad no es una jaula. Es una elección. Cada día eliges: armadura o misericordia. Ya has llevado la armadura demasiado tiempo.

Me alejo, con un nudo en la garganta. —La piedad hace que te maten.

—También la soledad —me agarra del brazo y me obliga a mirarla —. Tu madre eligió el amor, incluso cuando le costó todo. ¿Crees que querría que desperdiciaras tu vida construyendo muros en lugar de puentes?

El viejo reloj sobre la estufa hace tictac. En algún lugar, suena una tubería.

—Ella querría que sobreviviera —murmuro.

—¿Sobrevivir? —Zoya resopla—. No estás sobreviviendo. Te estás escondiendo.

Cojo un cuchillo del bloque de carnicería y empiezo a darle vueltas en la mano. A cada revolución en el aire, capta la luz y parece brillar por un instante. —Los serbios están dando vueltas. El compromiso de Leander se tambalea. Si muestro debilidad ahora...

Me golpea en el hombro y el cuchillo cae estrepitosamente al suelo de la cocina. —¿Desde cuándo el amor es debilidad? *Bozhe moi*, eres tonto —Zoya rebusca en un cajón cercano, luego saca algo y lo tira contra la encimera: un rodillo de amasar, astillado y envejecido. Lo reconozco de inmediato—. Tu madre amaba ferozmente. Te protegió. Me protegió. Incluso cuando ese *svoloch* de Yakov le quitó a su único hijo para disuadirla de intentarlo —su voz se quiebra—. ¿Crees que su amor la hizo débil? No. La hizo peligrosa. La clase de peligrosidad que sobrevive tanto a las balas como a los bastardos.

El rodillo es el que utilizaba mi madre, con el mango desgastado por décadas de huellas dactilares. Zoya me lo pone en las manos. —¿Quieres honrarla? Entonces, deja de luchar contra tu propio corazón. Deja entrar a alguien antes de que sea demasiado tarde.

Miro fijamente el rodillo, el fantasma del agarre de mi madre. *Deja entrar a alguien. Deja entrar a Ariel.*

Es jodidamente ridículo.

Zoya me da unas palmaditas en la mejilla. —Vete, antes de que empiece a cobrarte el alquiler.

SASHA

Esa noche, mi descanso está roto. Tachonado de sueños que no puedo quitarme de encima.

—¡Mamá! —un niño corre hacia una mujer con un vestido de jersey, abrazándose a sus rodillas.

La mujer se ríe alegremente. —¡Ahí está mi pequeño! —lo levanta, gimiendo por el peso—. ¿Qué tal la escuela?

—Aburrida. La odio.

—¿Qué tal tus compañeros de clase? ¿Has hecho amigos hoy?

—No —el niño hace un mohín, descontento. ¿Y por qué no iba a estarlo? Tiene ocho años y cree saber cómo es la infelicidad: un mal día en el colegio, nadie con quien jugar. ¿Qué podría ser peor?—. Todos me odian. Dicen que soy peligroso.

La madre hace una pausa. A pesar de conocer la infelicidad mucho más íntimamente que su hijo, sigue tomándose en serio sus sentimientos. Siempre lo ha hecho y siempre lo hará.

Lo deja en el suelo y lo mira a los ojos. Su mano se mueve por su pelo en una caricia tan lenta y dulce que ningún abrazo podría compararse. Con el tiempo, el niño crecerá, pero nadie volverá a tocarlo así. Con amabilidad. Sin esperar nada a cambio.

—Eres mi niño dulce. Nunca harías daño a tus amigos.

—Para ti es fácil decirlo. No tengo ninguno.

Se ríe entre dientes. —Un día harás muchos amigos. Encontrarás gente que se preocupe por ti, que te quiera por lo que eres.

—¿Querrán jugar conmigo?

Le golpea la nariz tres veces, una por cada palabra. —Todo. El. Tiempo.

—¡Mamá! ¡Eso hace cosquillas!

Vuelve a coger a su hijo en brazos. —¿Qué tal si vamos a tomar un helado?

—¿En serio?

—¿Por qué no? Podemos llamar a Tetya Zoya…

—Ni de coña.

La madre se paraliza. El niño en sus brazos también. —Yakov. Has llegado temprano a casa.

—Está claro que no lo suficiente —el hombre que ha hablado, una bestia grande y corpulenta con la cabeza rapada y un traje negro de enterrador, se acerca a la pareja, con la temperatura cayendo en picado a su paso—. ¿Qué he dicho de convertir a mi hijo en un marica? ¿En un ssyklo? ¿Eh?

—Solo es helado —la voz de la madre, tan feliz momentos antes, ahora tiembla—. Si no quieres que lo tome, vale, pero...

ZAS.

—¡MAMI!

La mujer se sujeta la mejilla. El enrojecimiento se extiende, pero ella evita caerse. El niño no es lo bastante maduro para darse cuenta de por qué: su madre no puede permitirse caerse. No con él en brazos.

El hombre se burla. —"Mami" esto, "Mami" aquello. ¿He engendrado una puta hija? ¿Vas a empezar a llevar faldas ahora, chico?

—Déjalo en paz. No ha hecho nada malo.

—No, tienes razón. Tú sí.

Otra bofetada, esta vez en la otra mejilla. La cabeza de la mujer se inclina hacia un lado.

—¡PARA! —grita el chico, ahora con la cara llena de lágrimas—. ¡DEJA DE HACERLE DAÑO!

—Qué débil —escupe el hombre con disgusto—. Mírate. No eres hijo mío.

Tambaleándose, la mujer deja a su hijo en el suelo.

—Cariño —susurra ella, intentando mantener la voz firme—, ¿puedes ir a jugar a tu habitación por mí?

—¡No! ¡No me voy!

—Tienes que hacerlo —el niño vuelve a dar pisotones, pero la madre tiende la mano para calmarlo. Le acaricia el pelo, lenta y dulcemente, y eso por fin parece funcionar—. Confía en tu mami, ¿vale? No tardaré. Me reuniré contigo.

—Pero...

—Por favor —ahora le brillan los ojos—. Por mí.

El chico no puede decir que no a eso.

Lentamente, se aleja, dedicando una sola mirada al hombre que se atrevió a levantarle la mano a su madre.

Ahora mismo, es demasiado débil para hacer nada al respecto.

Un día se lo hará pagar.

~

A LOS NUEVE AÑOS, el niño aún no se ha hecho fuerte.

Pero su padre es impaciente. Es frío, y rabioso, y todo lo que su madre no es. Afirma que quiere un heredero que merezca la pena, y el chico lo intenta, jura que está listo, pero es tan difícil cuando ni siquiera sabe lo que eso significa.

—¡No puedes dejarlo aquí! —grita su madre—. ¡Es un niño! Morirá congelado!

—No lo hará si es mi heredero.

—Estás loco —ella escupe esas palabras como veneno, como un escorpión que intenta desesperadamente picar por primera vez en su vida. Pero su objetivo está demasiado lejos, y los brazos de los hombres que la retienen son demasiado fuertes.

La fuerza, la debilidad, quién la tiene, quién no... siempre se reduce a eso, ¿no?

—¿No tienes corazón? ¿No te importa tu hijo?

—Me importa el próximo pakhan —se vuelve lentamente hacia el niño, sin prestar atención a sus pequeñas respiraciones empañando el aire. El bosque, lo salvaje... todo es solo una prueba. Y Yakov Ozerov no aceptará el fracaso—. Si ni siquiera puede hacer esto, entonces no era apto para empezar.

—¡Morirá, maldito imbécil!

—Entonces, haré otro.

Más gritos. Los hombres de su padre luchan ahora por mantenerla en su sitio. Nataliya es una brizna de mujer, pero una fuerza de la naturaleza cuando se trata de proteger lo que es suyo.

—Estás delirando —gruñe—. Nunca te daré otro hijo. Jamás.

Con un gesto desdeñoso de la mano, ordena a sus hombres que se lleven a Nataliya.

—¡Sasha! —aúlla mientras se la llevan hacia las sombras—. ¡SASHA!

—Deja de llamarlo así —le ladra el hombre—. Se llama Aleksandr. Como el conquistador.

Por un segundo, una luz desquiciada brilla en el fondo de sus ojos crueles mientras mira fijamente al muchacho tembloroso y aterrorizado. Algo que casi podría llamarse orgullo.

Luego, él también se da la vuelta y se marcha.

~

Esa noche, el niño llamado Sasha se acurruca al pie de un árbol. No hay fuego: no sabe cómo hacer uno. Nadie le ha enseñado.

Las hojas crujen tras él. El chico se queda quieto, contiene la respiración, retiene sus miedos justo en el centro de su pecho. A estas horas de la noche, cualquier cosa podría venir a por él: un lobo, un oso, un monstruo.

Entonces, de repente, un calor se filtra por su espalda, un olor familiar golpea sus fosas nasales como galletas en la mañana de Navidad. —¿Mamá?

—Estoy aquí, Sasha. Estoy aquí.

El niño se voltea. Es ella, es realmente ella. —¡Mamá! —la abraza con fiereza—. ¿Cómo te has escapado?

Su madre sonríe. Luce un poco triste, un poco rota, pero una sonrisa al fin y al cabo. En la oscuridad, sus moratones parecen sombras. —Mamá tiene sus mañas.

Solo a la mañana siguiente se enterará el chico de que ella noqueó a un guardia, robó un coche y volvió aquí por la noche. Sin pausa, sin descanso.

Pero él aún no lo sabe.

—Mamá, estoy cansado.

—Ya lo sé. Vamos a dormir un poco, ¿vale? —acurruca a su hijo contra su pecho, una burbuja de calor contra el mundo frío y oscuro que los rodea.

Lo último que recuerda es mirar al cielo: grande, brillante, hermoso, una colcha de estrellas en lo alto.

En ese momento, se siente feliz.

~

Por la mañana, su padre viene a buscarlos.

No dice nada. Su madre tampoco.

Pero, cuando el chico sube al coche, justo antes de que lo sigan sus padres, jura que oye a su padre sisear, cerca del oído de su madre—: Te has pasado.

—No, tú te has pasado —sisea ella—. Abandonaste a tu hijo para que muriera.

—Si no dejas de interferir en su puto entrenamiento ahora mismo...

—¿Qué? —su cabeza se inclina hacia un lado, clavando una daga en los ojos de su marido—. ¿Me matarás?

Durante un momento interminable, Yakov no dice nada. —Protegeré mi legado —responde al final, frío, recortado. Un bloque de hielo con forma de hombre—. Cueste lo que cueste.

~

Me revuelvo en la cama, atrapado entre el sueño y la vigilia. Los sueños no terminan, por mucho que lo desee.

El niño sale corriendo de su habitación. —¡Mamá! —grita—. ¡Mamá! —llama y llama, pero nadie responde—. ¡Mamá! Ma…

—Tu madre se ha ido, Aleksandr. No va a volver.

La escena se transforma. La casa se convierte en un almacén. El niño se convierte en un hombre joven. Más alto, más fuerte... pero aún no lo bastante fuerte.

—Lucha —gruñe Yakov, el alambre de espino en sus manos desgarra sus guantes mientras lo aprieta alrededor de mi garganta —. ¡Por el amor de Dios, lucha! ¿Qué clase de heredero eres?

Aún no lo suficientemente fuerte.

—¡Lucha! Lucha, ¡maldita sea!

A los diecisiete años, por fin lo soy.

CRACK. El cuerpo de Yakov cae al suelo. Su cuello torcido en la dirección equivocada. Su corazón se ralentiza, se detiene.

—¿Ya soy lo bastante fuerte, Otets? —pateo el cuerpo—. ¿Ya soy lo bastante fuerte? —luego, le doy otra patada, y otra, y otra—. ¿Ya soy lo bastante fuerte, puto pedazo de mierda?

¡CRASH!

Me despierto sobresaltado. Mi cabeza gira hacia el sonido: es el cristal de mi mesilla de noche, hecho añicos en el suelo.

El agua se extiende por todas partes. Llena las grietas del suelo de madera, se acumula como lágrimas.

Tardíamente, me doy cuenta de que mi cara también está mojada.

Me la limpio como si estuviera sucia. —*Blyat'*. Maldito *ssyklo*.

ARIEL

Gina agita una magdalena de limón y semillas de amapola delante de mi cara como si fuera una golosina para perros. —Tierra a Ariel. ¿Hola? Estás ida y me estás asustando.

Parpadeo y mis dedos siguen recorriendo distraídamente el pliegue de mi columna vertebral, donde las manos de Sasha me presionaron ayer.

¿Demasiado? ronroneó.

Apenas lo sentí, mentí.

—Perdona. Solo... pensando en cosas del trabajo.

—Mentira. Ningún artículo es tan interesante. Y menos un artículo sobre panaderías —se inclina hacia mi, con las fosas nasales abiertas como un sabueso—. Estás con la mirada de tensión post-sexual, y presiento algún cuento jugoso. Te ordeno que lo escupas.

Me agacho para que no vea el rubor que tiñe mis mejillas, el mismo rubor que ha permanecido obstinadamente en su sitio desde que ayer salí del balneario avergonzada de mí misma. —No hay tensión. Hay... fastidio —clavo la pajita en mi café con leche helado con la fuerza suficiente para romper la tapa de plástico—. Me fastidió que despidiera así al masajista. Me molesta que ladre órdenes como un puto sargento instructor todo el tiempo. Me molesta que...

Que, cuando me inmovilizó contra aquella mesa, el vapor enroscándose a nuestro alrededor como el pecado mismo, quise

dejar que deshiciera cada puntada de mi resolución.

La sonrisa de Gina se ensancha. —¿Molesta porque no lo cabalgaste hacia la puesta de sol, quieres decir?

La pajita se dobla entre mis dientes. Mi mente entra brevemente en modo repetición: *El torso lleno de cicatrices de Sasha brillando bajo las luces del spa, su agarre de mis caderas lo bastante firme como para magullarme. Su respiración entrecortada cuando le arrastré las uñas por el pecho...*

—Fue malísimo y él puede chuparme un h… He tenido mejores masajes por diez pavos en Koreatown.

Mentira. Una mentira enorme y vergonzosa. Fue el mejor masaje de toda mi vida.

Su técnica era devastadora. Clínica al principio, luego deliberada. Castigadora. Un pulgar presionó el punto del pulso detrás de mi rodilla. Un nudillo subió por el arco de mi tobillo. Mi cuerpo se había vuelto traidor, arqueándose ante cada caricia como un maldito sumiso.

Gina se acerca. —¿Qué te chupe *qué*?

Pongo los ojos en blanco con tanta fuerza que veo mi propio córtex prefrontal. —No estás ayudando.

—Lo intento, pero hay que dar para recibir. ¿Primera cita atrevida? Te salió el tiro por la culata. ¿Broma de oficina? Contraproducente. ¿Broma en el spa? Más contraproducente —Gina frunce el ceño—. Reconócelo, Ariel: tu juego repelente está funcionando tan bien como una puerta en un submarino.

Me desplomo, derrotada. Gina tiene razón. ¿El truco de la oficina? Me miró como si yo fuera el plato número uno de la Última Cena. ¿El numerito del malcriada en el restaurante? Devolvió los platos sin pestañear. ¿El spa? *Por Dios*. No volvamos a hablar de ese sitio.

—Necesitamos una nueva estrategia —suelto—. Es como un Terminator cachondo. No se le escapa nada.

—Error —se inclina hacia delante, con los ojos brillantes—. Todo se le escapa. Por eso sigue persiguiéndote. Eres lo primero que no ha caído a sus pies.

Le lanzo un paquete de azúcar. —Perspicaz. ¿Tienes un plan o solo comentarios?

—Me alegro de que preguntes —saca el móvil y abre un tablero de Pinterest titulado *Cómo perder a un chico en 10 excursiones*—. Vamos a lo básico. Edición naturaleza.

Estoy dudosa, por no decir otra cosa. —¿Una excursión? Gina, tú y yo caminamos cada metro en cada clase de Educación Física desde tercero de primaria hasta el último curso. Y eran superficies *horizontales,* pero aun así lo odiaba. Ahora, ¿quieres que vaya cuesta arriba?

—A eso me refiero exactamente —insiste—. Te sentiste miserable durante cada uno de los veintitrés minutos que tardamos en recorrer ese kilómetro. Imagínate lo insufrible que serás cuando haya que ascender.

Mis labios se fruncen mientras pienso en los escenarios. —No estoy totalmente segura de que eso sea un cumplido, pero vale, de acuerdo. Supongo que no me convence. ¿De verdad creemos que un ejercicio ligeramente irritante va a funcionar cuando literalmente nada más lo ha hecho?

Gina se encoge de hombros. —Si tienes ideas mejores, soy toda oídos.

Aprieto la frente contra el tablero de la mesa mientras pienso. —Ojalá pudiera clavarlo en la montaña y dejarlo allí. Así podría... Espera —me enderezo de golpe y miro a Gina—. ¿Estás pensando lo mismo que yo?

Sonríe perversamente. —Creo que estoy pensando exactamente lo mismo que tú.

Perfectamente sincronizadas, decimos en coro—: Dejarlo allí.

Es muy sencillo.

Es una genialidad.

Quizá esta vez funcione de verdad.



O TAL VEZ NO.

Dos horas más tarde, estoy de pie en mi armario, levantando unos pantalones cortos con lentejuelas que hasta una corista de Las Vegas miraría de reojo. —Esto es una locura.

—¡Esa es la cuestión! —la voz de Gina crepita a través de mi AirPod—. Necesitamos distracciones para que no se dé cuenta. Vas a ser una bomba de purpurina en la naturaleza. Un pavo real en esteroides.

Dejo a un lado los pantalones cortos y cojo un top de malla con recortes estratégicos. —¿Y si me pica hiedra venenosa en... todo?

—Entonces, Sasha te llevará de vuelta a la civilización y te untará loción de calamina en tu flor. Todos salimos ganando.

—Te odio.

—Te quiero más. No olvides el altavoz Bluetooth de tu riñonera Juicy Couture. Tenlo a todo volumen todo el rato.

—Cada vez estoy menos segura de esto, Gee.

Oigo el zumbido del microondas mientras se prepara una deliciosa y nutritiva cena de fideos instantáneos. —Es curioso, yo cada vez estoy más segura. Es infalible. Los hombres odian dos cosas: que les molesten y a Carly Rae Jepsen. Lo único que tienes que hacer es poner tu música a todo volumen, quejarte todo el rato y luego dejarlo tirado ahí arriba. Así, *pum*, se acabó el compromiso.

—Esperemos que sí —murmuro.

—Siempre queda la alternativa.

Hago una pausa. —¿Que es...?

—Otro plan infalible. Le suplicas que te manosee sobre un tronco caído. Caes de rodillas y le suplicas hasta que se quiebra y te arrastra a los arbustos para darse un festín contigo...

Cuelgo.

AL AMANECER, mi bolso luce como si una boutique Claire's explotó allí dentro. Llevo:

- Un palo selfie con luz anular incorporada
- Un altavoz portátil con forma de margarita (precargado con la banda sonora de Barbie)
- Siete tonos de brillo de labios, todos con nombres de cócteles
- Un "kit de supervivencia" con desinfectante de manos de purpurina y purpurina corporal comestible
- Stilettos pintados con aerosol dorado para una experiencia de "*excursión chic*" completa

Miro fijamente mi reflejo: conjunto deportivo rosa intenso, visera con pedrería, bronceador a raudales. La chica del espejo parece la adaptación real de una muñeca Bratz.

—Tú puedes —le digo a la nerviosa mujer del reflejo—. Sé insoportable. Sé insoportable.

En cuanto lo digo, suena mi teléfono.

SASHA OZEROV: Fuera.

Al mirar hacia abajo, veo su todoterreno parado como una pantera en la acera. Se me revuelve el estómago.

Pero, cuando bajo las escaleras y abro la puerta de un tirón, dispuesta a sacar lo peor de mí, Sasha ya tiene una mano apoyada en el reposacabezas, el cuello lleno de cicatrices torcido para controlar el tráfico que se aproxima. Su camiseta Henley desteñida se le sube, revelando una franja de abdominales pálidos, estriados, que están ahí un segundo y desaparecen al siguiente.

Se vuelve para mirarme.

Y, durante un milisegundo, vuelvo a estar en aquel callejón detrás del local de Zoya, viendo cómo la pena fracturaba su compostura de granito.

Saltó... Tenía las manos magulladas...

—¿Vas a quedarte ahí para siempre? —suelta.

—Alguien está de mal humor —arrojo mi riñonera sobre su regazo—. Lleva esto. Es vintage.

No se mueve. Solo deja que el bolso se deslice hasta el suelo mientras me subo. Su mirada se queda fija en la forma en que mis mallas se tensan en el muslo, en el bamboleo de mis estúpidos tacones. Cuando por fin estoy sentada, suspira.

El motor ruge.

Mi pulso también.

Ya no hay vuelta atrás.

25

ARIEL

El cartel del inicio del sendero se burla de mí en alegre Comic Sans: ***¡Te esperan diversión y aventura! ¡Mantente en los senderos señalizados!***

No estoy tan segura de la parte "divertida".

¿En cuanto a la aventura?

Pues bien, algunos estamos a punto de aventurarnos un poco más lejos que otros.

Me ajusto la visera con pedrería y pongo el altavoz con forma de margarita al máximo volumen. Puede que Dua Lipa esté bailando toda la noche, pero yo tendré suerte si salgo con vida.

—¿Lista? —Sasha está apoyado en una roca, con los brazos cruzados, vestido como si estuviera a punto de hacer cumbre en el Everest con un jersey y unos vaqueros. Mientras tanto, yo parezco una bola de discoteca vomitada en un estante de liquidación de Lululemon.

—Nací lista —miento, sacudiendo la suciedad de mis tacones de aguja pintados con aerosol dorado—. Solo... admiraba la belleza de la naturaleza antes de empezar.

Su mirada se desliza por mis mallas rosa neón, enganchándose en la deslumbrante bolsa de ***BOCADILLOS*** que llevo atada al muslo y que no contiene más que chicles. —Sabes que esto es una montaña, no Coachella.

—Detalles, detalles —saco el móvil cubierto de purpurina y me hago un selfie con los labios de pato—. ¡Woooo!

Y luego nos vamos.

El primer kilómetro es todo miseria interpretativa. Tropiezo fingidamente con los guijarros, me quejo de unas ampollas inexistentes y le doy serenatas con interminables versiones desafinadas de *I'm Just Ken*.

Pero las reacciones de Sasha son... decepcionantes. Sigue caminando, como una sombra esculpida en granito, testosterona y rabia reprimida, y solo ofrece alguna réplica ocasional.

Eso no me impide intentar presionarlo.

Kilómetro 0,1: Tropiezo dramáticamente con una ramita—: ¿Quién ha puesto toda esta madera aquí?

Kilómetro 0,3: Saco mi teléfono—: Espera, tenemos que documentar esto para mi nuevo blog de estilo de vida al aire libre. ¿Debo usar Valencia o Perpetua?

Sasha—: Usa el modo avión. Tu batería está al 12%.

Kilómetro 0,5: Hago sonar "*Toxic"* por el altavoz de margarita —: ¡Canta conmigo! "*I'm slipping under…*".

Sasha murmura—: Esto es lo que Judas oye en el infierno.

Kilómetro 0,7: Me aplico brillo de labios a mitad de camino—: ¿Prefieres "Explosión Mojito" o "Amor Cosmopolitan"?

Sasha echa un vistazo a la escarpada caída del acantilado junto a nosotros—: En este punto, el dulce abrazo de la muerte.

Kilómetro 0,9: Paro bruscamente—: Espera, ¿eso es un *oso*?

Sasha, sin romper el paso—: Ardilla. Sigue moviéndote.

Kilómetro 1,0: Me desplomo sobre una roca—: Necesito hidratación. Y una pedicura. No necesariamente en ese orden.

Sasha me lanza una cantimplora. —Bebe.

Tomo un sorbo y me atraganto de verdad. —¿Esto es *vodka*?

Pero la falsa miseria no tarda en volverse muy, muy real.

En el kilómetro tres, mis muslos gritan. La riñonera Juicy Couture se me clava en las costillas, y la purpurina comestible de mi escote se ha fundido con el sudor en un brillo distópico.

Mientras tanto, Sasha no muestra signos de resquebrajarse.

Es hora de acelerar las cosas.

—¡Espera! —avanzo hacia donde se ha detenido en una bifurcación del sendero. El mapa que imprimí de Google, y sobre el que derramé kombucha, se agita en mi mano—. Tenemos que... eh... ir a la izquierda.

Arquea una ceja. —La izquierda lleva a un barranco.

—¡Exactamente! ¡Las mejores vistas!

—¿Y a dónde nos lleva el derecho?

—Zonas de apareamiento de osos. Muy peligroso. Muchos gruñidos.

Sus labios se crispan. —Tienes el mapa al revés.

Mierda. Salgo por el sendero a un ritmo de muerte. Si tengo suerte, eso es exactamente lo que ocurrirá. Sasha maldice en voz baja y me persigue, pero yo le digo por encima del hombro—: Es una... inversión topográfica. La cartografía moderna es realmente innovadora hoy en día.

La única razón por la que no me agarra del brazo y me arrastra de vuelta al sendero principal es porque estoy esquivando y zigzagueando entre árboles y lianas colgantes. Estoy agradecida por la cobertura hasta que, diez minutos después, estamos caminando a través de una maleza tan espesa que hasta los mosquitos parecen cabreados. Se me rompen los tacones de aguja. Mi altavoz se apaga a mitad de *Single Ladies*. La camisa de Sasha se engancha en una espina y empieza a desgarrarse por el dobladillo, igual que mi cordura.

—¿Esta es tu idea de un atajo? —se limpia la sangre de un arañazo en la mandíbula.

—Eh... ¿Carpe Diem?

—Carpe Diem —repite rotundamente—. ¿Eso significa en griego *estoy intentando que nos maten*?

El sol se oculta tras las cumbres, abrasando el cielo en vetas rojizas. Mi teléfono solo tiene un 2% de batería. El barranco que juré

que sería impresionante se abre bajo nosotros, hambriento e interminable y lleno sobre todo de rocas cubiertas de suciedad.

Pero, cuando me doy la vuelta para retomar el camino adecuado...

Oh.

Oh, no.

—Estamos perdidos —dice Sasha, demasiado tranquilo.

—¡Estamos... de aventura!

—Ariel.

—¿Explorando?

Se acerca. Las agujas de pino crujen bajo sus botas como pequeños huesos. —Mírame.

No quiero hacerlo. Sus ojos estarán helados. Decepcionados. Terroríficos.

Pero, cuando levanto la vista, su mirada... no es eso. Al contrario, es más bien... curiosa. ¿Divertida? —Lo has hecho a propósito —afirma rotundamente.

—¿Hacer qué? Abrazar la espontaneidad de…

—Querías que nos quedáramos tirados.

Mi boca se abre. Se cierra. *Vaya manera de fingir, tonta. ¿Ni siquiera pudiste actuar sorprendida?*

Entonces, Sasha hace algo que realmente me sorprende. Se ríe.

Es un sonido grave y peligroso que me enrosca los dedos de los pies en los tacones estropeados. —¿La próxima vez? —aconseja—. Elige una montaña sin torres de telefonía móvil.

Levanta el teléfono. La pantalla brilla con un punto GPS que pulsa con seguridad en el camino principal.

Se me revuelve el estómago. —¿Tú... lo sabías?

—Te conozco —guarda el teléfono—. Ahora, ven. La puesta de sol es en veinte minutos. Tenemos que encontrar refugio antes.

—¿Refugio? —la palabra chirría—. Pero... vamos a volver, ¿verdad?

—¿A dónde? —hace un gesto hacia el laberinto de sombras que se traga el sendero—. Nos has conducido cinco kilómetros hacia la

nada, *ptichka*. Nos quedaremos aquí hasta el amanecer.

Nononononono.

No, señor.

No, señora.

Esto no formaba parte del plan. El plan era dejarlo a él, no a los dos.

Pero una mirada a la cara de Sasha dice que no está bromeando.

Bien, de acuerdo entonces.

Pijamada inesperada al aire libre con el hombre del que me muero por alejarme, allá vamos.



Emprendemos el ascenso por la montaña en busca de algo parecido a un refugio. El haz de luz de la linterna del teléfono de Sasha atraviesa la oscuridad cada vez más profunda, dejando al descubierto unas raíces nudosas que nos arañan los tobillos. Me falta un talón; el otro cuelga de mi mano como un pájaro herido.

Su espalda se convierte en el centro de mi atención. Cada músculo se mueve y se estira con su paso. Las sombras se acumulan en los huecos de sus hombros. Mantenerlo a la vista es la única razón por la que continúo poniendo un pie delante del otro.

Céntrate, Ariel. Insoportable e insufrible, ¿recuerdas? Que nos hayamos desviado ligeramente del rumbo no significa que abandones todo el plan.

Cuando Sasha se arrodilla para inspeccionar una formación rocosa escarpada para comprobar su idoneidad, yo me detengo y la inspecciono al mismo tiempo. La luz de la luna convierte la cicatriz de su cuello en algo más.

—Aquí —asoma la barbilla por un saliente poco profundo—. Hogar, dulce hogar.

—Es una *cueva con suelo de tierra*.

—Tu suite de cinco estrellas te espera, princesa. Entra.

Frunciendo el ceño, entro cojeando. Para ser sinceros, es más un saliente en la roca que una cueva. El espacio apenas es lo bastante grande para sentarnos sin que nuestras rodillas se toquen.

Y lo hacen. Inmediata e inevitablemente. Dobla su musculoso cuerpo junto al mío y la electricidad crepita en el centímetro que separa su muslo del mío.

Mientras me acomodo y desabrocho las mochilas y bolsas, Sasha se agacha y saca un cuchillo de su bota.

Me paralizo.

Quizá mi plan funcionó demasiado bien. Lo molesté hasta el punto de cometer un homicidio. Aquí es donde muero.

Se queda quieto, con los ojos entrecerrados. —¿Crees que te haría daño?

—No sería la primera vez que un hombre lo intenta.

Algo oscuro cruza su cara. Luego, se mueve en un borrón tan rápido que no puedo evitar gritar. Levanta el cuchillo en alto...

...y luego me lo ofrece por el mango. —Bien. Sujétalo tú, si te hace sentir más segura.

Lo cojo con dedos temblorosos. Puede que esté o no un poco nerviosa en este momento.

—Gracias —tartamudeo—. Solo estaba un poco...

—Volveré.

—¡Espera! ¡Sasha! ¿A dónde vas?

Pero desaparece sin respuesta, fundiéndose en el bosque.

Mientras está fuera, hago todo lo posible por recalibrarme. Es solo una noche en el bosque, ¿qué más da? Él puede quedarse en su lado del Four Seasons Cave Resort y yo en el mío. Y si unas cuantas picaduras de insecto y un retortijón en el cuello por usar una roca como almohada es todo lo que hace falta para convencerlo de que no valgo las molestias y comprar mi libertad, pagaré ese precio siempre.

Pero los segundos se convierten en minutos. Empieza a invadirme de nuevo la ansiedad. Cuando oigo un ruido sordo y crepitante en la maleza, blando el cuchillo, dispuesta a utilizarlo si...

—Al menos deberías fingir que sabes con qué punta pinchar a un enemigo —murmura Sasha cuando reaparece. Arroja un montón de leña al suelo, delante de la cueva.

Lo miro con el ceño fruncido. —Me daría cuenta enseguida.

—Mm —es todo lo que dice. Empieza a encender el fuego con facilidad.

Juro que pasan menos de cinco minutos desde que empieza hasta que pequeñas llamas consumen la paja del pino. Sasha se sienta contra el muro de piedra mientras el fuego baila y crece.

—Eso ha sido... medianamente impresionante —admito, jugueteando con el cuchillo en mi regazo—. ¿Quién te ha enseñado eso? ¿El oso Baloo?

Mira fijamente el corazón del fuego, con el rostro envuelto en sombras. —Mi madre —responde al fin—. Después de... —se le aprieta la mandíbula—. Malas noches.

El aire se desplaza. Se siente denso. De repente, el rostro de Sasha se tensa. Miro por encima del hombro, como si un oso pudiera venir hacia nosotros, cabreado porque le hemos robado el salón.

Pero no hay nada. —¿Qué? ¿Qué pasa?

Se encoge de hombros y se quita el jersey, dejando al descubierto otra fina camiseta térmica de tirantes que se ciñe a cada cresta muscular. —Brazos arriba.

—¿Perdona?

—Estás temblando.

—¡No lo estoy!

Se acerca más. El frío muerde más fuerte. —Brazos. Arriba.

Al final, no es una elección. Tiene razón: el sol hace tiempo que se ha ido y el aire se enfría a cada segundo que pasa. Desgraciadamente, mi sujetador deportivo de un solo hombro no servirá de mucho para retener el calor.

Así que obedezco a regañadientes. El jersey me envuelve, huele a cedro y a imprudencia. Aún está caliente por su piel.

¿Estás loca? ¡No pienses en su piel! No pienses en...

—¿Tienes hambre? —saca una barrita de proteínas de su mochila.

—No —es mentira, pero, si dejo que me vista y me alimente, voy a perder la cabeza.

—¿Es porque no tiene purpurina? —me da un golpecito en el muslo con la bota—. ¿O porque no sabe a chicle?

Aprieto la mandíbula. —Las dos cosas.

Lo desenvuelve y le da un mordisco deliberado. —Como quieras.

Luego, vuelve a acomodarse contra la roca.

Me siento lo más lejos que puedo, ansiosa y nerviosa. Aquí la noche cae rápidamente, sin el resplandor de la ciudad para suavizar los bordes. Las estrellas atraviesan la negrura, más brillantes de lo que nunca las había visto. Sasha se ocupa el fuego con un palo puntiagudo, con el rostro completamente impasible.

Me acurruco en su camisa, la culpa en mi estómago cuaja y se revuelve junto a algo más caliente.

—¿Por qué no estás enfadado? —las palabras se escapan antes de que pueda detenerlas.

Levanta la mirada, la luz del fuego esculpiendo su rostro en algo antiguo. Feral. —¿Quieres que lo esté?

—Quiero decir, lo entendería si así fuera. Yo saboteé esto.

—¿Y?

—Y... ¡deberías estar furioso! ¡Grita! ¡Amenaza con dejarme para que me coman los osos!

El fuego crepita. Sus ojos sostienen los míos. —Yo no haría eso.

Quiero preguntarle qué parte precisamente no haría, pero, antes de que pueda, se oye un fuerte estruendo…

Y empieza a llover.

En realidad no llueve, es un *diluvio*. Los cielos se abren y se desatan sobre nosotros como si esta tormenta fuera personal. El fuego se apaga de inmediato con un chisporroteo lúgubre.

Me desplazo hacia atrás, pero no puedo avanzar más. Y además, el agua se filtra por una grieta del techo, goteando traición helada

sobre mi cuero cabelludo. Han pasado treinta segundos y ya me castañetean los dientes.

Sasha maldice en ruso, tirando de mí contra su pecho. Los latidos de su corazón retumban en mi mejilla.

—Hipotermia —ladra por encima de la tormenta—. Quítate la ropa.

Resoplo. —Que sutil. Si crees que eso va a funcionar, entonces...

—Está mojada. Así que es eso o morir de exposición. Ahora, Ariel.

Nos desnudamos, sacrificando el pudor por la supervivencia. Su camiseta de tirantes se aferra a cada cresta muscular, a cada vieja herida. Mi bralette de neón se siente absurdo. Vulnerable.

Acomoda nuestras ropas cerca del fuego apagado y luego vuelve a acercarme a él. Estoy rígida como una tabla entre sus brazos. Piel con piel, y con su aliento caliente en mi nuca, murmura—: No hagas que esto sea raro.

—Me estás haciendo cucharita literalmente en una cueva.

—Y tú estás temblando demasiado para insultarme como es debido. Todos estamos sufriendo.

La lluvia sigue cayendo a cántaros. Sus brazos se tensan. Mi mente busca el odio, pero mi cuerpo...

Mi cuerpo recuerda sus manos en la sala de vapor. Su risa en donde Zoya. Sus ojos azules en un callejón, diciendo cosas que claramente nunca había dicho en voz alta.

Intento resistir, pero al poco tiempo me hundo contra su pecho. Solo porque acurrucarse contra Sasha es la diferencia entre la vida y la muerte. No tiene nada que ver con la forma en que sus brazos se mantienen fuertes a mi alrededor. Acordonados de músculos. Cálidos.

Seguros.

Minutos o tal vez horas después, la tormenta amaina. A través de un hueco en el follaje, observamos cómo avanzan las nubes oscuras y se revela el cielo nocturno. Empiezo a recuperar la sensibilidad en los dedos de manos y pies.

Pero la sensación de que *Esto no puede ser real* permanece, más fuerte que nunca.

—¿Mejor? —su aliento me calienta la oreja.

¡No! Quiero llorar. *Peor. Mucho peor.*

En lugar de eso, asiento, con la garganta apretada. Sus latidos retumban contra mi columna, perfectamente sincronizados con los míos. Por encima de nosotros, a través de la abertura en las copas de los árboles, la Vía Láctea se desangra por el cielo, indiferente a nuestro estúpido desorden humano.

Me centro en ella, esperando poder olvidar yo también.

—Ese es Orión —susurro, señalando.

—Mm —su barbilla roza mi pelo.

—Y ahí está Ursa Maior. La Osa Mayor.

Siento su atención fija en mí. —¿Quién te ha enseñado eso?

—Mi hermana. Durante... las malas noches —respondo, en una inversión divertida, pero no divertida de nuestra conversación sobre el fuego y su madre—. Cuando mi madre y mi padre se peleaban mucho, nos escapábamos a la azotea para mirar las estrellas. Era Nueva York, así que, ya sabes, no había muchas estrellas. La mayoría eran satélites y aviones. Pero se inventaba constelaciones. Y algunas noches, las menos, veíamos estrellas de verdad.

Sus brazos se tensan. El silencio se estira, cargado.

Estoy semidesnuda contra su pecho, cargando con mi alma en medio de la naturaleza oscura y desnuda. Vulnerable de una forma más aterradora que la tormenta.

—Dime algo real —digo de repente. Sea el juego que sea, estoy perdiendo. Y mucho. Necesito igualar el marcador.

Se queda quieto. —¿Cómo qué?

—No lo sé. Solo un secreto. Un recuerdo. Algo que nunca le has contado a nadie.

El viento aúlla. Justo cuando creo que me va a dejar fuera, habla. —Cuando tenía doce años, mi padre me encerró en un congelador por contestarle —su voz es indiferente. Casi sin vida—. Me dijo que podría salir cuando dejara de llorar.

Me cruje el pecho. —Sasha...

—Te hablé de la primera vez que maté a un hombre. El contrabandista del callejón. La pistola atascada, la botella rota. Lo que no te conté es que vomité después. En un callejón detrás de una tienda de kebabs.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Tú has preguntado.

—Pero, ¿por qué estas cosas?

Lleva tanto tiempo callado que estoy segura de que esta vez sí que no contestará. Entonces…

—Para que mañana, cuando vuelvas a mirarme, recuerdes lo que realmente soy. No el hombre que enciende hogueras o te abraza para mantenerte caliente. No el hombre que te deja que lo lleves a una cacería salvaje por una montaña, incluso cuando sabe que eso es exactamente lo que pretendías hacer. Yo no soy eso, Ariel. Soy otra cosa.

Me retuerzo en sus brazos, buscando su rostro. —¿Qué eres?

—Un monstruo.

Las estrellas se desdibujan. —Sasha...

—Duerme, Ariel —me mete la cabeza bajo la barbilla—. Estaremos aquí hasta el amanecer.

Quiero discutir. Diseccionar cada cicatriz, cada pecado. Exigirle que demuestre que se equivoca. Pero su pulgar traza círculos en mi cadera y las últimas brasas del fuego lo pintan de oro. Y, de repente, vuelvo a ser una niña: aterrorizada por la oscuridad, aferrada al primer calor que he sentido en años.

Su respiración se estabiliza.

Su agarre, sin embargo, nunca se afloja.

Y, en algún lugar del corazón de la noche, entre el aullido de los coyotes y las ráfagas de viento que surcan el barranco, me doy cuenta de la terrible, horrible, innegable verdad:

No quiero que acaben estos diez días.

ARIEL

Mi lista de cosas que *no debo hacer* está aumentando de forma preocupante.

No sueñes con Sasha Ozerov.

No pienses en Sasha Ozerov.

Por el amor de Dios, ni siquiera CONSIDERES fantasear con Sasha Ozerov. Lo invocarás como a Beetlejuice.

Es una buena lista. Muy completa.

Por desgracia, también es inútil.

Porque toda la mañana, desde que bajamos de la montaña a la luz del alba y Sasha me llevó a mi apartamento para que pudiera quitarme apresuradamente la suciedad de la cueva del pelo y ponerme un conjunto de trabajo, pensar, soñar y fantasear con Sasha Ozerov es todo lo que puedo hacer.

Apuñalo las teclas del portátil con fuerza suficiente para romper la barra espaciadora. *Concéntrate, Ari. Trabaja. Palabras. Periodismo*. Pero todo lo que mi cerebro da de sí son artículos de diez mil palabras sobre la forma en que su cicatriz brillaba en marfil a la luz del fuego, el tono de cristal roto de su voz diciendo *Duerme, ptichka*.

Maldigo en voz alta mientras el café salpica mi taza de "Reportera más buena del mundo". La última tarea de John, sobre un corgi que sabe montar en monopatín, se burla de mí desde la pantalla. El cursor parpadea acusadoramente donde he escrito "Sasha" en vez de "Sparkie".

Si Sparkie hubiera estado en esa montaña esta mañana, lo entendería.

El descenso fue un borrón en el que Sasha me sostenía de la cintura, me levantaba por encima de las raíces de los árboles, y el amanecer se rompía como una yema de huevo sobre su barbuda mandíbula. Me había llevado a casa en silencio, con su Henley aún sobre mis hombros. Había querido arrojarlo al Hudson. En lugar de eso, ahora está fermentando en mi cesto, probablemente susurrando cosas traicioneras como: *Puede que algunos monstruos tengan facetas angelicales.*

Gina se acerca a mí, chasqueando el chicle. —¿Tienes algún problema con ese corgi o algo así? Estás mirando la pantalla como si quisieras echarle un maleficio.

—Yo...

—¡Cállate!

Parpadeo al verla. —¿Perdona?

—SOS —sisea, moviendo la barbilla hacia los ascensores—. A las seis en punto. Código rojo.

Me giro lentamente. Sé lo que voy a ver antes de verlo, pero, de algún modo, eso no hace absolutamente nada por amortiguar la conmoción.

Está aquí.

Sasha Ozerov está de pie en la puerta de nuestra mugrienta oficina, con un aspecto totalmente fuera de lugar, vestido con un traje a medida de color carbón y las manos llenas de cicatrices metidas despreocupadamente en los bolsillos.

Todas las cabezas de la sala giran hacia él: los redactores hacen una pausa, los becarios dejan caer los rotuladores, el chico de deportes se atraganta con su burrito del desayuno.

¿Qué hace aquí? le digo a Gina gesticulando con la boca, aumentando el pánico.

Ella se encoge de hombros, con los ojos muy abiertos. —El tipo es como una ETS: aparece sin invitación y te arruina la semana.

Mi primera esperanza es esconderme bajo mi escritorio como una suricata y que me deje en paz. Pero, cuando veo movimiento en el despacho del redactor jefe John y me doy cuenta de lo malo que sería que Sasha preguntara despreocupadamente a mi jefe dónde puede encontrarme, me levanto de golpe y prácticamente corro hacia él.

—¡Tú...! —señalo con un dedo a Sasha y luego a la escalera de incendios—. Fuera. Ahora.

Levanta una ceja, escudriñando los amarillentos recortes de prensa de las paredes y el ficus medio muerto junto a la fotocopiadora. —Encantador lugar tienes aquí. Yo…

—Ni. Una. Palabra.

Lo arrastro por el codo hasta el pequeño rellano de la escalera de incendios. Estoy furiosa, ruborizada, aterrorizada, un millón de emociones a la vez.

Me abalanzo sobre él mientras la puerta se cierra con estrépito. —¿Tienes idea de lo que ocurre cuando el *pakhan* de la Bratva Ozerov entra bailando el vals en la *redacción de un periódico*?

—¿Me ofrecen café? —se apoya en la pared de hormigón, todo confianza perezosa y depredadora—. Por cierto, era horrible. Sabía a aceite de motor.

—¡Esto no tiene gracia! Tengo una *carrera* aquí. Una vida que no implica... —hago un gesto salvaje hacia toda su existencia

—¿Conspiraciones criminales? ¿Charlas nocturnas junto a la chimenea? ¿Yo? —su boca se tuerce—. Asúmelo, *ptichka*. Estás atascada con las tres cosas.

Me aprieto los párpados con las palmas de las manos. —No sé por qué me molesto. Solo... Dios, hazme comprender. ¿Por qué estás aquí?

—Te perdiste nuestra llamada de control matutina.

—¡No *tenemos* llamadas de control!

—Ahora sí —me arranca un Post-It del pelo, una lista de la compra en la que se leen ***huevos, leche, amor propio***, y se lo mete en el bolsillo del pecho—. ¿Tienes hambre?

—Prefiero comerme mi portátil.

—Bien. Conozco un sitio.



Quince minutos después, estoy aplastada junto a Sasha en un banco astillado del parque, obligándome a sonreír al vendedor ambulante que acaba de entregarle dos perritos calientes chorreantes.

—Esto es un secuestro —murmuro, viéndolo escrutar el tóxico condimento verde como si fuera veneno—. Por no hablar de que es terrible para mi productividad. Tengo plazos, ¿sabes? Periodismo de verdad que hacer.

—Tu editor te asignó una historia sobre... —entrecierra los ojos ante la mostaza untada en su pulgar—. ¿Atletas caninos, no?

—¡Es un artículo de interés humano!

—Es un desperdicio de tu talento —da un mordisco experimental, hace una pausa y luego devora el resto de tres brutales mordiscos—. No está mal.

Parpadeo. —¿Nunca... habías comido un perrito caliente?

—Normalmente no como alimentos que tocan el pavimento.

—Es *carne de la calle*, Sasha. Un rito de paso neoyorquino —le arrebato de la mano el segundo perrito caliente sin tocar y muerdo la punta con fruición. Literalmente—. ¿Cómo sobrevivías de niño? ¿Caviar y amenazas de muerte?

—Vodka, sobre todo. Casquillos de bala. Alguna rata.

—Una parte de mí no cree que estés bromeando.

—Puede que una parte de ti tenga razón. Pero yo que tú creería en la broma: la realidad es mucho más fea.

Lo dice como si estuviera comentando el tiempo: *nublado con probabilidad de trauma infantil*. Me quedo mirando el perrito caliente a medio comer que tengo en la mano, con náuseas repentinas.

—Hola —su nudillo roza mi muñeca—. Come. Estás temblando.

—Estoy contemplando.

—Tienes hipoglucemia —me acerca la comida a los labios—. Come o te alimentaré a la fuerza.

—Hablando de adjetivos, eres insufrible.

—Y tú estás dando largas. Es un verbo, pero cierto al fin y al cabo.

Doy un mordisco a regañadientes. El chisporroteo de la mostaza, el sabor de la cebolla... es estúpidamente reconfortante. Sasha me observa con una atención inquietante, como si memorizara el movimiento de mi mandíbula.

—¿Qué? —me lamo el ketchup del labio.

—Nada —mira hacia otro lado, con la garganta agitada—. No importa.

Central Park se despliega a nuestro alrededor, todo luz dorada y ardillas correteando. De repente, estoy inquieta. Se podría pensar que la debacle de la caminata de ayer me habría hecho desistir de "caminar" para siempre, pero la idea de quedarme abandonada en este banco del parque con Sasha me resulta demasiado tierna e inductora de ansiedad.

—¿Caminamos? —pregunto.

Sasha se encoge de hombros. —Claro.

Nos levantamos, tiramos la basura y nos adentramos en el sinuoso camino, con nuestras sombras extendiéndose largas y enmarañadas por delante.

—Esto no es una cita —anuncio a un caniche que pasa—. Para que lo sepas. Para que lo sepa todo el mundo.

Sasha tararea. —Si fuera así, te habría comprado zapatos mejores.

Miro mis zapatillas desgastadas. —Son mis zapatillas de diario.

—Se están desmoronando.

—También mis ganas de vivir, pero aquí estamos.

Su risa es grave y sorprendida. El sonido hace algo peligroso en mi caja torácica. Empiezo a contar resueltamente hasta mil en mi cabeza para que no se llene de pensamientos de baño turco.

Pasamos junto a un músico callejero que toca Sinatra con un saxofón abollado. Sasha arroja un billete de cien dólares en su maletín sin romper el paso.

—Fanfarrón —murmuro.

—Prefiero "filántropo generoso".

—Qué curioso. Yo optaría por "sociópata peligroso".

Se detiene bruscamente, volviéndose hacia mí. —Y, sin embargo, no me tienes miedo.

En realidad no es una pregunta. Tampoco se equivoca.

Levanto la barbilla. —¿Debería?

—La mayoría de la gente me tiene miedo.

—Pues yo no.

—¿Por qué?

La verdad es afilada en mi lengua: *Porque te he visto tierno. Porque Zoya dijo que llevas lirios a la tumba de tu madre. Porque cuando te ríes como lo has hecho hace un momento me olvido de odiarte.*

Obviamente, como soy la cobarde emocional que soy, me desvío. —Porque en secreto eres un príncipe Disney, un auténtico blandengue, con una magdalena por corazón. Seguro que tienes una canción sobre emociones reprimidas y todo eso.

Se acerca. Nuestros zapatos casi se tocan. —¿Es eso con lo que fantaseas? ¿Yo cantándote una serenata sobre mis sentimientos?

Me tiembla el pulso. —No fantaseo contigo.

Mentirosa.

Sucia y podrida mentirosa.

Te crecerá la nariz como a Pinocho

¿No te advirtió que no mintieras delante de él?

Su mirada baja hasta mi boca, como si supiera exactamente lo que estoy pensando. —Lástima. Ojalá pudiera decir lo mismo.

Por el amor de Dios. ¿Por qué ha tenido que decir algo así? Ahora, todo lo que quiero hacer, todo lo que me muero por hacer, es pedirle que me diga exactamente con qué fantasea. ¿Es conmigo? ¿La oficina? ¿El spa? ¿El baño de la gala? ¿Algo más, algo nuevo,

algo mejor, algo peor? ¿Es sano o depravado? ¿Manda él o mando yo? ¿Termina con fuegos artificiales o termina con uno de los dos gimoteando? Por favor, no me dejes así. No me dejes...

Un grupo de corredores nos rodea, rompiendo el hechizo. Me alejo, me abrazo a mí misma y vuelvo a empezar la cuenta desde cero. —Deberíamos volver.

—¿Por qué?

—Porque no debería estar aquí.

—¿Por qué?

Porque incluso esa palabra es suficiente para minar mi determinación.

—¡Por esto! —estallo mientras hago un gesto salvaje entre nosotros—. ¿Esta mierda, esta fachada? ¡No es real! ¿A quién queremos engañar, Sasha? Todos sabemos lo que está pasando aquí. O, al menos, lo que va a pasar. Te casarás conmigo, desmantelarás el imperio de mi padre y me dejarás de lado como si fuera noticia vieja. Ese es el trato, ¿verdad? ¿A eso me apunto? Al menos ten las pelotas de decírmelo a la cara.

Sus ojos se nublan. Me pregunto si he ido demasiado lejos.

—¿Crees que quiero esto? —su voz es de grava.

—Creo que quieres el *control*.

—¿Y tú? —me aprieta contra una farola, ignorando a los turistas que sacan fotos del puente Bow—. ¿Qué quieres, Ariel?

Las palabras me arañan la garganta: *Quiero desconocerte. Quiero dejar de preguntarme cómo se sentirían tus cicatrices bajo mis labios. Quiero dejar de fingir que todo esto es un juego, porque, si lo es, no puedo saber si estoy ganando o perdiendo.*

—Quiero irme a casa —susurro.

Durante un segundo aterrador, creo que me besará. En lugar de eso, retrocede, con la mandíbula apretada. —Como quieras.

El paseo hasta la salida del parque es silencioso. Me duele el pecho como si me hubiera tragado cristales rotos. En la acera, su chófer espera, con el motor ronroneando.

Sasha abre la puerta. —Haré que Klaus te lleve...

—Cogeré el metro.

—Ariel…

—Esto no era una cita —vuelvo a decir, desesperada por creerlo.

Me estudia, el delineador corrido, la mancha de mostaza en la manga, la forma en que blando el bolso delante de mí como un escudo.

—No —concede en voz baja—. No lo era.

Entra y cierra la puerta. El coche se aleja, dejándome mirando cómo las luces traseras se desdibujan en el tráfico, hasta que el perrito caliente de mi estómago se agria y la última luz del sol se apaga.

ARIEL

—¡Riri! ¡Ven aquí!

Me apresuro a cruzar la calle una fracción de segundo antes de que el semáforo se ponga en rojo. Un coche me toca el claxon, pero ni siquiera le muestro el dedo al conductor: así de mareada me siento.

Porque hoy por fin podré verla.

—¡Mamá!

Me abraza con fuerza, haciéndome tambalear de un lado a otro. —¡Mi niña! ¡Cuánto tiempo!

Hay una cosa sobre Belle Ward que la mayoría de la gente no parece darse cuenta hasta que es demasiado tarde: tiene un agarre de acero. —Ay, ay, ay. Alerta costillas.

—Lo siento —se aparta, con las manos aún firmes en mis brazos, esa pose que los padres siempre hacen para verte bien—. Dios, qué guapa estás.

—Siempre dices lo mismo.

—Porque siempre es verdad.

—Me ves con ojos de mamá.

Ella sacude la cabeza, su sonrisa es tan brillante como el verano. —No te hagas la tímida. También es tu pelo recogido en... Hm, conozco esas trenzas —eso me delata—. ¿Vas a tener una cita después de esto? ¿O vienes de una?

Me ruborizo. Pase lo que pase, su radar nunca falla. —No es una cita. Es... —*una cita*. *Di las cosas como son, Ariel. No puedes venderle mentiras a la mujer que te creó: se las huele a la legua.*

Lo intento de todos modos. —Lo último. Más o menos. En realidad, no.

—Mhmm. ¿Con un hombre?

Permanezco en silencio.

—¿Solo tú y él?

Permanezco en silencio un poco más.

—Esto no es un juicio, Riri. No puedes permanecer en silencio.

—Puedo intentarlo.

—Bien —finge indiferencia, con la nariz vuelta hacia el cielo—. No hablaremos de tu novio sexy y ardiente.

—Espera, ¿cómo sabes que es sexy?

Sonríe. —¡Así que es sexy! ¡Y ardiente! Y tu novio.

No me jodas. Caí en su trampa. —No es mi novio —refunfuño, avergonzada de lo fácil que me he doblegado—. Es... algo.

Ella asiente sabiamente. —Estupendo. Entonces, ¿brindamos por tu "algo"? ¿Quizá con un buen helado de Sueño de Chocolate con Pistacho?

Cierro los ojos. Ya puedo saborearlo: esa perfección lechosa y azucarada. —Bien, pero solo si tú invitas.

—Por supuesto. Sigues cobrando en "experiencia", ¿no?

—Ay, madre. Si vas a frotar sal en esa herida al menos que sea sal del Himalaya.

Riendo, enlaza su brazo con el mío y vamos a la heladería de la esquina. Una vez tenemos nuestros helados de la vergüenza, cuatro bolas y nata montada, como si el metabolismo no fuera más que un río en Egipto, nos dirigimos al parque. Hay una familia de patos cuyas travesuras seguimos religiosamente, y estoy hambrienta de actualizaciones.

También por pasar tiempo de calidad con mi madre.

No hemos tenido mucho de eso desde que se marchó hace quince años, una semana después de que lo hiciera Jasmine. La veía

los fines de semana, claro, pero nunca era lo mismo. Aquellos primeros meses tras la separación, me sorprendía yendo a su habitación para pedirle su opinión sobre un vestido, o ayuda con los deberes.

Cada vez, la encontraba vacía.

Cada vez, lloraba a moco tendido.

Por eso, desde entonces, estoy decidida a hacer que esto funcione. No… *ambas* lo estamos. Mamá no estaba más contenta de estar separada de mí, y rápidamente decidimos que, si teníamos que pasar menos tiempo juntas, haríamos que cada momento que tuviéramos contara. De formas grandes y pequeñas. Tengo la suerte de que la reunión programada para hoy se produzca justo después de esa cita con Sasha.

—Bueno —empiezo—. ¿Qué ha estado haciendo Cuill Cuackdashian?

—Oh, no tienes ni idea. La semana pasada llevó a la pequeña Cuortney a nadar por el islote. La pobre niña no paraba de caerse. Era adorable. Una sobrecarga total de ternura.

Me palmo la frente. —Mamá, eso no existe desde 2013.

—Bueno, vuelvo a hacerlo —se revuelve el pelo y retoma—. Como "*epic fail*".

—Y *eso* no ha visto la luz del día desde la Crisis Financiera.

—¿Qué puedo decir? Soy un alma vieja.

Sacudo la cabeza, incapaz de reprimir la risa. El hecho de que Belle me tuviera tan joven significa que todos los memes de mi infancia eran también los memes de sus veintitantos a mediados de los treinta. Todo lo que es cursi para mí sigue siendo totalmente *trendy* para ella, incluida la palabra "*trendy*".

—Eres un alma muy joven, mamá.

—Por supuesto, sigue haciéndome cumplidos. Pero eso no te librará de hablar de tu novio. O "sexy ardiente", como tú tan elocuentemente dices.

—Fuiste tú quien lo llamó así.

—Estaba pescando, querida. Y claro que ibas a picar, eres mi hija —sus ojos se dirigen al lago—. ¡Oh! ¡Mira! Ahí está Cuendall.

Encontramos un banco para sentarnos mientras observamos los patos. Nunca lo diría en voz alta, pero he echado de menos esto. Aunque en realidad no ha pasado tanto tiempo. Pero supongo que sigo recuperando el tiempo perdido.

Sin embargo, es divertido verla así: libre y orgullosa y totalmente imperturbable por lo cruel que ha sido la vida con ella. Un matrimonio arruinado, una hija desaparecida, otra casi escondida... Nada de eso ha atenuado el brillo de Belle Ward. Sinceramente, es mi heroína.

—Vaya, mira cómo va —comento.

—¿Verdad? Cuortney no sabe nadar una mierda, pero Cuendall tiene un talento natural.

Recorro los juncos, buscando al resto de la familia. —¿Dónde está Cuanye?

—¿Quién sabe? No lo he visto desde la última vez que estuvimos aquí juntas.

—Probablemente de gira, entonces.

—Probablemente —vuelve a mirarme—. Dios, tienes un aspecto increíble. Es como si brillaras.

—En realidad, estoy embarazada.

Me lanza una mirada de pánico antes de golpearme la rodilla. —Oh, cállate. Casi te creo.

Entonces, sus ojos se vuelven serios. —Entonces, este papasito. ¿Será el padre de este falso bebé? ¿Tendré que darle una paliza?

—¡Mamá!

—Solo era una pregunta. No te pongas a la defensiva —me mira con los ojos entrecerrados—. No me dirás nada voluntariamente. Mamá Osa no tiene más remedio que sacar las garras.

Pongo los ojos en blanco. —No hay nada que soltar. Solo estamos... viendo hasta dónde llega —lo cual es un eufemismo monumental para decir que *estoy intentando dejarlo, pero él está*

intentando casarse conmigo y, por cierto, todo es culpa de tu ex marido.

Pero soy reportera. Me enseñaron a simplificar.

—¿Eso es código para "amigos con beneficios"?

Escupo el helado por la nariz. —¡Dios mío, mamá!

—¿Qué? Es una pregunta normal —da otro mordisco a su helado —. Los rituales de cortejo cambian con cada generación. Es perfectamente normal.

Suspiro, desplomándome con fuerza contra el banco. —No somos "amigos con beneficios". Somos más bien... —entierro la cara entre las manos—. ¿Por qué te estoy contando esto?

—Porque soy tu madre y soy increíble. Ahora, no pares. ¿Son más como...?

Gimo. Esto es muy embarazoso. Es como si de repente volviera a tener catorce años y soportara el interrogatorio sobre Nate de la clase de gimnasia. —Solo estamos... dando vueltas.

—"Dando vueltas" —repite.

—Sí. Como, ya sabes, buitres o algo así.

—Eso es muy poco romántico.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Te aseguro que no.

—Para ti es fácil decirlo —le recuerdo ácidamente—. Se casaron al cabo de un año de noviazgo de ensueño. Papá alquiló un caballo blanco para la boda, aunque los dos estaban arruinados. Básicamente, eres un cuento de hadas vestido de cóctel.

Se encoge de hombros. —No me habría casado por nada menos. Aunque no me diera un "felices para siempre", eso no significa que no mereciera la pena intentarlo. El amor siempre es un salto de fe.

Eso me da un vuelco al corazón. De todas las personas, mamá se merecía eso más que nadie: un final de cuento de hadas. No se me ocurre ninguna persona más romántica que ella, ni que crea en el Amor Verdadero, con A *y* V mayúsculas, con el mismo fervor. Si mi sueño es convertirme en una reportera de primera, el suyo siempre

ha sido que me lleven en un carruaje con palomas tirando de las riendas. Vivir un romance para siempre, sin importar los obstáculos.

Pero Baba no le dio eso. No la convirtió en princesa, sino en emperatriz de un imperio de sombras y oscuridad del que no sabía nada ni quería formar parte.

Intentó adaptarse. De verdad que lo hizo. Pero los tigres no pueden cambiar sus rayas, y las personas no pueden cambiar sus sueños.

Ni siquiera por el bien de alguien a quien aman.

—Cariño, ¿qué te pasa? —como siempre, mamá lee inmediatamente mi cambio de humor—. ¿Es por algo que he dicho?

—No, mamá, yo...

—Sabes que no estoy resentida con tu padre. Es agua pasada. Además, gracias a él te tengo a ti. Eso es lo más importante.

Sacudo la cabeza y sonrío. Es un poco triste, un poco dulce, pero así es toda nuestra relación en pocas palabras. Con nuestra historia, lo único que podemos hacer es centrarnos en lo bueno y dejar lo malo en una vieja caja polvorienta con la etiqueta *Pasado: no abrir*.

—Es que... no sé si es una buena persona. Este sexy y ardiente tipo. Quiero decir, es bueno conmigo, pero es como... —me quedo a medias, incapaz de terminar la frase.

—¿Como tu padre?

—Por favor, no lo digas así. Suena muy freudiano.

Una sonrisa pícara se dibuja en sus labios. —Sabes, el problema de nuestro matrimonio no eran las... ejem, *actividades* de tu padre. Era que yo no las conocía. Lo mantuvo todo en secreto durante tanto tiempo que yo solo lo veía cambiar sin saber por qué. Y él pudo tomar esa decisión, pero yo no. Si hubiera hablado de sus planes conmigo, si me lo hubiera dicho antes... ¿Quién sabe?

¿Quién sabe? Es el mayor "Y si..." de mi vida: ¿y si papá hubiera sido sincero? ¿Y si hubiera hecho que mamá formara parte de su mundo antes de que su mundo la consumiera?

¿Y si lo hubiera dejado todo atrás? ¿Y si lo hubiera dejado para trabajar con ella en aquel restaurante griego de mala muerte en el

que trabajaba de camarera? ¿Y si, finalmente, hubiera conseguido comprarlo? ¿Y si hubieran vivido una vida modesta y feliz detrás de aquel mostrador?

¿Cómo habría acabado entonces nuestra historia? ¿Cómo habría acabado la de Jasmine?

Pero no hay respuesta. Y la historia aún no ha terminado, no del todo. A pesar de todo, sé que mamá sigue sintiendo un gran afecto por papá. Sé que papá siente lo mismo. No me hago ilusiones, pero ¿quién sabe? Con el tiempo, tal vez...

Puede que tu hogar roto se arregle por fin.

Quizá tu madre tendría su final feliz.

Y quizá tu padre recordaría lo que era quererte como a una hija y no como a un bien.

Por eso no puedo decírselo, aunque me rompa el corazón mentirle. Si mamá supiera que Baba está detrás de esto, que subastó mi mano a mis espaldas y me amenazó para que accediera, no lo toleraría. Se involucraría y sería feroz al respecto.

No puedo dejar que lo haga. No puedo dejar que queme ese puente para siempre.

Y definitivamente no puedo dejar que se acerque a ningún asunto de la mafia nunca más. No cuando lleva quince años seguidos sobria.

—¿Qué estás diciendo? —me desplomo y mi mirada se desplaza hacia el lago. La familia Cuackdashian está entera y bien, enseñando a nadar a sus patitos antes de que haga demasiado frío—. Si conozco todos los detalles sucios, ¿entonces está bien?

—Digo que no hay elecciones equivocadas, querida. Solo diferentes.

Miro al cielo. Las nubes se acumulan rápidamente, suaves y blancas e interminables. Este año puede que aún tengamos una Navidad blanca.

Y antes de eso, tendré que hacer mi elección.

SASHA

La sangre se agolpa alrededor de la cabeza del muerto como un halo macabro, filtrándose por las grietas del suelo de hormigón. Para ser franco, este ritual se está volviendo un poco pesado.

¿Cuántas veces voy a estar junto a otro serbio muerto hasta que Dragan capte el mensaje de que esta ciudad ya es innegablemente mía? ¿A cuántos topos tendré que golpear antes de que aprenda la lección?

Arrojo al suelo con estrépito la barra de hierro que acabo de usar con él. —Dile a tu jefe que este territorio es mío —gruño al otro hombre que gime a mis pies. Sus dientes delanteros, lo que queda de ellos, relucen carmesí en la penumbra—. La próxima vez que envíe ratas a mi casa, devolveré por correo tus espinas dorsales en un joyero.

Feliks se apoya en la pared junto a la salida, mascando chicle. —Pregúntale por el envío.

Me desabrocho las mangas arruinadas, pasándolas por encima de los lobos oscuros como la tinta que me gruñen en los antebrazos. —Retórico, hermano. No tiene nada más que decir.

El hombre gorgotea. Una mano araña mi bota.

Aplasto sus dedos debajo de mi talón.

Suspirando, doy la espalda al desastre y salgo a la noche para respirar aire fresco. Feliks viene conmigo mientras otros soldados de Bratva se ocupan de limpiar lo que he dejado atrás.

—¿Un cigarrillo?

Sacudo la cabeza. —Estoy bien.

Me mira con los ojos bien abiertos. —¿Quién eres y qué has hecho con mi mejor amigo?

Lanzo una carcajada áspera mientras tomo asiento en una caja de leche abandonada. —Mierda, ni yo lo sé, hombre. Ya nada parece como antes.

—Oh-oh. Son palabras contemplativas. Ya sabes lo que pasa cuando vamos por ese camino.

No se equivoca, pero maldita sea, últimamente no puedo evitarlo. Mis pensamientos se agitan, se retuercen y se transforman como nunca lo habían hecho.

Mi teléfono vibra. Me avergüenzo de lo rápido que lo saco del bolsillo para mirarlo.

Pero no es Ariel. Es Zoya, que me exige que recoja la sopa de remolacha que me hizo antes de que caduque. En los seis años que lleva viviendo encima de ese restaurante, su nevera nunca ha funcionado, pero se niega a que se la cambie.

—Es la chica, ¿eh? —interviene Feliks—. La mismísima Srta. Portada.

Hace tres horas, Feliks abrió su teléfono para mostrarme la última columna de Ariel. Portada de la sección Metro del *Gazette*: ***Los carritos de bollos cantoneses resisten a la sombra del aburguesamiento***. Junto a su firma hay una foto suya apoyada en un camión de comida, con el pelo manchado de tinta desparramándose por el cuello de esa ridícula chaqueta abullonada.

—No has dicho nada sobre el tema —insiste cuando no respondo —. La gente exige actualizaciones. ¿Cómo va el romance con R mayúscula? ¿Te ha pedido ya una fotopolla?

Pongo los ojos en blanco. —Alguien debería enseñarte el significado de la palabra "sutileza".

—Nahhh —replica—. La vida es demasiado corta para andarse con rodeos. Además, me corresponde a mí sonsacarte la verdad.

Dios sabe que los demás están demasiado asustados para hacerlo. Así que oigámosla.

—No.

—Vamos, Sasha. Estás haciendo eso otra vez.

—¿Qué cosa?

—Lo de Jasmine —acerca un cajón contiguo y toma asiento frente a mí—. Hermano, ¿olvidas que estuve allí hace quince años? Sé lo que hiciste. Sé lo que te costó. Y aquí estás, haciendo lo mismo otra vez. Encerrando tu corazón en esa cajita porque crees que el amor te hace débil. Intentando ser brutal para compensar la culpa de ser humano.

Hijo de puta. Feliks pone esa cara tan seria que tiene. Es tan jodidamente bobo todo el tiempo que resulta aún más poderoso en esos raros momentos en los que decide ponerse sombrío. Hace que sea difícil negarlo.

La farola sobre nosotros parpadea. En algún lugar de Chinatown, suena la alarma de un coche.

Suspiro. —¿Quién murió y te convirtió en mi terapeuta?

—Me temo que el sarcasmo no te sacará de esta —dice con simpatía—. Pero haz lo que quieras. Si no quieres abrirte, quizá me abalance sobre Ariel y le enseñe cómo es un hombre de verdad...

Estoy sobre él en un puto instante. Lo empujo contra el ladrillo. Sus omóplatos hacen crujir el mortero desmoronado. —No la mires —mi pulgar se clava en su tráquea—. No hables de ella. No *respires* cerca de ella. ¿Entendido?

Feliks sonríe de oreja a oreja. —Sabes, para alguien a quien supuestamente no le importa, seguro que esta farsa te pone cachondo.

Lo suelto, frunciendo el ceño por lo fácil que he caído en la trampa. Debería ser más prudente. Lo sé. Pero, cuando se trata de Ariel, simplemente... reacciono.

Tose, frotándose el cuello. —Haz que tenga sentido, Sash. Si esto es sólo un juego de poder...

Los truenos gruñen por encima de nosotros. *Es* solo un juego de poder. Tiene que serlo. Necesito esto para conseguir la lealtad de Leander. Sin novia, no hay alianza. Sin alianza, no hay victoria. Sin victoria, me paso el resto de mi vida exterminando ratas serbias en varios almacenes inmundos, librando una guerra de desgaste que al final deja a todos peor.

—¿Has pensado alguna vez...? —Feliks desenvuelve un nuevo chicle y se lo mete en la boca—. ¿Y si fuera real?

—Lo "real" está sobrevalorado. Mi padre me lo enseñó.

—Bonita historia. Pero tú no eres Yakov —me lanza el paquete de chicles al pecho—. Lo que digo es: ¿y si dejaras de sabotear esto? ¿Y si te permitieras desearla en lugar de maquinar de antemano cómo sobrevivir a perderla?

Un escalofrío de niebla empapa mi camisa.

—¿O eso te asusta demasiado?

Miro fijamente el charco que se extiende alrededor de mis botas. Por un momento, vuelvo a tener doce años, las rodillas sangrando a través del uniforme escolar. La voz de mi padre ronca en mi oído, como alambre de espino oxidado. *Llorar es de zorras y huérfanos. Serás ambas cosas si no te callas.*

Aplasto un trozo de basura bajo mi talón. —Te estás poniendo sentimental en tu vejez, hombre.

—Lo dice el *ssyklo*.

Se abre la puerta del almacén y el equipo de limpieza sale arrastrando los pies con un par de bolsas para cadáveres. Vemos cómo las cargan en la furgoneta negra que está parada en la acera, suben y se marchan.

Feliks apoya las manos en las rodillas. —Diré una cosa más y luego habré terminado, lo juro. Jasmine tomó su decisión. Tú se la diste. ¿Crees que honras su memoria martirizándote con esta mierda?

No digo nada. La cicatriz en mi garganta arde.

—Han pasado quince años —dice—. Déjala. Ir.

Cuando cierro los ojos, veo a Ariel lamiéndose la mostaza del pulgar en el parque. Los labios agrietados por el frío. Copos de nieve atrapados en sus pestañas.

También veo otras cosas. *El fin del juego*. Campanas de boda. Ella vestida de encaje blanco, temblando mientras deslizo un anillo de oro en su dedo. Fingiendo que es solo para las cámaras.

¿Y después? ¿Qué pasará dentro de cinco años? ¿Diez? ¿La guerra que estás librando mancha el dobladillo de ese bonito vestido blanco? ¿Empezará a mirarte con odio en los ojos en vez de con lujuria? O peor: ¿y si te mira con amor en los ojos? ¿Crees que puedas soportar esa carga, Aleksandr?

Feliks se levanta, haciendo saltar las articulaciones. —Mereces una vida, hermano. No solo un imperio.

—Me destruirá si lo hago —susurro en voz baja. No quiero decirlo en voz alta, pero se me escapa.

Me preparo para lo que Feliks pueda decir. Podría burlarse de mí, menospreciarme, hacerse eco de las voces de mi cabeza que ya están haciendo lo mismo.

En lugar de eso, me da una palmada en el hombro y sonríe. —Puede que lo haga. Pero qué manera de morir.

ARIEL

Mierda.

¿Y *ahora* qué?

Se suponía que ir de excursión con Sasha sería el último clavo en *su* ataúd. Yo como mi peor yo, arrastrándome por el bosque con tacones de diseño y un top de lentejuelas, quejándome de los bichos y las ampollas hasta que se rompiera... se suponía que eso serviría.

En lugar de eso, se convirtió en... lo que fuera eso. Perdido. Frío. Acurrucada en sus brazos, empapada por la lluvia, preguntándome por qué no me sentía tan miserable como debería.

¿Y lo que es peor? Cuando salieron las estrellas, también salió el suero de la verdad. *Orión, Ursa Maior, la Osa Mayor...* fue como si mi hermana volviera a estar a mi lado durante un breve instante.

No hubo ironías cuando le conté cómo Jas y yo solíamos sentarnos en el tejado mientras mamá y Baba se gritaban un piso más abajo. Sin mordacidad. Sin sarcasmo. Solo... compartir.

Central Park me deshizo aún más. Fue más de lo mismo. O mejor dicho, no fue más de lo mismo: Sin agendas. Sin poses. Solo mostaza en el pulgar y una risa sorprendentemente normal. Durante una estúpida hora iluminada por el sol, no estuvimos peleándonos.

Solo éramos... nosotros.

Y eso me aterroriza más que cualquier matrimonio concertado.

Los consejos de mamá no ayudaron. "*No hay elecciones equivocadas; solo diferentes*", dijo, lamiendo helado de su cuchara.

Como si los corazones no fueran melocotones demasiado maduros, magullados o que estallan a la menor presión. El suyo la llevó directamente a la trampa para osos de Leander. El mío fluctúa entre querer despeñar a Sasha por un acantilado y querer empujarlo contra la superficie plana más cercana.

Soy reportera. Me gano la vida cazando verdades. Entonces, ¿por qué no puedo descubrir su verdad? ¿Es el monstruo que jura ser, o el hombre que parece ser cuando cree que no estoy mirando? ¿Arranca lirios o rompe dedos?

¿Lo detesto?

¿O acaso… Dios, no puedo creer que las palabras estén siquiera en mi cabeza ahora mismo… veo la forma de poder algún día *amarlo*?

Pero entonces, recuerdo lo que les ocurrió a las mujeres de mi familia. Si dejo entrar a Sasha, ¿acabaré yo también siendo una nota a pie de página? ¿Seré Jasmine, un fantasma en el viento, un contorno de tiza donde debería estar mi hermana? ¿Me convertiré en mi madre, esbozando una sonrisa mientras las paredes se cierran?

No sé qué me asusta más: una vida atada a él... o una vida sin este subidón vertiginoso y peligroso.

La invitación a la cita de hoy ha sido tan críptica como las demás. Un mensajero se presentó en las oficinas con, ojo, no una flor, sino un palo carbonizado con una sola hoja en el extremo. Me entregó una nota que lo acompañaba.

Un recuerdo de la montaña. Nos vemos en la Biblioteca Pública de Nueva York. 19 H.

Deja la purpurina en casa.

—Sasha

Sabía, incluso cuando salí temprano del trabajo para ir a casa a cambiarme, que era una mala idea. Debería haber devuelto al mensajero con un mensaje que dijera: ***Métete este palo por el culo.***

Pero no lo hice.

Ahora estoy aquí y Paciencia y Fortaleza me juzgan. Los leones de piedra han visto un siglo de errores y arrepentimientos de los neoyorquinos, pero parecen suspirar cuando subo los escalones de la biblioteca.

¿En serio? dicen sus gruñidos helados. *¿Vas a hacer que te veamos fingir toda esta farsa de nuevo?*

Hablando de caras críticas, Sasha está apoyado en una columna, con un abrigo negro y pómulos afilados. Está mirando el móvil, pero, cuando me ve, se mete el dispositivo en el bolsillo. Sus ojos hacen esa cosa: se arrastran lentamente desde mis zapatos desgastados hasta el copete desordenado que me he pasado veinte minutos haciendo que pareciera descuidado.

—Tú...

—Tarde. Sí, ya lo sé. Siempre hacemos lo mismo. No soy una persona puntual. Tendrás que acostumbrarte.

Una brisa repentina chilla en la acera. Actuando por puro instinto, o tal vez sea memoria muscular de nuestra fiesta de pijamas en el monte Arrepentimiento, me meto dentro de Sasha para esconderme del frío.

Como si su cuerpo también lo recordara, me rodea con ambos brazos y pega mi mejilla a su pecho.

El viento pasa.

Un incómodo milisegundo después, nos separamos de un salto.

—Estamos en diciembre en Nueva York —frunce el ceño mientras examina mi atuendo—. ¿No te pareció apropiado un abrigo?

—Eso es irónico viniendo del mismísimo Sr. Moda de Funeral. ¿Tienes algo que no grite "*vampiro malhumorado*"?

Se le levanta la comisura de los labios. Pero, en lugar de su característica condescendencia, me arranca una pestaña de la mejilla y la sujeta con la punta del dedo. —Pide un deseo.

Lo pienso un segundo y luego la soplo. —Demasiado tarde —miento—. Mis listas de deseos están agotadas.

—Hm —sus ojos me recorren de un modo que me hace sentir más frío que cualquier brisa invernal de Manhattan—. Lamentable.

Porque el mío acaba de hacerse realidad.

El calor se extiende a través de mí, traicionero y dulce. Aparto su mano de mi cara. —¿Cuántas mujeres se tragan esa frase?

—Ninguna. Eres la primera. ¿Ya te sientes especial?

—Especialmente molesta, tal vez. Pero más allá de eso, es solo un vacío frío y muerto donde debería estar mi corazón.

Pongo los ojos en blanco y le doy la espalda para subir las escaleras, dejando a Sasha rezagado, donde no puede ver cómo me arden las mejillas.

Atravieso la puerta principal y respiro el olor sagrado del papel viejo y el betún de limón, con una sonrisa bobalicona dibujándose en mi cara.

Dios, me encanta este lugar. Los techos abovedados, la luz dorada que se filtra por las ventanas arqueadas, la forma en que cada pisada susurrante contra el suelo de piedra suena como un secreto guardado. Mamá solía traernos aquí a Jas y a mí a veces en las lluviosas tardes de domingo. Jugábamos durante horas, leyendo y persiguiéndonos por los pasillos de referencias, donde reinaba el silencio y a nadie le importaba que dos niñas fueran niñas por un rato.

Echo de menos aquellos días.

Vuelvo a mirar a Sasha. Está haciendo lo mismo que yo: contemplar el tejado que se arquea en lo alto, las pilas de libros que se extienden interminablemente en la distancia. Parece que adora este lugar tanto como yo.

Precisamente por eso tengo que arruinárselo.

—¡Y bien! —me giro y casi golpeo con la ropa a un estudiante de posgrado que lleva una pila tambaleante de Proust—. ¿Qué hay en la agenda de hoy? ¿Me enseñarás la colección de libros raros? ¿Me leerás sonetos a la luz de las velas? Quizá podamos jugar bajo el...

Me agarra del codo y me dirige hacia una escalera de caracol. —Hablas demasiado.

—¿Es esto un anticipo de nuestro matrimonio? —musito sarcásticamente, lo bastante alto como para que un par de ancianas

que pasan arrastrando los pies junto a nosotros se asomen, preocupadas—. ¿Me arrastras de aquí para allá y me dices que a las mujeres hay que verlas, no escucharlas?

—Cristo, hoy estás actuando extraño —murmura—. Intento hacer algo bueno.

Sasha Ozerov y algo bueno... bueno, si eso no me aterroriza, nada lo hará jamás. Reprimo un escalofrío de pies a cabeza y repito en silencio el único mantra que me hará superar esta "cita" fraudulenta.

Acuérdate de odiarlo.

Tengo que mantener los ojos en el premio. Tengo que odiarlo. Tengo que ahuyentarlo para que no hunda sus garras en mi corazón de un modo que no pueda deshacer.

Tengo que ceñirme al plan: ser molesta, ser insoportable, ser antipática.

Porque que Sasha Ozerov me quiera puede ser lo peor que podría hacer.

Me suelto de él y saco el móvil. —Espera, tengo que documentar esta parodia para Instagram.

Me hago un selfie descarado con el Robot Mortal Asesino 3000 al acecho en el fondo, asegurándome de encuadrar bien su ceño fruncido en la esquina del encuadre. Pie de foto: ***Cuando tu prometido concertado te lleva a una biblioteca como si no fuera analfabeto funcional. #esposasdelamafia #ayuda***

—Ariel.

—Shh, estoy curando mi crisis existencial —bajo el ángulo de la cámara, haciendo un mohín—. ¿Aquí parezco más "damisela en apuros" o "futuro cadáver en un podcast de crímenes reales"? Es difícil encontrar el equilibrio.

Pero, justo cuando estoy a punto de hacer la foto, el teléfono desaparece de mi mano.

—¡Eh!

Me giro justo a tiempo para ver cómo Sasha se lo mete en el bolsillo interior del abrigo. —Cuando estás conmigo —gruñe—, estás

*con*migo.

Me recorre un escalofrío. Lo cubro con una mueca. —Vaya, ¿has sacado esa frase de una comedia romántica de los noventa? *Tienes un e-mail* ha llamado: quiere recuperar su masculinidad tóxica.

Me aprieta contra una estantería con la etiqueta ***Literatura rusa del siglo XIX***. Un Tolstoi encuadernado en cuero se clava en mi columna mientras su aliento me hace cosquillas en la oreja.

Durante un segundo aterrador y estimulante, creo que me besará. Aquí. Ahora mismo. Delante de una bibliotecaria jadeante que reordena libros.

En lugar de eso, estira la mano por encima de mi hombro para coger Anna Karenina de la estantería y me la entrega. —Lee.

—¿Perdona?

—Página 763. Segundo párrafo —cuando me quedo boquiabierta, añade—: A menos que necesites que te deletree las palabras grandes.

—Imbécil —pero aún tengo la piel enrojecida por *Cuando estás conmigo, estás conmigo*. Por mucho que me burlara, algo en esa frase me *hizo* algo.

Realmente me gustaría no indagar más sobre el porqué de esto. Tengo la sensación de que removería muchas cosas que es mejor dejar dormidas.

Así que, refunfuñando, paso a la página y empiezo a leer. Al principio, me tiembla la voz. —"*Bajó, tratando de no mirarla mucho, como si fuera el sol…*".

Sasha se inclina, repitiendo de memoria la siguiente línea. —*"… Pero la vio, como el sol, incluso sin mirar"*.

Se me seca la garganta. El aire entre nosotros crepita, cargado de algo más profundo que la lujuria.

Algo que sabe muchísimo a vulnerabilidad.

Vuelve a coger el libro y sus dedos rozan los míos. Recorren el lomo como un amante. —Mi madre me lo leía cuando tenía siete años. Era la única forma de conseguir que me quedara tranquilo.

La mención imprevista de su madre me coge desprevenida. Históricamente, ese tipo de cosas solo han salido a la luz bajo coacción extrema y al amparo de la oscuridad, e incluso entonces se muestra reacio a añadir detalles.

Pero, ahora que lo miro más de cerca, hoy hay algo... raro en él. Como si hubiera olvidado cerrar una puerta en su personalidad. Hay una suavidad... una forma de entrar.

Trago saliva. —¿Funcionaba? ¿Te quedabas tranquilo?

Asiente mientras mira a lo lejos. —Sí. Por cada palabra. Lloré cuando murió el caballo de Vronsky —una sombra pasa por su rostro —. Entonces mi padre me vio y me pegó hasta que dejé de hacerlo. Después de eso, no lloré más.

Estoy estupefacta. Pero quizá sea algo bueno. Algunas palabras no están hechas para ir seguidas de otras palabras. ¿Cómo podría ser? ¿Cómo puedo responder a eso? ¿Qué podría decir que no lo asustara o lo hiciera callar, o peor aún, que no abriera una caja de Pandora en mí?

Podría decirle lo silencioso que era mi mundo sin Mamá y Jasmine. ¿Lo difícil que era estarme quieta sin las historias de mamá? ¿Cuántas lágrimas derramé?

¿Y qué me decía mi propio padre cuando me pillaba sollozando? *Deja de llorar, Ariana. Las lágrimas no traerán a nadie de vuelta.*

Si no sé qué hacer con esos recuerdos míos, seguro que no sé qué hacer con los de Sasha. O con esta versión de él, la que se sabe Tolstoi de memoria y llora caballos que solo existieron como palabras en una página. El que deja ver las grietas de su armadura frente a la mujer que está decidida a apartarlo.

No sé. No sé nada.

Así que hago lo que siempre he hecho cuando me enfrento a asuntos difíciles del corazón.

Desviar.

—Ah, empiezo a ver el cuadro completo —hago un gesto hacia todo su... todo—. Lo del mafioso melancólico son solo problemas con papá.

Cierra el libro con un chasquido. —Cuidado.

—¿O qué? ¿Harás que me maten? —empujo los estantes, canalizando la voz más odiosa de Gina, la de Chica Mala, y despreciándome incluso mientras lo hago—. Oh, Diosito, ¿significa eso que me toca alguno de esos zapatos de cemento tan monos? TikTok se moriría.

—Necesitarás mejor material si quieres asustarme —empieza a caminar, lanzando palabras por encima del hombro—. Aunque tengo curiosidad: ¿cuál es tu plan maestro? ¿Molestarme hasta la muerte con referencias a la cultura pop?

—¡Hasta ahora funciona! —troto para seguirle el ritmo mientras me conduce a una alcoba apartada—, ¿...verdad?

Se detiene tan bruscamente que tropiezo con él. —Sigo aquí, ¿verdad?

Frunzo el ceño mientras me alejo, con su olor arremolinándose en lo más profundo de mi nariz y de mi cerebro. —Sí, aquí sigues. Por desgracia, también... Espera, ¿dónde estamos?

Sasha empuja una pesada puerta de roble con el sello de la biblioteca grabado en el centro y me hace pasar.

Doy dos pasos y me quedo paralizada.

Siento que estoy viendo algo tan hermoso que debería estar prohibido. Demasiados ojos sobre algo tan bonito lo arruinarían, como si cada mirada le quitara algo.

La luz dorada de la tarde se filtra por las ventanas de cristal emplomado, atrapando las motas de polvo en un lento vals. Hasta donde alcanza la vista, imponentes estanterías de caoba se extienden hacia un techo abovedado pintado de azul noche, con constelaciones pintadas de oro. Unas cuerdas de terciopelo acordonan las vitrinas donde se exponen manuscritos iluminados, páginas tan delicadas que parece que se disolverán si respiro demasiado cerca.

No digo nada.

Es el tipo de espacio que exige silencio.

Las yemas de mis dedos pasan como fantasmas por el borde de cristal de un estuche que contiene un salterio magníficamente dorado. —¿Cómo has podido...?

—El patrocinio tiene sus ventajas —dice simplemente Sasha. Se queda cerca de la puerta.

Aún no sé qué decir. ¿Cómo lo supo? Esos recuerdos de mamá y Jas, de correr arriba y abajo por las estanterías y reír... no son el tipo de cosas de las que hablo casualmente. Igual que esta habitación, temo que compartirlos en voz demasiado alta o amplia haga que se desmoronen.

¿Cómo coño sabía que esto me conmovería?

Me giro y lo miro boquiabierta. Con las manos metidas modestamente en los bolsillos, se acerca a la mesa de estudio en el centro de la habitación, saca una silla tapizada y se hunde en ella.

—Tómate todo el tiempo que quieras —dice—. Llora si quieres, ríe, canta… es nuestra por toda la noche.

Mis ojos se llenan de lágrimas. Sasha me observa en silencio. No sonríe ni pincha. Solo deja que sienta cómo el momento se apodera de mí.

Y, mientras dura ese momento, me someto a él. Dejo que brille la ilusión: nosotros como personas corrientes, él como alguien capaz de ternura.

Luego, arranco y bajo a grandes zancadas el conjunto de pilas más cercano.

Así es como te atrapan los monstruos, Ariel. No con amenazas, sino con el veneno letal de ser vista.

Deslizo los dedos por el lomo de un libro tras otro, dejando que mi ritmo cardíaco se estabilice. Cuando estoy lista, llamo por encima de las estanterías—: Nunca te tomé por un ratón de biblioteca tan romántico, Sasha. La próxima vez estarás tirando piedras a mi ventana y recitando a Rumi de memoria.

—¿Funcionaría?

—¿En una mujer con rodillas más débiles? Tal vez. ¿Conmigo? Te devolvería las piedras.

Sasha se ríe y luego se calla. Sigo deambulando por el pasillo. Algo en mí quiere tocar todos los libros que no están encerrados tras jaulas de exposición.

Las historias tienen alma, solía decir mamá. Quiero sentir cada una de ellas palpitando bajo las yemas de mis dedos.

La vidriera sobre nosotros fractura la luz del sol vespertino en tonos de joyas. A medida que pasan los minutos y se va apagando, soy consciente de una presencia que me sigue, aunque se mantiene a una fila de distancia.

Hasta que se acerca.

Doblo una esquina y allí está, apoyado en las estanterías, mirándome pensativo. Ha abandonado el abrigo y se ha doblado las mangas hasta el codo, de modo que puedo verle los antebrazos tatuados doblados sobre el pecho.

—Tu madre te traía aquí —murmura.

Me giro hacia él. —¿Cómo...? ¿Te lo ha dicho mi padre?

Ni siquiera esquiva la pregunta, simplemente la ignora por completo. Como si nunca hubiera dicho nada. —¿Has pensado alguna vez en ello? ¿Ser madre?

Los latidos de mi corazón retumban en mi pecho. La forma en que lo dice implica... —¿Es necesario?

Sasha no responde durante unas largas respiraciones. Cuando me vuelvo, sigue mirándome, como si dijera: *Sabes que sí*.

Empiezo a sudar y a tartamudear. —Eso no era parte de...

—Vamos, Ariel. Tienes buen criterio. Sabes cómo funcionan estas cosas.

Me agarro a la estantería más cercana para apoyarme, porque de repente siento que mis rodillas no son de fiar. —Para que quede claro, ¿estás hablando de...?

—Me darás un heredero en los dos primeros años. Está en la letra pequeña, *ptichka*. Tu padre estuvo de acuerdo.

Suelto una carcajada que suena desquiciada.

—Pero yo no. Recuerdo haber firmado exactamente cero pactos demoníacos últimamente —mi risa es más estridente de lo que

pretendía—. ¿Qué será lo próximo? ¿Hacer un juramento de sangre en el altar? ¿Marcarme con tus iniciales?

Sasha se acerca, pero yo arremeto hacia atrás para que su mano golpee el aire vacío. —No seas dramática. Es simple logística. Leander necesita herederos. Yo también. Está en el contrato.

Con una mente propia, mi mano se dirige a mi estómago. La aparto. —Estás loco si crees que incubaré a tus pequeños señores del crimen.

—Está en el contrato, Ariel.

El calor me sube por el cuello. —Por favor —me burlo—. Como si no te estuvieras inventando todas las reglas sobre la marcha.

Entra en mi espacio. —El contrato estipula...

—¡A la mierda tu puto contrato, Sasha!

El grito resuena por partida doble, por partida triple, hasta que finalmente el techo se lo traga sin dejar rastro.

Bajando la voz, lo pincho en el pecho. —¿Quieres una esposa trofeo? De acuerdo. Pero mi útero es una maldita democracia. *Yo* decido qué bebés tengo. No tú. Ni nadie más.

Su mirada baja hasta mis labios. —Cuidado. Empiezas a sonar como si te lo estuvieras planteando.

Lo estoy haciendo.

Ese es el puto problema.

Su pulgar roza el interior de mi muñeca: agradable y, sin embargo, devastador. Porque por dentro, mi mente está haciendo el trabajo del diablo al hacer que todo esto suene tan increíblemente *razonable*.

Evoca imágenes prohibidas: Las manos llenas de cicatrices de Sasha acunando a un recién nacido envuelto en pañales. Él trayéndome café a las 3 de la mañana cuando tenga que alimentar al bebé. Un triple coro de risas, él, yo y algo que es un poco de los dos, sonando fuerte en un patio trasero que no apesta a dinero manchado de sangre.

El horror florece bajo mis costillas. —Eres repugnante —susurro.

No lo niega. Tampoco aparta la mirada. Sus ojos son azul zafiro en la penumbra. —Te dije hace mucho tiempo lo que soy, Ariel.

Un monstruo. Lo ha dicho. Varias veces. Pero, por más que entrecierro los ojos, el hombre que tengo delante no se ajusta a esa descripción.

Lo veo entonces, lo mismo que creí ver antes. Esa suavidad, esa luz, esa entrada. A ella se une algo más: un destello de deseo en sus ojos que coincide con los míos.

No es solo lujuria. Es más profundo que eso. Más tonto.

Mucho más peligroso.

Giro libremente, huyendo hacia la salida. Tres pasos. Cinco. Entonces, mis pies traidores se detienen y me quedo quieta.

El reflejo de Sasha asoma en el cristal del expositor más cercano. Un ejemplar del *Kama Sutra*, curiosamente. La guía de instrucciones para hacer el amor más antigua del mundo. —Ariel...

—¿Cómo se te ocurre hacer esto? Las cosas que has hecho... —mi garganta se estremece—. La gente a la que has lastimado. ¿Y quieres meter a un niño en eso?

Suspira, cansado. —Imagina lo seguros que estarían. Protegidos por el alcance de nuestras dos familias.

Se me enroscan los dedos. Hace quince años, Jas se sentó en nuestro tejado y dijo: *Baba quiere que me case. Dice que no tengo elección*. Seis semanas después, se había ido.

Ahora Sasha está aquí, hablando de seguridad. ¿Dónde estaba él cuando ella necesitaba protección? ¿Cómo puede decir esas palabras ahora?

Su sombra me cubre. —Tienes miedo. Lo entiendo.

—No me digas lo que tengo.

—Te preguntarás cómo es posible que esto funcione.

—He dicho que no me digas…

—Pero también tienes esperanza, y eso es quizá lo peor que podrías tener, porque la esperanza es el corte más profundo y la lenta hemorragia que se produciría si dejaras que te abriera en canal es lo que más te aterroriza de todo.

Me empujo contra su pecho cuando se acerca a mí, pero es como empujar una pared de ladrillos. Se acerca en lugar de alejarse. Yo tampoco puedo retroceder; estoy inmovilizada contra una jaula de cristal mientras Sasha me mira con la luz más aterradora de todas en los ojos: una esperanza lo bastante brillante como para igualar la mía.

Me acuna la cara entre las manos. —No te he traído aquí para asustarte, *ptichka*. Te he traído para demostrarte que no tiene por qué dolerte.

—¿Qué cosa?

—Caer.

Entonces, su boca se estrella contra la mía. No reclama, *borra*. Reescribe cada torpeza, cada error indiferente e insatisfactorio de mi pasado y lo sustituye todo por él, él, él. Sus dientes me agarran el labio, arrancándome un sonido desgarrado del pecho mientras sus manos me sujetan las caderas, anclándome contra la propia historia.

Su beso dice: *Déjame ser el villano que te mereces.*

Mi beso responde: *Nunca.*

30

SASHA

La Beretta 92 chasquea vacía en la palma de mi mano cuando disparo la última bala. Cinco disparos recorren el almacén abandonado y cinco objetivos mueren prematuramente.

Bajo el arma para comprobar mi trabajo. No está mal. Tiro perfecto en cada silueta.

Feliks silba cuando el último casquillo choca con el hormigón. —No está mal, *brattan*. Disparas como un hombre que tiene sexo regularmente.

Expulso el cargador con más fuerza de la necesaria. —Imposible. Tu madre se mudó a Miami.

Se ríe, lanzándome munición nueva. —Ojalá tuvieras tanta suerte. Mamá Vasiliev te comería vivo —encorvado contra la pared del puesto de tiro, me mira entrecerrando los ojos—. Pero en serio, tienes ese brillo postcoital. La cita de la biblioteca fue bien, *¿da*?

Me tomo mi tiempo para cargar el nuevo cargador, introducir una bala en la recámara, entrecerrar la mira para comprobar la alineación. Todo el tiempo, hago todo lo posible por ignorar los pensamientos que se agolpan en mi cabeza.

La boca de Ariel se vuelve flexible bajo la mía.

Sus uñas me clavan medias lunas desesperadas en los hombros.

Caer, lo había llamado.

Mentira.

No se trata de gravedad normal. Esto es ser absorbido por un agujero negro.

—Ella es... —miro por el cañón, exhalo y disparo. La cabeza del objetivo explota—, persistente.

Feliks resopla. —Persistente. Cierto. Y Chernóbil fue un pequeño incendio eléctrico. ¿A dónde van ahora, tortolitos?

—Estamos negociando. Aclarando las cosas.

—Ah, negociando —Feliks hace como que se masturba para hacerme saber lo que piensa de esa corriente de pensamiento en particular—. ¿Y después qué? ¿Se tomarán de la mano en Central Park? ¿Comprarán sudaderas de ***I <3 NY*** a juego?

Lo miro con el ceño fruncido, aunque solo sea porque la puya sobre Central Park me llega. —¿Sabes lo que les pasa a los hombres que hablan demasiado?

—¿Los ascienden a *pakhan*?

—Los ascienden a prácticas de tiro.

Feliks solo se ríe. Sabe que es demasiado valioso para matarlo. Lo único que puedo hacer es fruncir el ceño, darle la espalda y seguir disparando mis sentimientos a distancia.

Para consternación de mis andrajosos objetivos de papel, quemo dos siluetas más antes de que un mensaje de texto zumbe en mi cadera.

Enfundo la Beretta y ya sé que es ella. Lleva todo el día enviando mensajes de texto: fotos de su portátil del trabajo, de su comida, una foto de su dedo gordo del pie en plena pedicura con la leyenda ***Lista para la guerra.***

Esta vez, es una dirección en Queens. A continuación:

Cambio de planes esta noche. Recógeme en casa de mi madre. A LAS 7 DE LA TARDE. No llegues tarde, Drácula.

P.D. Si estás pensando en llevar flores, te sugiero que en su lugar lleves bourbon. No es una monja.

Feliks se asoma por encima de mi hombro para fisgonear. —Uh-oh. ¿Te vas a encontrar con Mamá Makris? Será mejor que te pongas un buen chubasquero.

—Cállate.

—Lleva una cesta de fruta —sugiere—. A las ancianas les encantan las peras. Demuestra que tienes un lado sensible.

—Te mostraré sensibilidad —me vuelvo a meter el teléfono en el bolsillo y señalo con la cabeza los objetivos destrozados—. Limpia esto. Y di a los chicos que esta noche llegará otro cargamento. Quiero al equipo preparado para recibirlo.

Saluda con dos dedos. —A la orden, Casanova.



Desde fuera, Belle Ward no es diferente de ninguno de sus vecinos. Su casita de Queens es pintoresca, pequeña, humilde. Cuneta doblada, atiborrada de hojas marchitas. Arbustos delante que han visto días mejores. Todo es totalmente olvidable.

Estoy en la entrada a las 18:58, ajustándome los puños. No he traído ni flores ni bourbon. Solo una navaja suiza en el bolsillo y la aplastante sensación de que esta es una puta idea terrible.

Entonces, la puerta se abre con un chirrido y el rostro de Ariel aparece en el hueco.

—Qué puntual —dice.

—Qué sucia.

Se aparta el pelo del pómulo, dejando una mancha de grasa. —La tubería del fregadero de mamá reventó la semana pasada. Acaba de decírmelo. Le he estado diciendo que me dejara arreglar la válvula, pero es testaruda y...

La aparto con el hombro y entro a grandes zancadas en la cocina. Las dos puertas de los armarios de debajo del fregadero están abiertas. Cuando me arrodillo, veo unas tuberías de cobre que brillan débilmente bajo la linterna de mi teléfono. El problema me salta a la vista inmediatamente.

—Es la junta.

—¿Cómo lo...? *¡Oh!*

A duras penas consigue coger el teléfono que le he tirado. No es culpa mía que sea lenta. —Sujeta la luz.

Durante diez minutos, los únicos sonidos son nuestras respiraciones y alguna que otra maldición mientras el agua helada me rocía las muñecas.

La rodilla de Ariel roza mi hombro. —¿Por qué me ayudas?

—Para que no chorrees aguas fecales sobre mis mocasines.

—Un caballero, como siempre —murmura. Estira el cuello para mirar el reloj de la pared del fondo—. Qué raro. Mamá tenía que haber vuelto ya. Dijo que tenía que ir al supermercado.

Las tuberías gimen cuando enrosco el último acoplamiento. —Prueba el agua ahora.

Se apresura a abrir el grifo. Tras un breve eructo, le cae un buen chorro en las manos. —Mierda. Eres como un Bob Vila ruso.

—¿Quién?

—Es un... No importa —duda—. Gracias, Sasha.

Antes de que pueda responder, la puerta principal hace clic.

—¿Ari? ¿Sigues aquí? No te habrás ahogado debajo del fregadero, ¿verdad? Dios mío, el pasillo de la caja estaba... —Belle se queda paralizada, con las bolsas de la compra colgando. Sus ojos, que son los ojos de Ariel, pero curtidos por tormentas más antiguas, se abren paso entre nosotros.

Ariel da un paso adelante. —Sasha, esta es mi madre. Mamá, este es...

—Ozerov —Belle deja las bolsas en el suelo lentamente.

Me limpio la grasa de los pantalones antes de ofrecer una mano. —Señora Makris.

—Soy Ward —ignora mi mano y se vuelve hacia su hija—. Ari, la nueva cerradura de la puerta del sótano no cierra. ¿Podrías...?

Ariel me lanza una mirada de advertencia antes de desaparecer por el pasillo.

Belle espera hasta que sus pasos se desvanecen. Entonces, gira sobre mí.

—Sé quién eres —su mirada podía desollar mi piel.

—Te aseguro que no —me apoyo contra la pared, con las manos en los bolsillos, observando cómo esta mujer de metro y medio se enfrenta a un hombre que ha matado a cientos de personas sin una gota de miedo en los ojos.

Admiro su fuego. Tiene sentido que sea la madre de Ariel.

—Sé lo suficiente —sus nudillos se blanquean alrededor de las llaves, como si estuviera considerando destriparme—. Y, lo que es más importante, lo sé muy bien, Sr. Ozerov. He visto esto antes. Los gemelos de diamantes. El amuleto hecho a medida. Te *conozco*.

La tensión de su rostro debe de ser obra de Leander, tan cierto como que las cicatrices de mi garganta y espalda las dejó allí la mano de mi padre. Enciende algo en mi pecho que hace que desee poder retroceder en el tiempo y borrar el sufrimiento de esta mujer orgullosa.

—No estoy aquí para nada de eso, Srta. Ward. Te lo prometo.

Mierda, qué cosa más rara. Hace solo seis días, habría sido una mentira descarada. ¿Qué es ahora? ¿Toda una verdad? ¿Parte de una? No lo sé. Puta mierda, es que no lo sé.

Los ojos de Belle se entrecierran. —Eres bueno en esto. Mejor de lo que nunca fue Leander. Casi pareces humano cuando mientes.

Me enderezo desde mi puesto contra la pared. Ella no se inmuta. —Yo no miento.

—¿No? Entonces, dime por qué un hombre como tú quiere una vida con ella.

Porque las rutas marítimas de tu ex marido podrían acabar con una guerra antes de que empiece. Esa es la respuesta fácil, la respuesta comercial. Se me muere en la garganta.

En lugar de eso, veo a Ari en la biblioteca con las mejillas sonrojadas, la boca amoratada por la mía, susurrando: *Esto no significa que me gustes*, incluso mientras su cuerpo se arquea más cerca.

Un estremecimiento recorre mi mano izquierda. La aplasto contra mi muslo.

Belle capta el movimiento. Siempre observando. Ladeando la cabeza con curiosidad, pregunta—: No lo sabes, ¿verdad?

—Tu hija es testaruda —gruño—. Molesta. Temeraria con su sarcasmo y su... todo —las palabras llegan demasiado rápido, demasiado crudas. Aprieto los dientes, pero el dique se ha roto—. Pero ¿cuando me mira? —mi pulgar roza la cicatriz de mi garganta —. No ve un monstruo.

Belle se queda quieta. —¿Y qué ve ella? No, mejor pregunta: ¿qué ves tú cuando la miras?

Escaleras abajo, la puerta del sótano cruje. La maldición amortiguada de Ari flota hacia arriba. —Maldito pestillo...

Belle no aparta la mirada de mí.

—Un espejo —respondo en voz baja.

Su respiración se entrecorta. Por primera vez desde que me vio en su casa, su armadura se resquebraja y la pena se agolpa en las grietas.

Entonces, unos pasos suben crujiendo por la escalera del sótano, seguidos de la respiración jadeante de Ariel. La tensión se apodera del momento.

Belle me agarra de la muñeca. Su agarre es sorprendentemente fuerte. —Si le haces daño...

—Primero me destrozaré yo mismo.

La voz de Yakov en mi cabeza: *Demasiado honesto. Demasiado débil.*

Me mira a la cara. Luego asiente, cortante y reticente. —Los hombres como tú no saben qué hacer con los finales felices, Sasha Ozerov.

—En primer lugar, no los merecemos.

La puerta del sótano se abre de golpe. Ariel entra con el ceño fruncido. —Las bisagras estaban instaladas al revés. Tuve que desmontarlo todo. ¿Qué me he perdido?

Belle me suelta, alisándose el delantal. —Nada, cariño. Nada de nada. Ahora, ven, Sasha, déjame darte el recorrido.

Me guía por la casa, la imagen de una anfitriona perfecta. El lugar en sí es una cápsula del tiempo. Blondas de encaje descoloridas, fotos enmarcadas de una Belle más joven sosteniendo a dos niñas de pelo oscuro, un piano con partituras amarillentas en los bordes.

—Y eso es todo —concluye cuando volvemos a la cocina—. No es gran cosa.

—Tienes una casa preciosa —por extraño que parezca, lo digo en serio. Está tan lejos de mi mundo que me dan ganas de reír a carcajadas al verla. Hay cubiertos desparejados en los cajones, pero con huellas dactilares manchadas en el metal que dicen que han sido amados durante mucho tiempo. De las paredes cuelgan acuarelas que debe haber hecho ella misma.

Es una vida tranquila y sencilla, pero plena.

Esa mierda hace que me duela el pecho.

—Vaya, gracias —dice recatadamente—. Además, en el momento perfecto. La cena está casi hecha. Ariel, comprueba el horno. Sasha... —señala un taburete desvencijado junto a la despensa que llega hasta el techo—. Sé bueno y tráeme el bourbon. Estante superior.

Asiento. —Por supuesto, Sra. Ward.

El taburete gime bajo mi peso cuando estiro la mano para coger el licor. Pero aquí arriba, estoy a la altura del reloj de pared y se me ocurre algo.

Las manecillas no se han movido desde que entré.

Frunciendo el ceño, me bajo, dejo la botella de bourbon sobre la encimera y me acerco al reloj. Una grieta diminuta y sinuosa en la superficie de madera me llama. Con la punta de un dedo, levanto la fachada rota y miro dentro.

Ach, está todo tan mal. Engranajes torcidos, muelles sueltos, mecanismos que se tambalean como jirones de una herida abierta.

Inmediatamente, lo saco de la estantería y lo acerco a la mesa del comedor. Despego la pieza delantera destrozada, murmurando al reloj—: *Que t'est-il arrivé, mon ami*?

Belle, que corre por la cocina, se queda inmóvil. —¿Hablas francés?

—El suficiente para pedir vino y cabrear a los camareros —levanto el reloj con cuidado para mirar debajo—. Ariel, pásame un destornillador de la caja de herramientas.

—¿Desde cuándo arreglas relojes? —pregunta asombrada mientras acerca la herramienta.

—Desde nunca. Pero mi madre... Tenía un don para arreglar las cosas rotas.

Ariel frunce el ceño mientras me observa trabajar, pero el rostro de Belle parece afligido, frágil, con una mano tapándole la boca. —Me lo compró Leander en nuestra luna de miel en París —susurra roncamente—. Lo rompí el día que Jasmine se fue.

Me congelo. Muchas cosas se rompieron el día que Jasmine se fue. Yo debería saberlo: estuve allí para enviarla a la otra vida. Pero esas mujeres no estuvieron donde yo estuve. Hay una razón por la que no conocen mi rostro, solo las consecuencias de las decisiones que tomé.

—Dame veinte minutos y volverá a funcionar.

—Oh, Sasha, no tienes que...

—Veinte minutos.

Ariel me observa como si me hubieran salido cuernos. Belle sigue removiendo la comida en el fogón, sorbiendo bourbon, mirando furtivamente en mi dirección cada minuto mientras desmonto el reloj y empiezo a resucitarlo.

Es un trabajo metódico. Limpiar engranajes oxidados. Realinear escapes. La voz de mi madre zumba en mi oído: *Cuidado, Sasha. El tiempo es celoso. Odia que lo manipulen mal.*

Cuando suena la primera campanada, nítida y clara, Belle se lleva la mano a la boca.

Ariel mira boquiabierta el reloj, y luego a mí. —Tú... lo has arreglado.

—Temporalmente. Todavía necesita una restauración adecuada —me limpio la grasa con el pañuelo—. Conozco a alguien que puede

hacer un trabajo mejor que el mío.

Belle toca la madera pulida con los ojos brillantes. —Estás lleno de sorpresas, Sr. Ozerov.

—Eso me han dicho.

Ariel sigue boquiabierta. Me acerco, aspirando su olor. —Cierra la boca, *ptichka*. Entrarán moscas.

Me da un rodillazo por debajo de la mesa.



Cuando termina la cena y se limpia la cocina, Belle da una palmada y sonríe. Ha desaparecido todo rastro de su conmoción cuando reparé el reloj. Lo mismo ocurrió con el fuego con el que me saludó por primera vez. Desde entonces, no ha sido más que agradable, aunque aún la sorprendo mirándome fijamente a los lados de la cara cuando cree que no le presto atención.

—¡Entonces! —dice—. ¿A dónde vas a llevar a mi chica esta noche?

—En realidad, mamá —interviene Ariel—, soy yo quien sacará a Sasha.

Belle levanta una ceja. —Me corrijo. ¿Qué tienes planeado?

Se muerde el labio para no sonreír. —Es una sorpresa.

—Para los dos —murmuro. Ariel ha sido cautelosa todo el día. A pesar de enviarme mensajes sin parar, se ha negado a divulgar un solo detalle de las actividades de esta noche.

—Créeme, lo vas a odiar —advierte con un descarado codazo en las costillas.

—Bueno, asegúrate de estar en casa antes de convertirte en calabaza, ¿vale? —Belle rodea la cintura de Ariel con un brazo y nos guía hasta la puerta. Besa la mejilla de Ariel y se vuelve para mirarme con desconfianza—. En cuanto a ti... No sé en qué te convertirías si sales demasiado tarde.

—Una nube de murciélagos, si Bram Stoker es remotamente exacto —Ariel suelta una risita cuando le pellizco el costado

juguetonamente.

—Pero —continúa Belle, sin dejar de hablarme—, no es bueno para nadie merodear por la ciudad cuando se hace demasiado tarde. Para *nadie*, ¿me oyes?

Asiento lo más respetuosamente que puedo, intentando dar las seguridades adecuadas con ese gesto. Quiero que vea lo que yo siento: que el suelo debajo de Ariel y de mí se está moviendo. Que las cosas no son lo que parecen.

Que tal vez los hombres como yo, o al menos *un* hombre como yo, podría descubrir qué hacer con un final feliz, después de todo.

—Entendido, Srta. Ward —le digo—. Alto y claro.



LLEVAMOS CASI media hora dando vueltas a la manzana mientras Ariel frunce el ceño y vuelve a contar las direcciones. —79... 81... 83... ¡*Ahí* está!

Gruño, irritado. —Bien. 85. Entre el 83 y el 87. ¿Quién iba a saber que sería ahí?

—Oh, no seas gruñón —me regaña, dándome un manotazo en el antebrazo—. Esta noche va a ser divertida.

—¿Sigue siendo secreto?

—Hasta el último segundo posible —confirma.

Aparco justo delante de una boca de incendios. —¿Y si alguien te remolca? —pregunta Ariel mientras mira la señal de ***NO ESTACIONAR***, claramente impresa, que asoma por la acera.

Me río. —No me gustaría ser el hombre que intenta algo tan estúpido —entonces, cierro el coche, me meto las llaves en el bolsillo y le paso un brazo por los hombros—. Vamos. 85, ¿verdad? Está bien...

La voz se me escapa cuando me acerco lo suficiente para leer el cartel oculto bajo el toldo.

CLASES PRIVADAS DE LAMAZE, se lee en negrita fucsia. ***MAMÁS Y PAPÁS EN FORMACIÓN, ¡ENTREN AQUÍ!***

Me giro y miro a Ariel. —¿Qué demonios estás tramando?

ARIEL

Me muerdo el interior de la mejilla con tanta fuerza que saboreo la sangre.

Ha sido un infierno intentar no reírme a carcajadas durante todo el trayecto en coche hasta aquí. Pasar el resto de la noche sin reírme a carcajadas podría costarme una o dos costillas.

—Vamos —digo, tirando del brazo de Sasha para arrastrarlo escaleras arriba—. ¿No eres tú el que siempre se enfada conmigo por llegar tarde?

Dentro, una oleada de lavanda me golpea como una granada de Té del Sueño. Falsos helechos en macetas flanquean una hilera de esterillas de yoga azules. Un tablón de anuncios muestra fotos de archivo de parejas beatíficas acunando patatas en pañales.

Y allí, al frente de la sala, está "Madame Giana", una rubia platino con gruesas gafas magenta y un acento ruso que suena como Drácula resfriado.

Gina no hace nada a medias. Que Dios nos ayude a todos.

Todo el plan, como de costumbre, fue idea suya. Cuando le conté lo de la amenaza de Sasha con el bebé, porque, seamos realistas, ¿cómo se puede llamar de otra manera?, se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿Cree que eres una probeta de fecundación in vitro con piernas? ¿Es siquiera CONSCIENTE de lo que el embarazo provoca en el cuerpo femenino? —cacareó, furiosa.

—Supongo que tiene *alguna* idea. ¿Enseñan biología reproductiva femenina en la escuela de jefes mafiosos?

Entonces, apareció en sus ojos ese brillo malvado que la delató. —Ahora sí.

A partir de ahí, salió salido a pedir de boca. Pidió prestado un estudio a una amiga, fue a comprar pelucas y vio un vídeo de YouTube sobre métodos de actuación para poder "meterse en el personaje".

Que, al parecer, se parece a... esto.

—¡Bienvenidus, bienvenidus, a *Rrespirrarr, Empujarr, Rrepetirr*! —trina Gina, ajustándose la peluca. Se inclina violentamente hacia la izquierda—. ¿Están aquí porr milagrro de la vida, *da*?

El agarre de Sasha se estrecha en mi cintura. —¿Esta es tu sorpresa?

—¿Te gusta? Pensé que sería buena idea practicar para nuestro paquete de alegría —muevo las pestañas—. Hay que asegurarse de que sabes cómo manejar los dolores de parto, ¿verdad?

Le tiembla el ojo izquierdo. Bien. Precisamente la reacción que quería.

Madame Giana aplaude para llamar nuestra atención. Ha añadido todas y cada una de las pulseras que posee, de modo que cualquier movimiento de sus brazos suena como una serpiente de aluminio recibiendo repetidas descargas eléctricas.

—Empezamos la vinculación por parrejas. Primerr ejerrcicio: *vientrres de empatía.*

Sasha ya sacude la cabeza. —No.

—Ah, sí —le meto en los brazos una tripa de gomaespuma de la pila del rincón. Es del tamaño de una pelota de playa, pero Sasha la mira con el ceño fruncido, como si fuera un explosivo vivo—. Póntelo, papá.

Prácticamente salto a la colchoneta. Sasha mira la cosa como si le ofendiera personalmente.

Entonces, lentamente, a regañadientes, pero inevitablemente, empieza a encogerse de hombros.

Podría desgarrarme un músculo abdominal conteniendo la risa. Ver al gran Sasha Ozerov, vestido de punta en blanco, como siempre, con una camisa negra impecable y pantalones de traje grises, con una barriga de bebé protésica pegada al torso con velcro... es demasiado. Tengo que apartar la mirada para no entrar en erupción.

La media hora que sigue es más de lo mismo. Gina, perdón, *Madame Giana*, nos instruye en una respiración sincronizada que me hace sentir como una ballena varada.

No para de hacer comentarios con ese horrible acento de Transilvania. —¡Más integrración de la pelvis, Srr. Ozerrov! ¡Como si intentarras pasarr una sandía! ¡He-hoo! ¡He-hoo! ¡Rrespirra, rrespirra, rrespirra!

La mirada de Sasha podía derretir vigas de acero.

¿Incluye la sesión "ejercicios de apertura pélvica" que no desentonarían en un plató porno? Sí, absolutamente. ¿Incluye "estiramientos en pareja" para los aductores y la ingle? Pues también.

Pero el verdadero momento récord llega más tarde. Estoy pegajosa de sudor, más por intentar contener la risa que por el entrenamiento en sí, cuando Gina esboza una sonrisa peligrosa que conozco demasiado bien.

—Porr último —canturrea—, adoptamos la posición de parrto.

—Oh —suelto—, eso no será...

—¡Abajo! —grita. Me clava las garras en el hombro y me empuja de culo sobre la esterilla de yoga. Luego, se vuelve hacia Sasha. —Y tú, Srr. Ozerrov... detrrás. Ahí, ahí —me clava una uña en la espalda.

El ceño de Sasha se frunce. Me pregunto si se negará en redondo.

Luego, lentamente, como un jaguar que baja a bañarse, desciende hasta sentarse detrás de mí. Sus muslos se apoyan en mis caderas. El calor me atraviesa los vaqueros.

Gina coge sus manos e intenta ponérmelas en el vientre. —Las manos ahí. Sujétala. *Prrotégela*. Prrotege a tu futurro bebé.

Pero se resiste. Sus manos revolotean cerca de mi cintura, medio centímetro de espacio muy importante las separa de mí. —Si no me tocas, nos obligará a hacerlo otra vez —siseo.

Gruñe. Otro momento en el que me pregunto si todo esto me va a estallar en la cara.

Pero entonces lo hace. Presiona sus palmas contra mi estómago. Suavemente, con devoción. Su aliento se abanica sobre mi nuca exactamente de la misma manera.

Suavidad.

Devoción.

Adoración.

Para empeorar aún más las cosas, Gina deja caer un bebé de plástico sobre mi pecho. —¡Piel con piel! ¡Momento de unión!

Sasha se queda paralizado mientras la mira por encima de mi hombro. Las pestañas pintadas de la muñeca me hacen cosquillas en la clavícula. Su palma se cierne sobre su espalda abultada.

Y, durante un estúpido y suspendido segundo, lo vislumbro todo: nosotros, en algún universo alternativo. Él apretado contra mí en una cama de hospital, húmedo de sudor y animándome en un ruso orgulloso mientras un bebé de verdad se lamenta. Un bebé de ojos azules y pelo castaño. Un poco de él. Un poco de mí.

Se me constriñe la garganta.

Su meñique me roza el cuello. —Esto es absurdo —susurra.

—Pero funciona —inclino la cabeza, captando su mirada. El aula se desvanece y solo lo veo a él—. Admítelo. Me estás imaginando embarazada de ocho meses. Enorme. Furiosa. Exigiendo blinis al amanecer. Y tú exigiendo otros cinco hijos enseguida.

—Nunca —su pulgar traza el lomo de la muñeca—. Yo querría seis.

Mi corazón da un vuelco.



El olor a pachulí y a demasiada lavanda se adhiere al traje de Sasha mientras volvemos a tropezar con la acera. La risita de Madame Giana nos sigue por la puerta del estudio, amortiguada solo cuando la cierra de golpe con la fuerza suficiente para hacer sonar la boca de riego junto a su coche.

Ninguno de los dos se mueve para irse.

En lugar de eso, ambos permanecemos abandonados en la acera, retorciéndonos torpemente con el viento. Su mano se dirige hacia el cuello de la camisa para desabrocharse el botón superior, como si siguiera asfixiándose bajo esa barriga de espuma. Observo cómo trabaja su garganta, esa cicatriz furiosa, la débil barba incipiente, y pienso absurdamente en mecedoras. Nombres de bebés. Casas de piedra rojiza de Brooklyn con demasiadas escaleras para un cochecito, así que él se hace cargo, del cochecito, el bebé y la mamá, y nos lleva él mismo hasta el umbral.

Espabila, Ward.

—Espero que hayas tomado apuntes —murmuro, pateando un guijarro—. Más tarde haremos un examen sorpresa.

Sasha se queda mirando al cielo.

La farola sobre nosotros zumba. Sus llaves tintinean mientras suspira. El sonido reaviva el peso fantasmal de sus palmas sobre mi vientre.

—¿Qué ocurre? —pregunto—. Pareces... molesto.

Arrastra su mirada hacia mí. Al hacerlo, sus ojos se suavizan, no, se derriten, y vuelvo a ver al hombre del restaurante. El que me miraba como si yo fuera tanto la granada que lo mataría como el alfiler con el que venía.

Luego, retrocede, con la mandíbula endurecida. —Nada. Estoy bien. Solo cansado.

Quiero hurgar, pinchar, husmear hasta que me cuente lo que pasa realmente por su cabeza. Con un rostro tan bello, a veces es difícil imaginarlo como una persona real.

Pero *es* real. Lo he visto. Lo he sentido.

Y sé lo que acabo de sentir en esa estúpida habitación. Sé que él también lo sintió.

Mi teléfono zumba con los emojis de victoria de Gina. ***¿Vomitó? ¿Lloró? ¿Ganamos?***

Me trago la respuesta mientras Sasha se acerca al coche y me abre la puerta. ***Peor aún***, quiero decirle. ***Casi actúa como humano.***

SASHA

—Ponte los guantes.

—Vamos, Sash, de verdad que no me apetece...

—Deja de ser un cobarde y ponte los guantes, Feliks. Necesito golpear algo y tu cara es el objetivo más cercano que puedo alcanzar.

Feliks suspira, pero se vuelve hacia la estantería del gimnasio, coge su par de guantes de boxeo polvorientos y empieza a ponérselos.

Ya estoy atado y preparado. Sigo llevando los pantalones de traje que me puse en aquella ridícula clase de Lamaze, aunque me he quitado la camisa y la he dejado a un lado, dejando el torso desnudo al aire frío que silba por las rejillas de ventilación.

El gimnasio es frío como un depósito de cadáveres, que es como yo lo prefiero. Me recuerda a los primeros tiempos. De los bosques.

Salto de un pie a otro. —Si tardas más...

—Ya voy, ya voy —protesta Feliks—. Mierda, la paciencia no es una de tus virtudes.

No se equivoca. Pero si hubiera visto mi actuación de esta noche, quizá cambiaría de opinión.

Durante sesenta minutos, fui lo más zen que se puede ser. La paciencia rezumó por todos mis poros. Mientras acunaba a Ariel en mi regazo. Acunaba a aquel absurdo bebé protésico entre mis brazos. Inspiré y expiré, el aroma de Ariel llenó mis pulmones en

cada inhalación y los estúpidos sueños de que eso fuera real saliéndome con cada exhalación.

Eso es *paciencia.*

—Muy bien. Preparado. Tan preparado como nunca lo estaré, al menos.

—Ya era hora, maldición.

Me agacho bajo las cuerdas y empiezo a arrastrarme por el cuadrilátero, probando el aire con ganchos y derechazos. Necesito moverme y poner estos pensamientos en otra parte.

Intenté dejarlos en la puerta de Ariel cuando la dejé después de la clase. Se quedó un momento en la acera después de que la ayudara a salir del coche. Casi como una invitación.

Me pregunto qué habría pasado si la hubiera aceptado.

¿Quieres entrar un momento?

Solo un segundo. Sería mala idea quedarse más tiempo.

Por supuesto, ella accedería. *Muy mala idea. No podemos tolerar eso.*

Entonces, habríamos follado como conejos hasta el amanecer.

Así es como funciona en mi cabeza, al menos. El hecho de que esas fantasías estén burbujeando bajo la superficie, listas para salir en cuanto vean una grieta en mi dique mental, es preocupante. Ni siquiera quiero saber qué puede estar ocurriendo en la mente de Ariel.

Nada de esto es tan sencillo como se suponía. ¿Qué ha pasado con *Seducir. Casarse. Controlar*? Era un proceso sencillo de tres pasos. Casi infalible.

El único tonto que queda soy yo.

Caigo al suelo justo a tiempo para evitar que el puño de Feliks se acerque para arrancarme el cráneo de cuajo.

—*Blyat', mudak*…

—Tú eres el que quería ponerse peleón. No empieces a montar un berrinche solo porque te estoy dando lo que pediste.

—Voy a darte lo que pedí en tu *cráneo* en un momento —gruño mientras recupero la orientación y avanzo hacia él.

Feliks se ríe y suelta un puñetazo, luego el siguiente. Pero mi gancho de izquierda se le entierra en las tripas, y la risa le sale jadeante mientras se dobla.

—Me pagas demasiado para ser un saco de boxeo —refunfuña mientras baila hacia atrás y se prepara de nuevo.

—Corrección: Te pago lo suficiente para que seas un saco de boxeo siempre que lo necesite.

Sus ojos brillan con esa mirada de *Oh, mierda*, *hay drama,* mientras esquiva y retrocede hacia la esquina más alejada del ring. —Uh-oh. ¿Necesitas un saco de boxeo? ¿Supongo que el barco del amor ha estado en aguas turbulentas?

Retrocedo y arremeto de nuevo contra él.

¿Aguas turbulentas? No, en absoluto. En realidad, las aguas son demasiado tranquilas.

Quizá por eso siento la necesidad de hacer sangrar algo. Feliks o yo mismo: mientras algo se rompa un poco esta noche, mi mundo volverá a ser como debe ser.

¿Toda esta amabilidad, esta felicidad doméstica perfumada de lavanda? Eso está mal. Demasiado mal.

Los hombres como tú no saben qué hacer con los finales felices, Sasha Ozerov.

En primer lugar, no los merecemos.

El primer asalto es puro exorcismo. Cada golpe es otro pedazo de ese pequeño y tonto sueño que se hace añicos y se dobla hasta quedar irreconocible. El gancho de derecha de Feliks me roza la sien cuando me detengo demasiado recordando el peso de Ariel apretado entre mis muslos.

—Concéntrate, jefe —jadea, bailando hacia atrás. El sudor brilla en su cabeza afeitada—. O tendré que decirle a tu novia que te he dado una paliza.

Lo conduzco contra las cuerdas con un gancho. —Todavía no es mi novia.

—Pero el reloj sigue corriendo. Quedan cuatro días, ¿no?

—Cuidado con lo que dices.

El segundo asalto se vuelve más feo. Dejo que me propine un golpe al cuerpo que me deja sin aliento, solo para sentir algo que no sea el ardor de mi propia vergüenza. Lo paga con una hemorragia nasal que salpica la colchoneta como tinta de Rorschach.

Feliks levanta la cara y sonríe como un loco. —¿Sabes cuál es tu problema? —atrapa mi siguiente puñetazo en su manopla, inclinándose hacia mí—. Sigues golpeando al fantasma de tu viejo en vez de mirar lo que tienes delante.

Golpeo. Fallo.

—Esa chica no te hace débil, Sasha. Te da hambre. Y los hombres hambrientos… —me esquiva con una risa húmeda—, son los únicos que sobreviven a esta mierda.

Me paralizo a medio golpe, con los nudillos a un palmo de su cara arruinada.

Suena la campana.

Ninguno de los dos se mueve.

Finalmente, hago una mueca de disgusto, me quito los guantes, los arrojo a un rincón y me alejo.

~

Feliks se reúne conmigo fuera unos minutos después. Mi patio es tan silencioso como el Upper West Side. No hay pájaros ni cosas correteando que rompan el ruido; solo el gemido lejano de la ciudad en general.

—Deberían pagarme más por estas sesiones de asesoramiento —comenta mientras se acomoda en el banco a mi lado.

Mi sudor está casi congelado en mi piel y mi aliento se agolpa en nubes plateadas en forma de hongo delante de mi cara. —Paga extra como saco de boxeo, paga extra como terapeuta: vas a llevarme a la bancarrota si esto sigue así, Vasiliev.

Se ríe entre dientes y me pasa un brazo por detrás. —Creo que es la bancarrota moral lo que debe preocuparte, *brattan*. Ya tienes dinero suficiente para diez vidas.

Suspiro y me acaricio la barbilla. En eso tiene razón. Tiene razón sobre demasiadas malditas cosas esta noche.

—Me estoy hartando de tu perceptividad.

—Oh, la maldición de ser muy inteligente y extremadamente guapo —suspira. Mira con nostalgia a lo lejos—. Y, por si no fuera suficiente carga, también tengo este enorme...

Se cae de risa cuando le doy un codazo en las costillas.

Pero, cuando se endereza, su sonrisa retrocede. —Lo digo en serio, en cierto modo. No quiero decirte que dejes de ganar dinero. Se te da bien, y me mantiene nadando en caviar y Corvettes. Pero... hay más. Hay otras cosas.

—¿Las hay? —le pregunto. Sé lo que va a decir, pero dejo que lo diga de todos modos.

—Amor.

Lo miro sin comprender, esperando un chiste. Pero Feliks se limita a devolverme la mirada con una serena tranquilidad en el rostro.

—Amor —repito.

—Amor —repite.

—*Amor.*

—Amor, Sasha. La razón por la que estamos aquí.

—Estoy aquí porque mi padre engañó a mi madre haciéndole creer que era casi humano el tiempo suficiente para dejarla embarazada. Tú estás aquí porque tu madre te dejó en mi regazo cuando se hartó de ver tu feo careto todo el tiempo. El "amor" no tuvo nada que ver en ninguno de los dos casos.

Su boca esboza una media sonrisa. La otra mitad, sin embargo, permanece bajada en contemplación. —Sigues tergiversando las cosas. Sé que bromeabas cuando dijiste que era perspicaz, pero... Mierda, hombre, a veces tengo la sensación de que no ves lo que tienes delante de las narices. Así que las cosas nos vienen impuestas. Así que las circunstancias a veces dictan las cartas que nos toca jugar. ¿Significa eso que abandonas todo el juego y te pones a llorar?

—¿Quién llora?

—Tú, a tu manera. Lloras con sangre. Lloras con hojas de cálculo. Es un poco depravado y perturbador, si somos sinceros, pero oye, lejos de mí criticar los mecanismos de afrontamiento de otro hombre. Solo digo que te veo, Sasha Ozerov. Veo lo que tienes delante. Y quiero que veas lo que yo veo —se desploma contra el banco—. Ya está. Se acabó la conferencia. Se acabó la poesía por esta noche.

Cavilo mientras sus palabras resuenan en cavernas de mi cabeza que hace tiempo que no ven la luz.

Amor. Se equivoca. Tiene que ser. No es eso. No puede serlo.

Pero, después del día interminable que he tenido, ahora mismo no voy a encontrar los defectos de su argumento. Quiero ducharme para quitarme este sudor y esta sangre e irme a la mierda a dormir. Que el Sasha de mañana tome la espada del Amor y todas sus muchas y ridículas implicaciones.

Antes de irme, sin embargo, hago lo que se ha convertido en un ritual durante seis días seguidos.

—Comprueba sus detalles.

Feliks enarca una ceja. —¿Y por "sus" te refieres a...?

—Si me obligas a deletrearlo, volveré a darte un puñetazo en la cara.

—Si apenas me alcanzaste *una vez* esta noche —refunfuña, pero saca el móvil del bolsillo y empieza a hacer lo que le he pedido.

Miro por encima de su hombro mientras pone en marcha las grabaciones de seguridad que emiten las cámaras corporales de los hombres que tengo apostados fuera del apartamento de Ariel.

Seis señales parpadean, una por cada soldado Bratva que vigila el bloque. Ahora me las sé de memoria. Todos los ángulos, bocas de incendios y arbustos que bordean la acera frente a su edificio. Cinco de los canales están vacíos.

Pero en el sexto...

Ariel está de pie.

Y no está sola.

ARIEL

DOS HORAS ANTES

Aprieto la espalda contra la pared de ladrillo de mi edificio y observo cómo el Aston Martin negro de Sasha desaparece al doblar la esquina. Me clavo las uñas en las palmas de las manos. Todas las terminaciones nerviosas bajo mi piel crepitan como alambres vivos, todavía chisporroteando por aquel falso bebé olvidado de la mano de Dios y las manos de Sasha abarcando mis caderas. Todas mis neuronas, borrachas de oxitocina y faltas de oxígeno, gritaban *bésame, bésame, BÉSAME...*

—Mierda —me despego de la pared. Las brillantes puertas de cristal de mi apartamento me llaman, pero en vez de eso salgo en dirección contraria. La idea de subir me deprime. Arriba estará vacío y silencioso, y las plantas de interior son una compañía de mierda.

Además, me apetece caminar. *Mantente en movimiento*, como le gusta decir al entrenador personal demasiado animado al que Gina me arrastra de vez en cuando.

Aunque pensar en movimiento me hace pensar en Sasha y en la sala del balneario, y eso hace que me ardan las mejillas y me aprieten los muslos, así que tal vez me limite a que el movimiento sea solo movimiento, después de todo.

Pero el movimiento es algo bueno. El movimiento significa alejarse de una cosa y acercarse a otra, ¿no? Y eso es lo que intento hacer.

Alejarme de Sasha Ozerov. *Alejarme* de mi padre y de todas las cosas retorcidas que quiere forzar en mi vida.

¿Y hacia dónde me dirijo? Excelente pregunta. No tengo respuesta.

De momento, a falta de un verdadero norte ético para orientarme, me dirijo geográficamente hacia el oeste, atravesando Bedford-Stuyvesant con el vago plan de llegar a ver el East River centelleando en la noche.

Mi reflejo rebota en las ventanas oscuras de las tiendas cuando paso junto a ellas: coleta castaña, mejillas sonrojadas, ojos soñadores que miran a un futuro que en realidad no existe. Parece como si acabara de leer una novela romántica.

—Contrólate, Ari. Te estás poniendo en evidencia.

Fuera hace un frío de mil demonios, pero el aura remanente del calor de Sasha me mantiene lo suficientemente caliente como para no importarme. Poner un pie delante del otro, una y otra vez, también ayuda.

Hay un ritmo agradable en esto, en caminar. Me estoy adormeciendo agradablemente con algo que los humanos llevamos haciendo desde que descendimos de los árboles.

Entonces, mi teléfono vibra contra mi muslo. Lo saco, dispuesta a gritar palabrotas a quienquiera que interrumpa mi frágil cordura.

Pero esbozo una sonrisa cuando veo el bigote fornido que ilumina la pantalla.

—¿Tío Kosti? ¿El único y original Konstantin Makris? ¿A qué debo este raro placer? Nunca llamas tan tarde.

—Mi pequeño búho nocturno —su risita ronca crepita a través del altavoz. La estática silba entre nosotros, probablemente llama desde una de sus líneas codificadas. Por muy cálidas que sean sus sonrisas, sigue siendo el hermano de mi padre, y con ese ADN vienen montones y montones de paranoia—. ¿Crees que porque soy viejo me acuesto con las palomas?

Me apoyo en un contenedor, el metal es frígido contra mi espalda baja. —Me dijiste que el Metamucil te deja inconsciente a las nueve.

—El metamucil es para colegialas asustadizas. Bebo ouzo y orino excelencia. Los médicos me odian.

—Y los hombres te temen y las mujeres se arrojan a tus pies, estoy segura.

Oigo su sonrisa. —Por eso siempre has sido mi sobrina favorita, *koukla*. Sabes cómo hacer que este viejo se sienta especial.

—¿Para eso has llamado? ¿Para pescar cumplidos?

—Nunca rechazo cumplidos —declara—. Pero... no. No, no he llamado por eso. Quiero decir, sí, por supuesto, quiero simplemente saber cómo estás. Pero, visto... todo... bueno, no tiene sentido guardar secretos contigo. De todas formas, ya te han dado un bocado bastante grande para masticar. Injustamente, en mi opinión, pero, de nuevo, a ese hermano mío nunca le ha importado mucho mi opinión en primer lugar.

Me aferro al borde del contenedor. —Ve al grano, tío Kosti. ¿Qué está pasando?

Vacila. —Tu padre se está poniendo... irritable, Ari.

El ceño fruncido que me cruza la cara es fulminante. —¿Porque no me abro de piernas lo bastante rápido para su mafioso favorito? ¿Qué ha sido de los "diez días"?

—Porque sus enemigos se están volviendo audaces —la jocosidad se le escapa de la voz—. Los serbios asaltaron dos de los almacenes de Sasha esta semana. También han empezado a husmear en los muelles de Makris. Se supone que tu boda debe unir a las familias, afianzar las alianzas... pero cada día que esperas...

—¿Es un día en que alguien intenta poner a Leander y a Sasha en tumbas tempranas? —pateo un guijarro en la oscuridad. Rebota en una boca de incendios y va rodando hasta la alcantarilla más cercana—. Déjalos. Quizá alguno tenga suerte y resuelva todos mis problemas.

El silencio palpita como un moratón reciente.

—No lo dices en serio —dice finalmente Kosti.

¿No?

No, claro que no.

No del todo, al menos. La imagen de los nudillos llenos de cicatrices de Sasha acunando a aquel bebé de plástico destella tras mis ojos. Mis muslos se aprietan por sí solos.

—Ya no sé lo que quiero decir —exhalo y me froto el cuello cansado.

—¿Estos días no han cambiado nada en tu corazón ni en tu mente?

—No es eso. Hay... química —admito entre dientes apretados—. Eso no significa que quiera ser su ama de casa perfecta y su máquina de fabricar bebés.

—Química —Kosti resopla—. Así llamaba tu madre a los chupitos de tequila que la llevaron a ti.

—Qué asco.

—Probablemente tengas razón. A veces olvido que eres mi sobrina y que debo tener cuidado con lo que te digo. Pero Ari...

Vuelve a hacer una pausa, lo bastante larga como para que yo pregunte—: ¿Sí?

—Si tú... si de verdad no quieres esto... si llegas al final de estos diez días y de verdad, en tu corazón, en tu alma, no puedes seguir adelante... yo te ayudaré.

El pulso late ahora en cada extremidad de mi cuerpo. Lo siento en la planta de los pies y en la punta de las orejas.

Ba-bum. Ba-bum.

Con cautela, pregunto—: ¿Qué significa eso, tío Kosti?

—Significa que te ofrezco una salida, *koukla*.

Me quedo tiesa. Una rata se escabulle junto a mis sandalias, pero estoy demasiado aturdida por lo que dice mi tío para molestarme siquiera en gritar. —¿Qué clase de salida?

—Pasaportes. Dinero en efectivo. Nueva identidad. Si lo pides, te borraré tan completamente que ni Leander, ni siquiera Dios te encontrará jamás —su tono se endurece—. Pero, una vez que te vayas... no volverás. Ni a Nueva York. Ni a tu madre. Ni siquiera a mi funeral. Es un adiós para siempre, cariño.

El callejón se inclina. Me agarro al borde del contenedor. —Jesús...

—Esta vida es... —Kosti tose, un sonido húmedo y traqueteante que me revuelve el estómago—. Es una bestia hambrienta, *koukla*. No importa si eres de sangre o no. Le debes carne. Leander le dio a Jasmine, pero eso no le dio lo que buscaba. Así que ahora te dará a ti como ofrenda.

Las farolas blanquean el pavimento hasta dejarlo blanco como el hueso en mi visión. Me quedo mirando un único trozo de chicle antiguo pegado al suelo, ennegrecido por solo Dios sabe cuántas pisadas. Es lo único que aún me ata a la realidad.

Despedirme

—Necesito tiempo —susurro.

—Tienes cuatro días. Después, ni siquiera yo podré ayudarte. Tómate tu tiempo; piénsalo bien. No dejaré que sufras innecesariamente. Habla pronto, *koukla*.

Cuelga.

Miro fijamente el teléfono. Mi pantalla de bloqueo es un selfie con Gina, las dos sonriéndonos fuera del *Gazette*. Se me oprime el pecho. Si huyo...

Significaría el adiós a eso.

Significaría el adiós a todo por lo que he luchado y arañado: mi apartamento de mala muerte, los cafés con leche del periodista deportivo Steve, mis quimeras de Lois Lane. Significaría el adiós a Nueva York y a mi madre.

Significaría el adiós para siempre a Sasha Ozerov.

¿Es eso lo que quiero?

Me doy vuelta y empiezo a dirigirme a casa. De repente, lo único que quiero es estar entre mis cosas. Mis escasos y estúpidos muebles de IKEA y todos los bamboleos y desniveles derivados de haberlos construido yo misma.

Pero lo construí yo misma, ¡maldita sea! Jas no estaba aquí para ayudarme y seguro que Leander nunca se habría molestado, aunque

yo estuviera dispuesta a permitírselo. Yo misma construí esta vida, y era *libertad*, y eso era todo lo que siempre quise.

No sé cómo renunciar a eso.

La alternativa nada ante mis ojos: un velo que difumina la visión de Sasha ante mí. *Sí, acepto*, murmurado en ese barítono áspero que me produce escalofríos por la espalda, no importa cuántas veces lo oiga. Es aterrador. Igual que todo lo que vendría después. Bebés de ojos azules y bautizos en catedrales lo bastante frías como para empañar tu aliento. Un lugar al lado de Sasha mientras hace la guerra por la ciudad.

¿Podría hacer que eso funcionara? ¿Qué haría falta para aceptarlo?

¿Y si me mirara como lo hizo en la biblioteca cuando dijo: *Caer no tiene por qué doler*?

¿Y si me tocara como lo hizo en el balneario, sus manos resbaladizas de loción, sus caderas al ras de las mías?

¿Y si me abrazara como lo hizo en la ladera de la montaña, o gimiera por mí como lo hizo en su despacho, o asentara su peso detrás de mí mientras trae a su hijo o hija al mundo?

¿Sería realmente tan malo?

Mis pies me llevan automáticamente, así que ni siquiera me doy cuenta de que he vuelto a mi manzana hasta que accidentalmente choco de frente con alguien en la esquina.

Gruño de asombro y tropiezo hacia atrás, pero unas manos fuertes evitan que caiga de culo sobre el hormigón helado.

—¡Vaya! —dice una voz acentuada, sobresaltada—. Has doblado esa esquina a gran velocidad.

—Lo siento mucho —suelto mientras me oriento. El frío hace que se me llenen los ojos de lágrimas, así que tengo que hundir el talón de la mano en ellos hasta que se me aclara la vista.

Cuando lo hace, veo al hombre con el que he chocado. A finales de los cuarenta, quizá, unos años mayor que Sasha, si tuviera que adivinarlo. Cabello negro salpicado de plata y barba a juego. Va bien vestido, con una larga chaqueta de pelo camel que le llega justo por

encima de los tobillos, y en las manos le brillan unos anillos de plata. En su garganta, a través del hueco de su bufanda negra, veo la mitad superior de un tatuaje: un par de cabezas de águila, unidas por el cuello.

—No pasa nada, jovencita —sus ojos me recorren. Son de un color espresso oscuro, casi negro en la noche. Su nariz se dobla hacia la izquierda y luego hacia la derecha, como si se la hubieran roto y vuelto a colocar tantas veces que se hubiera encogido de hombros y renunciado a que volviera a alinearse—. ¿A dónde vas con tanta prisa?

—Eh, a casa —digo torpemente. Nueva York está llena de bichos raros, y aprendes pronto que lo mejor es desentenderse, educada pero firmemente, lo antes posible y seguir tu alegre camino. Nunca sale nada bueno de avivar las llamas.

La mirada del hombre se desvía hacia el edificio y luego vuelve a dirigirse a mí. —Es una casa bonita. Muy segura.

Las primeras punzadas de *Algo va mal* empiezan a aflorar en mi vientre. Después de todo, ¿cómo sabe que vivo aquí? Podría estar solo de paso.

—S-sí —digo—. Está bien. Yo solo...

—Espera —sus manos me sujetan los hombros, inmovilizándome —. Me resultas familiar.

Lo miro. Tiene el pañuelo a medio camino de la boca y la gorra de fieltro de chico de los periódicos bien calada sobre la frente, pero, incluso con todos esos obstáculos, estoy bastante segura de no haber visto a este hombre en mi vida.

—Creo que no nos conocemos, lo siento.

—No, no, lo hemos hecho —insiste. Sigue sin soltarme y su agarre empieza a doler—. Fue hace mucho tiempo. Quince años, o así. ¿No te acuerdas de mí?

Bum. Bum. Mis latidos vuelven a alcanzar niveles preocupantes. Mi sentido arácnido neoyorquino me dice que debo alejarme de ese asqueroso, DE INMEDIATO.

—No. Lo siento. Y ahora tengo que irme, así que si pudieras...

Le quito las manos, me agacho bajo su brazo extendido y hago todo lo posible por salir corriendo hacia las puertas de mi apartamento.

No llego lejos.

Antes incluso de llegar bajo el toldo, un par de siluetas corpulentas se separan de las sombras agrupadas en el callejón cercano y me cogen por las axilas. Mis pies pedalean en el aire como un niño al que meten en la bañera contra su voluntad.

Me llevan de vuelta y me dejan delante del hombre barbudo. Suspira y se quita la bufanda. Cuando lo hace, veo más del tatuaje en su pecho y garganta.

Y con eso, recuerdo.

Un águila bicéfala tatuada en el torso. Anillos plateados. Ojos marrones, no, negros, no, más negros que el negro.

—Estoy aquí por Jasmine —oscureciendo el umbral de la puerta como el malo de uno de los cuentos de mamá.

—¡No puedes tenerla! —grité, plantándome delante de ella. Baba me apartó, me llevó escaleras arriba y me metió en mi habitación. Jasmine solo podía mirar.

Siempre habíamos sabido que los matrimonios concertados eran una posibilidad. Pero siempre nos había parecido tan abstracto. ¿Qué significa para una niña "un día te casarás"? Nada, por supuesto.

Pero las niñas crecen. "Un día" está cada vez más cerca.

Y hoy era el día de Jasmine.

Un matrimonio concertado. El vínculo entre la mafia griega y los serbios. Jasmine como cordero del sacrificio para que todo cuajara. ¿Lo quería ella? ¿A quién le importaba? Ninguno de los hombres que cerraban los tratos nos pidió nunca nuestra opinión.

Mientras permanecía horrorizada en mi habitación, oí a esos mismos hombres golpeando en el piso de abajo. Sus voces parecían el temblor de la tierra. Corrí hacia la ventana y vi, con los ojos nublados por el horror, cómo mi padre y el hombre barbudo se

llevaban a Jasmine por la acera. La metieron en una furgoneta negra. La puerta se cerró.

Nunca volví a verla.

—Relájate, *ptičica* —canturrea, apartándome un pelo suelto de la cara—. Solo quiero hablar.

ARIEL

La sangre me ruge en los oídos. Sus dedos se clavan en mi mandíbula, inclinando mi cara hacia el enfermizo resplandor de la farola para exponerme la garganta de una forma demasiado intencionada para mi comodidad. El hedor acre de su colonia, algo almizclado y demasiado dulce, cuajado por el calor corporal, me revuelve el estómago.

—¡¿No me has quitado bastante?! —escupo.

La sonrisa de Dragan Vukovic parte su brutal rostro como una cicatriz. —Ni de lejos.

Uno de sus matones me tira de la coleta hacia atrás. Me estallan estrellas detrás de los ojos. Dragan saca una jeringuilla llena de un líquido turbio. Mi pulso se vuelve atómico.

Y entonces, un borrón negro detona la noche.

—Mataré a cualquier hombre que le ponga un dedo encima.

Los huesos crujen. El brazo que me sujeta el pelo se quiebra como la rama de un árbol en un huracán. El matón grita, pero el puño de Sasha se clava en su garganta en mitad del chillido, silenciándolo.

El cuchillo del segundo ejecutor relampaguea, pero Sasha pivota, agarra la muñeca del tipo y la golpea contra su propia rodilla levantada. Un fragmento de hueso atraviesa la piel.

—¡Bastardo! —gruñe Dragan, abalanzándose sobre mí.

Fiel a su palabra, Sasha lo intercepta antes de que me ponga un dedo encima. Su mano izquierda se clava en la barba de Dragan mientras la derecha golpea hacia arriba, con los nudillos enterrándose en el esternón del serbio en un crujido nauseabundo. Los ojos de Dragan se desorbitan.

Sasha se sacude la sangre de las manos. No es suya.

—No la toques —gruñe—. *No* la *mires*.

Le da un cabezazo a Dragan. El cartílago de la nariz del serbio, rota anteriormente, se rompe definitivamente. Cuando Dragan cae de rodillas, Sasha le patea las costillas, una, dos veces, antes de clavarle una bota en el pecho. Vukovic patina metro y medio por la acera.

Retrocedo hasta que mi columna choca con el frío ladrillo. Sasha acecha a Dragan. Cada paso resuena como un toque de muerte.

Los nudillos de latón brillan cuando los saca del bolsillo. Se me corta la respiración. —Espera, Sasha...

Los mete en la boca de Dragan. Los dientes patinan por el asfalto como Chiclets desechados.

El serbio gorjea—: Tu puta madre lloraría...

Sasha levanta el pie para pisar fuerte, pero, justo antes de invertir la dirección y acabar con la vida del jefe serbio, suena el chasquido de un disparo.

Miro hacia la boca del callejón y veo a media docena de hombres fornidos cargando hacia nosotros. Dos de ellos apuntan a Sasha con sus armas.

De nuevo, se mueve más rápido de lo que creía posible. Se abalanza sobre mí, me levanta como si no pesara nada y me mete en el coche que me espera. Me veo arrojada sobre la consola central mientras pisa el acelerador y, con un estruendo de neumáticos y goma quemada, nos alejamos calle abajo.



Conduce durante un rato sin decir nada. El único sonido es su respiración al ralentizarse.

Le tiemblan los hombros. El vapor se desprende de su piel en el aire helado. La sangre le resbala por la muñeca.

Finalmente, cuando hemos ido lo suficientemente lejos, aparca en la planta baja de un aparcamiento vacío.

Cuando se vuelve hacia mí, me estremezco.

Algo horrible y humano parpadea detrás de sus ojos azul hielo.

—Ariel —murmura con voz ronca. Rota

Sus manos están sobre mí antes de que pueda hablar, acariciando mis mejillas, inclinando mi cara para revisar el daño.

El sabor cobrizo de la carnicería se adhiere a él. Debería sentir repulsión. En lugar de eso, inclino la cara hacia su tacto y dejo escapar el primer sonido que he emitido desde que comenzó toda esta pesadilla.

—Sasha.

—¿Estás herida? —su pulgar me roza el labio. Más tarde, me daré cuenta de que es donde el anillo de Dragan rajó la piel. Por ahora, solo siento el calor de su contacto.

Sacudo la cabeza. Exhala bruscamente por la nariz, como un toro momentos antes de la embestida.

Entonces, su boca desciende hasta la mía.

Detonan fuegos artificiales detrás de mis párpados cerrados. Su beso es brutal, agresivo, todo dientes y desesperación. Me tira de él hasta la mitad y su muslo se introduce entre los míos. Respirar es opcional. Sobrevivir es irrelevante. Lo único que quiero es...

De repente, se separa como si lo hubiera mordido.

—Maldita sea —me empuja al asiento del copiloto y se echa hacia atrás, con las pupilas abiertas de par en par. Una mano le araña el pelo. Con la otra aprieta los puños contra su boca, como si pudiera volver a meterme el beso que acaba de darme—. ¿Qué coño estoy...? *Blyat'*.

Me tiembla el labio. —Sasha...

—No —abre de golpe la puerta y sale.

Sigo su ejemplo, trotando alrededor de la parte delantera del coche para reunirme con él. —Sasha...

—He dicho que *no* —se abalanza sobre mí, con un aspecto más salvaje que nunca. Su barba, su pelo, sus ojos son positivamente salvajes. Pero es el temblor de su boca lo que me desconcierta.

Nunca había visto miedo en él. Así luce.

Pero no teme por sí mismo. Nunca, jamás por sí mismo.

Sé sin preguntar que esto es miedo por *mí*.

—Pensé que podría... Temía que fuera a... —se interrumpe y mira hacia otro lado, llevándose de nuevo la mano a la boca, como si esas palabras también pudieran reprimirse en el lugar de donde proceden—. Mierda. *Mierda. ¡Mierda!*

Grito cuando golpea el pilar de ladrillo. Estoy segura de que su mano saldrá absolutamente destrozada, pero lo que queda es una mancha de polvo de mortero, no de sangre. Se aleja en otro círculo, se detiene a medio camino y vuelve a mirarme. Parece poseído, como si no supiera a dónde ir ni qué hacer consigo mismo.

—Pensé que iba a matarte, maldición —grazna—. Y me di cuenta, mientras corría tan rápido como podía, de que si lo hacía, también podría matarme a mí.

Luego, se vuelve y mira hacia una zona de sombras en la que no puedo ver. —Sácala de aquí, Feliks. No puedo seguir mirándola.

Su segundo sale, con el cigarrillo apretado entre los labios, el rostro ilegible. —Jefe...

—Llévala a casa. Enciérrala en el apartamento. Pon tres hombres en la puerta.

Feliks suspira. Luego, cambia su mirada de Sasha a mí. Se acerca, aunque despacio, con cautela, como si pudiera asustarme si se moviera demasiado deprisa. Me agarra por el codo y empieza a guiarme hacia un coche que se detiene a la salida del garaje.

Lo sacudo. —¡Sasha, háblame!

No me mira. Ni siquiera mira en mi dirección. —Aléjala de mí, Feliks.

Me tambaleo. Es un milagro que siga erguida. Si no fuera porque Feliks me sujeta fraternalmente por la cintura, probablemente no lo estaría.

—Vamos —dice suavemente—. Vamos a llevarte a casa.

Muda y tambaleándome como un zombi, dejo que Feliks me dirija hacia la salida. Arrastramos los pies lentamente hasta el coche que nos espera. Abre la puerta y me ayuda a subir al asiento trasero, luego la cierra y se coloca delante.

Mientras nos alejamos del bordillo, pilotados por un hombre con cara de piedra y tatuajes rusos en el cuero cabelludo, me retuerzo en el asiento. Sasha está de pie entre los huesos de hormigón del aparcamiento, retroiluminado por un pulso fluorescente palpitante.

Mueve la boca. Probablemente me estoy imaginando cosas, debe ser así, pero juraría que se está diciendo a sí mismo—: *Por un momento pensé que te había perdido*.

ARIEL

Ya no quiero oler como él.

Es lo único que puedo pensar mientras Feliks me escolta hasta mi apartamento y me empuja, amable pero irrevocablemente, dentro. La puerta se cierra con un chasquido y sé que no se abrirá hasta que Sasha dé su aprobación.

Pero no importa, porque me dirijo directamente a la ducha. Me quito la ropa a medida que avanzo, dejando un rastro de pantalones empapados de sudor frío, las figuras retorcidas de mi ropa interior y mi sujetador deportivo, y mis zapatos pateados desordenadamente contra la pared del pasillo.

No espero a que el agua se caliente, me meto en ella, aunque siento como si me clavaran agujas con punta de hielo. *Ya no quiero oler como él.*

Sin embargo, la pregunta del millón es ésta: ¿A cuál "él" no quiero oler?

Porque tanto el olor de Sasha como el de Dragan se pegan a mi piel. ¿Cuál es el que me revuelve el estómago?

No soy capaz de descubrir al culpable. Me limito a frotar y frotar hasta que mis brazos están rosados y el gel de baño de limón y frambuesa es lo único que tengo en la nariz.

Sin embargo, incluso cuando he terminado y estoy sentada a los pies de la cama, sigo pensando que los huelo.

El almizcle de menta y cedro de Sasha.

El sabor ahumado y ácido de Dragan.

Me estremezco una y otra vez, aunque tengo una toalla alrededor de la cabeza, otra alrededor del torso y la calefacción del radiador al máximo.

Cada vez que pienso que estoy oliendo a Sasha, me tiemblan las entrañas y me ruge el pulso en los oídos.

Cada vez que creo oler a Dragan, me veo arrastrada a un pasado que he pasado quince años borrando de mi mente con tanta desesperación como acabo de borrar su contacto de mi garganta.



Leander oscureció mi puerta. Tenía los ojos hinchados y morados, caídos. Recuerdo que pensé que se parecía a Ígor. El amigo de Winnie the Pooh.

—Se ha ido —me dijo, sin moverse de la puerta de mi dormitorio.

—Sé que se ha ido —le espeté con amargura—. Vi cómo la sacaban a malditas rastras de aquí.

Maldecir a los quince años era lo bastante nuevo como para sentir que aún tenía algo de veneno. Maldecir a mi padre era aún más nuevo. Leander no era el tipo de padre al que le sueltas blasfemias.

—No, neraïdoula mou. Quiero decir que se ha ido.

Tardé un momento en asimilar sus palabras. Cuando lo logré, se me cayó de las manos el diario en el que estaba garabateando. —Baba, ¿de qué estás hablando? Jas se va a casar mañana.

Se limitó a negar con la cabeza. —La boda se ha cancelado. Se ha ido —luego, se dio la vuelta y se alejó dando pisotones por el pasillo, como si eso lo explicara todo y no hiciera falta decir nada más.

Me quedé mirando el rectángulo oscuro de la puerta vacía durante mucho, mucho tiempo.



La memoria es algo curioso. Es más fácil de reprimir de lo que la gente suele pensar. Me permití borrar a Dragan Vukovic de la historia, porque, por lo que a mí respecta, no fue él quien mató a Jasmine. En realidad, no.

Fue mi padre.

Por eso, cuando huí de casa, sentí que estaba haciendo lo peor que se le podía hacer al hombre que me había hecho lo peor que se me podía hacer: privarlo de la última hija que le quedaba.

Durante quince años, me he permitido creer que hacía justicia a Jasmine.

Ahora recuerdo que hay otras manos ensangrentadas ahí fuera.

E intentaron tocarme.

Verlo de nuevo... Es como si mi pasado me golpeara en la cara. Por si eso no fuera ya lo bastante demencial y horripilante, mi presente golpeó entonces a mi pasado en la cara. Rara vez las metáforas aparecen tan contundentes y literales.

Pero allí estaban, dos de los tres hombres que más han definido mi vida, peleándose en la calle.

Entonces, uno de ellos me cogió en brazos y me llevó a una fría fortaleza de piedra para hacer qué: ¿besarme como si nunca pudiera volver a besarme? ¿Y luego lanzarme la ira más fría que jamás he sentido?

¿Cómo es eso *justo*?

Así que no, tampoco quiero oler a Sasha. Estoy furiosa con él. Me aterroriza. En muchos sentidos, ha vuelto a ser lo que era cuando me estrechó la mano por primera vez en aquella gala: un misterio que no tengo ningún interés en seguir explorando.

Simplemente no puedo. Algunas tinieblas te engullen y nunca te vuelven a escupir.

Me duermo así, todavía con turbante y toalla.

Me despierto horas después con el teléfono zumbando en la mesilla de noche. Gimo, me despego de las sábanas húmedas y me arrastro para cogerlo. Cuando veo quién me ha enviado el mensaje, se me revuelve el estómago.

SASHA [9:47 A.M.]: Estaré en tu apartamento en veinte minutos.

SASHA [9:56 A.M.]: A once minutos.

SASHA [10:08 A.M.]: Toc-toc.

SASHA [10:14 A.M.]: ?

El hecho de que me envíe mensajes es chocante en sí mismo. ¿De verdad cree que vamos a seguir adelante, después de lo que pasó anoche?

No. Se acabó la tontería de los diez días. No lo haré. Vuelvo a llamar a Kosti y le digo que reserve los billetes. Me voy de aquí y no volveré jamás. Encontraré la forma de llevarme a Gina y a mi madre conmigo, pero Sasha y Dragan y Leander y todos esos hombres sedientos de poder pueden irse al infierno. Por mí, que se casen entre ellos.

Mis dedos emiten una respuesta airada.

ARIEL [10:15 A.M.]: Estoy enferma. No vengas.

Su respuesta es inmediata: ***Ni de coña***.

Tampoco me desgastaré con esto. Esta pelea de ida y vuelta. Es demasiado agotador. Dejo el teléfono en la mesilla de noche, me despojo de las toallas y me pongo unos pantalones de chándal raídos y una camiseta demasiado grande, y luego me dirijo a la cocina para empezar a preparar té. Me duele la cabeza como si hubiera engullido licor anoche y me duele la garganta de tanto caminar y hablar en el frío. Earl Gray es justo lo que me ha recetado el médico.

Pero, justo cuando la tetera empieza a quejarse, llaman a mi puerta. Frunzo el ceño y me acerco. Si es Sasha, lo voy a mandar a la mismísima mierda, y por mi madre que no le voy a abrir la puerta.

Pero me asomo por el ojete para ver que no es Sasha. —¿Sr. DeMarco? —pregunto, confundida.

El portero de mi edificio está pasando ansiosamente una llave de un lado a otro entre sus manos manchadas. —Hola, Ariel. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. ¿Y tú? ¿Va todo bien?

—Sí, sí, sí —dice, todavía arrastrando los pies y frotando la llave entre sus palmas—. ¿Te importaría abrirme? Tengo una pregunta rápida para ti.

—Estoy... —busco una excusa plausible—. Realmente preferiría no hacerlo. No voy vestida adecuadamente.

—Será rápido, querida, te lo prometo. Tengo que darme prisa; le dije a mi esposa que volvería abajo en un santiamén.

Hago una mueca. Pero la cadena está enganchada, y el Sr. DeMarco mide 1,65 m en sus mejores días, con una rodilla maltrecha que hace que subir las escaleras sea un maratón para él, así que no me preocupa realmente que haga ninguna locura.

Desabrocho el cerrojo y giro el pomo. La puerta se abre un centímetro, tensando la cadena.

El Sr. DeMarco me mira, disculpándose. —Lo siento mucho, querida. Dijo que estabas...

Bum.

Grito y salto hacia atrás mientras la puerta estalla hacia dentro. La cadena estalla y los eslabones rotos salen volando por todas partes.

Sasha llena el marco, con las cejas unidas en una sola raya oscura. Lleva un traje negro, camisa negra, como si hubiera tropezado y caído en un pozo de tinta de camino hacia aquí.

Sus ojos se clavan en mi camiseta que dice ***He sobrevivido al apocalipsis y solo me quedó esta camiseta***, y luego en la cucharada de mantequilla de cacahuete que había estado comiendo por estrés directamente del tarro.

—¡*Imbécil*! —suelto con un chasquido. En el hueco bajo su brazo, veo al Sr. DeMarco huyendo despavorido por el pasillo—. ¡Me acabas de romper la puerta!

—Intentaste romper nuestros planes. Me pareció adecuado.

—¡No tenemos planes! —quiero arrancarme los pelos—. ¡Todo esto ha sido un montón de mierda! A la mierda los diez días, Sasha. ¡No me casaré contigo! Seguro que no voy a hacer ni un solo día más de estas ridículas citas contigo. ¿Cómo esperas que...?

—Estás enfadada conmigo.

—Maldita observación astuta —digo con veneno—. ¿Cuál fue tu primera pista?

—Por lo de anoche.

—De nuevo, nada se te escapa.

Vuelve a fruncir el ceño. —Y crees que eso te da derecho a faltar a tu palabra conmigo.

—Mi… —mandíbula, conoce el suelo. Audacia, conoce a tu amo: Sasha Ozerov—. ¿¡Mi *palabra*!?

—Aceptaste el trato, Ariel. Diez días. Diez fechas. Nos quedan tres. Y no se me negará.

Antes de que pueda empezar a analizar los agujeros lógicos de esa estupidez, Sasha se mueve.

Una zancada. Dos. Mi cuchara de mantequilla de cacahuete cae al suelo cuando me iza sobre su hombro como un saco de papas.

—Sasha... ¿qué...? ¡BÁJAME! —golpeo con los puños su espalda, sus hombros, cualquier lugar que pueda alcanzar. Mi rodilla roza sus costillas; gruñe, pero no se frena—. ¡No puedes secuestrarme porque te haya dejado en visto!

Cierra de una patada la ruinosa puerta del apartamento tras nosotros. —Ya lo hice.

Las escaleras traquetean bajo sus botas. Capto el destello de la Sra. Bernstein asomándose por la rendija de su puerta, los ladridos maníacos de su Yorkie persiguiéndonos hasta el vestíbulo. La señora Gutiérrez del 3B se persigna.

Fuera, el coche negro de Sasha está parado en la acera. Feliks está apoyado en el capó con una taza de café para llevar.

—¡Arreglaré la puerta, no te preocupes! —dice Feliks alegremente mientras pasa junto a nosotros en dirección contraria, de vuelta a mi edificio.

No me da tiempo a responder antes de que Sasha me tire en el asiento trasero. Me incorporo, mirándolo fijamente mientras se estira a mi lado.

—Estás loco —escupo.

Su mandíbula palpita. —Ojos al frente, Klaus.
El conductor se aleja del bordillo.
—¿A dónde vamos? —pregunto disgustada.
Sasha no se molesta en mirarme. —De compras.
Supongo que, después de todo, la cita #7 está en marcha.

ARIEL

—Tengo menos que cero interés en ir de compras contigo ahora mismo —le informo a Sasha.

No aparta la mirada de la ventana. —Si me importara, sería devastador.

—¿En qué tipo de sitios compra un tipo como tú? ¿Látigos & Cadenas INC.?

Soy consciente de que no es mi puya más devastadora, así que no me sorprende que no se ría. Sin embargo, me mira.

Y algo en su expresión me hace reflexionar.

Sasha tiene cara de asfixiado. Cansado, en el sentido de toda la vida. Sigue siendo hermoso, pero hay una tristeza en él que me agarra por la garganta durante un segundo.

Me estremezco y miro a otra parte. Es una trampa peligrosa y no pondré un pie en ella.

—Iremos donde quieras —murmura.

—Perfecto. Walmart tiene una gran línea de bragas de abuela que me muero por probar.

—Pensándolo mejor —dice, con el leve atisbo de una risa ondulando en su voz—, iremos donde a mí me gusta.



Le Petit Oiseau parece como si el tocador de María Antonieta se hubiera vuelto loco con la tarjeta de crédito de un villano Bond. Las vitrinas brillan con bolsos hechos de lo que supongo que son pieles de varias especies en peligro de extinción. Las lámparas de araña caen del techo como si fuera una cascada continua, cristalizada en su sitio.

Me siento culpable por manchar sus relucientes baldosas con mis pies de campesina, por no hablar de mi atuendo, que es espantoso. Pero Sasha pasa a grandes zancadas junto a los relucientes accesorios hacia una mujer alta y severa con un vestido negro de funda y rostro de oligarca en reposo.

Ella palidece al verlo. Intercambian unas breves palabras en francés, *que me aspen, lo habla de verdad*, y luego ambos se vuelven para mirarme.

Sasha se queda quieto. La mujer se acerca, con sus largas piernas recortando el espacio que hay entre donde estaba ella y donde me encuentro yo, incómodamente abandonada a un paso de la entrada—. Sra. Ozerova, es un placer hacer que su...

—Solo Ariel —interrumpo con un trago. Luego, para no sonar como una completa y total zorra, añado—: Por favor.

Duda. Sus ojos se desvían hacia un lado, como si estuviera mirando a Sasha a través de la parte posterior de su cráneo. Luego, asiente. —Sí, claro. Ariel. Me llamo Yvonne. Será un placer atenderte hoy.

Me planteo resistirme. Podría, en teoría. Sasha permanece distante en la parte trasera de la tienda, con las manos enfundadas en los bolsillos y una expresión de distante y absoluto desdén en el rostro. Si me negara, apostaría a que simplemente apretaría la mandíbula y ordenaría al personal que atrancase las puertas. Tal vez no podría salir, pero no tendría que cooperar. Solo sería un enfrentamiento del Salvaje Oeste. Dos pistoleros esperando a que el otro se rajara.

Pero todo lo que hay en esta tienda es realmente hermoso. Piel de avestruz, cachemira peruana... no puedes mirar en ninguna

dirección sin ver algo tan exquisitamente confeccionado que te deja sin aliento. Me pican los dedos por tocar este vestido y ese pañuelo.

A Jasmine le habría encantado estar aquí.

De pequeñas jugábamos a disfrazarnos, poniéndonos nuestros mejores vestidos y zapateando con los tacones de mamá. Princesas en el baile, hadas revoloteando de aquí para allá. Aún la recuerdo trenzándome el pelo en coletas por primera vez, dando un paso atrás y sonriendo. *Estás preciosa, Ari.*

Me fuerzo a sonreír. —Genial —le digo a Yvonne—. A ver qué tienes.

Empieza dando una amplia vuelta por la tienda para familiarizarme con las distintas secciones. Es un placer culpable dejar que mis dedos recorran cada cosa a la que puedan acercarse lo suficiente como para tocarla. Mis ojos no me engañan: todo es realmente increíble. Suave como las nubes, elegante, precioso.

Solo hay dos problemas con eso.

Uno, no soy el tipo de chica que puede salirse con la suya luciendo un mono de lamé dorado o una gabardina negra de cocodrilo. Eso es para las estrellas de cine y las modelos de pasarela, no para alguien que todavía no recuerda que no hay una T mayúscula al final de Yves St. Laurent.

En segundo lugar, admitir que me encantan estas cosas sería darle a Sasha lo que quiere. Y, después de la erupción de anoche, todavía me duele de una forma que me devuelve a la primera plaza en la que él y yo empezamos. Quiero enfurecerlo. Quiero volver a ver esa grieta en su fachada, la que lo hizo besarme como un demonio en el coche. No la que le hizo ladrar a Feliks para que "me llevara".

Sin embargo, entre esas dos cuestiones, creo que puedo ver un estrecho camino. Una forma de conseguir lo que quiero, la oportunidad de volver a jugar a disfrazarme, aunque solo sea durante una hora o dos, y de evitar que se sienta satisfecho creyendo que se sale con la suya.

Así que volvemos a la bravuconería.

Cuando se ha completado el primer circuito, Yvonne me mira. —¿Por dónde quiere empezar, Sra… Perdón, Sra. Ariel?

Frunzo los labios y miro a mi alrededor. Luego, me dirijo a un estante de vestidos con pedrería, convenientemente situado al alcance del oído de Sasha. —Ese primero —digo, señalando un magullado vestido de noche morado, con una cola de tres metros de largo—. Y los de tacón plateado; no, los de tirantes esmeralda. En realidad, *todos* los de tiras. Ah, y ese bolso de piel de canguro con forma de cisne. Será perfecto.

Yvonne me mira, luego a Sasha.

Sasha mira a Yvonne, luego a otro lado.

Yo no miro a nadie.

—Lo que ella quiera —retumba por fin Sasha. Enciende un cigarrillo junto al espejo de tres caras—. Todo corre por mi cuenta.

Aprieto los dientes. Veamos hasta dónde llegan esos bolsillos.

A partir de ahí, todo es un espectáculo de mierda. Un lío interminable de *esto* y *aquello* y *tres de aquello, por favor*. Bata de piel de chinchilla. Cuñas con diamantes incrustados. Una estola de marta que hace que un activista de PETA en algún lugar se despierte de un sueño muerto con el corazón acelerado.

Sasha ni se inmuta.

Cada artículo se pone delante de él para que lo examine. Me aseguro de que las etiquetas de los precios estén a la vista, y le pido a Yvonne una y otra vez que anuncie lo más alto que pueda cuál es nuestro total. Volamos más allá de las cinco cifras, más allá de las seis, pero incluso cuando los dos puntos entran en juego, Sasha permanece totalmente imperturbable. Toma asiento en un trono tapizado en medio de la tienda. En un momento dado, Yvonne se le acerca. —Son muchos artículos, Sr. Ozerov. ¿Quizá te gustaría...?

—No había nada ambiguo sobre "lo que ella quiera" —gruñe—. Lo. Que. Ella. Quiera.

Redoblo mis esfuerzos. Maldición, lo único que quiero es ver el más leve indicio de humanidad que sé que hay dentro de él. Este

distanciamiento inexpresivo es la peor cara que podría presentar. Me muero por cambiarlo como sea.

Y sí, preferiría al dulce Sasha, al Sasha que me adora, que se ríe conmigo, que me llama *ptichka* con esa voz de bajo retumbante que suena como un relámpago de calor veraniego. Pero si no me da eso, buscaré el botón que sí sé pulsar.

Joderlo.

Hasta.

El.

Cansancio.

Sin embargo, al cabo de cuatro horas, mi plan está fracasando estrepitosamente. Me he probado otra media docena de vestidos, más de veinte pares de tacones de aguja cada vez más obscenos y una gargantilla de rubíes que hizo que el guardia de seguridad tuviera espasmos y babeara. Sasha lo observa todo desde su sillón de terciopelo, con las piernas abiertas y el humo saliéndole de los labios, imperturbable mientras yo paso de estrella de la Edad de Oro a esposa trofeo de los Balcanes y viceversa.

Hasta que busco el expositor de lencería.

Entonces, por fin, sus dedos se quedan quietos.

—¡Ah! —dice Yvonne cuando ve dónde ha ido a parar mi atención —. Admiro tu gusto. Acaba de llegar nuestra última colección.

Arranco un trozo de malla carmesí del estante. —Esto. Y el arnés de cuero. *Sobre todo* el arnés.

El encendedor de Sasha hace clic. Lo miro y enarco una ceja interrogante. —Si quieres —es todo lo que dice.

Mi ceño se frunce. Es un progreso, pero quiero más.

Así que me encojo de hombros. —Supongo que no lo sabremos hasta que me lo pruebe, ¿verdad?

Luego, sin esperar su reacción, me doy la vuelta y me embarco hacia los vestuarios.

Pero, a diferencia de todas las demás prendas que me he probado hoy, esta me da que pensar. Dentro del probador, me lo pongo por encima de la sudadera. No es gran cosa, siendo honesta.

Bragas de encaje rojo que se enrollan en las caderas, ligueros de cuero negro que se asientan en lo alto de los muslos, todo ello subiendo para conectarse a un complejo laberinto de correas de cuero negro entretejidas, que a su vez desemboca en un collar de cuero con un diminuto candado en la garganta.

Es escandaloso. Llamativo. Hará que Sasha se vuelva loco.

Aun así, dudo. Cuando me puse aquel bikini de zorra para ir al balneario, lo único que tenía en mente era irritarlo para doblegarlo. Era pura y simple motivación. Hoy, durante todo el día, me he estado diciendo a mí misma que vuelvo a tener la misma intención.

Pero ¿es así? ¿Es la rabia lo que me alimenta, como hace unos días?

Sé, sin ni siquiera tener que arriesgarme a echar un vistazo a mi propia cara avergonzada en el espejo, que no es eso. Ya no.

No *solo* eso, al menos. Lo que quiero es que sea sincero conmigo. Que sea auténtico conmigo. ¿Es mucho pedirle eso a un hombre que me salvó la vida y desnudó su alma anoche?

No lo sé.

Supongo que estamos a punto de averiguarlo.

Antes de perder los nervios, me quito el pijama y lo tiro a un lado. Luego, utilizando toda la experiencia que adquirí construyendo estanterías de IKEA, la estructura de la cama y la mesilla de noche de mi apartamento, evalúo los entresijos de la lencería y la coloco en su sitio. Lo hago sin mirarme al espejo para mantener la compostura. Pero cuando la tengo puesta y todas mis partes están bien cubiertas, no me queda más remedio que girar...

Oh, Jesús, María, José. Echa también a los Reyes Magos y a las cabras en el pesebre, ya que estamos.

Porque esto es positivamente indecente.

El arnés me muerde los muslos. El tanga de malla desaparece entre mis nalgas. El candado tintinea en mi garganta mientras inhalo profundamente, estremecida.

Me parezco al sexo. Me siento como un demonio. Ahora, pasemos al acto principal.

¿Qué pensará Sasha?

Asomo la cabeza por la cortina del camerino. Yvonne me descubre de inmediato y empieza a acercarse a toda prisa, pero sacudo la cabeza y señalo a Sasha en su lugar. —Cariño —le digo a con una voz empalagosamente infantil que me eriza la piel—. ¿Me echas una mano, por favor?

Sasha se vuelve para mirarme. Tiene la cara tensa. —¿No puedes...?

—Te necesito —le digo—. Esta es una tarea de futuro marido.

Su ceño se frunce. Pero entonces, se levanta y empieza a cruzar la habitación hacia mí.

Doy un paso atrás y dejo que la cortina se cierre. Los latidos de mi corazón suben cada vez más. Uno cincuenta. Uno setenta. Uno noventa. *Rápido y Furioso*. En cualquier momento se abrirá la cortina, y ni el cielo ni el infierno saben lo que vendrá después.

Oigo sus pasos. Vuelvo a sentirme como en el baño de la gala: atrapada en un espacio minúsculo, respirando con dificultad, preguntándome a qué clase de hombre pertenecen esos pasos. *Un paso, otro paso*. Más cerca. Más cerca.

Se detienen. Veo las puntas de sus pies bajo el dobladillo de la cortina. No de color sangre de buey, como antes, sino negros. Negros como el pecado.

Entonces, se abre la cortina.

Y ahí está.

Se me ocurre, no por primera ni por centésima vez, lo hermoso que es. Es injusto, de verdad. Ningún hombre debería tener el pelo tan espeso y los ojos tan azules. Nadie debería ser tan alto, ancho y fuerte. Hay demasiado de él, demasiada anchura y profundidad. Me siento abrumada. Me cuesta respirar.

Pero son sus ojos los que más me atraen.

Porque me miran como si nunca hubiera visto nada tan divino.

Pero no dice nada. Solo permanece de pie, moviendo la mandíbula de un lado a otro. Su puño se aprieta sobre la franja de cortina que tiene agarrada.

Me peino el pelo con los dedos hasta conseguir algo parecido al desorden post sexo. —¿Y bien? ¿Me degradará esto adecuadamente en las cenas de Bratva?

Me preparo para lo que tiene que venir a continuación. Un comentario grosero, un *aprende tu sitio*, un despido mordaz. O quizá consiga lo que anhelo: esperanza, corazón, humanidad.

Lo que obtengo en cambio es esto:

Nada.

Se vuelve para marcharse.

Sin embargo, antes de que pueda terminar su maniobra, una palabra sale volando de mi boca por sí sola—: Cobarde.

Sasha hace una pausa. La cortina se cierne sobre él, no del todo abierta, no del todo cerrada. No se vuelve del todo, pero tampoco se marcha todavía.

Así que presiono. —Eres un maldito cobarde. ¿Lo sabías? Te crees grande y duro porque tienes dinero y haces daño a la gente. Pero un besito que no querías dar y te conviertes en un gran puto cobarde.

Toda mi maldad contenida se está convirtiendo en combustible sucio, canalizándose en algo totalmente distinto de lo que pensaba hacer hoy. Estoy caliente, hirviendo de pies a cabeza. Descalza y en lencería y casi medio metro más baja que este titán mudo y melancólico, pero a la mierda, iré a la guerra con él si eso es lo que me obliga a hacer.

—¡No puedes salvarme la vida y luego dejarme fuera porque te incomodé un poquito! —grito—. Vi tu cara en ese estacionamiento, Sasha. Te sentí. ¿Y ahora qué? ¿Te avergüenzas? ¿Tienes miedo de que descubra que eres humano bajo todo ese hielo y acero?

Vuelve a mirarme y entra. La cortina se cierra.

—No sabes de lo que hablas —todas las vocales tienen dientes de sierra.

—Y una mierda —escupo—. Me besaste como si lo necesitaras más de lo que nunca has necesitado nada. ¿Y sabes qué? Te devolví el beso exactamente igual. Pero justo después retrocediste de puro puto terror. Y hoy ni siquiera puedes mirarme. ¿Por qué? ¿Porque

preocuparte te hace débil? ¿Porque quererme es un inconveniente para tus grandes planes de construir un imperio?

Avanza a grandes zancadas y me inmoviliza contra el espejo. Nuestras respiraciones empañan el cristal. —Quererte es mucho más que un "inconveniente", Ariel. Me está arruinando, maldición. ¿Lo sabes? ¿Cómo puedes *no darte cuenta*? —su risa, cuando sale, es totalmente desgarradora—. Te deseo tanto que me está pudriendo los huesos. Cada segundo que estoy contigo, quiero enterrarme en ti hasta que ambos olvidemos nuestros nombres. Pero queriendo... —aprieta su frente contra la mía y exhala cansado—. Queriendo es como los hombres como yo hacemos que maten a gente como tú.

La confesión cuelga entre nosotros, tan frágil como el encaje estirado sobre mis costillas. Deslizo las manos por su pecho. Siento los latidos de su corazón chocando con mis palmas.

—Entonces, deja que sea yo quien decida lo que me matará.

—No —sacude la cabeza—. No me arriesgaré.

Trago con fuerza. Sin embargo, el fuego que hay en mí sigue hirviendo a fuego lento. Sabe que aquí hay algo que quemar, alguna maleza espinosa que podemos quitar de en medio para dejar que crezcan cosas nuevas. —¿Por qué viniste a buscarme anoche, Sasha?

—Ya sabes por qué.

—¿Porque mi padre te habría masacrado si yo hubiera muerto?

—¡Porque *yo* habría masacrado al mundo! —se levanta con fuerza. Sus palmas golpean el cristal a ambos lados de mi cabeza—. ¿Es eso lo que quieres oír? ¿Que al ver a ese *mudak* serbio poniéndote las manos encima me dieron ganas de arrancarme la piel a tiras? ¿Que anoche pasé seis horas aparcado frente a tu edificio porque no podía respirar hasta estar seguro de haber visto tu sombra tras las persianas?

Sus pupilas se tragan los últimos restos de azul que quedan en él.

—Me preguntaste por qué dejé de besarte en el coche —suelta con voz ronca—. Es porque lo sabía. Una probada y necesitaría otra.

Luego otra. Hasta que no fueras solo un medio para una alianza: serías el puto aire.

—Entonces, me necesitas, Sasha —mis nudillos rozan los suyos, partidos y con costras. El lugar de las nuevas cicatrices que pronto llevará como precio por mantenerme a salvo—. Necesítame como yo te necesito.

Aspira. Su cara vuelve a estar cerca de la mía, tan grande, tan tocable. Alargo la mano para tocarlo y, al hacerlo, asiento. Solo una vez, pero todo mi corazón se vuelca en el gesto.

Es permiso. Es salvación.

Lo toma.

SASHA

Llamarlo “beso” me parece inadecuado. “Besar” es lo que hacen los niños y niñas en los juegos del patio. No tiene nada en común con un casto pico en los labios, o con una pareja de instituto tanteando en el asiento trasero del coche de sus padres.

Esto se parece más a un asteroide chocando con la puta Tierra.

El encaje rojo que cubre su clavícula se desgarra en mi puño. El sonido atraviesa la pequeña habitación junto con su jadeo. Mis dientes encuentran su labio inferior y lo muerden con tanta fuerza que escuecen. Ella gime, fuerte y descuidadamente, y yo la ahogo con la palma de la mano.

—Silencio —gruño contra su boca resbaladiza de saliva—. O se enterarán de lo golosa que eres.

Las caderas de Ariel se sacuden contra las mías. A través de dos capas de tela, siento lo mojada que está, huelo el almizcle de su necesidad. Mi polla palpita, atrapada contra mi cremallera como una bestia enjaulada.

—Eres tú él que se deja en evidencia —jadea, llena desafío y miembros temblorosos. Me clava las uñas en el pecho—. Ya saben lo que soy.

La giro con fuerza hacia el espejo. Sus palmas chocan con el frío cristal mientras le bajo las correas del arnés por los muslos. —¿Y qué estoy dejando en evidencia? ¿Qué soy yo?

Me mira a través del reflejo. —Un hombre que rompe todo lo que toca.

La acusación me desgarra, cruda y verdadera. Le meto una mano en el pelo, obligándola a echar la cabeza hacia atrás mientras con la otra aprieto el endeble encaje que hay entre sus piernas. —Entonces, ¿por qué sigues dándome el martillo?

Su respuesta llega en forma de grito desgarrado cuando le arranco por completo la última prenda de lencería. Las tiras de cuero se acumulan en sus tobillos como cuerdas de esclavitud. Las hago a un lado de una patada mientras mi palma encuentra su coño desnudo.

—Sasha…

—Mira —agarro con fuerza su pelo, inclinando su cara hacia nuestro reflejo. Mis dedos se deslizan por ella, abriéndola, mientras su dulzura gotea por mis nudillos—. Mira lo que me haces. Lo que te hago.

Su garganta se estremece cuando deslizo dos dedos en su interior. Esa boca perfecta se abre cuando los enrosco. —¿Lo ves? ¿Esto? —bombeo más rápido, mi pulgar rodea su clítoris con sonidos sucios y húmedos—. Así luce el *deseo*.

Ariel se estremece ahora, los muslos tiemblan alrededor de mi muñeca. Veo cómo se deslizan gotas de sudor entre sus omóplatos, más allá del rubor que le sube por el cuello. Me duele la polla, un tamborileo persistente y primitivo. Pero aún no. No hasta que...

—Córrete —ronroneo contra su oído—. Que te oigan todos.

Su espalda se arquea. —No puedo...

Muerdo la unión del cuello y el hombro mientras empujo su mejilla contra el cristal y le arranco otro gemido. —Sí puedes. Lo harás —cada palabra es otro chasquido del látigo que me suplica que use con ella—. Muéstrame lo buena que eres.

Se abre con un grito desgarrado que me trago con la palma de la mano. Las convulsiones alrededor de mis dedos casi me deshacen. La aprieto con más fuerza contra el espejo para amortiguar los

sonidos, observando cómo se le corre el rímel por el cristal. Sus gemidos vibran a través de mi mano.

Cuando se desploma hacia delante, la atrapo contra mi pecho. Jadea y sus tetas perfectas se agitan con cada inspiración. Aparto la cortina con un dedo y hago una pausa.

Las voces flotan hacia mí. Sílabas francesas, agudas como tacones de aguja: Ivonne y otra clienta, tres probadores más abajo. Estamos lo bastante cerca como para oler su Chanel nº 5. Está lo bastante cerca como para oír cada una de las respiraciones entrecortadas de Ariel.

Ariel se pone rígida entre mis brazos. Aprieto mi boca contra su pelo húmedo. —¿Te da miedo? ¿Que te descubran?

—Ni un poco.

Chasqueo la lengua. —¿No te he advertido que no me mientas?

—Lo dices mucho —bromea Ariel—. Creo que eres pura palabrería.

Me río cruelmente, en su cara. —Le dice la sartén al cazo. Has estado dando patadas de ahogado desde que nos conocimos. Pero has estado así... —alargo la mano para acariciarle el coño, disfrutando de cómo gime y se retuerce, pero no lo suficiente como para apartarse de mi contacto—, desde el momento en que me oíste llamarte mía por primera vez. Desde la biblioteca, el spa, desde el puto baño de la gala. Goteando por mí mientras malgastabas la respiración llamándome cabrón.

Su mano se escabulle hacia atrás, palmeando mi polla a través de los pantalones. —Creo que hablas demasiado.

El desafío chasquea algo primario. La hago girar de nuevo, de espaldas al espejo, y la empujo hacia delante hasta que sus tetas se machacan contra el cristal. El chirrido del arrastre hacia abajo de mi cremallera resuena en el diminuto espacio.

—Quédate ahí, coño —suelto la palabra mientras muerdo su nuca, luego la suelto y retrocedo—. No te muevas. No te toques.

Hace lo que le digo. Su reflejo me observa: la chaqueta cae al suelo, la camisa la sigue. Cuando tengo el torso desnudo, me

arrodillo detrás de ella. Mi lengua lame una franja caliente desde la rodilla hasta el muslo. Sabe a sal y a malas decisiones. A todos los pecados que he deseado.

—Estás loco —susurra mientras mis dientes se hunden en la suave carne de su culo.

—Y tú estás más mojada que nunca —vuelvo a deslizar dos dedos en su calor—. ¿En qué te convierte eso, Ariel?

Su gemido resuena en el espejo cuando añado un tercer dedo. El estiramiento le hace agitar los párpados. Observo cómo trabaja su garganta mientras bombeo lenta y cuidadosamente. —Respóndeme. No era una pregunta retórica.

—Me hace... d...d-des...

—¿Qué dices? —chupo su clítoris por detrás durante un momento, luego lo dejo caer de mis labios—. No te oigo.

—*Desesperada* —Sus caderas se sacuden hacia atrás—. Mierda, por favor...

Mi mano libre encuentra su garganta. Sin apretar. Solo... sujetando. Un recordatorio. —¿Desesperada por...?

Sus ojos se encuentran con los míos en el cristal. El desafío lucha con el hambre. El hambre gana. —Ti. Siempre por ti.

Eso me destripa. Me abre en canal. Me muevo antes de decidir: la arrastro por el cuello, la empujo contra la pared, de espaldas a mí. Nuestras bocas chocan, una batalla de dientes, lenguas y gruñidos entrecortados. Sus piernas se enroscan en mis caderas. Me bajo los pantalones lo justo, me escupo en la palma de la mano y me acaricio una vez. Sus ojos encuentran los míos en el espejo, oscuros, encapuchados, *desafiándome*.

Vuelvo a casa de golpe.

El espejo traquetea. Su grito se ahoga en mi boca. Durante una eternidad suspendidos, estamos fundidos: su calor estrangula mi polla, mi mano magulla su muslo. Entonces se mueve.

—*Sasha*.

Mi nombre se convierte en una oración y en una blasfemia mientras ella se agita contra mí. Devoro cada sonido, cada sacudida.

Cuando su cabeza vuelve a caer contra mi hombro, me inclino para pellizcar el pulso frenético de su garganta.

—Eso es —gruño contra su piel—. Toma lo que necesites. Utilízame, maldición.

Sus manos se levantan para cogerme del pelo y arrastran mi boca hacia la suya. El beso sabe a lágrimas.

—No te uso —jadea entre empujones—. Nunca te he usado. Te *deseo*. ¡Maldita sea!

Sus muslos se aprietan como una mordaza. Un orgasmo la desgarra con un sollozo que entierra contra mi palma. Me quedo quieto, temblando, dejando que palpite a mi alrededor. Dejo que sienta cada centímetro que he reclamado.

Gospodi pomiluy, parece una jodida diosa. La huella de mi mano, roja y morada, en su garganta... Sus tetas rebotando con cada embestida... Mi polla partiéndola en dos... El sudor y las lágrimas de alegría y el maquillaje negro y veteado mezclándose en su cara es el cuadro más hermoso que he visto nunca.

—Por favor —gimotea.

Aprieto con fuerza. Su pulso retumba contra mi palma. —¿Por favor, qué?

—M-más duro.

Chasqueo las caderas con violencia. El espejo traquetea. Ella se atraganta con un grito convertido en gemido.

—¿Quieres que lo sepan? —siseo—. ¿Quieres que Yvonne oiga cómo se follan crudamente su preciosa mercancía?

Su coño se agita. *Dios mío*. Le arrastro la cabeza hacia atrás por el pelo, dejando al descubierto su garganta. —Ruega.

—Sasha…

—*Ruega*.

—Por favor, por favor, no pares...

Libero su garganta para meterle dos dedos en la boca. —Chupa. Saborea lo que has hecho.

Gime alrededor de los dedos, con la lengua arremolinada. La follo con más fuerza, profundamente. Cuando se le doblan las rodillas, la

sujeto con un brazo alrededor de la cintura, sin aflojar el ritmo. —Eso es —gruño—. Tómala. *Tómame*.

Siento que se acerca mi propio final, pero no estoy ni mucho menos preparado para acabar con este puto ángel caído. Así que me arranco de Ariel y la tiro sobre la otomana de terciopelo. Sus piernas se abren instintivamente y desciendo de rodillas para darme un festín con su coño. Lamiéndola, metiéndole los dedos, consumiéndola como un moribundo.

Tiene los ojos en blanco mientras sigo devorándole el clítoris y metiéndole los dedos. —No. No te atrevas a apartar la puta mirada. Mírame cuando te corras, Ariel. Durante el resto de tu vida, es mi cara la que verás cuando te corras, coño.

Ella obedece. A duras penas. Pero el agobio le desgarra la cara en media docena de direcciones distintas. Parece casi rota mientras murmura—: Por favor, Sasha, no puedo...

—Sí puedes —mis dedos la abren más—. Y lo harás.

Ignoro la voz preocupada de Yvonne —*¿Va todo bien ahí dentro?* —y chupo con más fuerza.

Todo va de puta madre, Yvonne.

Cuando se corre, con la espalda arqueada como una cuerda de arco, los muslos aplastándome la cabeza, solo puedo reírme. Sin embargo, no le doy mucho tiempo para que se empape de las secuelas. En lugar de eso, me levanto y la pongo a cuatro patas. Me quito el cinturón de los pantalones. Con un movimiento rápido, se lo pongo alrededor del cuello y lo aprieto.

Ariel tiene los ojos desorbitados. No puedo culparla. Follar en un probador público, con un cinturón alrededor de la garganta... estamos jugando con fuego, follando en el filo de la navaja de lo que es peligroso y lo que la hará correrse más fuerte de lo que nunca se ha corrido en toda su maldita vida.

Pero cuando lo pienso, todo me parece apropiado. Esto ha sido una mala idea desde el principio. ¿Qué hay de malo en echar gasolina a una estrella en llamas?

Lo poco que queda de su compostura se disuelve cuando vuelvo a chocar con ella. Una mano sujeta su cintura; la otra, la correa de cuero. Sus codos se deslizan en nuestro revoltijo mientras la follo por detrás.

—Mira —gruño, acercando su cara al espejo. Mi pulgar se clava en la mordedura morada de su culo—. Mira cómo nos destrozo a los dos.

El primer empujón le saca el aire de los pulmones. El segundo le hace sangrar donde los dientes le parten el labio. A la tercera, ya me recibe golpe a golpe, con una cadencia frenética y sucia.

—Mierda… —su mano vuela hacia mi cadera, clavándome las uñas—. No pares... No pares...

Estoy perdiendo. No me queda mucho tiempo. Estoy en todas partes a la vez: con las manos en sus pechos, los dientes en su cuello, la polla enterrada hasta la empuñadura. La otomana se desliza por el suelo con cada embestida. Los tubos de pintalabios y las etiquetas de precios llueven a nuestro alrededor como confeti mientras aprieto el cinturón más, más, más.

—Córrete conmigo —le exijo, encontrando su clítoris con los dedos. Tenso completamente el cinturón—. Ahora.

Ella se rompe primero. Yo la sigo un latido después, golpeando sus réplicas hasta que mi liberación pinta de blanco sus paredes chorreantes. El rugido que le clavo en el hombro deja marcas de dientes.

Nos desplomamos en un montón de miembros y respiraciones entrecortadas. Solo Dios sabe cuánto tiempo permaneceremos allí abajo. Por lo que a mí respecta, estaría bien que no volviéramos a movernos. Aflojo el cinturón y dejo que se deslice a un lado.

Ariel exhala y tiembla contra mi pecho. Acaricio su pelo con manos temblorosas y me preocupa que quizá hayamos ido demasiado lejos. Pero, a medida que el temblor empeora, mi preocupación también, hasta que me doy cuenta de que no son lágrimas lo que la sacude ahora mismo.

Es la risa.

—Estás loco —vuelve a acusar—. Absolutamente loco.

—Nunca he pretendido lo contrario.

Se vuelve en mis brazos. La confianza de su mirada me aterroriza más que cualquier arma serbia. —No es solo sexo, ¿sabes? No para mí.

Mi pulgar recorre sus labios hinchados. —Lo sé. Tampoco lo es para mí. No contigo.

—Venga lo que venga —respira contra mi boca—, lo afrontamos de frente. Lo afrontamos juntos. No... no te escondas más de mí, ¿vale?

Miro a mi alrededor y veo toda la carnicería: nuestra ropa esparcida por todos los rincones, un tanga hecho jirones, los contornos enrojecidos de mi cinturón donde se apretó alrededor de la garganta de Ariel mientras cantaba una cancioncilla tan bonita para mí.

Es un desastre total. Es perfectamente nosotros.

Entonces, miro hacia arriba. A través de la claraboya de arriba, veo que ha empezado a caer una nieve blanca y suave.

~

La dependiente se queda mirando el montón de lencería que Ariel se probó.

—¿Las envuelvo?

—Nos lo llevaremos todo —le digo.

En voz baja, Ariel añade—: Sería muy poco ético devolverlo.

El sol de la tarde me da en la cara al salir. Mi mano se estrecha en torno a la mía, no de forma posesiva, sino presente. Ella me devuelve el apretón en respuesta.

Klaus mete las bolsas en el maletero. —Señor, ha llamado Feliks. Me ha pedido que te informe de que tienes la reunión con Zimoy dentro de veinte...

—Reprográmala.

—Pero los albaneses...

—*Reprográmala*.

Ayudo a Ariel a subir al asiento trasero y luego la sigo. Cuando se cierra la puerta, se vuelve hacia mí. —Sasha...

—Ni una palabra —aprieto la palma de mi mano contra su mejilla y siento su dulce calor filtrándose en mí como miel—. Todavía no. Solo quiero sentarme contigo un rato.

El motor ronronea. En algún lugar, bajo el almizcle del sexo y el cuero, huelo otras cosas.

Humo.

Sangre.

Y el menor atisbo de esperanza.

38

ARIEL

La luz de la mañana hace que las bolsas doradas de la compra en el salón brillen como residuos radiactivos. Aprieto un cubito de hielo envuelto en un paño de cocina contra la cara interna de mi muslo, que está lleno de moratones, cortesía de los dientes de Sasha, y contemplo la montaña de seda y encaje que se desparrama del botín de ayer.

La imagen nada ante mis ojos y se convierte en otra cosa: recuerdos de mi propio rostro disolviéndose en un gemido interminable mientras Sasha me follaba por detrás, su cinturón negro alrededor de mi garganta, su mano aprisionando mi boca...

Espabila, por el amor de Dios. Sigo recordando a cada segundo el sexo impío que tuvimos. Mi cuerpo tampoco ha olvidado el daño. Apenas conseguí ir de la cama al baño para hacer pis a medianoche, porque los dos primeros pasos me tuvieron con las piernas arqueadas como un vaquero.

Arruinada es una palabra demasiado limpia para lo que me hizo Sasha en aquel camerino.

No es que me enfade. Es bastante difícil enfadarse cuando pierdes la cuenta de cuántas veces llegas al orgasmo. Tal vez burbujee en mí una pizca de vergüenza, aunque solo sea porque recordar con qué facilidad le rogué que me destruyera va en contra de mi educación griega ortodoxa.

Pero eso palidece ante lo bien que me sentí al estar con él. Ser para él. Ofrecer mi cuerpo a Sasha y que él lo reclamara, no para usarlo como usaría un objeto, sino para consumirlo como una ofrenda en el altar.

Deseaba tanto ser algo que le hiciera sentirse bien.

A juzgar por el anillo de magulladuras alrededor de mi garganta, estoy bastante segura de que lo conseguí.

Dejo mi taza de té en la cocina a remojo para poder ir a ducharme. Pero apenas llevo dos pasos cojeando desnuda por mi salón en esa dirección cuando las llaves tintinean en la puerta (que, de algún modo, Feliks consiguió arreglar en menos de un día).

Se me hincha el corazón. ¿Está Sasha...?

—Cariño, ¡ya estoy en casa! —llama Gina cuando se abalanza sobre la puerta y entra haciendo piruetas, con sus Doc Martens repiqueteando sobre el correo sin abrir de la semana pasada—. También te he traído cosas ricas. Un bollo de canela de Mazzola's y... Oh, dulce Pepe Grillo.

Se detiene para mirarme. Solo puedo hacer una mueca de dolor, porque sé exactamente lo que está viendo. Estoy en cuclillas, medio en cuclillas, como un duende nudista, con un paño de cocina congelado apretado entre las piernas, mientras más de un millón de dólares en alta costura forman una montaña dorada encima de mi sofá. El pelo enloquecido por el sexo, los numerosos chupetones y la calidad tibia y gelatinosa de mis expresiones faciales se explican por sí mismos.

—No es lo que parece —miento descaradamente, aunque mal.

Gina levanta una ceja. —Este paseo de la vergüenza se parece más a una *cojera* de la vergüenza, mujer. ¿Siquiera *fingiste* un minuto hacerte la dura?

—¡No es eso! Yo... me caí.

—Mhmm. En su polla, quizá —deja los pasteles en la mesita y me mira con el ceño fruncido—. Ariel, parece que acabas de montar un caballo Clydesdale a pelo por Central Park. Si no me cuentas todos los detalles ahora mismo, voy a gritar.

—Caramba, yo...

—Juro que lo haré, que Dios me ayude. Tres, dos, uno...

—¡Vale! ¡Vale! Vale, yo... Mierda —intentar arremeter para impedir que mi mejor amiga cante a pleno pulmón es aún más doloroso de lo previsto. Acabo llegando a menos de la mitad del camino antes de desplomarme sobre el sofá jadeando.

Afortunadamente, Gina se lo toma como la señal de rendición que es y se sienta a mi lado. Incluso tiene la amabilidad de cubrirme con una manta, para que no esté desnuda y humillada al mismo tiempo.

—La gente está esperando, Ariel, y quiere saber. Los detalles son oro.

Me muerdo el labio. —Nosotros... nosotros... bueno, nos acostamos.

Gina pone los ojos en blanco con tanta fuerza como para alterar los campos gravitatorios. Luego, se tapa los oídos y abre la boca para empezar a gritar de nuevo. —¡Ahh…!

—¡Para! —le tiro la muñeca y la arrastro de vuelta a la realidad—. Te lo voy a decir, te lo prometo. Pero no puedes gritar así. Todos mis vecinos ya piensan que estoy metida en alguna mierda muy rara.

Gina me mira con recelo. —A juzgar por los chupetones, diría que no están tan lejos.

Se me enrojece la cara. Pero a partir de aquí no hay más remedio, así que respiro hondo y empiezo a contárselo todo.



—Así que todo este plan nuestro... —Gina se lame un remolino de glaseado de rollo de canela de la punta del dedo—. Todo se ha ido a la mierda, ¿eh?

—Estrepitosamente —doy un mordisco salvaje al cruasán. —Llama al departamento de residuos. Evacuen la ciudad.

—Ari... estoy preocupada —Gina suspira y toma mi mano entre las dos suyas—. Estás jugando a las rayas con tigres, nena. Rayas

muy bonitas. Dientes muy afilados.

—No es para tanto —protesto.

—No, tienes razón —acepta—. Es peor. Dime una cosa: ¿cuándo fue la última vez que enviaste una noticia de verdad?

—¡No es culpa mía que John me siga asignando piezas de mierda!

—Pero es culpa tuya que hayas dejado de pedir artículos difíciles —Gina me cepilla con ternura un mechón de pelo que se me ha escapado del moño—. Solo odio verte perderte por algo que juraste que nunca quisiste en primer lugar. Me alegro de que seas feliz, de verdad. Solo... solo quiero saber que sabes lo que haces.

Sí, claro. No he sabido lo que hago desde el principio. *Huir, pataleando y gritando; morder y arañar si es necesario*, eso ha sido más o menos el alcance de un plan. ¿No es de extrañar que acabara aquí cuando "sacar de la bolsa de trucos de Lora" fue la mejor táctica que se me ocurrió?

—Quizá no, Gina. Quizá esto no tenía remedio desde el principio.

—Sé que Ariel Ward no habla así. Mi chica es una *luchadora*. No una derrotista. Y mira, ni siquiera estoy diciendo que tengas que darle la espalda para siempre. Es solo que el conocimiento es poder, ¿sabes? Y creo que aún no lo conoces de verdad. Como, *conocerlo* conocerlo —frunce los labios—. No tenemos que dejar perder lo que quieres por lo que no. Yo digo que lo pongas a prueba.

Estoy a punto de decir *¿No es eso lo que hemos estado haciendo?*, pero antes de que pueda, me pone un dedo en los labios. —Pongamos a prueba al hombre tras la máscara, Ariel. Quieres saber si hay un alma pegada a esa polla, y no te culpo. Así que llévalo a algún sitio donde muestre sus verdaderos colores. ¿De qué está hecho? ¿Quién es realmente? No dejes que tus gafas de color de rosa te engañen. Quizá te guste lo que ves y acabes cabalgando hacia la puesta de sol con este príncipe entre los hombres. O... —suspira y me dirige una de sus miradas más raras y duras—. O quizá no.

Lo deja así. Charlamos un rato sobre lo que pasa en su vida y en la oficina. Algo más ligero, para limpiar el paladar. Luego me visto, con su ayuda, como si fuera una dama victoriana que necesita ayuda para subirse la cremallera de los pantalones, y tomamos juntas el metro hasta el trabajo.

Tiene una reunión, así que nos separamos con la promesa de quedar para comer. Pero, de camino a mi mesa, algo me llama la atención.

Me detengo ante el tablón de anuncios de la comunidad. Es un tumulto de anuncios y folletos de clases de yoga y gatos perdidos. Mi verdadero objetivo está pegado en la esquina inferior: un panfleto descolorido por el sol del Refugio de Mujeres Safe Harbor.

Voy a cogerlo cuando Lora sale del armario de suministros, detrás de mí, con los brazos llenos de resmas de papel de impresora. Inmediatamente cambio de rumbo y arranco en su lugar un folleto de "investigador privado". ***¡Hacemos el trabajo sucio por ti!*** grita en letra verde brillante.

Dejando a un lado los dobles sentidos y las cuestionables elecciones de redacción, no es exactamente la selección que esperaba, en términos de hacer que Lora siga su alegre camino. Efectivamente, se detiene a mi lado.

—¡Oh, no! ¿Has perdido algo? —pregunta.

—Eh... no. Bueno, más o menos. Yo... —suspirando, vuelvo a pegar el folleto de Sherlock al tablón y señalo lo que realmente me interesaba—. ¿Has oído hablar de este sitio? ¿Safe Harbor?

Estoy preparada para cualquiera de las respuestas clásicas de Lora. *Safe Harbor: ¿es eso como un club náutico?* o *¿No deberían tener refugio todas las mujeres? ¿No está eso en la Constitución?*

Para lo que estoy menos preparada es para ver cómo su rostro se congela de repente. Su eterna sonrisa se apaga. —Sí, lo conozco —murmura. Probablemente es la frase más corta y fría que le he oído nunca.

Me sorprende. Me vuelvo hacia ella, todavía sorprendida por lo mal que le sienta ese ceño fruncido. Es la Lora de los globos de

nieve brillante, la Lora siempre soleada. Es un crimen contra la humanidad que no se ría entre cada inhalación y exhalación.

Se mueve inquieta en su sitio, con la mirada fija en el suelo. —Cuando era... Durante un tiempo, mi madre y yo vivíamos allí. Mientras mi padre... no se portaba muy bien. "Demasiada cerveza" es la versión corta de la historia.

Es curioso cómo una pequeña cosa puede cambiar toda tu visión de una persona. De repente me siento terriblemente culpable por haberla juzgado, por haberme reído de ella. *Eres una zorra*, grita una voz en mi cabeza. No se equivoca.

Puedo ver aquí, en mi mente, toda su vida, dispuesta como un rompecabezas completo. Deseando amor, suplicando amor y recibiendo portazos en la cara una y otra vez.

No me extraña que ahora lo desee tanto.

No me extraña que todos lo hagamos.

—De todos modos —dice con un resoplido—, es un sitio agradable. Allí trabajan muchas mujeres realmente encantadoras. ¿Por qué? ¿Estabas pensando en hacerte voluntaria?

—Algo así, en realidad, sí —las preguntas de Gina de esta mañana vuelven a resonar en mi cabeza. *¿De qué está hecho? ¿Quién es realmente?*

Esta es una forma de averiguarlo.

ARIEL

¿Soy una mala persona?

Esa es la pregunta que me hago una y otra vez mientras espero a Sasha en la acera. He recorrido repetidamente el mismo tramo de tres metros para mantener la circulación en los dedos de manos y pies. Pero el pánico de mi corazón hace un excelente trabajo manteniendo la sangre en movimiento en otras partes.

Hay un millón de razones por las que la respuesta podría ser afirmativa. Podría ser una mala persona porque dejé que un hombre malo me hiciera cosas muy malas en un lugar público. Podría ser una mala persona porque aún albergo la esperanza de que ese hombre malo no sea tan malo después de todo. Podría ser una mala persona porque lo traigo a este lugar, el Refugio para Mujeres Safe Harbor, donde las mujeres con mala suerte acuden para escapar de malas situaciones en un mundo que es demasiado malo para ser amable con ellas en otros lugares.

Pero tengo tantas ganas de ser buena.

Y tengo tantas ganas de creer que Sasha también puede ser bueno.

Sigo mirando hacia arriba y hacia abajo por la calle, esperando a que uno de los numerosos coches de Sasha se detenga y lo escupa. De momento, nada. Pero grito de sorpresa cuando siento que un dedo enguantado me toca el hombro.

Lo primero que pienso es que Dragan ha vuelto a por más. En lugar de eso, me doy la vuelta para ver...

—¡No vuelvas a acercarte así a hurtadillas! —regaño, abofeteando a Sasha.

Se ríe. —Yo también me alegro de verte —entonces, me agarra y me besa, y sin más, ya siento que mi resolución de castillo de arena empieza a desmoronarse.

—Tengo que hacer una llamada rápida —me informa—. Entra; enseguida voy —no se me escapa cómo sus ojos recorren la esquina, el callejón y los tejados cercanos en rápida sucesión. Me pregunto, no por primera vez, qué se siente al ser él. Siempre he huido de lo que se esconde en las sombras. ¿Sasha? Le dispara.

Pero, con un suspiro, me doy la vuelta y hago lo que me dice.

La puerta principal del refugio se atranca cuando la empujo, el timbre tintinea como una risa nerviosa. Es un espacio tranquilo, pero limpio, con una alegre maceta en un rincón y un sillón rosa descolorido frente a un escritorio.

Sin embargo, no hay nadie detrás del escritorio. Me acerco y giro la cabeza para ver si veo a alguien en el despacho. —¿Hola? —llamo —. Hola, ¿hay alguien ahí?

Oigo arrastrar los pies, una tos, y entonces sale una mujer de la oficina. Tiene la complexión robusta de alguien que se ha pasado la vida levantando cajas de donativos y mujeres rotas. Lleva el pelo plateado recogido en un nudo que desafía la gravedad.

—Llegas temprano —me dice, no bruscamente, sino sin rodeos—. La orientación para voluntarios no empieza hasta dentro de treinta minutos —hay algo en su rostro que sigue siendo cauteloso, como si no confiara en mí.

El sentimiento de culpa me revuelve el estómago. Es como si pudiera ver mis pensamientos de cuando me paseaba fuera. Puede que sea una mala persona. Puede que ella lo vea. Quizá debería ser sincera sobre la verdadera razón por la que estoy aquí esta noche, *Hola, estoy utilizando este lugar como prueba de fuego sobre la*

humanidad de mi prometido mafioso. Por favor, califica su actuación en una curva.

Luego, suspira, se limpia las manos en el pantalón y me ofrece una para que la estreche. —Soy Elena Petrova. Encantada de conocerte. Siempre agradeceremos ayuda aquí en Safe Harbor.

—Ariel —le devuelvo la sonrisa mientras le doy la mano—. Yo también estoy encantada de conocerte, Elena.

La puerta principal se abre de golpe cuando aún tenemos las manos entrelazadas. Primero entra el aire frío y luego Sasha. Llena el estrecho hueco de la puerta y mis pensamientos se vuelven locos, como siempre que lo veo. El abrigo negro se traga su cuerpo, los guantes de cuero se flexionan cuando se ajusta el cuello. Es una hoja de afeitar en un mundo de cuchillos de mantequilla.

¿Pero es bueno? grita la voz en mi cabeza. Le digo que se calle.

La mirada de Sasha recorre el descascarillado póster pegado a la pared que reza ***EL EMPODERAMIENTO EMPIEZA AQUÍ*** antes de posarse en mí. Cuando lo hace, esboza una sonrisa torcida. —Espero no llegar demasiado tarde.

—Tú...

—…Exactamente a tiempo, como siempre, Sashenka.

Ariel.exe ha dejado de funcionar.

Porque Elena lo abraza. De verdad lo *abraza*, con sus labios agrietados presionando su mejilla llena de cicatrices. —Qué agradable sorpresa. Vuelve nuestro ángel de la guarda.

Empiezan a parlotear en ruso. Mientras tanto, mi mente sufre un cortocircuito. Ángel de la guarda. *Ángel* de la guarda. Ángel de la *guarda*.

—¿Qué está pasando? —balbuceo.

Los dos se vuelven para mirarme. —¿No se lo has dicho? —Elena arquea una ceja hacia Sasha mientras él se quita el abrigo y lo cuelga en el perchero, tan cómodo y familiarizado con el lugar como con su propia casa.

—¿Decirme *qué*? —mi voz sale estrangulada.

Sasha sonríe mientras se arremanga las esposas. —Ayudo aquí de vez en cuando.

Elena resopla. —No lo minimices. Financió el sistema de seguridad, la fontanería, el programa extraescolar y la remodelación de los dormitorios, y no solo firmando cheques. Una noche vine porque pensé que había un ladrón, pero solo era Sasha, levantando tabiques a las 3 de la mañana —saca ropita rosa de una caja de donativos a su lado y la dobla suavemente—. En realidad, estuvo aquí la semana pasada, pagando el tratamiento dental de una mujer a la que su marido le había arrancado los dientes.

Algo frágil se rompe en mi pecho. —¿Por qué?

La mandíbula de Sasha se tensa. Detrás de él, a través de la ventana emborronada de la oficina, veo cómo la nieve empieza a espolvorear las calles de Brooklyn.

Elena se acerca a mí y me da unas palmaditas en el hombro. —Tengo la sensación de que esta noche vas a aprender lo que yo he aprendido sobre Sasha Ozerov: no te molestes en preguntar "por qué". Acepta al hombre tal y como es. Si no, se pone muy gruñón —sonríe una vez más y se dirige hacia la puerta que conduce al centro —. ¡Por aquí! Necesitamos manos en la sala de donativos. Sasha Claus ha enviado regalos.

Estoy estupefacta mientras la sigo. Dedica diez minutos a explicarme cómo se catalogan los objetos y se depositan en las distintas cajas para su distribución, y luego se marcha con la promesa de venir a vernos más tarde.

Trabajamos en silencio: Sasha ordena juguetes, yo doblo ropa. Cada osito de peluche descolorido parece una granada en sus manos.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunto al cabo de un rato.

—Fuiste tú quien quiso darme una sorpresa. No quería estropearlo.

—Sí, pero yo... yo... ¡Maldita sea, no es justo que sigas dándole la vuelta a la tortilla así todo el tiempo! —tiro al suelo un par de calcetines de niño pequeño con un resoplido frustrado—. Solo por

una vez, por una única y solitaria vez en mi maldita vida, me gustaría sentir que sé lo que hago.

Sasha se ríe amargamente mientras deja de clasificar y se gira para mirarme. —Ariel Ward, si crees por un momento que estoy al mando de lo que ocurre aquí, te equivocas. Estoy tan indefenso como tú.

Se me frunce el ceño. —Esto parece otra trampa.

Abre bien las manos. —Aquí no hay trampas. Ni juegos, ni trucos, ni tonterías. No pretendía que nada de esto sucediera como ha sucedido. Pero... —se inclina y junta mis dedos entre sus palmas—. Ya no me resisto, Ariel. Lo intenté; lo intenté como el puto demonio. Pero fracasé. Así que hago lo único que puedo hacer ahora: ver adónde nos lleva.

Quiero creerle. De verdad, quiero. Pero... no puedo. Ya sea por toda una vida de traumas, por una predisposición genética a la paranoia o por cualquier otra tercera cosa, simplemente no puedo permitirme tomar al pie de la letra las palabras de Sasha Ozerov.

Incluso cuando son palabras bonitas.

Incluso cuando son palabras hermosas.

—Es imposible que no saques algo de esto —murmuro. Se me cae la cara de vergüenza mientras hago un gesto con la mano para abarcar todo el refugio en el que estamos sentados. Sé que parezco ridícula y estoy segura de que también me siento así. Pero tengo que presionar y atizar hasta que la verdad sea totalmente innegable.

—¿Cómo qué? —se burla—. ¿Qué podría ganar yo apoyando un refugio seguro para personas que no tienen a dónde ir?

Me encojo de hombros, con la cara aún apuntando al suelo. —Sé cómo funciona la gente como tú. Buscas fachadas bonitas para poder limpiar tu dinero sucio.

Tengo que reprimir un grito cuando Sasha baja de golpe la caja de donativos. —No vuelvas a acusarme de eso —las motas de polvo se arremolinan en el repentino silencio. Me agarra la cara y me obliga a mirarlo—. ¿Crees que limpio mis libros de contabilidad aquí? ¿Con pegamento de purpurina y calcetines de niño pequeño? ¿O es

que crees que soy tan débil que necesito jugar a la caridad para sentirme humano?

—Creo que no te conozco para nada.

Se queda quieto. Más allá de los delgados paneles de yeso, donde las mujeres y los niños viven en los dormitorios que el dinero de Sasha reconstruyó, burbujea la risa de un niño, dulce, brillante, completamente ajena en este mundo magullado y maltrecho.

—Quieres mi biografía, Ariel, como si eso fuera a explicarme. ¿Desde cuándo los hechos en una página explican a una persona? ¿Eres resumible? ¿Tu puto LinkedIn cuenta tu historia?

Trago saliva. —Soy reportera, Sasha. ¿Es tan descabellado que quiera saber más?

—No es descabellado —me coge la muñeca—. Es solo... incompleto.

—¿Cómo puede ser incompleto cuando no hay nada en absoluto? Sasha, apenas sé nada de ti, aparte de cómo me haces sentir. Dame algo a lo que atar eso. Dame una razón para creer que puedo confiar en esto.

Es lo más cerca que he estado de admitir que las cosas han cambiado, han estado cambiando, entre nosotros. Faltan dos días para que acabe este loco juego, y estoy menos segura que nunca de nada en absoluto.

El rostro de Sasha arde. Así, solo con camisa y pantalones, sentado en una mesa de picnic reutilizada en esta habitación rancia y silenciosa, casi parece humano. Sus ojos, sin embargo, han visto cosas que nadie estaba destinado a ver.

—¿Quieres una historia? Bien, aquí tienes una puta historia. Mi madre le rogó una vez a mi padre que la dejara visitar a sus primos en Minsk. Creció con ellos, como si fueran hermanos, y lo único que quería era volver a verlos —su voz rechina como lana de acero—. ¿Sabes lo que hizo? Ocultó su pasaporte. Quemó sus cartas. Y, cuando intentó marcharse, le rompió la muñeca —su mano se cierra en un puño sobre su regazo—. Después de eso, no volvió a pedírselo.

Durante un breve parpadeo alucinatorio, veo el rostro del niño que Sasha impuso sobre el hombre. Puedo imaginármelo corriendo hacia su madre mientras ella acunaba contra su pecho aquella muñeca herida. Puedo oír cómo moqueaba para secar sus lágrimas y poder atender las de él. Cómo utilizaba su mano buena para estrecharlo y decirle que todo iba a ir bien.

Querías una respuesta, me río de mí misma con repugnancia. *¿Pasa esto la prueba?*

Alargo la mano hacia él. Si tan solo puedo tocarlo, será el comienzo de la disculpa que se merece. En cuanto sienta su calor, podré abandonar este estúpido y tonto juego y permitirme confiar en que el hombre que tengo delante, el hombre que he visto con mis propios ojos, no es un monstruo. No es un santo, pero tampoco es la bestia que yo creía que era. Es... es...

—¡Sr. Sasha! —un borrón de mallas de neón choca con sus piernas justo antes de que mis dedos hagan contacto con la rodilla de Sasha—. ¡Has vuelto!

Salto hacia atrás para hacer sitio a la nueva entrada. La niña que acaba de entrar no puede tener más de cinco años, sus trenzas sujetas con pinzas de mariposa desparejadas. Sasha se pone como un depredador y luego se agacha lentamente, con una sonrisa de oreja a oreja. —Anyusha. ¿Dónde está tu madre?

—Hablando con la abogada —le tiende un dibujo hecho con lápices de colores. Figuras de palitos morados cogidas de la mano bajo un sol desigual. Una tiene unos ojos azules brillantes—. ¡Mira lo que he hecho! Somos tú y yo en el parque.

—Esto no puede estar bien... —coge el papel como si fuera de cristal soplado—. ¡No hay columpios!

Anya se ríe histéricamente mientras él le hace cosquillas en el vientre.

—Ve añadiendo columpios para que pueda empujarte más alto que los árboles, como te prometí —le dice.

—¡Ven conmigo! —le suplica. Sus ojos son enormes y redondos, completamente innegables. Siento que se me derrite el corazón.

Sasha me mira y yo asiento. —Adelante —murmuro—. Estaré bien.

Se levanta y le coge la mano. Bueno, más o menos, sus diminutos dedos apenas caben alrededor de su meñique. Pero deja que se lo lleve a través de la puerta y a la habitación contigua, dejándome sola y preguntándome en qué demonios me he metido.

La puerta se cierra con un clic detrás de Sasha y Anya. Me desplomo en el banco, mirando el body medio doblado que tengo en las manos. La tela está desgastada en las rodillas. Alguna niña lo llevará puesto hasta que se desintegre, y nunca conocerá al monstruo que pagó por su lugar seguro para dormir.

—Es bueno con los pequeños, ¿no?

Me sobresalto. Elena se apoya en el marco de la puerta, cruzada de brazos, mirándome.

—Eso parece —murmuro, doblando el body en un cuadrado apretado.

Tararea y se pone a ordenar una caja de libros de cartón maltratados. —Sabes, la primera vez que vino aquí, hace quince años, pensé que estaba registrando el lugar. ¿Un hombre grande, rico y aterrador husmeando en mi puerta? Estuve a punto de llamar a la policía.

Mis manos quietas. —¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—La mujer que vino con él —Elena saca de la caja un ejemplar de *Goodnight Moon*, hojeando sus páginas manchadas de agua—. Su rostro era... ¿cómo se dice? Un mosaico. Piezas rotas pegadas con miedo. Sasha llevaba su maleta. Cuando le pregunté si necesitaba refugio, me dijo: "No. Necesita un barco".

Los celos me lamen las costillas. Me odio. —¿Su amante?

Elena suelta una carcajada. —Su *conciencia*. Su marido era un hombre poderoso, un hombre malo —deja el libro a un lado y vuelve a mirarme—. Sasha se presentó en su casa en mitad de la noche, puso una pistola en la cabeza del marido y lo obligó a soltarla. Luego, se la llevó. Lo último que supe es que enseña violín en Marsella...

El body resbala de mis dedos entumecidos. —¿Por qué?

—¿Por qué se hace la bondad? —Elena se encoge de hombros—. Quizá vio a su madre en sus ojos. Quizá simplemente le apeteció.

Los celos son ahora una cosa feroz dentro de mí. Aún aborreciendo lo mucho que me está afectando, no puedo evitar susurrar—: ¿La quería?

La sonrisa de Elena es de lástima. —¿Crees que se trata de un romance? Piensa en grande, *solnyshka* —se da un golpecito en la sien—. La cabeza y el corazón hablan idiomas distintos.

Unos pasos resuenan en el pasillo. Elena se endereza cuando reaparece Sasha, con las risitas de Anya a sus espaldas.

—Esa princesita es una tirana en ciernes —refunfuña, pero hay calidez en ello.

Se me hace un nudo en la garganta. Quiero preguntar por la mujer de Marsella, por los viajes a medianoche y las pistolas cargadas apretadas contra la sien de los maridos maltratadores. Quiero saber si le dio un beso de despedida en los muelles, si le temblaron las manos cuando le dio las gracias por lo que hizo.

En lugar de eso, digo—: Eres bueno con ella.

—Los niños son sencillos —se acomoda el pelo—. Quieren seguridad. Columpios. Ositos de peluche y galletas y que sus padres dejen de volver a casa tan enfadados.

—¿Y tú? ¿Qué quieres?

Su mirada atrapa la mía. —¿Todavía tienes que hacerme esa pregunta, Ariel?

Al oír el sonido de una puerta que se cierra, levanto la vista y veo que Elena ya no está. Solo estamos nosotros aquí, Sasha y yo, en este hogar de sueños vencidos pero aún no asesinados.

Mientras tanto, en las entrañas de Safe Harbor, la caldera se enciende con un gemido. En algún lugar cercano, una madre canta una nana en suave español. Sasha Ozerov se sienta entre el caos de juguetes desechados y esperanzas de segunda mano, oliendo a nieve y armas, y por fin comprendo...

El monstruo no es una máscara. Tampoco lo es el hombre. Son la misma persona, dividida por la mitad.

Y yo caigo en la grieta que hay entre ellos.

40

ARIEL

—Tu casa, ¿eh? ¿Debería sentirme halagada o preocupada?

Sasha me mira y me guiña un ojo mientras las puertas del ascensor empiezan a abrirse. —Aterrorizada.

Es como ver el ático con ojos nuevos. La última vez, no podría haberme preocupado menos por los muebles o del hombre que los eligió; me preocupaba sobre todo la ubicación de las salidas.

Ahora, sin embargo, me tomo mi tiempo para mirar a mi alrededor. Las paredes de cristal muestran Manhattan brillando como un collar de diamantes derramado, pero los muebles pertenecen a otro siglo: mesas auxiliares de caoba, un sofá Chesterfield de terciopelo envejecido hasta el color de la sangre seca. Una estantería ocupa toda la pared oeste, atestada de títulos en ruso, inglés y lo que parece griego. ¿Cuántos idiomas habla este hombre?

—¿Mafioso decadente o bibliotecario retirado? —recorro con los dedos una edición encuadernada en piel de *Anna Karenina*—. Es difícil de decir.

Sasha se quita el abrigo y va a servirse una copa del carrito del bar de la esquina. —Pero no me preguntes si los he leído de verdad —se burla—. Algunas de esas historias son largas. ¿Tienes hambre? ¿Tienes sed?

—Hablando de historias... —me giro para mirarlo—. Elena me habló de la primera vez que te conoció. La mujer a la que salvaste, la que está ahora en Marsella.

Se queda quieto, con la botella de vodka congelada a medio camino del vaso de cristal. Por un segundo, juro que veo un destello de miedo en sus ojos de mercurio. Luego desaparece, sustituido por su habitual despreocupación burlona. —Come primero. Hablaremos después.

—¿Temes que pierda el apetito?

—Temo perder el mío.

Entra a grandes zancadas en la cocina. Lo sigo a tiempo para verlo atarse los cordones de cuero de un delantal. Sus manos son hábiles y su rostro se relaja mientras pica y cocina. En pocos minutos, el aire se llena del sonido y el olor del aceite chisporroteando. Empieza a poner platos delante de mí. Blini untados de caviar, sopa de remolacha tan oscura que parecen latidos licuados, dumplings esponjosos que revientan de venado y culpa.

—¿Qué sabias palabras tenía tu madre sobre la comida? —pregunto mientras intento no meterme bolas de masa en la boca como si fuera un compactador de basura con patas—. Porque, si estas son sus recetas, escucharé cualquier cosa que haya dicho.

—Decía: "Cuanto más gorda sea la mujer, mejor será tu vida".

Se me cae la mandíbula de la risa. A Sasha también le brillan los ojos, incluso cuando le tiro una bola de masa a la cabeza. —¡Ella no ha dicho eso!

Coge la comida voladora del aire y se la mete en la boca, totalmente imperturbable. —Puede que esté parafraseando —frotándose las manos en el paño de cocina, añade—: Pero son sus recetas. Tenía un don.

—Sí —concuerdo mientras el humor decae—. Puedes saborear el amor.

Sasha me mira con las palmas de las manos apoyadas en el mostrador.

—¿Qué? —pregunto—. Estás mirando fijamente.

—Observando —corrige.

—¿Ah, sí? —levanto una ceja—. ¿Te gusta lo que ves?

Su sonrisa se tuerce. —Más de lo que nunca sabrás.

—Solo me haces la pelota para que siga elogiando tu cocina —lo acuso, golpeándole la parte posterior de los nudillos con el tenedor.

—Pescar cumplidos sin vergüenza es lo que me hace pasar el día, Ariel —se ríe y se endereza—. Quédate aquí. Ahora vuelvo.

—¿A dónde vas? —le digo mientras desaparece por el pasillo.

Su voz vuelve flotando. —Quiero enseñarte algo.

Me retuerzo los dedos en un silencio nervioso, preguntándome si esta noche he ido demasiado lejos. Si me he adentrado demasiado en un territorio que ha sido marcado muy claramente como ***NO PASAR***. Sasha no ha dicho nada de que intentara sorprenderlo con lo del refugio para mujeres. En parte se debe a que le dio la vuelta a la tortilla sin siquiera intentarlo, pero en parte también parece ser... ¿aceptación? Como si reconociera que hay partes de él que no comparte con nadie, y que esas son las partes que más me interesa ver, y quizá esté empezando a aceptar la idea de suavizar las restricciones y dejarme entrar.

O tal vez no. Tal vez sea solo mi esperanza la que habla.

Vuelve a la cocina un momento después con un grueso volumen en la mano. —Toma —me lo tiende—. Échale un vistazo.

Frunzo el ceño mientras lo abro por la primera página. Es un álbum de fotos. Tapa de cuero en blanco, páginas interiores amarillentas y arrugadas.

Pero la primera foto pegada dentro me corta la respiración. Un niño de unos cinco años va a horcajadas sobre una bicicleta demasiado grande para él, con la rueda delantera destrozada sin remedio. Su labio partido está morado, pero su sonrisa podría hacer volar la costa este.

—Eras *adorable* —le digo efusivamente. El corte de hongo, los pantalones cortos, los ojos claros, la sonrisa irreprimible. Levanto la vista hacia la versión masculina que tengo delante—. Espera, ¿sigues buscando cumplidos? ¿Estoy cayendo en la trampa de tu ego?

Se ríe entre dientes y pone los ojos en blanco. —Sigue molestando y te quito el libro.

—Sobre mi cadáver —le doy la espalda para protegerlo. Sasha sigue riéndose mientras se pega a mí, apoyando la barbilla sobre mi cabeza—. Continúa.

La siguiente foto es aún más antigua que la primera. El bebé Sasha, envuelto como un burrito, con solo sus regordetas mejillas asomando. ***Aleksandr Ozerov-1 de julio de 1986, 4,56 kg***. Hago unas rápidas cuentas mentalmente y vuelvo a quedarme boquiabierta.

—¿Pesabas casi *cinco kilos* cuando naciste? —chillo.

La risa de Sasha hace rebotar su barbilla sobre mi cráneo. —Era grande.

—¡Eras *gordo*! Dios mío, Sasha, habrás matado a... —me paralizo, incluso cuando las insensibles palabras ya están a medio camino de salir de mi boca. Haciendo control de daños, cambio de marcha—. Lo siento mucho. Es una forma tan horrible de... Dios, soy estúpida. Lo siento, Sasha.

Su mano sube hasta rozar mi mejilla por detrás. —No pasa nada, Ariel. Todo va bien.

Pero no es cierto. Porque paso la página y veo a Sasha, de ocho años, con un ojo morado. En la página siguiente tiene una pierna escayolada. Luego, un feo corte fruncido en el antebrazo, una mueca mientras intenta correr detrás de un balón de fútbol. Otra escayola, otro vendaje. Página tras página se revela una historia escrita con moratones y sangre. Veo décadas de dolor de Sasha, conservadas para siempre en ámbar de Polaroid. Nataliya Ozerova aparece como un fantasma en los márgenes: una figura borrosa secándose las lágrimas con un vestido de verano roto, las manos ahuecadas alrededor de una vela en un apagón, presionando una bolsa de hielo en el ojo de su hijo mientras el suyo se hincha y se cierra.

La última foto me roba el aire de los pulmones. Nataliya está ante un pintoresco escaparate con letras doradas desconchadas: *Babushka's Lap*. El local de Zoya. Su sonrisa es la luz del sol a través de los barrotes de la prisión.

—Es... —se me constriñe la garganta—. Es exactamente igual que...

Sasha pasa junto a mí y cierra el álbum. —Creo que ya basta.

—¿Por qué me enseñas esto?

—Porque querías conocerme. Este soy yo.

—Has sido tú —corrijo. Me giro para agarrarle la muñeca. Me deja cogerla sin oponer resistencia—. Pero un libro de fotografías y un padre desalmado no te definen más de lo que un armario lleno de vestidos de princesa y un padre desalmado me definen a mí. Ya no quería ser eso, así que dejé de serlo. Tú... —lo miro, sorprendida de que se me llenen los ojos de lágrimas—. No tienes que ser lo que él quería que fueras.

Sasha me mira. Es imposible decir lo que está pensando, lo que está viendo. ¿Le parezco demente? ¿Delirante? ¿O simplemente estúpida?

Lo que propongo es una reescritura completa y total de toda su vida. Su padre fundió el alma de este niño y la vertió en el molde de un monstruo. Pero a la mierda el molde. Los esbozos son solo sugerencias, ¿no? No soy la princesa que Leander quería. Sasha no tiene por qué ser la bestia que Yakov pretendía que fuera.

Podemos encontrar una forma diferente.

...Si está dispuesto a intentarlo.

El pulgar de Sasha pasa por mi pómulo, donde una lágrima se escapó sin permiso. Sus ojos queman el frágil espacio que nos separa. —¿Crees que es tan sencillo? ¿Dejar de ser lo que él hizo de mí? —el vodka de su aliento es fuego dulce—. Quizá *estás* delirando.

Pero no hay calor allí. Sólo asombro.

—Delirante es mi segundo nombre —mi risa se quiebra—. Mis padres no se decidían entre eso, "Desastre" o "Malas Decisiones" — alargo la mano para tocarle la cicatriz de la garganta, una pregunta que me daba miedo hacerle. Se estremece y luego se queda quieto, dejándome trazar la piel jaspeada.

—Él hizo esto —susurro. No es una pregunta.

—Lo intentó.

Entonces, hace su movimiento.

No hacia la salida. No lejos de la verdad. Hacia mí. La boca de Sasha se estrella contra la mía como una tormenta: caliente, desesperada, inevitable. El álbum de fotos cae al suelo, olvidado, y él me pone en pie.

Caminamos hacia atrás hasta que mi espalda choca con el frío cristal mientras él me aprisiona contra la ventana. Manhattan guiña el ojo, un millar de ojos juzgadores. Me da igual. Le muerdo el labio inferior, me trago su gruñido.

—Mira —dice con voz ronca, arrancándome la cara hacia el abismo resplandeciente—. Mira lo que me haces.

Su reflejo flota en el cristal: ojos negros de deseo, manos posesivas en mis caderas. Pero es mi cara la que me impacta. Pelo salvaje, boca hinchada, *hambrienta*. Nunca me había visto así. Tan... salvaje.

Sus dientes encuentran el lóbulo de mi oreja. —¿Lo ves ahora? ¿Lo que despiertas en mí?

—Me estoy haciendo a la idea —me balanceo contra él, desvergonzada, y siento su dureza como respuesta—. Enséñame más.

El caos se despliega en fragmentos nítidos y brillantes. Sus botones se desparraman. Mi blusa se desgarra en la costura del hombro. Me lame la piel expuesta y murmura—: Ese rubor es mi color favorito en ti —cuando me estremezco. Mientras tanto, la ciudad se extiende bajo nosotros. Estamos en una bola de nieve de acero y pecado, y Sasha la está destrozando.

Mis palmas se aplastan contra la ventana. —¿Quieres respuestas? —su voz raspa con crudeza mientras me baja los pantalones por los muslos—. Te daré una.

El primer empujón me roba el aliento. Se hunde en mí con un gemido que se deshace en ruso. Observo nuestro reflejo borroso mientras él marca un ritmo castigador y el cristal se empaña con nuestros jadeos.

—Eres la única, Ariel —su mano aprieta mi pelo, tirando de mi cabeza hacia atrás para dejar al descubierto mi garganta—. La única que *ve*.

—Sasha…

—No. Mira —unta la condensación con la palma de la mano, despejando un portal al mundo de abajo—. Mira qué alto estamos. Hasta dónde caerías.

La dualidad me destripa. Terror y ternura. La forma en que me golpea como una venganza, pero acuna mis caderas como algo precioso. Me está abriendo en todos los sentidos importantes.

—Eso no me da miedo —miento.

Se queda quieto. Arrastra el pulgar sobre el pintalabios manchado de mi boca. —Entonces, eres una tonta —la siguiente embestida es lenta. Tortuosa—. Deberías huir de esto. De mí.

—Entonces, ¿por qué no me obligas?

Suelta una risita oscura contra mi piel. Un dedo se desliza entre mis piernas. Hace círculos. Presiona. Mis rodillas se doblan, pero él me sostiene con facilidad. —Porque soy un cabrón egoísta y no puedo dejarte marchar, aunque sea lo único que podría salvarte.

Sus dientes se hunden en mi hombro mientras alcanzo el clímax. El mundo se desdibuja, los fuegos artificiales estallan tras mis ojos. Me sigue hasta el borde con un gruñido entrecortado.

Cuando ambos estamos agotados, nos deslizamos por el cristal hasta caer en un charco de miembros enredados y ropa retorcida en el suelo. Los latidos del corazón de Sasha retumban contra mi columna, desacompasados con el pulso de la ciudad.

Cuento las gotas de sudor que se deslizan por la ventanilla. Cinco. Diez. Veinte. Cincuenta. Pasa toda una vida en el subir y bajar de su pecho.

—Me preguntaste por la mujer a la que ayudé. La del refugio.

Me giro para mirarlo. Su mirada permanece fija en el techo.

—Huía de un hombre malo. De dos, en realidad —su pulgar frota círculos ausentes en mi cadera—. Me suplicó que la ayudara a salir. Dijo que prefería morir a ser el peón de otro hombre —un músculo

tensa su mandíbula—. Así que le di un nuevo nombre. Una nueva vida. Lejos de aquí. Pero tuvo que dejar atrás todo y a todos los que conocía.

La nieve empieza a caer junto a la ventana, silenciosos copos que se disuelven en cuanto besan el cristal. Veo los años grabados en el rostro de Sasha: el niño que aprendió las recetas de su madre, el hombre que pensaba que la piedad le hacía débil. Todas las vidas atrapadas en sus puños.

—A veces —susurro—, ¿no es bueno volver a empezar?

—A veces —está de acuerdo—. Pero es un precio muy alto.

Presiono la palma de mi mano sobre su corazón galopante. —Sasha... Empiezo a pensar que yo...

Me toca los labios. —Todavía no. No lo digas todavía.

Ambos sabemos lo que es. La palabra a la que ninguno de los dos puede sobrevivir. Pero, cuando vuelve a besarme, suave como una nevada, saboreo esa palabra en su lengua.

Por ahora, es suficiente.

ARIEL

Me estoy subiendo la cremallera de las botas hasta la rodilla cuando llaman a la puerta. —¡Espera! —grito. Me dirijo como un caballo a la puerta y tiro de ella para abrirla.

Sasha está al otro lado. Es la encarnación del invierno. Los copos de nieve se aferran a las ondas de tinta de su pelo como polvo de diamante. La bufanda negra de cachemira no hace nada por suavizar esa mandíbula afilada, solo amplifica la brutal simetría de su rostro. Su abrigo, de cola y lana, se abre, dejando al descubierto un grueso jersey negro que parece un lugar muy agradable para acurrucar la cara un rato, si me dejara.

—He dicho que te abrigues —me dice con una mirada divertida.

Lo miro con el ceño fruncido. —Llevo botas y un chaquetón, y he traído guantes. ¿Qué hay de malo en eso?

Se encoge de hombros. —Hace frío en París en esta época del año.

Mi mano se congela en el pomo de la puerta. —¿París, como en...?

—¡Sorpresa! —mamá sale de detrás de Sasha con una boina que sin duda acaba de comprar en la bodega de abajo. Sus ojos brillan, suspicaces—. ¡Viaje por carretera!

—Viaje en avión —corrige Sasha—. Belle dijo que quería volver a ver París —se encoge de hombros, pero sus ojos rastrean mi

reacción como un halcón. En voz baja, añade—: Leander se lo quitó. Yo se lo devuelvo.

Cruzo los brazos y le dirijo una mirada agresiva. Estoy fingiendo, porque, si le diera una idea real de lo que este gesto está haciendo en mi interior, nunca saldríamos de mi apartamento. Mamá tendría que quedarse en el pasillo mientras le enseño a Sasha lo mucho que aprecio su consideración. De rodillas.

—Debes pensar que con esto te estás ganando muchos puntos, señor.

Sasha se ríe. —Si quisiera puntos —ronronea, entrando en mi espacio—, lo habría hecho de una forma muy distinta, y desde luego no implicaría a tu madre —me besa la frente—. Además, yo también saco algo de esto. París tiene un champán excelente.

Algo se retuerce detrás de mis costillas. Peligroso. Delicioso. —¿Y si digo que no?

—Entonces, volaré solo hasta allí y me lo beberé todo yo —me pellizca el labio inferior con el pulgar y sonríe—. Pero vamos a llegar tarde si no te das prisa.

Sigo mirando a uno y otro lado, totalmente desconcertada. —Es que... quiero decir... *¡París!*

—Sí, Ariel. París —entra para rodearme la cintura con un brazo y recoger mi lamentablemente inadecuada bolsa de viaje—. Espero que hayas metido la ropa interior térmica.

Por fin puedo dedicarle una sonrisa malévola. —Has cavado tu propia tumba —le digo mientras mamá va saltando por el pasillo delante de nosotros, y el puro regocijo la convierte en alguien cincuenta años más joven—. No llevo ropa interior.

El gemido estrangulado de Sasha es exactamente lo que esperaba.



El avión zumba a nuestro alrededor. Sasha está despatarrado frente a mí en un asiento de cuero color crema, con los tobillos cruzados,

hojeando una revista rusa de arquitectura como si todo esto fuera un día más en su vida imposiblemente encantada, que supongo que lo es. A mi lado, mamá está pegada a la ventana, trazando formas de nubes con el dedo.

No recuerdo la última vez que me sentí tan feliz.

Sasha levanta la vista. —Si tiene frío, Srta. Ward, hay una manta debajo del asiento, justo ahí. También puedo hacer que el ayudante traiga té, por si quieres tomar algo...

Mi madre se ríe vertiginosamente. —La hora del té a cuarenta mil pies de altura suena deliciosa. Gracias.

Asintiendo, Sasha se levanta y va a hablar con la tripulación de cabina. En cuanto está a un paso, mamá me agarra del codo y hace el ruido que lleva emitiendo a intervalos regulares desde que subimos las ruedas. —Esto es tan mágico, Ari. Leander nunca...

No puedo evitar una mueca de dolor. —No los comparemos, mamá. Mejor aún, dejemos a Baba al margen.

—¿Por qué no? —señala con la cabeza a Sasha, que está enfrascada en una rápida discusión con la azafata sobre cómo toma Belle su té. —Él escucha. Leander solo... tomaba.

El avión da bandazos. Mi estómago cae más rápido que mi sentido común.

~

Seis horas después, estamos aterrizando. París se despliega debajo de nosotros en un milhojas de nieve marfil y farolas ámbar. Curvas salvajes, calles elegantes, hielo azucarado colgando de arcos y agujas. Mamá sigue con la nariz pegada a la ventanilla mientras jadea una y otra vez.

La mano de Sasha encuentra la mía, la aprieta una vez y la suelta.

Bajamos del avión directamente a una furgoneta que nos espera, y de la furgoneta al Four Seasons Hotel George V. Nuestra suite ocupa toda la última planta. Belle recorre las habitaciones entre

suaves "*oh*", rozando con las yemas de los dedos el papel de seda de las paredes y los tiradores dorados de las puertas. Cuando desaparece en su dormitorio para deshacer las maletas, arrincono a Sasha junto a la chimenea de mármol.

—¿Cuánto te cuesta esto?

Le da un trago a su coñac. —Menos de lo que te imaginas.

—Y una mierda —le agarro la muñeca—. ¿Por qué haces esto?

El vaso tintinea al dejar la jarra. En algún lugar del pasillo, mamá tararea *La Vie En Rose*. —Porque te mereces ver que es un mundo hermoso, Ariel. Y porque tu madre se merece mejores recuerdos.

Se me hace un nudo en la garganta. —¿Y tú? ¿Qué te mereces?

Su sonrisa podría helar el Sena. —No estamos aquí para hablar de mí.

A través de la ventana, la Torre Eiffel resplandece tras un velo de nieve caída: veinte mil luciérnagas doradas embriagadas de magia navideña.

Sasha se inclina hacia delante para besarme la sien. —Ven. Vamos a explorar.

Cuando mamá está lista, bajamos los tres y serpenteamos por calles espolvoreadas de reluciente nevada. Sasha no me suelta la mano ni un segundo mientras entramos y salimos de las tiendas. Cuando cae la noche, hemos llegado al pie de la Torre Eiffel. Se cierne sobre nosotros como un delicado dedo de hierro que apunta a la luna. Miro una y otra vez entre ella y la figura de mi madre que se aleja en busca de pasteles y café para protegerse del frío. Incluso desde aquí puedo ver cómo sigue vibrando de alegría.

Un músico callejero empieza a tocar el acordeón en una esquina del patio, al pie de la Torre. Sonriendo, Sasha me hace girar en sus brazos y empieza a balancearnos lentamente de un lado a otro. —¿Todavía crees que el romance ha muerto? —murmura contra mi sien.

Vaya pregunta.

Solía pensar que el romanticismo eran rosas marchitas en el cementerio de un centro comercial, clichés marchitos y gestos

vacíos. Pero últimamente pienso de forma diferente. Porque Sasha ha hecho saltar por los aires el ataúd del romanticismo con un suspiro y un simple beso en la mejilla. El romance es una mano vendada en un cuarto de baño. El romance es arrastrar a mi madre a París en medio de una tormenta de nieve porque sus ojos se apagaron cuando mencionó una época en su vida en la que las cosas eran más sencillas. Son manos brutales aprendiendo dulzura, maldiciones rusas que se derraman como poemas de amor entre bocados de dumplings pecaminosamente buenos.

Es aterradora esta granada de sentimientos que florece en mi pecho, una metralla caleidoscópica de "*y si...*". ¿Y si crece una rosa en este jardín que creía muerto? ¿Y si florece? ¿Y si se lo permitimos?

Miro al hombre que me enseñó todo eso. —Yo diría que está dando señales de vida.

Su sonrisa me derrite. —Ahí está ese optimismo que conozco y que me encanta.

Resoplo y apoyo la cabeza en el pecho de Sasha mientras me hace girar hacia fuera y de nuevo hacia dentro, mientras el acordeonista del patio arrulla su instrumento para que suene conmovedoramente en la noche. —Tú tampoco eres precisamente un rayo de sol, amigo.

—Ni mucho menos —asiente—. Y aun así estás aquí conmigo. ¿En qué te convierte eso?

—En una loca, probablemente.

—Desde luego. Pero, ¿qué es la luz sin algo de sombra? —guiña un ojo—. Cada una necesita a la otra.

Me mira mientras una violinista, en la esquina opuesta del patio, empieza a tocar. Al principio, el acordeonista frunce el ceño. Luego, la violinista se deja llevar por su ritmo. Dos voces que no van juntas encuentran una melodía que ninguna de las dos esperaba. Mucho más hermosa de lo que habría sido cualquiera de las dos a solas.

Y, mientras la música sube de volumen, mientras la noche nos rodea de frío pero yo sigo abrigada entre los brazos de Sasha,

mientras la nieve me besa la mejilla y Sasha hace lo mismo, mientras un momento que nunca había previsto se precipita hacia el siguiente, y hacia el siguiente, y hacia el siguiente, me encuentro mirando a unos ojos azules que odiaba no hace mucho y abriendo la boca para decir algo que hace tiempo que es cierto, pero nunca tan cierto, nunca tan real, nunca *tan* verdadero e innegable en lo más profundo de mi pecho:

—Sasha, te a...

Su boca asfixia la mía. Es un beso sin aliento, y casi estoy jadeando cuando se separa. —Sé que sigo diciéndote que aún no —susurra—, pero no es porque yo... No es porque no pueda... Es que... Mierda.

Le rozo los labios con los dedos. —No pasa nada —susurro—. Lo sabremos cuando sea el momento.

Asiente. Hay tantas cosas que parecen atrapadas tras los barrotes de acero de su rostro, y parece que tiene tantas ganas de liberarlas a todas.

Pero todavía no. Ahora no.

Pronto, tal vez.

Me besa de nuevo, como si tuviéramos público. Y resulta que sí: hay turistas japoneses haciendo fotos mientras un artista callejero dibuja nuestra silueta.

—Hay muchos mirones en París —refunfuño.

Sasha se ríe directamente en mi boca. —Déjalos.

Déjalos. Deja que miren y se queden embobados. Deja que toda la ciudad vea cómo un monstruo sujeta a su futura esposa: una mano enredada en su pelo, la otra agarrando su cadera como si fuera la última balsa salvavidas del Titanic. Deja que esa rosa testaruda se abra paso a través del suelo del cementerio.

Mamá vuelve justo cuando termina la canción, con la boca abierta por un bostezo. —Es hora de irse a la cama. No se queden hasta muy tarde, amores —su guiño deja pequeñas arrugas—. Encontraré el camino de vuelta al hotel, no se preocupen —acaricia la mejilla de Sasha, luego la mía, y se va bailando hacia la noche.

La miro mientras se va. —Realmente es feliz aquí —digo, asombrada.

—¿Y tú?

Miro a Sasha y sonrío. —Sí, yo también.

42

ARIEL

Sasha me hace el amor esa noche, lenta, suave y tiernamente. Cuando me corro en sus brazos, siento como si cayera entre las nubes.

Me quedo dormida poco después, aún caliente por su contacto. Nos despertamos a medianoche para hacerlo de nuevo, medio dormidos y tanteando a ciegas en la oscuridad, y de nuevo cuando el alba se cuela por las contraventanas.

Sus cicatrices nunca me han parecido tan hermosas. Prácticamente brillan y no puedo evitar recorrerlas de principio a fin. Dejo su garganta para el final. Mis dedos se detienen en el corte de su mandíbula, y cuando su nuez de Adán se balancea al tragar saliva, sonrío.

Lo que duele es el aterrizaje forzoso de vuelta a la realidad.

No el aterrizaje propiamente dicho en Nueva York, que transcurre sin problemas, probablemente porque Sasha clavaría la cabeza del piloto en una estaca en el jardín de su casa si se le ocurriera empujar el té de mamá en la dirección equivocada. Pero, en cuanto bajamos del avión...

Pandemónium.

El primer destello estalla como una bomba. El segundo, el tercero y el cuarto son como los momentos de una película de guerra en que los héroes se dan cuenta de repente de que están expuestos y bajo el fuego enemigo.

Las voces me siguen, chillando como gaviotas zombis. Todavía estoy aturdida por el sueño y la niebla cerebral transatlántica, así que me detengo a mitad de la escalera del jet y miro aterrorizada hacia atrás, hacia Sasha.

—*Blyat'*. —todo su cuerpo se tensa. Su brazo serpentea alrededor de mi cintura, tirando de mí hacia él. Mientras tanto, desde la horda de la pista, los flashes estallan como minas terrestres. Al menos dos docenas de voraces paparazzi nos rodean, gritando, empujándose, empujando sus iPhones a través de los huecos en la espesura de brazos que se extienden hacia nosotros.

—¡Sr. Ozerov! ¿Quién es la afortunada?

—¿Es cierto que estás relacionado con los tiroteos de Brighton Beach?

—¡Ariel! ¡Mira! ¿Cómo ha podido una reportera don nadie atrapar al Carnicero de Brooklyn?

Los dedos de Sasha se flexionan contra mi cadera. Puedo sentir el terremoto que se produce en su pecho. Mamá, que me coge de la mano, parece tan confusa y aterrorizada como yo.

—Sigan avanzando —gruñe Sasha. Feliks se abre paso entre la multitud para reunirse con nosotros al pie de la escalera, agarrando el brazo de mamá para guiarla a través del caos. Pero la manada nos sigue, rabiosa. Se acercan más y más, agarrando y desplumando, hasta que un tipo fornido con un teleobjetivo me da un golpe en el hombro en su prisa por alcanzar a Sasha.

Es entonces cuando Sasha estalla.

Gira tan rápido que me da un latigazo. En un segundo, es una estatua de mármol; al siguiente, tiene el cuello del fotógrafo en un puño y lo golpea contra un pilar del hangar. La cámara se estrella contra el suelo y los fragmentos de plástico resbalan por las baldosas pulidas.

—Vuelves a tocarla —gruñe Sasha, flexionando su garganta llena de cicatrices con cada palabra—, y te daré de comer tu propia puta cámara.

El fotógrafo gorgotea en el agarre de Sasha. —Lo siento, hombre...

—No conmigo. Discúlpate con *ella*.

Los ojos inyectados en sangre del hombre se clavan en los míos. —Señorita...

—Olvídalo —digo con voz ahogada. Mis manos no dejan de temblar—. Déjalo ir, Sasha. No merece la pena.

Durante un largo y tenso instante, creo que no lo hará. La violencia se desprende de él en oleadas, esa furia enroscada de la Bratva que solo he visto en callejones oscuros y salas de juntas llenas de sangre. Entonces, suelta al hombre de un empujón.

—Si vuelvo a ver tu cara... —no termina. No hace falta.

Feliks nos conduce hacia la salida, ladrando órdenes en ruso al equipo de seguridad que se acerca para rodearnos. Los paparazzi retroceden, acobardados, pero siguen haciendo fotos desde una distancia más segura. Sasha mantiene la palma de la mano apretada entre mis omóplatos, caliente a través de mi abrigo.

Llegamos al bordillo helado donde paran tres todoterrenos negros. Sasha mete a mi madre en el coche del medio. Cuando me dispongo a seguirlo, me detiene.

—Conmigo —ladra, dirigiéndome hacia el primer vehículo.

Me suelto. —Prefiero ir con mi madre.

—Ari…

—Eso fue... —me cuesta encontrar las palabras. No me *asusta*, ya he visto demasiado de su mundo como para tenerle miedo. Pero hay algo en toda la escena que me ha dejado conmocionada, desequilibrada—. Mucho.

Su expresión se suaviza un poco. Se acerca a mí, todo calor y colonia, y me toma la cara entre las manos. Sus dedos se humedecen. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando.

—Este es el mundo en el que vas a entrar, Ariel. No nos disculpamos. No nos echamos atrás. No cuando se trata de proteger lo que es nuestro.

—Lo sé. Lo sé. Es solo que... —hago un gesto de impotencia ante las secuelas del caos que nos rodea, mi cerebro se revuelve para dar sentido a lo que acaba de ocurrir—. No estaba... Quiero decir, no pensaba...

—Para. Respira —escucho y él asiente—. Bien. Ahora, dime qué pasa por esa cabeza tuya.

—Estaban *por todas partes* —las palabras brotan de mí en un torrente—. Como *buitres,* todas esas cámaras... y sabían mi nombre, Sasha. Sabían quién era. ¿Cómo...? —se me quiebra la voz—. No soy nadie. Solo soy una periodista. Pero ahora van a... —me interrumpo al sentirme abrumada por todas las implicaciones. Siento náuseas.

Sus ojos se entrecierran. —¿Van a qué?

—Van a empezar a indagar —apenas sale más que un susurro—. Sobre mí. Sobre... todo.

Su expresión se ensombrece por la comprensión. Sabe lo que quiero decir: sobre Leander, sobre mi pasado, sobre todos los secretos que he pasado años enterrando.

—Que lo intenten —su voz desciende a ese peligroso registro que me produce un cosquilleo en la espina dorsal—. Si alguien se equivoca al susurrar tu nombre, responderá ante mí.

Busco en su rostro y solo encuentro acero en esos ojos azules como el invierno. —Haces que parezca tan sencillo.

—Porque lo es —sus dedos se enredan en mi pelo—. Tu pasado es tuyo para contarlo o guardarlo. Nadie puede quitarte esa elección —aprieta su frente contra la mía y sus siguientes palabras apenas son un susurro—. He enterrado secretos peores que el tuyo, Ariel. Déjame llevar este peso por ti.

Algo se abre en mi pecho al oírlo: la feroz ternura de su voz, la forma en que no solo me ofrece protección, sino también colaboración. Mis dedos se enroscan en su camisa y se aferran a ella. Es lo único sólido que queda en un mundo que se ha vuelto loco.

El trayecto en coche desde el aeropuerto ejecutivo es silencioso. Sasha se lo pasa pegado al teléfono, soltando maldiciones mientras

yo contemplo el borrón de la ciudad que pasa. Todo me parece pegajoso y equivocado, como si París hubiera sido un sueño y esta fuera la soga que me arrastra de vuelta a la realidad.

Al final, el todoterreno se detiene frente a mi apartamento. Sasha no ha dejado de teclear furiosamente en su teléfono, con la mandíbula tan apretada como para romperse las muelas. Cuando no me muevo, levanta la vista, impaciente, agobiado, impregnado de ese olor amargo y ahumado que se adhiere a él después de la violencia.

—Entra —ordena—. Voy a asignar a un hombre para que se quede contigo ahora. Feliks enviará seguridad adicional.

Mis dedos se enroscan en la manilla de la puerta. —¿Ya está? ¿Solo "entra"?

No contesta durante un momento. Su pulgar se desliza por la pantalla. Las órdenes salen volando en algún lugar del ciber-éter: matar a alguien, cazar a alguien, tan violento y heladamente controlado como la primera vez que oí su voz. Finalmente, levanta la vista. —¿Qué? Nos vemos más tarde.

—Sí. Claro. Más tarde.

El viento helado de diciembre me abofetea en la cara cuando tropiezo con el bordillo de la acera. Los neumáticos chirrían incluso antes de que se cierre la puerta. Veo la caravana alejarse a través de una bruma de gases de escape, los enormes vehículos negros reduciéndose a motas del tamaño de una cucaracha en la distancia.

El tipo de seguridad que Sasha asignó, ¿Yuri? ¿Yakov? Me dice su nombre, pero no lo capto, y se pone a mi lado sin decir palabra. De algún modo, su presencia hace que la ausencia de Sasha sea mucho más palpable.

Estoy a medio metro de las puertas del vestíbulo cuando los frenos chirrían detrás de nosotros. Unos pasos pesados golpean el pavimento.

Levanto la vista justo a tiempo para ver un borrón de ojos azules antes de que Sasha vuelva a chocar conmigo. Me rodea las costillas con los brazos y me levanta por encima de mis pies mientras aplasta

su boca contra la mía. El beso sabe a arrepentimiento, y sus dientes me rozan el labio inferior con tanta fuerza que me duele.

—Pajarito —me raspa la mejilla. Su aliento humea en el frío—. Lo siento. No te estaba prestando suficiente atención.

Me arden los ojos, así que desvío la mirada. —No lo necesito —miento—. Puedo seguir órdenes. ¿No es eso lo que hace una buena esposa mafiosa?

Pero Sasha no lo permite. Su mano enguantada me acaricia la barbilla. —Mírame —cuando sigo sin hacerlo, me da una suave sacudida—. Ari. Ojos aquí.

Parpadeo hacia él. Los copos de nieve se enredan en sus pestañas, cristalinas contra los iris azules. La crudeza de su mirada abrasa mis capas invernales.

—Te mantendré a salvo —dice con fiereza—. Eres mía. Seguirás teniendo ese anillo. Seguirás llevando mi nombre. Y cualquiera que piense que puede interponerse entre nosotros... Aprenderá lo que Sasha Ozerov hace con las amenazas.

Tiemblo, no del todo de frío. —¿Es eso lo que soy ahora? ¿Una vulnerabilidad táctica?

—No —nos acompaña hasta la sombría alcoba junto a la bodega, y su equipo de seguridad mira discretamente hacia otro lado para dejarnos espacio—. Tú eres lo que me importa. Lo único que me importa. ¿Ese circo del aeropuerto? Es mi mundo poniéndonos a prueba. Mis enemigos buscando debilidades. Mis aliados juzgando si soy lo bastante fuerte para retenerte —se aparta lo suficiente para mirarme a los ojos—. Pero tú no eres un trofeo en mi repisa. Eres aquello por lo que lucho. ¿Entiendes la diferencia?

—Quiero hacerlo —gimoteo—. He pasado tanto tiempo intentando dejar esto atrás, Sasha. Que vuelva así es aterrador. Quince años huyendo y ahora soy noticia de primera plana por ser tan estúpida como para...

Amarte. Las palabras no dichas cuelgan entre nosotros, gordas y radiactivas.

—Quieres respirar —dice—. Lo entiendo. Pero la respuesta es esta: Confía en mí. Déjame estrangular todo lo que te asfixia. Déjame ser el cuchillo en tu sombra. El lobo en tu puerta —su frente se aprieta contra la mía—. No te pido que ames esta vida, Ariel. Solo que me dejes amarte a través de ella.

Mi corazón da volteretas. Todo este tiempo, he visto su violencia como algo a lo que atemperarse, de lo que esconderse. Pero tal vez haya sido siempre su forma de mostrar devoción: los dientes de lobo enseñados no contra mí, sino *por* mí.

—De acuerdo —susurro—. Lo intentaré.

Me besa de nuevo, esta vez más despacio, lo bastante profundo para que se me enrosquen los dedos de los pies en las botas. Cuando por fin me deja en el suelo, sus ojos están llenos de promesas.

Luego, se quita el abrigo y me lo pone sobre los hombros. La lana me envuelve por completo, impregnada de su aroma a menta y cedro.

—Guárdalo —ordena—. Para que no olvides de quién es el calor que te mantiene a salvo.

Lo veo dar zancadas hacia el todoterreno en ralentí, con los dedos hundidos en las mangas del abrigo que me cuelgan quince centímetros más allá de las puntas de los dedos. Se detiene ante la puerta del coche y me lanza esa sonrisa pícara por encima del hombro.

Guiña un ojo. Solo eso. No una palabra, ni un gesto, sino un guiño que dice todo lo que él afirma que aún no está preparado para decir.

Entonces, la puerta se cierra de golpe. Los neumáticos chirrían. Los coches vuelven a desaparecer.

Y yo me quedo ahí de pie, en medio de la acera, mientras la nieve cae a borbotones a mi alrededor, sonriendo como una idiota, preguntándome cuándo se congeló el infierno lo suficiente como para que me enamorara del diablo.

SASHA

Lo primero que noto al despertarme es el silencio.

Ningún cuerpo cálido acurrucado contra mi pecho. Ni suaves ronquidos resoplando contra mi garganta. Solo aire viciado y la pálida luz invernal que se filtra por las ventanas del ático.

Me doy vuelta, esperando encontrar la hendidura de Ariel aún apretada contra el algodón egipcio. En lugar de eso, mi puño se cierra alrededor de un frío vacío. Ayer mismo me desperté en otro país, con ella enredada a mi alrededor. La punzada de echarla de menos es como un cuchillo en las tripas.

Trazo la línea de alambre de espino alrededor de mi garganta. Las yemas de sus dedos bailaban ayer aquí. Sin retroceder. Sin calcular. *Con amor*. Como si mis cicatrices fueran constelaciones en lugar de la prueba de que estoy irremediablemente jodido.

Locura.

Una prueba más de mi locura llega cuando mis dedos vagan más arriba y me doy cuenta de que estoy sonriendo. *Sonriendo* como un loco enamorado, mientras miro fijamente el techo de mi habitación y pienso en el pajarillo roto que entró revoloteando en mi vida.

Molodets, Sasha. Qué doméstico te has vuelto.

Hace tres meses, le habría partido la cabeza a ese paparazzi y lo habría dejado gorgoteando y muriendo en el asfalto, y nunca habría vuelto a pensar en ello. Ni siquiera me habría enfadado.

Pero cuando vi el miedo en el rostro de Ariel, me desgarró la rabia más blanca y ardiente que jamás había sentido. Y solo su interferencia me impidió desgarrarle miembro a miembro, y luego golpear al resto de sus compañeros con los trozos ensangrentados.

¿Tocar*la*? ¿Tocar lo que es mío?

Ni de coña.

Es una maravilla lo bien que sienta luchar *por* alguien.

Suspiro mientras observo cómo la escarcha forma telarañas en mis ventanas. Hay una frase que baila en los recovecos de mi mente. Lo lleva haciendo desde hace tiempo. Mientras la pienso en ruso, me parece lo bastante segura, aunque solo por un segundo. *Lyublyu tebya*. Es enorme en sí misma, pero soportable.

Pero traducir esas palabras... dejar que se pronuncien en voz alta de forma que ella pueda entenderlas... mierda, no lo sé. Es peligroso. Temerario. Todo lo que Yakov me sacó a golpes.

Sin embargo, me parece menos imprudente si dejo que mis ojos se cierren y Ariel aparezca allí. He empezado a coleccionar sus rarezas como pequeñas reliquias preciosas. Cómo arruga la nariz cuando miente. Cómo resopla cuando se ríe. El tono exacto de rosa de sus mejillas cuando intenta no correrse debajo de mí.

Así es como se abren los corazones.

Me incorporo, con los nudillos blancos en torno al borde del colchón. *Dilo aquí, ssyklo. Dilo ahora. Aquí no hay nadie que te oiga. Puedes decirlo como un puto hombre, si te atreves.*

Abro la boca.

Y...

Y...

...*Casi*.

Me levanto y me meto en la ducha para empezar el día. Pero, mientras me sumerjo en el agua caliente, con esa estúpida sonrisa aún hirviendo en su sitio, dos sílabas cuelgan de la punta de mi lengua.

Casi.

Mi teléfono vibra cuando vuelvo a salir con una toalla enrollada en la cintura. El nombre de Feliks parpadea en la pantalla.

—Jefe —Feliks se aclara la garganta cuando contesto—. Tienes que ver el *Patriot Press* de hoy.

Frunzo el ceño. No es propio de él molestarme con tonterías tan insignificantes. —¿Para qué coño querría yo leer esa mierda?

—Por muy mierda que sea, esta vez han dado en el clavo. Una mierda viral. La gente habla, y solo lleva una hora en los quioscos. Primera plana sobre ti.

Pongo los ojos en blanco. —No es la primera vez que alguien intenta...

—-También hablan de Ariel, Sasha.

Ahí está otra vez. La rabia. Al rojo vivo. Recorriendo de la punta a los pies. —Envíame el enlace. Ahora.

Suena la notificación. Mis nudillos se blanquean alrededor del dispositivo mientras leo el titular.

EL FILETE DEL CARNICERO: LA REPORTERA ARIEL WARD DESENMASCARADA COMO AMANTE CORRUPTA DE LA MAFIA

Debajo del texto: una foto ampliada de Ariel bajando a trompicones las escaleras del avión, con los ojos muy abiertos y desorientados. Al lado hay una imagen granulada de mí golpeando al fotógrafo contra la columna. El pie de foto da crédito a un tipo llamado Marty DiLaurentis.

—Llama a todos mis putos abogados —ladro al teléfono, ya tirando de los pantalones de anoche—. Cierra todas las tiendas que vendan esta basura. Quema todas las copias.

—Hago lo que puedo, hombre, pero ya se me ha ido de las manos. Está... por todas partes, Sasha.

El hielo inunda mis venas. Puedo imaginarme a Ariel ahora: encorvada en su lúgubre dormitorio, viendo cómo su vida implosiona a través de las notificaciones de Twitter. Ese orgullo feroz y frágil que guarda como un puto huevo de Fabergé deshaciéndose en polvo.

—Recógeme abajo —digo bruscamente—. En diez minutos.

~

La ciudad se desdibuja tras los cristales tintados del Bentley. Feliks me entrega la copia impresa del tabloide sin decir palabra. Lo abro con asco.

Página tras página se disecciona la vida de Ariel: su trabajo en el *Gazette*, su distanciamiento de Leander, incluso su maldita tesis universitaria sobre el Watergate. Han convertido cada trozo de su identidad en un sórdido cuento de hadas de la mafia.

Subimos chirriando hasta el edificio de Ariel. Subo las escaleras de dos en dos, ignorando el saludo de Yuri mientras meto la llave en la cerradura de su apartamento.

La visión me congela en la puerta.

Ariel está sentada en el suelo con las piernas cruzadas, rodeada de periódicos destrozados. El pelo le cuelga en cortinas grasientas, la cara hinchada y sin maquillaje. Un cartón medio vacío de helado se derrite cerca de su rodilla. Cuando levanta la vista, los huecos bajo sus ojos casi me destrozan.

—Oh, qué bien —su risa cruje como porcelana vieja—. El Carnicero está aquí.

Paso por encima de los escombros, buscando amenazas. Pero todo parece dolorosamente doméstico. No hay ni un cojín fuera de su sitio. —¿Estás bien?

—¡Oh, ya sabes! He estado mejor —cacarea como si estuviera perdiendo el control de la realidad—. Resulta que leer cinco mil palabras llamándome "concubina de Pseudo-Stalin con el cerebro lavado" puede llegar a afectar.

Me agacho ante ella y le agarro la barbilla. —¿No te dije que te mantendría a salvo?

—Has dicho muchas cosas, Sasha —de cerca, veo los bordes rojos de sus ojos. Lágrimas secas serpentean por sus mejillas y se encharcan en su sonrisa sarcástica y llena de hoyuelos.

La amargura en su voz hiere peor que las heridas de bala. Creí que podría blindarla. En lugar de eso, la he convertido en un

objetivo.

Pero voy a hacer esto bien.

—Y las dije malditamente en serio —me levanto y le tiendo la mano—. Levántate. Tenemos que ir a un sitio.

Ariel frunce el ceño mientras me mira con los ojos entrecerrados. —¿Qué haces?

—Borrar mis errores.



La sede del *Patriot Press* se encuentra en un mísero rincón de Long Island. Parece lo que es: una olla cervecera de mierda. Desgraciadamente para mí y para Ariel, es el sabor exacto de la mierda que a los tontos de la ciudad y del país les encanta tragarse a cucharadas.

Es un edificio dividido en dos partes. La mitad contiene las oficinas de la redacción, mientras que la otra alberga las imprentas.

—El lado de la fábrica, Klaus —ordeno a mi chófer. Se detiene ante la entrada y me mira en busca de más instrucciones.

—Quédate cerca. Y si ves a un hombre llamado Marty DiLaurentis intentando huir... úntalo en la puta reja.

Entonces, salgo. Ariel me sigue.

El chirrido de las puertas anuncia nuestra llegada. Los trabajadores se congelan en medio del movimiento, como cucarachas atrapadas por una luz repentina, todos ellos mirando con recelo para ver qué ocurre.

Un hombre con cara de rata y ojos entrecerrados se acerca a mí con una mueca de desprecio. —¿Quién eres, hombre? No puedes venir aquí y...

Se queda paralizado cuando lo hago a un lado, meto la mano por detrás y cojo una palanca que está apoyada en uno de los palés de la edición de hoy, esperando a ser enviada.

Entonces, se le desencaja la mandíbula cuando me giro y clavo la palanca en las tripas molientes de la prensa rodante más cercana.

Suena un grito metálico desgarrador. Muerde la palanca por la mitad. Se encienden las luces rojas y las sirenas mientras la máquina gime, echa humo y finalmente se detiene. Una a una, el resto de las prensas que nos rodean hacen lo mismo.

Se acabó el ruido estridente de la maquinaria.

Se acabó el ruido sordo de las pilas de esta vil mierda cayendo al suelo, un número tras otro.

En su lugar, hay un silencio atónito y desconcertado.

Me giro para mirar a las docenas de trabajadores que me observan con ojos enormes. —Todos ustedes —anuncio—, tienen que largarse de mi edificio.

El hombre con cara de rata empieza a balbucear. —¿Quién...? ¿Qué...? Vas a tener que pagar por...

Lo agarro por el cuello de la camisa y lo aúpo contra la pared. —He pagado por ello —le gruño en la cara—. Desde hace quince minutos, el suelo que pisas es mío. El aire que respiras es mío. Y si sigues aquí cuando termine de contar hacia atrás desde diez, te arrancaré el corazón palpitante del pecho y también lo llamaré "mío" —vuelvo a ponerlo en pie y me alejo, empolvándome las manos contra los pantalones—. Eso va para todos. Diez. Nueve. Ocho...

Cuando llego a cinco, la planta está vacía.

Ariel y yo somos los últimos que quedamos aquí. Cuando solo queda silencio, me mira. —Sasha, ¿qué...?

—Te dije que te protegería, Ariel. Así lo hago —mi nudillo inclina su barbilla hacia el equipo muerto y quieto—. Esta planta es mía ahora. Todas las mentiras que vendieron sobre ti mueren aquí.

Se le corta la respiración. —¿*Compraste* el periódico?

—Hasta el último barril de tinta.

Cojo un ejemplar aún caliente de la imprenta. Ariel se estremece cuando destrozo la portada con mis propias manos. —La Bratva es dueña de este lugar. El titular de mañana... —esparzo las tiras de papel a sus pies—… hablará de tus obras de caridad. Tus titulares dignos de un Pulitzer. Es nuestro para hacer con él lo que queramos.

Su garganta se estremece. Mira el papel rasgado y luego vuelve a mirarme. Tiene la voz entrecortada, mitad por las lágrimas, mitad por la risa. —Cuidado, Sasha. Casi empiezo a pensar que te gusto.

Le cojo la mano. Todavía está fría y muerta en la mía, pero se va calentando, poco a poco. A través de las puertas abiertas, veo a los trabajadores de la planta huyendo hacia sus coches mientras Feliks acecha y les dice que corran por sus vidas, cacareando como una hiena.

Conduzco a Ariel hasta la prensa principal, con sus mandíbulas metálicas congeladas a mitad del ciclo de impresión. —Esta máquina esparció la porquería de hoy. Así es como devolvemos esos favores.

Ariel mira una pila de papeles cercana. —Sasha...

Arranco la palanca de la primera prensa que he estropeado y la hago caer sobre el panel de control. Saltan chispas y los circuitos chisporrotean. —A ver si ahora te llaman puta.

Se estremece ante el golpe. —¡Basta ya! ¡Te estás volviendo loco!

—¿Loco? —doy una patada a un huso de papel cercano, haciendo que los rollos reboten por el suelo—. Esto es justicia. ¿Querías conocer al hombre con el que te vas a casar? Aquí está —cojo una identificación de empleado del *Patriot* de un escritorio y la chasqueo entre los dedos—. ¡Una bestia que protege lo que es suyo!

La subo a la imprenta inactiva, extendiéndola sobre los rodillos metálicos aún calientes. Su respiración se entrecorta cuando le bajo los vaqueros, deslizando los dedos por su humedad.

—Sasha... —sus uñas se clavan en mis hombros. Todo lo que tocamos parece una colisión, como átomos divididos que desencadenan un invierno nuclear.

No hay nada tierno en nuestro acoplamiento. Son dientes, garras y manos manchadas de tinta. La maquinaria gime bajo nosotros, los viejos engranajes protestan mientras follamos como si se acabara el mundo, y quizá sea así. Quizá esta pasión abrasadora sea lo único que tengamos.

¿Y si es así?

¿Y si es suficiente?

Ella se corre con un grito desgarrado, arquea la espalda contra el frío acero. Yo hago lo mismo un instante después. Mi rugido resuena en el hueco de la fábrica. Después, dejo que mi frente se apoye en la suya, con el olor acre de los disolventes pegado a nuestra piel.

Ariel me pasa los dedos por el pelo. —¿Te das cuenta de que esto nos convierte en el cliché más cutre de la historia, verdad? ¿Tener sexo de odio sobre las cenizas de nuestros enemigos?

Levanto la cabeza, estudiando su delineador de ojos emborronado y su boca amoratada por el beso. —Esto no fue odio, Ariel. Ni de lejos.

ARIEL

La redacción suele calmarme. Es el ASMR para los frikis del periodismo: el ruido del teclado, los gemidos de la impresora, el sabor ácido del café quemado pegado a la parte posterior de mi garganta.

Hoy, sin embargo, todo me hace pensar en sexo.

Sasha clavándose en mí mientras una imprenta se estremece bajo nosotros.

Tinta en mis manos, manchada en su pecho, mientras follamos encima de mentiras.

No importa cuántas veces intente redirigirme para hacer trabajo de verdad, siempre acabo volviendo al mismo espacio mental cachondo. No hace falta decir que no es productivo.

No ayuda que me esté escondiendo. En lugar de en mi cubículo habitual, mantengo el portátil sobre las rodillas mientras me escondo en el fondo de una sala de conferencias poco utilizada. Sé que mis colegas han leído el reportaje del *Patriot Press*, o al menos han oído hablar de él lo suficiente como para imaginar los detalles. Así son los adictos a las noticias, ¿y qué mejor que un cotilleo caliente y escandaloso sobre tus compañeros de trabajo?

Pero, mientras no oiga sus susurros, puedo fingir que no son reales. Y, mientras no sean reales, puedo dejar que la promesa de Sasha me mantenga cuerda.

Siempre protegeré lo que es mío.

Lo dijo. Lo dijo en serio. Puedo confiar en ello.

Estoy metida hasta los codos en la comprobación del artículo de Lora sobre las ratas del metro cuando una sombra se cruza en mi mesa. —Gina, ya te lo he dicho, voy a...

—*Koukla*.

Salto lo bastante fuerte como para hacer volar mi portátil. Mi tío Kosti se cierne sobre mí como un espectro vestido con un traje de tres piezas, apestando a humo de puro y Acqua di Giò. Su barba canosa no puede ocultar la tensión alrededor de su boca.

—Tienes un aspecto horrible, cariño.

Me estremezco y me pongo en pie. —¿Qué haces aquí?

Deja una taza de café sobre la mesa de reuniones. —¿No puede un tío visitar a su sobrina favorita?

—No cuando tienes ese aspecto —frunzo el ceño—. ¿Qué pasa?

Suspira y se rasca incómodo la barba mientras mira a su alrededor, a la sala de conferencias desordenada y sin vida. —Subamos a la azotea a hablar.

El viento invernal me araña las mejillas cuando la puerta se cierra tras nosotros. Kosti camina por el tejado cubierto de grava, con sus zapatos Oxford crujiendo sobre excrementos de paloma y cigarrillos apagados. Luego, se detiene y se vuelve hacia mí.

—Tienes que irte, Ari.

Lanzo una carcajada. —¿Ahora eres mi agente de viajes? ¿A dónde debería ir? He oído que Tailandia es bonita en esta época del año.

—Esto no es una broma, *koukla*. Ojalá lo fuera, pero no lo es.

Frunzo el ceño. No es propio del tío Kosti estar tan serio. Pero las patas de gallo de la comisura de sus ojos están tensas, y la sonrisa triste no le llega a los ojos. Parece como si no hubiera dormido en días. —¿Qué ocurre? —pregunto en voz baja.

Se limita a sacudir la cabeza. —Los detalles no importan.

—¡Claro que sí! —grito—. Dios, estoy harta de que todo el mundo decida las cosas por mí. Mi padre, tú... ¿no puede alguien contarme

esos putos "detalles" y dejarme tomar mis propias decisiones por una vez?

Kosti me agarra por los hombros. Su agarre roza lo doloroso. —Escúchame, Ari. Están ocurriendo cosas. Movimientos en la oscuridad. Leander está haciendo tratos que ni siquiera yo comprendo del todo. Y Sasha...

—¿Y Sasha qué? Pase lo que pase, él puede encargarse.

Su mandíbula se traba. —No se trata de su fuerza; se trata de la tuya. Cuando las cosas exploten, les importa un bledo quién quede atrapado en la explosión. Y los serbios tienen muchas ganas de que las cosas exploten. ¿Lo entiendes? Están cazando, Ariel. Dragan Vukovic está de caza —se inclina más hacia mi y baja la voz hasta un susurro cascajoso—. Y tu hombre es el venado blanco en la temporada de caza.

El miedo me recorre la columna vertebral. Me lo sacudo de encima. —Mientes.

—Yo no te haría eso —saca un sobre manila de su abrigo. Dentro brilla un pasaporte canadiense con mi cara junto al nombre de ***Emily Carter***. Un billete de avión ondea en la brisa: ida a Ciudad Ho Chi Minh, Vietnam—. Lo último que quiero es verte en un ataúd. Después de Jasmine... Bueno, el corazón de un anciano no puede soportar tanto. Yo las quería como si fueran mis propias hijas. Así que permíteme que te proteja como si eso fueras exactamente. Si Leander no quiere... —su rostro se endurece—. Yo haré lo correcto.

El mundo se tambalea sobre su eje. Durante un vertiginoso instante, lo veo: a mí, desapareciendo en algún albergue vietnamita de la selva mientras Sasha arde. Mis dedos rozan la superficie de guijarros del pasaporte.

Hace dos semanas, habría besado a Kosti de pura alegría y habría empezado a hacer las maletas.

¿Ahora? Ahora veo a Sasha clavando una palanca en las fauces de cualquier cosa que intente darme un mordisco.

Lo veo con un delantal, echando salsa con una cuchara sobre los *pelmeni*.

Lo veo resplandeciente bajo las luces parisinas mientras los músicos callejeros tocan canciones como si el mundo entero conspirara para crear un momento perfecto para nosotros y solo para nosotros.

—¿Por qué ahora? —pregunto.

La garganta de Kosti se estremece. —Porque te abracé el día que naciste. Porque no pude salvar a Jasmine. No me hagas enterrar a otra sobrina.

El calentador que tenemos al lado eructa gases de escape pegajosos. —Tío Kosti, Sasha es... diferente —digo—. No es mi padre.

Kosti se ríe con amargura. —No. Él es peor. Al menos, la maldad de tu padre es predecible.

Le vuelvo a meter el sobre en el pecho. —Te equivocas con él.

—Ari…

—No. He hecho mi elección. Te equivocas. No es Leander. Tampoco es Yakov. No es un monstruo, tío. Lo está... intentando. Lo *estamos* intentando. Y lo vamos a conseguir.

Kosti me mira con incredulidad. —Por Dios, Ariel. Estás enamorada de él.

No es una pregunta. Abro la boca para negarlo, por defecto, sarcasmo, desvío, lo que sea, pero la mentira se me cuaja en la lengua. En lugar de eso, pienso en las risitas de la clase de Lamaze sofocadas contra su hombro. En él arreglando el reloj roto de mamá y enseñando a una niña a dibujar columpios.

—Sí —digo, orgullosa—. Así es.

Kosti murmura algo en griego que no oía desde el funeral con el ataúd vacío de Jasmine. Luego añade—: El amor te vuelve estúpida, Ariel. La estupidez lleva a la muerte.

—También el miedo —mi pulgar encuentra la cicatriz que tengo en la palma de la mano desde el baño de la gala del Met—. Pasé quince años escondiéndome. Mira a dónde me llevó eso.

Mi tío se vuelve para encender un cigarrillo. La llama tiembla en sus manos ahuecadas. Cuando vuelve a mirarme, la punta

encendida hace que las bolsas en sus ojos parezcan descarnadas y moradas.

—Las cosas que antes parecían sólidas se están rompiendo. Si la alianza de tu padre con Sasha se tambalea... —exhala humo como un dragón—. Sasha elegirá a sus hombres. Su poder. No a ti.

Me agarro a la barandilla helada. Debajo de nosotros, los taxis pululan como escarabajos furiosos. —No lo conoces.

—¿Apostamos? —su risa es áspera—. Yo estaba allí cuando Leander hizo el trato. Tu hombre no preguntó por tu color favorito, ni si querías tener hijos. Su primera pregunta fue sobre las rutas marítimas.

Aprieto los dientes para alejar ese viejo y familiar canto de sirena de mi cabeza. La paranoia con la que me maldijo mi padre. —Las cosas han cambiado.

—Nada cambia nunca. ¿No lo sabes? ¡Despierta! ¡Antes de que te hagan daño! Esto solo puede acabar de dos maneras, Ariel: pierdes la vida o pierdes el alma.

El viento me revuelve el pelo en la boca. —Las cosas cambian —vuelvo a decir—. Él me ha cambiado. Deja que yo también lo cambie a él.

A Kosti le brillan los ojos. Me abraza y, por un instante, me siento como en los viejos tiempos. —Testaruda como tu madre —murmura en mi pelo—. Pero así será. Cuando todo se vaya al infierno... llámame. Los billetes estarán listos para ti.

ARIEL

Estoy empezando a hartarme de metáforas rebuscadas.

Mientras la puerta de la escalera se cierra tras de mí, me siento bien por lo que le he dicho a Kosti. *Te equivocas con él. No es un monstruo*. Pero el primer escalón de la escalera trae consigo el primer atisbo de duda.

La voz de Kosti resuena entre mis oídos: *Pierdes la vida o pierdes el alma*.

Aprieto los ojos y me aferro a la barandilla para mantener el equilibrio. No. Sasha es un buen hombre. Por el amor de Dios, ¡lo he visto! Los hombres malos no pueden besarte así. Los hombres malos no pueden abrazarte así.

Sin embargo, el siguiente paso hacia abajo conlleva una pregunta.

¿Por qué no pueden?

Después de todo, Sasha empezó esta prueba de diez días con unos objetivos muy claros: Hacer lo necesario para doblegarme. Sin duda, ha conseguido lo que quería, ¿verdad? Ahora soy masilla en sus manos. Lo elijo a él antes que a mi propio tío, por el amor de Dios. ¡Un hombre que me abrazó el día que nací! Estoy escupiendo en la cara de esa relación por alguien a quien conozco desde hace diez días porque, *según mis apuntes,* ¡es bueno en la cama!

Otro paso atrás. Otra duda. Otra insistencia desmoronada en que elegí el camino correcto. Cuando llego al suelo, soy como lo que

queda de una flor tras demasiadas rondas de *me quiere, no me quiere*. Me siento deshilachada desde la raíz.

Con todos los pensamientos negativos ocupando mi cabeza, tardo un segundo en darme cuenta de lo extraño que está aquí abajo. Entonces, caigo en cuenta.

Está en silencio.

Las impresoras están quietas, el toril vacío. Ni siquiera oigo el gorgoteo de los calentadores bombeando. Entonces, alguien se aclara la garganta.

Me giro y veo a John apoyado en la pared del pasillo, con los brazos cruzados sobre el pecho. Tiene la corbata suelta y el pelo revuelto, como si se hubiera pasado las manos por él una y otra vez presa del estrés. La mancha de mostaza de su manga me da ganas de reír y llorar al mismo tiempo. Es el tipo de cosa que verías en un niño descuidado, pero la expresión de su cara pertenece a un verdugo.

—A mi despacho, Ward. Ahora.

Trago saliva y lo sigo.

La puerta se cierra siseando. John da la vuelta a su escritorio y deja algo sobre su superficie. El titular del *Patriot Press* me mira en negrita. Debajo, palabras e imágenes que ya he memorizado.

…EL FILETE DEL CARNICERO…

…Cómo una Princesa de la Mafia Infectó al Cuerpo de Prensa de NYC…

John se desploma en su silla Aeron. Gime bajo su peso. —Esto es lo que pasa, Ariel.

La adrenalina me amarga la lengua. —No sabía que estuvieras haciendo dinero extra en *TMZ*. ¿Quieres mi versión de la historia? Se trata de...

—Extorsión, chantaje, conspiración para distribuir estupefacientes.

Me paro en seco. —¿Qué?

John me lanza los registros de detención. ***OZEROV, SASHA*** está impreso en la parte superior. Imágenes borrosas de vigilancia de

Sasha saliendo de un almacén de Queens con salpicaduras de sangre en la camisa. Su firma garabateada en transferencias bancarias que mueven nueve cifras a cuentas en el extranjero.

—¿Crees que esto es bueno para mí, Ariel? ¿Para mi periódico?

—John, yo...

Levanta una mano para hacerme callar. —Para serte sincero, me importa una mierda lo que tengas que decir. Incluso podría hacerme legalmente culpable de algo, lo cual te aseguro que es lo último que necesito.

—Por favor, John, es que...

—Para. Ariel, para —se levanta y planta los puños sobre su escritorio—. La mierda legal está muy abajo en mi lista de preocupaciones. Me preocupa la *mierda de la mafia*. He trabajado en el mundo del crimen durante veinte años. ¿Lo has olvidado? Sé cómo actúan esos tipos. He estado en escenas del crimen que esos cabrones dejaron atrás. Aún estoy en terapia —sus ojos están embrujados, sus mejillas demacradas—. ¿La hija de un mafioso? ¿La novia de otro mafioso? Eres un objetivo. Y, mientras trabajes aquí, eso significa que nosotros también somos un objetivo. Por el bien de mi periódico y de mi plantilla de empleador, no puedo permitirlo —desliza una carta de despido por el escritorio—. Solo tienes que firmar para reconocerlo.

El bolígrafo que John me ofrece parece un bisturí. ¿El paciente en la camilla?

Mi carrera.

Ariel Ward-Reportera. Trabajé muy duro para conseguir ese título. Aún recuerdo el "trabajo de campo" que hice en mi primer semestre en la facultad de Periodismo, entrevistando al dueño de una charcutería cuya cámara de seguridad había grabado a policías colocando pruebas. La lluvia empapaba mis Blundstones de imitación mientras él fumaba Parliamets sin parar y se reía de mis preguntas. *Eres la milmillonésima niña que cree que va a cambiar el mundo con un bloc de notas.*

—No —había dicho, orgullosa y desafiante hasta la exageración —. Solo quiero contar historias mejores que las que el mundo se inventa sobre nosotros.

Dos años después, John me contrató recién salida de la facultad de Periodismo porque me colé en la fiesta de Navidad del *Gazette* con un vestido hecho de cartas de rechazo. Ese primer titular está grabado en mi cerebro. ***¿Héroe local o pirómano? El extraño caso del gato de la bodega que resolvió un caso sin resolver de hace veinte años.*** Sexta página, pero ¿a quién le importa? Mamá lo enmarcó junto a mis pinturas de preescolar.

En realidad, ella es la razón por la que estoy aquí. Ella me enseñó a amar las historias mientras estábamos sentadas en los agrietados taburetes de vinilo de aquel café griego. Nuestro juego era sagrado: los lunes después de clase, dos limonadas, un baklava para compartir.

Solía pensar que esas historias eran reales. Luego, cuando me hice un poco mayor, me di cuenta de que solo eran para hacerme reír. Ahora, veo que en realidad tenía razón la primera vez.

Eran reales. Porque el hombre del traje podría ser un príncipe oscuro. Puede que realmente haya un final feliz caminando por la acera.

Todos llevamos máscaras. Solapas que ocultan la historia de nuestras vidas. Hasta que no las abres y empiezas a leer, no sabes nada de nadie.

John da un golpecito al papel. —Cuando estés lista. Seguridad te espera para acompañarte a la salida.

Acerco la punta del bolígrafo al papel, pero luego vacilo. Durante un largo momento, me planteo qué escribir. He sido tantas personas diferentes que empiezo a perder la cuenta. Mi pasado está plagado de pieles que he mudado. He sido el peón de Leander, la de hermana de Jasmine, la hija de Belle, la marioneta de Sasha. He sido Ariana Makris y Ariel Ward. ¿Y quién soy ahora?

Mi elección al final me sorprende.

Ariel Ozerova.

Ariel Ward-Reportera muere sin titular. Solo la sangrienta nota a pie de página de otra historia de la mafia. Lo que venga después no lo sabe nadie.

Asiente cuando está hecho. —Tu carné, por favor.

Me tiemblan los dedos cuando arranco el cordón y lo dejo sobre su escritorio. Luego, me levanto para marcharme.

Pero la puerta se abre de golpe antes de que llegue.

El tacón de Gina hace crujir el mármol mientras irrumpe para arrojar su propio carné sobre el escritorio de John. —¡Chupa mi culo feminista, vendido sin carácter!

Lora la sigue. La tímida y dulce Lora, que pide descafeinado y colorea sus cuadros de ansiedad con rotulador lavanda, lanzando su carné tras el de Gina como una granada. —¡Que te jodan! —grita, lo que probablemente sea lo más cruel que haya dicho nunca en voz alta.

Las dos me miran. Gina me guiña un ojo. Lora me hace un doble gesto con el pulgar hacia arriba.

Tengo ganas de llorar.

John suspira. —¿Supongo que las dos renuncian por solidaridad?

—Supones bien, idiota —confirma Gina—. Ahora ve a doblar las esquinas de la edición de la mañana y métetela por el culo —se vuelve hacia mí y sonríe todo lo que puede—. Almuerzos con Martini para todas. Yo invito.

Salimos, con la barbilla alta, aunque la mía se tambalee por las lágrimas que aún no estoy preparada para derramar.

Calle abajo, nos acurrucamos sobre cajas de leche en un callejón. El dueño, un amigo de Gina, nos trae un vodka con mango, chupitos de borde salado y un trío de vasos de plástico.

Dejo el vaso a un lado y bebo directamente de la botella. Siento que ahora todo está patas arriba y al revés. Se supone que debo elegir en quién confiar, pero ¿cómo voy a hacerlo?

Kosti tiene razón. Sasha tiene razón. Mi padre tiene razón. Todo el mundo tiene un poco de razón y un mucho de razón, y lo único

que importa es bajo qué mentira eliges quedarte cuando el cielo finalmente se derrumbe.

SASHA

El vodka de mi vaso capta el resplandor ámbar de las lámparas de la mesa mientras lo agito. Al otro lado de la habitación, Marty DiLaurentis gime contra la cinta adhesiva que lo amordaza. Sus raídos pantalones chinos, ya de por sí vergonzosamente sucios, se han estropeado aún más con las manchas de orina que se extienden por ambos muslos.

Feliks arroja otro montón de documentos sobre la mesa que hay entre nosotros. —La última de sus cuentas. Lo transfirió todo a esa sociedad de maletín de Belice, como dijiste.

Asiento, trazando el borde plastificado del carné de Marty en el *Patriot Press*. —¿Y la esposa?

—Llevó a los niños a casa de su hermana en Poughkeepsie. Le dejó una carta de ruptura que, sinceramente, era un poco desgarradora. Yo diría que tenía la mayor parte del talento para escribir de esa familia, ¿no crees, Marty? —Feliks sonríe mientras le da una palmada en el hombro—. ¿Quieres ver su nuevo perfil de Tinder? Desliza a la derecha para divorciarte.

Marty hace un sonido húmedo y gorgoteante.

Me tomo mi tiempo para terminarme la bebida. *Mierda*, hoy sabe bien. Aunque el aroma del miedo de Marty está maduro en el aire.

Me agacho frente a su silla, encontrándome con sus ojos inyectados en sangre.

—Escribiste mentiras sobre mi mujer —digo en voz baja.

Sacude la cabeza, con los mocos burbujeando en los bordes de la cinta.

Le arranco la mordaza.

—Yo no... te lo juro, no sabía que ella...

—Calla. Lo sabías —aprieto mi vaso vacío contra su tembloroso labio inferior—. Querías clics. Querías humillarla. Pero esto es lo malo de afilar el cuchillo en público, hijo de puta —el cristal cruje contra sus dientes—. Siempre viene alguien a por tu garganta.

Feliks me lanza un encendedor.

Marty grita cuando lo abro de un tirón.

~

Recibimos una llamada mientras incendiamos su apartamento. Feliks contesta, con la cara tensa mientras escucha. Transcurren unos tres segundos antes de que se vuelva hacia mí con alegría en los ojos.

—Sasha... no te lo vas a creer.

Hago una pausa, con un galón de gasolina en la mano. —¿Ya no estás en la lista negra del Spearmint Rhino?

Sonríe. —Mejor. Los serbios se reúnen dentro de dos horas y *ya sabemos dónde*.

Dejo caer la lata de inmediato. —Cuéntamelo todo.

~

La niebla salina del puerto convierte los muelles en un espejo negro. Las grúas se ciernen como esqueletos sobre nosotros, proyectando sombras sobre el objetivo de esta noche: un barco llamado *The Odyssey*. El crucero hundido se inclina en su cuna de dique seco, dejando al descubierto los percebes que recubren su parte inferior. Un ojo de buey parpadea tenuemente; los demás están a oscuras.

Ha visto días mejores. Todo el lugar es igual. Pero el óxido y la podredumbre tienen un epicentro, y es exactamente donde les gusta reunirse a estas ratas serbias.

A mi lado, Feliks ajusta sus gafas de visión nocturna. —Las térmicas muestran veintitrés hostiles. Todos concentrados en el puente principal, justo donde está iluminada esa ventana.

Compruebo a mi izquierda y a mi derecha. La oscuridad del astillero está llena de sombras más oscuras. Mi Bratva, en plena fuerza, erizada con suficientes armas como para vaciar cargadores hasta en la última garganta serbia.

—¿Las salidas? —pregunto.

—Selladas.

—¿Sus barcos?

—Quemados.

Finalmente, me permito una sonrisa. Ya ha sido un día jodidamente bueno. Y está a punto de ser aún mejor. —De acuerdo —digo—. Da la orden de entrar.

Feliks murmura por la radio que lleva enganchada al chaleco táctico.

Entonces, las sombras descienden sobre *The Odyssey*.

Nos movemos en tándem, botas silenciosas sobre la pasarela. Casi cien de mis mejores asesinos, todos sedientos de sangre serbia. Esto acabará rápido.

El primer centinela muere con un cuchillo en la tráquea. El segundo apenas se gira antes de que dos balas silenciadas le reorganicen la cara.

El caos florece lentamente, luego todo a la vez. Cuando llegamos a las puertas del casino, los serbios ya se están peleando. Los dados y las fichas de póquer se dispersan cuando los lugartenientes de Dragan cogen sus armas. Una rubia con un vestido de lentejuelas grita y su copa de champán se hace añicos.

Pongo una ronda entre los ojos de su compañero. —¡Dragan! Sal, sal...

Sale de la sala VIP con la cara hecha un rictus de rabia. Nuestro último encuentro no fue benévolo con él: los moratones siguen ahí. Pero esos ojos de cerdo siguen brillando con la misma crueldad que una vez hizo temblar a Jasmine.

—Ozerov —me escupe a los pies—. ¿Estás aquí para acabar de robarme a mis esposas y mi ciudad?

Sonrío. —Solo la ciudad.

Estalla un tiroteo.

No es una lucha. Es un sacrificio.

Son blandos, estos serbios. ¿Mi Bratva? Somos lobos criados con cristales rotos y vientos invernales. Antes de que pueda dar a Dragan la muerte que merece, un gigante calvo carga contra mí. Lo esquivo y le parto la columna vertebral de un codazo. Dos hermanos gemelos disparan Uzis a ciegas. Los derribo con disparos a la cabeza, tan perfectamente sincronizados que sus cadáveres se desploman al unísono.

Pero Dragan es escurridizo.

Aprovecha mi distracción para darse vuelta y atravesar una puerta de acero y atrancarla. Hacen falta unos cuantos de mis hombres con sopletes para derretirla y abrirla. Cuando la atravesamos, está al final de un largo pasillo. Las balas que disparamos tras él no hacen más que perforar la estructura metálica. Lo único que queda es su voz, flotando hacia mí, mientras ladra órdenes a su teléfono.

—¡...el helicóptero, *budala*! ¡Ahora, ahora!

Puto mudak escurridizo. Cargo tras él, seguido por decenas de mis hombres. Pero llegamos demasiado tarde. El helicóptero ya está despegando cuando irrumpimos en lo alto del puente.

Permanezco bajo la corriente descendente y observo cómo el pájaro negro se eleva y se aleja. La cara de Dragan está pegada a la ventana, mirándome con desprecio.

No me molesto en disparar tras él. Prefiero guardar mis balas para cuando pueda presionar el cañón de mi arma entre sus ojos y descargar.

Pero observo cómo se va. Hasta que el helicóptero desaparece en la niebla tóxica sobre Nueva Jersey, mantengo los ojos fijos en él.

Feliks se une a mí unos minutos después. Ya está anocheciendo, y la puesta de sol sobre la ciudad nunca ha sido tan hermosa. —

¿Queda alguien? —le pregunto.

Se ríe. —Como si yo fuera tan amable.

Asiento con sombría satisfacción. En cierto modo, es una bendición que Dragan haya escapado. La muerte es una misericordia. ¿Y esto? ¿Un rey despojado de su corona, de su país, de su propósito? Es justicia poética. Además, su muerte llegará pronto. Cuando llegue, me aseguraré de despedirlo como corresponde.

Contemplo el horizonte de Manhattan. Llevo mucho tiempo haciéndolo, quince angustiosos años, pero ahora estoy tan cerca de conseguir todo lo que siempre he deseado.

Me propuse llamarla mi ciudad. ¿Quién puede negar que eso es ahora exactamente lo que es? Con los serbios destripados y los puertos de Leander bajo mi control, ¿tan pronto como puse ese anillo en el dedo de Ariel? Se acabó. Fin del juego.

Yo.

Gano.

ARIEL

Una cosa divertida de perder la cabeza es que puedes hacer de ello pequeños juegos entretenidos, si eres lo bastante creativa. Por ejemplo, he estado intentando cronometrar el rebote de mi rodilla con el martilleo de mi corazón desde el momento en que llegué directamente al ático de Sasha y tomé asiento en el vestíbulo. Esa estúpida actividad me ha mantenido apenas en el lado correcto de la cordura.

Pero cada vez estoy más cerca del punto de inflexión. Cada chasquido de los tacones sobre las baldosas me hace levantar la cabeza, una respuesta pavloviana de mierda tras tres horas de falsas alarmas. El guardia de seguridad dejó de mirar con simpatía hacia la segunda hora.

Entonces, por fin llega.

Sasha irrumpe por las puertas como el estallido de una tormenta. Lleva la corbata desabrochada, las mangas remangadas para revelar unos antebrazos acordonados aún moteados de... ¿Es sangre u óxido? No importa. Lo único que importa es la forma en que sus ojos se clavan en mí en cuanto entra en el atrio.

Me pongo en pie antes de decidir moverme.

Me atrapa a mitad de camino y me sujeta las costillas con las manos mientras me abalanzo sobre él. El olor a pólvora y sal marina se adhiere a su cuello. —Ariel —murmura en mi pelo—, ¿qué te pasa?

La presa se rompe.

—Me despidieron —las palabras salen entrecortadas, con mi cara apretada contra su garganta—. John dijo... dijo que ahora soy un lastre. Que soy un problema. Y Gina y Lora renunciaron y yo... mierda, las *arruiné…*

—Shh —atrapa mis lágrimas con un beso en cada mejilla—. Despacio.

Pero no puedo. Todo se derrama en un géiser tóxico: la forma en que la boca de John se tuerce en una mueca de desprecio, las miradas de compasión de los colegas mientras los de seguridad me siguen a la salida, el tembloroso *¡Que te jodan!* de Lora al entregar su carné. —Pasé años construyendo esa vida —me ahogo—. Y ahora ha desaparecido porque yo... porque tú...

Su agarre se estrecha. —Porque eres mía.

—Porque estoy cayendo justo en aquello de lo que huí —trago saliva—. Me dejé absorber de nuevo por este mundo. Dejé que mi *padre*, y tú, me convirtieran en... *algo*. ¡Exactamente lo mismo que le ocurrió a Jasmine! ¿Y para qué? ¿Un anillo? ¿Un ático? ¿Qué pasará cuando decidas que ya no valgo la pena?

—Yo nunca haría eso —gruñe.

—Sé que dices eso, pero ¿cómo voy a *saberlo* yo? —insisto—. ¡Yo no quería esto! ¡Nada de esto! ¿Sabes cuánto he trabajado para alejarme de la gente como tú? ¿Para ser normal? ¿Para tener una vida en la que mi trabajo importara más que mi apellido? Pero ni siquiera puedo tener eso. No importa lo lejos que huya: el pasado siempre me alcanza. Siempre.

Sasha guarda silencio durante un minuto. Luego, me dirige hacia los ascensores, con la palma de la mano entre mis omóplatos. —Ven.

—No quiero subir. Quiero...

—¿Quieres respuestas? Las tendrás. Pero no aquí —se abre el ascensor. Me apiña en un rincón y pulsa el botón del ático—. Hacemos este tipo de cosas donde las paredes no tienen oídos.

El ascenso parece interminable. La mirada de Sasha nunca se aparta de la mía. Cuando llegamos al último piso, me conduce hasta el sofá y me sienta, luego se arrodilla frente a mí y me coge las manos entre las suyas.

—Me dijiste que tu madre te contaba cuentos.

Quiero arrancarme el pelo. —¿Qué tiene eso que ver con lo que acabo de decir?

—Escúchame —dice—. Me lo dijiste, ¿verdad?

—Sí, muy bien. Sí, eso hacía. De nuevo, no veo cómo...

Levanta una mano. —Por eso te hiciste periodista, ¿verdad? Querías contar historias.

—Yo... Sí.

Me mira con calma, con frialdad. —¿Crees que necesitas ese trabajo para contar historias?

Frunzo el ceño. —Yo... Eh... Quiero decir, en cierto modo depende de...

Pero Sasha niega con la cabeza. —Error. Lo único que necesitas para contar historias es una historia que contar, pajarito. Así que tu editor puede joderse. Que se joda el *Gazette*. Cuenta la historia que quieras. No te despidió, Ariel: te liberó.

Me quedo en un silencio atónito. ¿Tiene razón?

Durante quince años, toda mi identidad se ha construido en torno a manos manchadas de tinta y carnés de prensa, una protección desesperada contra la sangre Makris que corre por mis venas. Pero Sasha tiene razón. Las historias no necesitan permisos. Mamá las hilaba solo con la cara de un desconocido.

La verdad no necesita un titular. Solo necesita un narrador.

—Pero, en caso de que aún te sientas un poco escasa de herramientas —dice Sasha—, esto podría ayudarte.

Se mete la mano en el bolsillo, saca una simple llave de latón y me la entrega.

La sostengo a la luz. Es sencilla, sin ningún adorno que pueda indicar para qué demonios sirve. —¿Debo adivinarlo o...?

Se ríe. —El *Patriot Press* es tuyo.

Parpadeo. Y parpadeo. Y vuelvo a parpadear.

Entonces—: ¿Eh?

Sasha se levanta y sonríe de oreja a oreja, como si participara en una broma que aún no me hace mucha gracia. —Eres reportera. Así que ve a informar. Expón lo que quieras. Publica lo que quieras. El *Patriot Press* es tuyo, Ariel. Quémalo si quieres, o conviértelo en algo que no te haga odiarte por las mañanas.

Me siento mareada. —Me estás... dando un periódico.

Él asiente. —Así es.

—El que nos *calumnió.*

—Sí —su boca se tuerce—. Es poético, ¿no?

Me río, con un sonido histérico. —¡No puedes comprar mi integridad!

—La integridad no es un lugar, Ariel. No es un titular, ni una tarjeta de visita —se acerca más, hasta que nuestras respiraciones se enredan—. ¿Crees que no lo veo? ¿El fuego que hay en ti? ¿La necesidad de desgarrar el mundo y hacer que rinda cuentas? —su palma se desliza hacia abajo para presionar mi corazón acelerado—. Eso no es el *Gazette*. Eres tú. Y llevaría una palanca a todas las imprentas de esta ciudad antes de dejar que extingan esa llama.

Estoy sentada, pero aún me siento tan inestable que me preocupa caerme. Sasha se arrodilla frente a mí y me toca las caderas. —Tengo miedo —le digo.

—Bien. Eso significa que vas por buen camino.

—¿Y si fracaso?

—No lo harás.

—¿Y si yo...?

Me hace callar con un beso. No del tipo hambriento y devorador del vestuario o la biblioteca. Este es lento. Deliberado. Un voto de confianza grabado con calor y dientes.

Cuando se retira, su frente se apoya en la mía. —Te enfurecerás. Lucharás. Arrastrarás la verdad pataleando y gritando hacia la luz. ¿Y cuando el mundo empuje? —su mano se desliza por mi pelo, inclinando mi mirada hacia arriba—. Empujaremos más fuerte.

El último hilo de resistencia se rompe. Empuño su camisa, tiro de él hacia abajo mientras me arqueo hacia arriba. El beso se vuelve sucio, y estoy dispuesta a seguirlo hasta su inevitable conclusión.

Pero, antes de que pueda hacerlo, se levanta. —Vamos. Vamos a ver tu nuevo reino.

—¿Ahora? ¡Es medianoche!

Su sonrisa es toda de lobo. —¿Crees que la verdad tiene horario de oficina?



Sasha abre de una patada la puerta que pone ***EDITORIAL***, revelando una ciudad fantasma de escritorios abandonados. Mis dedos recorren la silla vacía de Marty DiLaurentis mientras Sasha extiende los brazos.

—Es todo tuyo —anuncia.

Giro en un lento círculo: las pizarras agrietadas, los ordenadores polvorientos, fila tras fila de archivadores. Todo lo que toca la luz es mío.

—Primera orden del día —digo, con la voz más firme de lo que siento—. Cambiaremos el nombre.

Sasha se apoya en el marco de la puerta, con los brazos cruzados. —¿A?

Pienso un momento, pero, cuando me llega la respuesta, es como si siempre hubiera estado destinado a suceder así. Me encuentro con su mirada. —The Phoenix.

Algo cálido parpadea en sus ojos. —Pequeños pájaros surgiendo de las cenizas que los hicieron. Adecuado.

Se inclina para besarme, pero, cuando empieza a apartarse, le agarro la cara. —Sasha... gracias. Por creer en mí.

Siento su sonrisa en el beso. —Has hecho que sea imposible hacer otra cosa —me da unas palmaditas en el trasero y se da la vuelta para irse—. Dejaré que te instales. Pero no estaré lejos. Llámame si me necesitas.

Le lanzo un beso mientras se va.

Fuera, el mundo está tranquilo y quieto. Pero aquí, en este pequeño reino roto de mentiras... Algo nuevo se acelera.

Me crujo los nudillos, enciendo el viejo ordenador de Marty y empiezo a teclear.

48

ARIEL

Las oficinas de *The Phoenix* siguen pareciendo el extremo equivocado de una rata de metro, pero al menos ahora hay un ficus en maceta en la esquina.

En el negocio de la prensa, a eso lo llamamos "progreso".

Estoy metida hasta las cejas en el cableado de una impresora anterior a los dinosaurios cuando la voz de Gina se cuela entre el zumbido de los fluorescentes. —Mierda, Ward. Has convertido un incendio de basura en... un incendio de basura algo menos humeante.

Me doy vuelta, con la mejilla manchada de grasa. Gina y Lora están en la puerta con cajas de cartón rotuladas como ***MIERDA DEL GAZETTE*** con Sharpie. Lora ya tiene arremangadas las mangas de su sensato abrigo.

—Primer día de trabajo y ya llegas tarde —digo sonriendo.

Gina deja caer su caja sobre un escritorio vacío con un ruido sordo. —El tráfico estaba de mierda. Además, me pasé a dar la vuelta al edificio del *Gazette* —mira el cableado expuesto que cuelga del techo—. ¿Estamos seguras de que este sitio no nos va a contagiar el tétanos?

—El tétanos forja el carácter —me limpio las manos en los vaqueros—. Bienvenidas al *Phoenix*. Tenemos Wi-Fi, fontanería dudosa y... —hago un gesto hacia la pared del fondo, donde he pegado mi primera maqueta de portada: una abrasadora denuncia

de los sobornos del ayuntamiento que John nunca me dejaría publicar—. Furia periodística desenfrenada.

Lora mira el titular. —Has escrito mal "malversación".

Me sonrojo. —Aún no he contratado a un corrector. Trabajaremos en ello.

Con esto, nos sumergimos. Me encantaría fingir que se trata de un montaje divertido y lleno de risas al ritmo de alguna canción pop, pero la realidad es que es un trabajo largo y duro en el que apenas se aprecian progresos por mucho que nos esforcemos. La verdad es que los empleados del *Patriot Press* han convertido su espacio de trabajo en un reflejo de su revista: un montón de basura.

Se llena el contenedor de atrás. Se limpia el moho. Gina echa pestes de las cucarachas y las golpea con dosis letales de lo que ella llama su aerosol *antibichos* casero. Es sorprendentemente eficaz.

Cuando el sol de la tarde se cuela por las ventanas, todas estamos agotadas. Pero la moral es sorprendentemente alta. Resulta que el trabajo duro es gratificante cuando lo haces por vocación.

Mientras tomamos un descanso, Sasha entra a grandes zancadas como si fuera el dueño del lugar, lo cual supongo que técnicamente es así. Feliks lo sigue balanceando tres cafés y una caja de donuts, y detrás de él vienen dos docenas de hombres Bratva que parecen fuera de lugar en un mar de cubículos.

—Maravilloso —murmura Gina—. Ya está aquí la brigada de estreñidos emocionales.

Feliks deja los donuts sobre el escritorio de Lora. —Cortesía de la dirección —su sonrisa se ensancha cuando Gina coge un buñuelo—. Cuidado. Se te irán directamente a las caderas.

Gina da un mordisco enorme y agresivo. —Bien —escupe, con las migas volando de su boca—. Más de mí para odiar.

Sasha rodea la habitación, inspeccionando mis desordenadas renovaciones. —Has conservado la mancha de sangre —señala con la cabeza una mancha oscura cerca del armario de suministros.

—Encantador, ¿verdad? —respondo con una sonrisa mansa—. Le da al lugar... carácter.

Lora se aparta de la mancha. —¿De quién creemos que es esa sangre?

—Ex columnista de cotilleos —dice Feliks alegremente—. Resulta que escribir sobre los pezones de los famosos no te prepara para...

—*Feliks* —advierte Sasha.

—¡Cortes de papel inducidos por el estrés! Muy trágico. Pero seguro que se recuperó totalmente.

Gina resopla con el café. Veo cómo los ojos de Feliks se detienen en sus líneas de expresión.

Sasha se detiene a mi lado, bajando la voz. —¿Estás bien, *ptichka*?

Su pulgar roza la grasa de impresora de mi mandíbula. Ignoro la chispa que me recorre la espalda y me giro para acariciar la impresora geriátrica que tengo a mi lado. —Muy bien. Solo estoy enseñando a esta reliquia de los noventa a respetar a su nueva reina.

—Por su bien, espero que aprenda rápido —la comisura de sus labios se crispa—. ¿Necesitas algo?

—Una máquina del tiempo. Y quizá un lanzallamas.

—Veré lo que puedo hacer —se inclina para darme un beso en la coronilla—. No te olvides de la cena con tu padre esta noche.

Se me retuercen las tripas. Así es. Estoy impaciente por partir el pan con el mismísimo diablo. En teoría, es la cita #9 y, dado lo bien que van las cosas entre Sasha y yo, debería ser motivo de celebración.

Pero precisamente por eso no quiero ir: porque las cosas *van* muy bien. ¿Por qué estropearlo con Leander, que nunca ha visto nada bueno que no quisiera estropear?

—Lo sé —le digo a Sasha, cogiéndole la mano para darle apoyo moral—. Pero aún nos queda una hora o así de luz. Voy a exprimir a estas abejas obreras hasta el último gramo de esfuerzo que pueda conseguir.

Sasha se ríe y me acaricia la mejilla. —Te he enseñado bien. He traído más músculos para que los tortures y todos saben que tienen

que hacer lo que les pidas. Así que a por ellos. Volveré más tarde para ver cómo estás.

Me subo a un escritorio para hablar por encima de las masas reunidas. Silbo con dos dedos en la boca para llamar su atención, lo que funciona con Lora y todos los soldados Bratva que Sasha trajo para que cumplieran mis órdenes.

Gina y Feliks, sin embargo, no se dan cuenta. Están inmersos en una discusión sobre lo que parece la tontería más loca jamás utilizada como argumento.

—...Escucha, muñeco Ken ruso —suelta—, te he dicho que, si tocas mis notas, acabaré contigo.

—Grandes amenazas de una mujer pequeña —responde Feliks.

Gina le da la espalda, balanceando sus trenzas de boxeadora. —Sigue riéndote, Puntas Escarchadas. Conozco doce maneras de matar a un hombre con un bolígrafo.

—No me amenaces con pasar un buen rato —la sonrisa de Feliks no hace más que estirarse mientras se aparta de la pared.

Me froto las sienes y me pregunto ociosamente si habrá un frasco de Xanax escondido en algún lugar del armario de suministros. Llevo menos de un día en mi nuevo papel de magnate de los medios de comunicación y ya estoy soñando despierta con activar el sistema de aspersión. —Cállense todos y reúnanse. Ya. Sobre todo ustedes, tontos.

Para mi sorpresa, todos obedecen. Incluso los dos corpulentos informáticos de la Bratva que me regaló Sasha, Stefan y Pavel, que parece que hacen pesas con un todoterreno entre sesión y sesión de programación, se acercan desde donde habían empezado a desmontar la sala de servidores.

Me aclaro la garganta, repentinamente nerviosa mientras treinta pares de ojos se posan en mí. —De acuerdo. Reglas básicas. Una: esto no es una tapadera de la mafia. Somos un periódico legítimo, lo que significa que nada de blanquear dinero a través de anuncios clasificados. Dos: Si llevas un arma, no quiero verla. Jamás. Tres:

Lora se encarga de la maquetación. Cuestionen sus decisiones y responderán ante mí.

Stefan levanta una mano carnosa. —¿Y si el enemigo viene a dispararnos? ¿Seguimos sin mostrar el arma?

—Si alguien irrumpe aquí disparando —farfulla Feliks antes de que pueda responder—, tienes mi permiso para convertirlo en un colador. ¿Contenta, jefa?

Gina tose fingidamente en el puño. —Come mierda.

Lo señalo. —Usted, señor, pende de un hilo. Si no hay más preguntas, me acercaré y empezaré a darles tareas. ¿Les parece bien? Estupendo. Vamos.

La hora siguiente se convierte en un hermoso caos. Lora transforma el programa de producción en una obra maestra codificada por colores mientras discute con Pavel todo el tiempo. Gina acosa a Feliks para que le traiga otro café con leche helado ("Tres de azúcar, extra de llovizna, o te revoco los privilegios de la rótula"), y lo pillo a él deslizando su número en la funda de la taza.

—Sutil —murmuro cuando pasa por delante de mi despacho.

Feliks guiña un ojo. —Has contratado a una pit bull. Alguien tiene que domarla.

—Te comerá vivo —advierto.

—Promesas, promesas.

Podría seguir trabajando toda la noche. Pero el sol se está ocultando por fin bajo el horizonte y tengo que ir a cenar con Baba. Así que, cuando Gina viene a buscarme, me rindo a regañadientes.

—Haz las maletas, Woodward —dice—. Tu príncipe mafioso está aquí para recogerte.

Efectivamente, Sasha está apoyado en el mostrador de recepción con un traje de color carbón que debería llevar una etiqueta de advertencia. Su mirada pasa de mis manos manchadas de tinta al moño desordenado que me he hecho con un lápiz.

—¿Día largo? —me pregunta cuando me acerco.

—Intenta arrear gatos con doctorados durante un apocalipsis —hago un gesto con la cabeza hacia Gina y Feliks, que ahora están

enzarzados en un furioso debate sobre... sinceramente, ya ni sé.

Sasha consulta su reloj. —La cena con tu padre es dentro de dos horas. Necesitas tiempo para cambiarte.

—¿Cambiarme? —tiro de mi camiseta apestosa y sudorosa—. ¿No crees que mi camiseta de ***Perdona por tener buenas tetas y opiniones correctas*** funcionará con mi figura paterna?

—No, pero no porque esté mal —se burla Sasha, acercándose para pellizcarme el culo—. Además, te he traído un vestido.

Lo rechazo. —Fanático del control.

—Te encanta.

—Lo tolero.

El viaje de vuelta a su ático es un borrón de besos robados y manos errantes. Cuando atravesamos el vestíbulo de mármol, tengo la camisa por encima de la cabeza, lo que, según Sasha, confirma al menos la mitad del texto impreso en la parte delantera.

Voy a coger su cinturón cuando me detiene con un gruñido contra la clavícula. —Luego. Ya llegamos tarde.

—¡Tú empezaste!

—Y también lo acabaré, si no tienes cuidado —me pellizca el lóbulo de la oreja—. Pero la cena es lo primero.

Me ayuda a ducharme, aunque su versión de "ayudar" implica un vibrador y su lengua jugando entre mis muslos, y luego me ayuda a ponerme el vestido que me ha comprado.

Es negro como el pecado y me sienta de maravilla. —*Bozhe moy* —respira cuando está puesto y le doy una vuelta descarada para presumir.

—¿Demasiado? —pregunto.

—Ni mucho menos —ofrece su brazo—. ¿Preparada?

Lo tomo. —Vamos a decepcionar a un patriarca.

Su risa resuena en las salas de mármol, oscuras, ricas y *mías*.

ARIEL

El coche negro se detiene frente a la casa de piedra rojiza de Leander, y me asalta un recuerdo tan nítido que me roba el aliento: Jasmine apretándome la mano mientras subíamos esos mismos escalones de piedra veinte años atrás, susurrando "*¡Carrera hasta arriba!*", mientras la risa de nuestra madre resonaba detrás de nosotras.

Ahora solo hay el chasquido de los Oxfords de Sasha contra el mármol y el peso de su palma en la parte baja de mi espalda.

Llama a la puerta y se detiene mientras esperamos a que se abra. —Quédate cerca —murmura contra mi sien—. Respira. Apriétame la mano si te sientes obligada a clavarle un cuchillo en el riñón.

—Tentador —me fuerzo a sonreír y me ajusto la gargantilla de obsidiana en la garganta, el último regalo de Sasha, fría y tranquilizadora contra mi pulso frenético—. Pero probemos primero con las palabras. He oído que son civilizadas.

—Eh. Sobrevalorado.

El mayordomo de Leander, el mismo de mi infancia, Christos, que ahora luce un peinado trágicamente malo, abre la puerta. —Señor, señora —hace una reverencia y nos hace pasar.

En el comedor, mi padre se sienta a la cabeza de una mesa interminable. Se levanta de su trono y se acerca a nosotros con los brazos abiertos. —¡Ahí está mi niña!

Se me traba la columna vertebral. —Baba. Yo también... me alegro de verte.

Su risa podría cuajar la leche. Asiente a Sasha. —Y tú, ¿manteniendo a nuestra princesa alejada de los problemas?

—Los problemas siguen encontrándola —Sasha me acerca la silla y me ayuda a acomodarme—. Pero estoy... manejándolo —se sienta a mi lado. La luz de las velas capta la cicatriz que rodea su garganta —. Tienes buen aspecto, Leander.

—Ah, un viejo hace lo que puede para estar a la altura de ustedes, los jóvenes —bebe un sorbo de ouzo y se limpia las comisuras de los labios con una servilleta de tela—. Con el tiempo, sin embargo, empieza a preguntarse cuánto tiempo más podrá seguir haciéndolo. Me estoy dando cuenta de que mi reloj está llegando a su fin.

Frunzo el ceño. Desde que lo conozco, mi padre ha sido más grande que la vida. Físicamente, temperamentalmente... nada puede derribarlo. Pero, cuanto más lo miro, más signos veo de la edad. Han empeorado desde que, hace menos de dos semanas, estuve en su despacho y vi cómo le temblaban las manos mientras me leía mi destino.

Diez días. Dios, ¿solo ha pasado ese tiempo? Parece décadas más viejo. Veo manchas en sus nudillos que antes no estaban allí. Cuando va por otro trago, el líquido del vaso se agita con temblores.

—Tenemos mucho que discutir —dice, aclarándose la garganta—. Aunque dicen que se supone que aprendes a tener paciencia a medida que te haces mayor... Bueno, nunca he aprendido esa lección. Así que sean buenos conmigo y denme primero una respuesta sencilla: ¿En qué punto estamos? —sus ojos pasan de Sasha a mí—. Estás dentro o estás fuera, *neraïdoula mou*.

Sasha se queda quieto a mi lado.

Leander arquea una ceja. —¿No?

La sangre retumba en mis oídos. Diez días pasan ante los ojos de mi mente en un destello borroso. Veo a Sasha en el local de Zoya, encorvado sobre un borscht mientras susurraba las nanas de su

madre. A Sasha comprando un imperio sensacionalista para evitarme la vergüenza. Sasha con aquella niña en el refugio de mujeres, observándola pacientemente dibujar con lápiz de color y diciéndole, *Sí, bien, así*.

Sasha Ozerov, el primer hombre que nunca me ha pedido que sea más pequeña. Más suave. Menos.

Me aclaro la garganta. —Me casaré con él.

Silencio.

El vaso de Leander se detiene a mitad de sorbo. Sasha exhala bruscamente por la nariz, como si hubiera estado conteniendo la respiración hasta oír mi respuesta.

—¿Me lo repites? —ronronea Leander.

Levanto la barbilla. —¿Querías mi respuesta? Aquí la tienes: Sí. A la boda. A la alianza. A... —se me quiebra la voz. Lo permito—. A todo.

La mano de Sasha envuelve la mía. En el otro extremo de la mesa, Leander deja lentamente su ouzo. —¿Estás segura? No hace mucho, actuabas como si te hubiera condenado a muerte.

—Estoy segura —le digo—. De hecho... —estiro la mano hacia mi cubierto y cojo el cuchillo de carne que yace allí, reluciente.

La hoja guiña cuando la arrastro por la palma de la mano. La sangre brota a su paso, brillante y ardiente.

—Te lo juro —la sangre me gotea por la muñeca, brotando sobre la cicatriz que inició todo esto, en un cuarto de baño que parece sacado de un sueño—. Sobre la sangre. Sobre los huesos. Sobre cada tumba silenciosa que se interponga entre nosotros.

Por un momento, la máscara de Leander se resbala. Alguna emoción que no puedo nombrar se graba en las grietas de su arrugada fachada.

Luego, desaparece.

—Así será —murmura—. Como siempre quisimos.

El resto se difumina: hablar de detalles de seguridad, listas de invitados, qué joyas familiares llevaré a la fiesta de compromiso de Nochevieja en la que anunciaremos todo al mundo. A pesar de todo,

el pulgar de Sasha acaricia mi palma sangrante, untando nuestro pacto en la piel.

Finalmente, la cena termina y es hora de irnos. Estamos casi en el vestíbulo cuando Leander grita—: Ariana.

Aprieto los dientes ante el nombre muerto, pero me giro de todos modos.

Vacila un instante antes de lanzarme una caja de terciopelo. Me detengo en seco cuando la abro.

Dentro brilla el anillo de compromiso de mamá, el diamante talla esmeralda que le arrojó a la cabeza la noche que se marchó. —Ella querría que lo tuvieras —murmura Baba, repentinamente fascinado por sus gemelos.

Cierro la tapa con un chasquido. —Gracias, Baba.

Entonces, la puerta se cierra detrás de nosotros. Llego a la mitad de la escalinata antes de desplomarme contra Sasha, con la risa y las lágrimas coagulándome la garganta, mareada por la sensación de haber dejado atrás por fin algo tan trascendental.

Me aprieta contra la limusina, con la frente pegada a la mía. —*Ptichka* —su boca roza mis nudillos—. ¿Por qué?

Agarro sus solapas, arrastrándolo más cerca. —Porque eres el único hombre que nunca me pedirá que me arrodille.

Su gruñido me hace vibrar los huesos. La puerta de la limusina se abre y se cierra, absorbiéndonos. Luego, solo hay dientes y lenguas y la deliciosa agonía de *por fin*, rendirme, no a mi padre, no al destino, sino a la aterradora emoción de elegir mi propia jaula dorada.

Se ríe entre dientes, con los ojos brillantes de picardía. —Cuidado con lo que deseas, Sra. Ozerova. Te tendré de rodillas al final de la noche.

El nombre debería aterrorizarme. Hace diez días, lo habría hecho.

Ahora solo puedo sonreírle. —¿Me lo prometes?

50

ARIEL

El tabique de la limusina permanece en su lugar.

Las manos de Sasha no.

Sus dientes me rozan la clavícula mientras desgarra más la raja de mi vestido, las palmas callosas mapeando cada escalofrío. —Parecías una reina ahí dentro —me raspa la garganta—. Abriéndote solo para verlo sangrar.

Le araño el cinturón. Nunca he odiado nada con tanta intensidad, y quiero que se vaya, *que se vaya*, que se vaya. La limusina cae en un bache y me arroja sobre su regazo, lo cual está bien, porque de todos modos era allí adonde me dirigía. Mientras me agarro a él descaradamente, con la cabeza echada hacia atrás para lanzar gemidos hacia el techo, gimo—: Un día de estos vas a dejar de hablar tanto y te vas a limitar a *follarme*.

El gruñido de Sasha me enciende. —Te vas a arrepentir de haber dicho eso.

Luego, me pone a cuatro patas en el suelo de la limusina y me sube el vestido por encima de las caderas. Empieza a comerme por detrás. Veo estrellas al instante.

Dos dedos encuentran su camino dentro de mí, palpitando y retorciéndose mientras yo hago exactamente lo mismo. —Voy a... voy a...

—Todavía no —la mano de Sasha me aprieta la nuca mientras me arrastra hacia arriba y me empuja para que me arrodille frente a él.

Se saca la polla del pantalón y me empuja hacia ella. Lo dejo... no, le *ruego* que me deje, porque, si no lo pruebo ahora mismo, puede que me muera.

Mis labios se separan en torno a su resbaladiza cabeza y lo meto hasta el fondo. El gemido de Sasha al llegar al fondo de mi garganta vibra a través de mí y dentro de él, arrancándole un gemido como respuesta.

Es una droga. ¿Oírlo gemir así, por mí? Nada ni nadie me ha hecho sentir mejor. *Mi* rey. *Mi* hombre. Él es mi lobo rabioso y yo soy su pajarito, y el resto del mundo, por lo que a mí respecta, puede irse a la mierda.

Lo chupo, con las dos manos agarrando su pene, hasta que me suelta con un húmedo chasquido. Sé que me cuelga saliva de los labios hinchados y que probablemente se me haya corrido el maquillaje, porque el rímel resistente al agua es la mayor mentira del mundo, y si tuviera que adivinar, diría que mi pelo cuidadosamente trenzado también está hecho una mierda.

Pero Sasha me mira como si fuera una jodida santa.

—Tú, Ariel Ward, eres lo más hermoso que he visto nunca.

Luego, me empuja de nuevo sobre su polla.

Cuando Klaus aparca delante del edificio de Sasha, ambos nos hemos llevado al límite media docena de veces cada uno. Soy un completo desastre y, sin embargo, cada terminación nerviosa está cantando canciones que nunca había oído. Los gruñidos de Sasha son cada vez más profundos y oscuros.

Me arrastra por el vestíbulo sin romper el paso. Apenas se cierran las puertas del ascensor, ya está encima de mí.

Mi espalda choca con el acero pulido, su rodilla separa mis muslos a medida que los números suben. 42. 57. 68. Sus dientes rozan la marca reivindicativa que dejó a principios de semana, justo encima de la gargantilla. Palpo su dureza a través de los pantalones.

—Estás temblando —observa.

—Tú también.

Suena el ascensor. *Ático*.

Me lleva de la mano por el pasillo, los dos nos reímos y nuestros pasos resuenan en el espacio abovedado. La luz de la luna se encharca alrededor de la cama flotante donde me ha llevado antes, pero esta noche es diferente. El final. Un crescendo de tambores antes de que caiga la guillotina.

—Quítate la ropa —gruñe contra la concha de mi oreja. Sus dedos ya trabajan en la cremallera de mi vestido—. Ahora.

Giro en sus brazos, apretando mi espalda medio desnuda contra su pecho. —Necesitaré su ayuda, Sr. Ozerov.

Se toma su tiempo para bajar la cremallera. Como si cada nuevo centímetro de piel revelado necesitara ser debidamente adorado. Para cuando el vestido es un charco de seda negra alrededor de mis tobillos, yo ya soy un charco por derecho propio.

Oigo el tintineo de su cinturón al chocar con el mármol. El crujido de la tela. El calor húmedo de su boca en mi hombro mientras sus palmas se deslizan por mis costillas hasta acariciarme los pechos.

—¿Mejor? —pregunta.

Me arqueo ante su contacto, observando nuestro reflejo deformarse en las ventanas que van del suelo al techo. Dos monstruos silueteados en la lujuria. —Ya casi.

—Aún nos queda mucho camino por recorrer, *ptichka*.

La carraspera posesiva me deshace. Me giro, chocando nuestras bocas mientras nos tambaleamos hacia la cama. Su polla me presiona el estómago, urgente y letal como el resto de él.

Le muerdo el labio inferior con la fuerza suficiente para sacarle sangre. —Dilo otra vez.

Me extiende sobre frías sábanas de seda, con los ojos brillando como icebergs en la oscuridad. —*Ptichka*. Mi pajarito. Mía. Mi esposa. Mi reina. Mi venganza hecha carne —su lengua lame una franja por la cara interna de mi muslo—. Ahora quédate quieta mientras adoro lo que es mío.

Enhebro los dedos en su pelo, demasiado fuerte, como a él le gusta, mientras arrastra la parte plana de su lengua sobre mí. Me

deleito con la forma en que su gemido vibra contra mi clítoris. —Estás... jodidamente... loco.

Su risita es puro pecado. —Pero gritarás por mí de todos modos.

Luego, me tira encima de él. La primera caricia es siempre la que mejor recuerdo. El último momento de claridad antes de que los demás momentos empiecen a fundirse en un borrón empapado de calor. Pero *ese* primer golpe, ese momento en el que su punta me abre y el resto de su cuerpo penetra lentamente, abriéndome de par en par, haciéndome jadear y babear sobre su pecho...

Ese lo recordaré siempre.

Al principio se lo toma con calma, aunque no tengo ni puta idea de dónde saca el autocontrol. Dios sabe que yo dejé todo el mío setenta pisos por debajo de nosotros.

Pero va despacio. Un golpe. Dos. Saboreo cada milímetro de movimiento, fricción y tensión. Me abalanzo sobre él mientras el primer orgasmo me invade como si me bautizaran en un mundo nuevo. Es una especie de chapoteo y alivio que me consume por completo.

Luego, me tumba debajo de él y la velocidad aumenta. Al poco tiempo, sus pelotas me golpean mientras cada follada me penetra más y más profundamente que nunca. Estoy sudando, él está sudando, pero, cuando lamo una gota de su cuello lleno de cicatrices, me resulta tan dulce como el néctar.

Ahora Sasha no puede hacer nada mal. Cuando me pone de rodillas y me folla por detrás, es perfecto.

Cuando me saboreo en su polla mientras me lame el coño al mismo tiempo, es perfecto.

Tanto si está detrás de mí como debajo, encima y dentro de mí, me corro sin parar, sin división entre un orgasmo y el siguiente, solo una larga fuga sin aliento que nos lleva cada vez más alto hasta que por fin, con un rugido gutural, Sasha dice—: Ya casi estoy.

Encierro mis piernas detrás de la parte baja de su espalda y tiro de su frente hacia abajo para presionarla contra la mía. Luego,

mirando fijamente las ventanas azules de su alma, le suplico—: Entra en mí, Sasha. Hazme tuya de todas las formas posibles.

Entonces, su boca vuelve a encontrar la mía, y el sonido se vuelve irrelevante.

Después, nos tumbamos en sábanas de mil hilos que nunca volverán a estar limpias. Mi cabeza descansa sobre la cicatriz de su garganta, subiendo y bajando con cada respiración. Él traza patrones ociosos en mi cadera.

—Tengo algo para ti —dice al fin.

—Esta noche te he sacado todo lo que podía sacarte —digo con una risa cadenciosa.

Me pellizca la nariz y me da un beso. —Esto te gustará. Te lo prometo.

Se desliza de la cama a pesar de mis protestas y desaparece por el pasillo. Cuando vuelve desnudo un momento después, lleva en la mano un paquete sin marca envuelto en terciopelo negro, con una cinta roja que lo sujeta.

—Voy a suponer que no es un poni.

Sasha se ríe. —No del todo —luego, me lo da.

Tiro de la cinta. La tapa se abre y aparece un libro. Encuadernado en cuero negro flexible, con el título grabado en oro: ***ME LO DIJO UN PAJARITO***.

Y debajo... un titular.

Por Ariel Ward.

Se me corta la respiración. *Madre mía*. Las páginas en blanco susurran mientras las hojeo. Sin tocar. Sin escribir. En espera.

—Tienes muchas historias que contar. Pero *tu* historia es la más importante de todas. Toda tu vida ha sido escrita para ti. Ya no —me toca la barbilla para que levante la mirada hacia él—. Escribe una historia mejor. Escribe tu historia. *Nuestra* historia.

Las palabras me obstruyen la garganta. Lo único que puedo hacer es mirar fijamente el espacio donde irán las primeras palabras de mi historia cuando esté lista para escribirla. Territorio sin marcar, todo mío por conquistar.

Lo miro. —Te amo, Sasha.

Sale antes de que pueda dudar del instinto. Sasha se queda inmóvil. Durante un instante que me paraliza el corazón, pienso que calculé mal. Que elegí el momento equivocado. Que "todavía no" significaba en realidad "nunca". Que aquí se acaba el cuento de hadas.

Entonces…

—Ariel Ward... yo también te amo.

ARIEL

Los tres días que siguen se nos mezclan en un caleidoscopio.

La luz del sol matutino se filtra a través de un cristal blindado mientras Sasha me da a comer blini untados de caviar con la hoja de su cuchillo. Su palma libre descansa posesivamente sobre la protuberancia de mi culo, aún dolorido por las aventuras de la noche anterior, en las que me subió a la encimera para tomar un tentempié de medianoche que no tenía nada que ver con la comida.

—Come —me ordena, con el albornoz negro abierto para mostrar el mapa de marcas de mordiscos que le he dejado en el pecho—. Necesitarás fuerzas.

Es el eufemismo del año. Es un milagro que siga estando vertical, porque hemos pasado mucho tiempo horizontales.

Hemos bautizado todas las habitaciones de su ático como si tuviéramos la sagrada misión de profanar todas las superficies planas posibles. La ducha se inundó a mitad de la cuarta ronda de la mañana, cuando pasé un poco de tiempo provocándolo de rodillas. Su silla de oficina chirriará el resto de su vida después de que lo montara durante dos llamadas con inversionistas seguidas a las que apenas fingió prestar atención. No hablemos del dormitorio, el sofá del salón o el sillón del vestíbulo.

Pero no todo es sexo. Los regalos aparecen como ofrendas en mi santuario: una primera edición de Brontë envuelta en seda, pendientes de diamantes con forma de plumas al viento, una funda

de cuero hecha a mano para mi aerosol de pimienta. Me prepara la comida y me lee a Dostoievski mientras me remojo en su bañera con patas. Cuando estamos demasiado cansados para volver a hacer el amor, me acurruca entre sus brazos y me cuenta historias sobre los pequeños momentos de felicidad robada que atesoró en su infancia.

La noche antes de Nochevieja, traza constelaciones en mi hombro desnudo mientras la nieve desfila por las ventanas. —¿Has pensado alguna vez en tener hijos? —murmura con su aliento cálido en mi oído—. No porque tengamos que hacerlo, sino porque *queramos*.

Me pongo rígida. —¿Por qué? ¿Intentas adelantar el calendario de tu preciado heredero Bratva?

—No seas tan combativa, pequeña dragona —sus dientes se cierran suavemente sobre el lóbulo de mi oreja—. Solo me preguntaba si alguna vez querrías una pequeña tú con mi temperamento.

Me vuelvo hacia él, con las rodillas apoyadas en sus caderas. La luz de la luna capta la plata de su barba incipiente. —Ten cuidado, Ozerov. Eso casi ha sonado romántico.

—¿Prefieres transaccional? —sus manos se deslizan por mis muslos—. Me parece bien. Puedo trabajar con lo transaccional.

Pero, cuando volvemos a caer sobre las almohadas cuarenta jadeantes minutos después, me da un beso en la frente tan tierno que me rompe las costillas.

Nosotros somos perfectos. Él es perfecto.

Todo es jodidamente perfecto.

Por eso no veo venir la cuchilla.



La Nochevieja llega con una ventisca. El salón de baile del Met resplandece como una bola de nieve agitada por Dios mismo. Las esculturas de hielo gotean lágrimas y las lámparas de araña lloran diamantes. En todos los rincones de la sala, los camareros circulan

entre los cientos de invitados: todos los señores del crimen, políticos y miembros de la alta sociedad a los que Sasha y mi padre, en virtud de este tratado matrimonial, han acobardado hasta la más absoluta sumisión.

Llevo el vestido que Sasha me encargó solo para esto: un Valentino rojo sangre con un escote que se hunde hasta el infierno. La abertura es casi indecente.

Los nudillos de Sasha besan mi cadera mientras nos detenemos en la entrada. —¿Nerviosa? —me pregunta, con los labios rozándome la oreja.

—¿Por ti? Nunca.

Eso es mentira. Esta noche estoy nerviosa por todo. No solo por Sasha, sino por todo esto. ¿Se supone que en menos de una hora voy a comprometerme para siempre con un hombre que una vez juró romperme o morir en el intento? ¿Se supone que voy a anunciar mi compromiso al mundo, a solo unos cientos de metros de donde Sasha me encontró por primera vez hiperventilando en un retrete?

Es demasiado pulcro y delicado. Demasiado sin fisuras. Los momentos de plenitud son para las memorias de los famosos, no para la vida real. Quiero creer. Tengo tantas, tantas ganas de creer en los "felices para siempre".

Me han lastimado demasiadas veces como para volver a caer en eso.

—Jesús —respira Gina cuando me ve. Está aquí como mi otra acompañante bajo protesta, enfundada en un traje pantalón plateado que la hace parecer una estrella fugaz—. Eres sexo sobre ruedas, Ari.

—¡Mira quién habla! —miro a mi alrededor en busca de la tercera rueda que nos falta—. ¿Dónde está Lora?

Gina señala con su copa de champán a un rincón alejado de la sala, donde Lora, ataviada con un vestido de baile rosa con mangas abullonadas de tul, está inmersa en una conversación con Pavel, el genio de la tecnología Bratva que Sasha nos asignó para trabajar en

el Phoenix. Se sonroja tímidamente mientras se ríe de alguna broma suya.

—Es repugnante —dice Gina rotundamente.

Le doy una palmada en la mano. —Es adorable.

Pone los ojos en blanco, pero entonces su mirada revolotea por encima de mi hombro. —Hablando de asqueroso...

Cuando me giro, veo entrar a Feliks. Sasha incluso lo obligó a ponerse un esmoquin para la ocasión, lo cual es un milagro en sí mismo. Sinceramente, está estupendo. Es raro no verlo vestido de pies a cabeza con equipo táctico, pero raro bien.

—Te has arreglado bien, Regina —comenta cuando se reúne con nosotros, mirando a Gina de arriba abajo.

—Vuelve a llamarme así y te castraré aquí y ahora.

—No deberías hablar tan sucio en público —canturrea—. Tampoco deberías mirar tanto. Sigue mirando y puede que empiece a pensar que hay pulso bajo esa actuación tuya de reina de hielo.

—En tus sueños, Vasiliev.

—Todas las noches, *ogonyok*.

No puedo poner los ojos en blanco con tanta fuerza como para seguir el ritmo del Sr. y la Sra. Negación Romántica, así que me doy la vuelta para ver a dónde se ha ido Sasha mientras discutían.

Tardo un momento en divisar a Baba y a él hablando junto al piano. Ambos llevan sonrisas que, al menos desde esta distancia, parecen bastante inocentes. Pero bajo la superficie...

Calla, psicópata. No busques cosas que no están ahí, me digo*. Esto ya es normal. Así es la felicidad para siempre.*

Mi padre tiene una mano apoyada en el hombro de Sasha. Pero su mano libre se mueve hacia el bolsillo interior de su chaqueta. Saca un pastillero plateado. Incluso desde aquí, veo que dos pastillas desaparecen bajo su lengua. Su garganta se sacude con el trago seco.

Sigo observando cuando Baba vuelve la cabeza... y me mira directamente. Cuando lo hace, su sonrisa se agita, tartamudea, casi

como una mueca de dolor. Luego, tose y vuelve a su máscara como es debido.

Me estremezco y hago como si no lo hubiera visto. Estoy siendo absurdamente paranoica; lo sé. Es una gran noche y estoy comprensiblemente nerviosa. Pero tengo a Sasha, a Gina y a Lora aquí para celebrarlo conmigo. Todo es genial, grandioso, maravilloso. Pronto sonarán las campanas de la iglesia, *tan tan tatá*, y todo eso. Sería perfecto si tuviera a mi...

—¡Mamá!

Con una sincronización exquisita, mi madre flota hacia mí como la reina de las hadas que siempre juré que era. El collar de perlas que lleva en el cuello, lo primero que se compró después de dejar a Baba, brilla maravillosamente bajo las lámparas de araña.

—Has venido —respiro cuando está cerca.

—¡Claro que he venido, tontita! —me agarra del codo y me da un beso en la mejilla—. Mi niña se va a comprometer. No me lo perdería por nada del mundo.

No me extraña la forma en que sus ojos revolotean hacia la multitud antes de volver a contenerlos. Se siente incómoda aquí, y yo lo entiendo mejor que nadie. Pero ha venido de todos modos. Por mí.

La quiero tanto que me duele.

—Pareces un sueño, mamá.

—Tonterías. Este vestido estaba en el estante de liquidación de Dillard's, y mi delineador izquierdo está medio centímetro más abajo que el derecho. Tú eres un sueño, cariño —su labio empieza a temblar mientras estira la mano para tocarme suavemente la mejilla —. Pareces... tú... Jasmine habría... —se interrumpe.

—No tenemos que ir allí —le aprieto la muñeca—. Esta noche se trata de empezar de nuevo.

Su risa suena como cristal roto. —Por supuesto. Mi chica feroz — me coloca un rizo suelto detrás de la oreja—. Solo... sé feliz, ¿vale? Es lo único que siempre he querido para ti.

Reconozco el calor de Sasha a mi espalda antes incluso de girarme para ver que es él. Su voz retumba por encima de mi hombro. —Belle. Estás impresionante esta noche.

—Qué encantador —dice.

—Prefiero "hombre movido por la belleza".

—¿He dicho "encantador"? Quería decir "lleno de mierda" —su rostro se quiebra en una sonrisa mientras golpea sus costillas—. Dicho con cariño, claro.

Sasha le devuelve la sonrisa. —No esperaba menos.

Entonces, Mamá frunce el ceño mientras le agita el dedo en la cara. —Esta es una seria advertencia de Mamá Osa: Manos dónde las vea. Si le corres el pintalabios antes de medianoche, iré a por ti.

Su pulgar acaricia el arco de mi cadera. —Está a salvo conmigo.

—Mm. Eso ya lo he oído antes —con un guiño, Belle dice algo sobre bocadillos de gambas y se va dando saltitos.

En cuanto sale del alcance de mi oído, los labios de Sasha rozan mi mandíbula. —¿Qué te pasa, *ptichka*?

Hago todo lo posible por mantener una expresión neutra. —¿Quién dice que algo me pasa?

Riéndose, Sasha me da un golpecito en el entrecejo. —Esto lo dice —luego, me da golpecitos en la barbilla—. Esto lo dice —me da golpecitos en las manos inquietas, con el labio hinchado de tanto mordérmelo—. Y esto, y esto. Todo en ti te delata.

—Vale, lo entiendo —digo bruscamente, apartando sus manos de mi cara—. Ya me conoces, soy un libro abierto. No existen los secretos cuando Sasha Ozerov está cerca.

Su rostro se ensombrece durante un milisegundo antes de que la sombra se aclare. —No —retumba—. No existen los secretos.

Suspirando, me inclino hacia él, hundiéndome en la colonia de madera de cedro con la cara contra su pecho. —Dime que esto no es la calma que precede a la tormenta.

Su risita retumba contra mi columna vertebral. —Te vas a casar con una tormenta, cariño. Será mejor que te acostumbres.

La mano en mi cadera se desliza hacia abajo. Me arqueo instintivamente, con el pulso agitándose bajo su palma.

—¿Confías en mí? —murmura.

Conozco mi respuesta. Va contra la lógica. Contra el instinto. Contra todos los genes de supervivencia que heredé de Baba...

Sí.

Se ríe cuando ve que se suavizan mis líneas de preocupación. —Eso es lo que yo pensaba.

Una ráfaga de estática de micrófono silencia la sala. El cuarteto de cuerda se apaga a media nota cuando todos los presentes se giran al unísono para ver a Baba subir al estrado.

Su sonrisa es demasiado amplia, las pupilas se tragan el frío gris de sus ojos. —Señoras y señores, amigos y colegas, gracias a todos por venir —se aclara la garganta—. Es una noche especial para mí como padre. Estamos aquí para celebrar a mi hija, Ariel, la última joya que me queda.

El whisky chapotea en mis nudillos mientras su mano tiembla. Necesito todo lo que tengo para ocultar mi mueca. *La última joya*. Como si Jas no fuera más que otra pieza de joyería rota que ha extraviado. La palma de la mano de Sasha arde contra la parte baja de mi espalda, estabilizándome.

—El legado de un hombre... —Baba vuelve a meterse la mano en el bolsillo del pecho y saca el estuche de plata. Las pastillas traquetean mientras se traga en seco dos más—. El legado de un hombre son sus hijos. Y esta noche, yo entrego la mía a un digno....

El micrófono chirría. Alguien del público tose. Se me eriza la piel cuando Baba se balancea, con el sudor brillando en su rostro de cera. No es el monstruo calculador que me amenazó hace diez días, sino una marioneta que cuelga de la última cuerda que le queda.

—Ven —murmura Sasha, dirigiéndome hacia el escenario—. Vamos a echar una mano a tu padre.

Asiento y empezamos a abrirnos paso entre la multitud en esa dirección. Estamos casi al pie del escenario cuando lo veo: El tío Kosti, medio oculto tras una escultura de hielo. Los ojos de mi tío,

normalmente parpadeantes, están enrojecidos. Cuando me ve, cruza un dedo en mi dirección. *Date prisa*, gesticula.

Dudo. Mi padre está en el escenario, tambaleándose y murmurando algo que el micrófono no puede captar. El público también murmura, preguntándose qué está pasando.

Yo también, la verdad. ¿Por qué Kosti tiene ese aspecto? ¿Por qué se esconde, se esconde de mi vista y me agita las manos frenéticamente?

Baba baja la mirada del escenario y nos ve esperando. Extiende una mano. —Ariana... S-S-Sash...

Me suelto del agarre de Sasha. —Ari... —gruñe.

Pero ya estoy corriendo hacia el único hombre que alguna vez sentí como de la familia.

Cuando llego al tío Kosti, me agarra del brazo con tanta fuerza que me duele. Apesta a sudor y tiene el pelo muy despeinado. —No puedo hacerlo, *koukla*. No puedo dejarte marchar. No sin saberlo. He intentado . Pero yo...

—Tío Kosti, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

Sus dedos se clavan en mis brazos. Me siento extrañamente mal ante ese horror pintado en su rostro. —Anoche recibí una llamada, Ariel. De Jasmine.

Retrocedo. Intento hacerlo, al menos. Pero mi tío no suelta su agarre mortal. —Jasmine ha muerto, tío Kosti.

—No, maldita sea. ¡No me estás escuchando! Está... estoy... *Gamoto*, justo... aquí —tantea con el teléfono, casi se le cae antes de conseguir tirármelo a las manos.

Un mensaje de voz espera en la pantalla. Pulso "reproducir". La voz de una mujer crepita por el altavoz.

Es una voz dulce. Suave, pero no tímida, y melódica a pesar de la insinuación de un filo. Casi exactamente como la recuerdo, si hubiera borrado quince años del fantasma de mis recuerdos.

"*Hola, soy yo. No tengo mucho tiempo, siempre ha dicho que las llamadas a casa de más de un minuto pueden ser rastreadas, así que quiero que sea breve. Pero... he visto los periódicos. El anuncio*

del compromiso. No puede... Tienes que decirle que no lo haga. Dile que no puede confiar en él. Lo está haciendo otra vez, el mismo plan, el mismo... Dijo que si alguna vez... Ella tiene que saber que… Y, Kosti... dile que yo también la quiero. Vale. Ya está. Lo siento mucho. Lo siento tanto...".

Una mano pasa por delante de mí y me arrebata el teléfono.

Me giro para ver esos ojos azules que conozco tan bien.

La cara de Sasha no está en blanco. No es fría. Es peor: resignada. Casi... triste. Una mirada suya y puedo ver toda la horrible verdad escrita allí. No todos los detalles, pero sí la mayor parte, una masa insoportable, como la silueta corpulenta de algo que me romperá si lo veo cara a cara.

Me dijo que si alguna vez...

Su pulgar se cierne sobre el buzón de voz. Lo borra.

Ella no puede confiar en él...

Su cicatriz brilla bajo la luz de la lámpara. La línea dentada de la crueldad de un padre.

Vuelve a hacerlo.

Mis rodillas se doblan. Sasha me coge, con un agarre firme. —*Ptichka*…

—Lo *sabías* —las palabras me destrozan la garganta con la misma seguridad con que aquel alambre de espino lo hizo con la de Sasha —. Sabías que estaba viva. Y me dejaste pensar... Me dejaste creer...

No puedo terminar la frase. Durante diez días, me he dicho a mí misma que no es el hombre que yo creía que era.

Ahora sé la verdad.

SASHA

El mundo se estrecha ante la fractura que se extiende por el rostro de Ariel. Sus labios se separan, no en un grito, sino en una ruptura silenciosa.

—Ari…

Ella retrocede ante mi mano extendida. —No lo hagas. No lo hagas —su tacón se engancha en el dobladillo de aquel vestido obscenamente rojo mientras retrocede a trompicones—. Me dejaste llorarla. Me dejaste enterrarla.

Su tío la agarra del codo. —Tenemos que irnos, *koukla*. Ahora.

Mis instintos gritan que le rompa la muñeca. Mi corazón, ese músculo traidor y atrofiado, me mantiene en mi lugar. —Ariel. Deja que te lo explique.

—¿Explicar *qué*? —su risa me atraviesa—. ¿Cómo me dejaste pensar que la había perdido? ¿Cómo...? —se lleva los dedos temblorosos a la boca—. Tú lo sabías. Todo este tiempo. Lo *sabías*.

El murmullo ambiental del salón de baile se convierte en un rugido. La mitad se dirige a nosotros. La otra mitad fluye en otra dirección.

No es hasta que miro al escenario cuando veo por qué.

Dragan Vukovic está subiendo los escalones del estrado, con su esmoquin hecho a medida sobre unos hombros todavía gruesos por los años que ha pasado rompiéndose huesos en los fosos de

combate de Belgrado. Rodea con un brazo los hombros de un Leander canoso y sonríe.

—¡Señoras y señores! —la voz de Dragan retumba a través del micrófono—. Qué momento familiar tan conmovedor. Aplaudamos a la feliz pareja.

Leander se balancea a su lado, con las pupilas muy dilatadas. Las pastillas, sean lo que sean, ya no hacen efecto. Parece como si estuviera contemplando las fauces de una pesadilla.

Ariel gira hacia el escenario. —Baba, no...

—¡Ahora, amigo mío, a asuntos más importantes! —Dragan da una palmada carnosa en el hombro de Leander—. Creo que es hora de decirlo. Decírselo a todos. Cuéntales a tus *aliados* lo que hizo tu precioso futuro yerno.

La mirada de Leander se fija en la mía. Su mandíbula se mueve tímidamente, como si las palabras le supieran repulsivas en la lengua. —Sasha... ayudó... a Jasmine...

Dragan arrebata el micro. —¡Ayudó a tu hija a fingir su muerte! ¡Me inculpó de su asesinato! Todo para robarte tu alianza —vuela saliva mientras me señala con el dedo—. ¡Este *svinja* se las ha jugado! ¡A todos!

La multitud estalla.

En medio del caos, Ariel intenta correr hacia el escenario, donde Leander cae de rodillas, horrorizado. —¡Baba!

La cojo por la cintura. —No.

Me clava el estilete en la espinilla. —¡Suéltame!

Leander se arrastra hacia el borde del estrado, con la mano extendida. —Ariana... *neraïdoula mou*...

Dragan le da una patada en las costillas. —Maldito imbécil débil. Entonces te tragaste sus mentiras. Trágate esta bala ahora.

—¡No! —Ariel se vuelve salvaje en mis brazos, se agita, grita. —No. ¡Baba! No…

La estoy arrastrando hacia atrás cuando suena el disparo.

Leander se sacude.

Gime.

Y cae al foso de la orquesta.

El grito de Ariel me hiela la sangre. Feliks nos empuja detrás de una mesa derribada cuando las puertas se abren de golpe y los soldados serbios empiezan a inundar el salón de baile. Hasta el último hombre, mujer y niño de aquí está gritando o rugiendo, sacando armas, huyendo en cualquier dirección que puedan alcanzar. —¡Sasha, tenemos que largarnos de aquí!

—Saca a los demás, Feliks —pongo una mano sobre la boca de Ariel, amortiguando sus sollozos—. Ahora.

Me muerde la palma de la mano. Siento el chorro de sangre. —*Cabrón*. Esto es culpa tuya —grita, araña, una cosa salvaje que se deshace en mis brazos. Aprieto mi agarre, no lo suficiente para magullarla, nunca lo suficiente para herirla, pero ella se retuerce como un animal destripado.

—¡Escúchame! —rujo por encima de los disparos.

Su codo cruje contra mis costillas. —¡*Mentiste*!

Al otro lado del salón de baile, Feliks arrastra a Gina detrás de una columna de mármol. Pavel tiene a Lora colgada del hombro, corriendo hacia la salida de servicio. Bien. Mis hombres conocen sus papeles. Pero mi papel, el que importa, se está desmoronando en tiempo real bajo mis manos.

Ariel se agacha contra mí. —¡Déjame ir con él!

—Se ha ido —le digo—. Tu padre se ha ido, *ptichka*.

Se queda quieta. Por un segundo, creo que por fin me oye. Entonces, me golpea con la palma de la mano en la mejilla.

—No puedes llamarme así —sus ojos son supernovas gemelas: fuego verde que se derrumba en vacíos negros—. No vuelvas a llamarme nada nunca más.

Una bala destroza el cisne de hielo que tenemos al lado. La metralla me salpica el cuello.

—¿Quieres la verdad? —gruño, agachándonos detrás de una mesa de banquete volcada. Los cubiertos saltan por el suelo, bailando con el estruendo de los pasos aterrorizados de la multitud —. Tu hermana me suplicó que hiciera lo que hice. Lloró de rodillas

en ese muelle, aterrorizada de que Dragan la localizara si no la liberaba. Tu padre la habría vendido de nuevo a ese animal para conservar su preciada alianza. Tenía que morir para ser libre.

Su respiración se entrecorta. —Eso no lo sabes.

—Vi los moratones —el recuerdo surge de improviso: las manos temblorosas de Jasmine desabrochándose la blusa en aquel piso franco, las huellas moteadas rodeándole la garganta como un collar mientras me mostraba lo que él había hecho—. ¿Crees que disfruté mintiéndote? ¿Dejándote llorar? ¿Crees que no quería decírtelo? Intenté acercarte todo lo que pude sin arriesgar su vida. Ariel... ¿*quién crees que tocaba el violín en París*?

Otra salva de disparos. Cuento a los tiradores por la cadencia: media docena de serbios listos y esperando. La voz de Dragan resuena por encima del estruendo, alentando a sus hombres en su gutural lengua materna.

Los dedos de Ariel se clavan en mis antebrazos mientras solloza en silencio. —Podrías habérmelo dicho.

—¿Y arriesgarme a que se entere tu padre? —la aplasto más cerca, protegiendo su cuerpo con el mío mientras las balas atraviesan la mesa—. Habría destrozado Europa para arrastrarla de vuelta. Dragan también. Nadie podía saberlo. Esta era la única manera.

Su risa roza la crudeza. —La única manera de manipular a todos. De utilizarnos.

Ella no se equivoca. Abro la boca, ¿para disculparme? ¿Para *justificarme*?, cuando una sombra se cierne tras ella.

Los instintos anulan el pensamiento. Giro sobre nosotros, recibiendo la bala destinada a su corazón.

El impacto me atraviesa el hombro izquierdo. Ariel grita. El tirador, un gruñón serbio con cara de carne podrida, se ríe mientras dispara otra vez.

No puede disparar.

Mi pistola ladra dos veces. Su sonrisa muere con él.

—Sasha... —las manos de Ariel revolotean sobre la herida—. Tú...

—No importa —la empujo hacia el pasillo de servicio—. ¡Muévete!

Tropieza y sus tacones se enganchan en el vestido estropeado. La cojo por el codo, impulsándonos hacia delante. La sangre mancha mis dedos, la suya, la mía o la del serbio, no lo sé.

Su pecho se agita. Por un instante, veo a la chica del baño con los ojos desorbitados, temblorosa, tan jodidamente viva que me duele mirarla.

Entonces, su mirada se endurece.

—Vete al infierno.

Me da un rodillazo en el muslo. No en la ingle, no estoy seguro de si se trata de un error o de una misericordia, y sale disparada.

—¡Ariel!

El caos se la traga. Las esposas trofeo están ocupadas pisoteándose unas a otras en busca de salidas. Los pistoleros se baten en duelo entre esculturas de hielo. En algún lugar, Feliks grita mi nombre.

Cuando vuelvo a verla, Ariel está a medio camino de la gran escalera, con la cola escarlata ondeando a sus espaldas. Mira hacia atrás una vez, el pelo suelto de las horquillas, el rímel corriéndole por las mejillas, antes de desaparecer en el salón.

La herida de mi hombro grita mientras me doy a la fuga. La sangre empapa mi chaqueta de esmoquin, cálida e insistente.

Chica estúpida. Chica imprudente, testaruda y gloriosa.

Los recuerdos relampaguean a cada paso. Su risa en la cocina de Zoya. La forma en que se muerde el labio cuando finge no verme trabajar. La primera vez que se durmió en mis brazos en aquella montaña, confiándome sus pesadillas.

Sigo las manchas de sangre más allá de las vitrinas destrozadas. Los diamantes Tiffany brillan en la alfombra como estrellas atrapadas.

—¡Ariel!

Silencio. Entonces…

—¡Aléjate de mí!

Su voz procede del ala egipcia. Cargo en esa dirección y la encuentro agazapada entre dos sarcófagos. Las luces de emergencia la pintan de un rojo infernal. Lleva en la mano una daga ceremonial de la exposición de Cleopatra, basura de tienda de regalos de veinte dólares, pero lo bastante afilada como para hacerme daño si consigue clavármela.

—Bájala —me acerco.

Blande la daga. —Lo digo en serio, Sasha.

—No la utilizarás.

—Pruébame.

Damos vueltas como lobos. Su espalda golpea un expositor de tarros canopos y los hace caer al suelo. La daga tiembla en su empuñadura, pero sus ojos no vacilan.

—¿Crees que yo quería esto? —espeto—. ¿Crees que disfruté estando despierto, imaginando tu cara cuando te enteraras?

Ella sacude la cabeza. —No te hagas el héroe.

—No lo soy. Soy el villano, ¿recuerdas? El monstruo que chantajea, manipula y *miente*.

Embisto. Ella es más rápida.

Consigo bloquear la hoja que se precipita hacia abajo, pero su otra mano golpea mi hombro herido. Una agonía al rojo vivo borra el mundo mientras retrocedo tambaleándome. Cuando mi visión se aclara, ella está en la salida de emergencia.

—Ariel…

La puerta se cierra de golpe. La cerradura encaja.

A través del cristal reforzado con alambre, la veo correr, descalza, sangrante, hermosa, hacia la tormenta que la espera.

SASHA

Sangre en la nieve. Rojo sobre blanco. Un rastro que gotea por los callejones, como una escritura sobre el hielo, que dice: *Sasha Ozerov corrió por aquí.*

Hago lo que puedo para cubrir mis huellas, dando media vuelta para perder a los perseguidores serbios. Me cuesta unos segundos preciosos perseguir a Ariel, pero, si estoy muerto, no le sirvo de nada. Vete a saber dónde está Feliks, dónde está alguno de mis hombres. Esto es un desastre sin paliativos.

Pero no es el dolor en el hombro lo que me está matando, aunque mi chaqueta de esmoquin se ha fusionado a la herida con una mezcla de sudor y sangre coagulada. No es la pérdida de la alianza lo que oscurece los bordes de mi visión.

Es ella.

No puedo ver más allá del escalón que tengo delante y esa imagen congelada de las lágrimas cristalizándose en los ojos de Ariel mientras me miraba y escupía: *Lo sabías*.

Lo sabía.

Sí, lo sabía, maldición.

Hice lo que hice para *salvar* a esa pobre chica. Y sí, también lo hice por putas razones egoístas. Inculpar a Dragan del asesinato de Jasmine significaba que Leander y los griegos nunca se aliarían con los serbios contra mí. Apuntalé mi propio imperio, aunque desde

entonces haya tardado quince largos años en convencer a Leander de que apoyarme era la jugada correcta.

Estaba tan cerca de la meta. *Casarme con Ariel. Reclamar los muelles. Obtener beneficios desde ahora hasta la eternidad.*

Pero metí la pata.

Y sé por qué.

Porque hice todo lo que mi padre me advirtió que no hiciera. Dejé que mi corazón me apartara del camino. Hice lo que hizo mi madre.

Saltar.

Caer.

Destrozarse.

¿Es de extrañar que duela tanto?

Qué apropiado que haya acabado aquí, entonces. Un irónico capricho de la geografía. El cartel sobre la puerta brilla a través de las ráfagas de nieve helada.

Babushka's Lap.

Abro la puerta de una patada, con el timbre tintineando. Más sangre mía deja un rastro de código Morse en el linóleo mientras entro tambaleándome en la cocina del restaurante como un fantasma que anima su propio cadáver.

El ajo y el eneldo atraviesan el hedor a cobre de mi herida. Zoya levanta la vista de su *solyanka*, con la cuchilla preparada sobre una cabeza de repollo. Su rostro se tensa.

—Sadis —*siéntate*.

Me desplomo sobre una mesa de preparación de acero inoxidable. —No quiero sermones.

Su cuchilla golpea la tabla de cortar. —Si no lo hago yo, ¿quién lo hará? —abre de un tirón un cajón y saca vodka y un kit de sutura con facilidad—. Quítate la camisa.

La tela se despega con un sonido húmedo. Tengo que morderme la lengua para no rugir de dolor.

Zoya sisea con los labios fruncidos al ver los daños. —*Pizdets*. Nunca haces nada a medias, Sashenka. ¿Entró y salió?

Al girar el hombro, veo puntos blancos. —Maldición. Creo que sí.

Vierte vodka sobre la herida. Reprimo un grito.

—Hace tiempo que no llegabas cojeando, sangrando en mi suelo —sus pinzas sondean el orificio de salida—. Casi empezaba a disfrutar del silencio.

Solo puedo gruñir mientras la maldita tortura abrasa por todas partes de donde extrae metralla.

—¿Dónde está tu sombra? —Zoya deja las pinzas, coge aguja e hilo y empieza a coser la herida.

—Feliks puede cuidar de sí mismo.

—No hablaba de él.

Cojo la botella de vodka que utilizó como desinfectante y me la bebo a tragos. Si puede limpiar las heridas de bala, quizá pueda limpiar estos putos pensamientos que se agolpan en mi cráneo. E incluso si no puede, quema menos que el escrutinio de Zoya.

—Se ha ido.

Entrecierra los ojos ante su obra, se reajusta y sigue. El pellizco de la aguja penetrando en mi piel una y otra vez me hace sentir como si me masticaran vivo.

—¿Se ha ido? —pregunta—. ¿O *se ha ido*?

La cocina se balancea. Presiono la mesa con la palma de la mano. Firme. Siempre firme. —¿Acaso importa?

—¡Claro que importa, estúpido idiota! —Zoya baja la aguja de un manotazo y me clava un dedo en la cara—. ¿Vienes aquí, sangrando, temblando, oliendo a su perfume, y finges que no importa? Te crees muy fuerte, Aleksandr Ozerov. Pero yo te sostuve cuando eras así de grande —sus manos abarcan la longitud de una barra de pan—. Cuando Yakov...

—No lo hagas.

—...apagaba los cigarrillos en tu brazo cuando llorabas. También limpié *esta misma* herida, no lo olvides —su dedo me marca la cicatriz en la garganta—. Yo...

La botella se hace añicos cuando la arrojo contra la mampara de acero. El vodka gotea por el acero abollado. —He dicho que no.

Zoya no podría sentirse menos intimidada. —Ah, bueno, nunca he sido buena escuchando.

—Haber estado allí en algunos momentos no te convierte en una experta en lo que he sobrevivido. No sabes *nada* —me levanto de un salto y avanzo hacia ella. El movimiento arranca algunos de sus puntos más flojos, haciendo que me gotee sangre caliente por el brazo.

Pone los puños en las caderas y me mira con el ceño fruncido. —Yo solo sé esto: Cuando Yakov murió, viniste aquí. ¿Te acuerdas? Te sentaste exactamente en ese asiento. ¿Y sabes lo que dijiste aquella noche, *malchik*?

Nuestros reflejos flotan en la superficie reflectante: ella, el cráter humeante de una mujer; yo, la sombra ensangrentada de un hombre.

—Dije que me mearía en su tumba.

—No —Zoya sacude la cabeza—. Dijiste: "Ahora está a salvo".

Me doy vuelta y me hundo de nuevo en el taburete tambaleante. La cabeza me palpita al mismo tiempo que el hombro. Ambos me duelen como el demonio. —*Blyat'* —escupo—. *Ssyklo*. Maldito *ssyklo*.

Ahora, Zoya es la que avanza sobre mí. —Tú, Sashenka, eres un hombre que protege lo que ama. Aunque eso signifique derramar tu propia sangre para conseguirlo. Así que pregúntate: ¿te parece que esto "no te importa"? —pasa un dedo por el charco de sangre y me lo pone delante de los ojos—. Esto me parece sangre, *malchik*. ¿Te arrepientes de haberla derramado por ella?

Aprieto la frente contra la superficie de la mesa de preparación y cierro los ojos. *Bum. Bum*. Dolor, por todas partes. —Me odia por lo que escondí, Zoya.

—¿Y? El odio es solo amor que aún respira —,e coge la nuca y suspira lúgubremente. El aire sale de ella silbando en un largo y triste chorro.

—No queda nada que respirar, Zoya. Leander ha muerto. La alianza está muerta. Todo está jodidamente muerto.

—*Nyet*, niño. Nada está verdaderamente muerto hasta que te rindes ante ello. ¿Crees que tu *mamochka* está muerta? ¿O está aquí? —cuando levanto la vista, veo que Zoya extiende los brazos para abarcar toda la cocina, el restaurante—. Está aquí, con nosotros. En mí. En ti. Y está Ariel... Lo que tienes con ella no está muerto a menos que elijas dejarlo morir. Acércate a ella. Ruega. Suplícale. *Vive*.

Se me escapa un ruido gutural, en parte gruñido, en parte sollozo. —Me disparará en cuanto me vea.

La sonrisa de Zoya se curva como su cuchilla. —Entonces, prepárate para agacharte.

ARIEL

Lanzo una piedra que atraviesa la ventana y la rompe fácilmente.

Subo para perderme de vista, fuera de la calle. Pero, una vez dentro, me detengo un momento y miro hacia atrás.

Los fragmentos de cristal que no cayeron sobresalen de la abertura como dientes. A mis pies, el resto son mil espejos diminutos. En cada uno de ellos hay una Ariel, y cada una de esas Arieles es la misma.

Una tonta.

Una idiota.

Una soñadora estúpida e ilusa con un estúpido vestido rojo que pensó que podía superar a su linaje.

Aparto la mirada y miro a mi alrededor. Es extraño ver la biblioteca de noche. Siempre es luminosa y limpia de día y mágica al anochecer. Ahora, sin embargo, las sombras son largas y densas. Las estanterías acechan, enormes, casi curvándose sobre mi cabeza.

Una brisa fría sopla a través de la ventana destrozada. Tiemblo, me rodeo con los brazos y me apresuro a entrar.

Tiene gracia que acabe aquí, ¿verdad? Aquí es donde todas las historias vienen a morir. Cuando se acaban, las encarcelan aquí y aquí se quedan hasta el fin de los tiempos.

Mi historia se ha acabado. Ese cuento de hadas, ese gran romance que mamá me dijo que me merecía, está a punto de ser sellado en un ataúd encuadernado en cuero. Tengo una gran frase

para terminarlo, cuando llegue el momento de rellenar esas páginas en blanco que me dio Sasha:

Y nadie vivió para siempre. Desde luego, no "felizmente".

Me desplomo en un cubículo del estudio, con la espalda pegada a los paneles de nogal. Mis manos no dejan de temblar. La sangre de Sasha se me incrusta bajo las uñas en el lugar donde lo golpeé.

Aún más divertido que mi final no tan de cuento es cómo solía pensar que yo era Lois Lane. Una intrépida reportera, una heroína audaz, una mujer lo bastante valiente como para enfrentarse al mundo y ganar. Y, aunque al principio luché contra ello, realmente llegué a pensar que Sasha podría ser mi Superman.

Pero resulta que todos son iguales: mentirosos hasta la médula.

Sobre todo él. Mentiroso. Maldito *mentiroso*. Mentiroso con los ojos de su madre y los puños de su padre. Mentiroso que escondió a mi hermana como una carta de triunfo. Mentiroso que hizo que mi padre muriera de rodillas delante de todos los que conocía. Mentiroso que me hizo amarlo en los huecos entre verdades.

Él lo sabía. Sasha *lo sabía*. Sasha mintió.

Mentiras artesanales. Edición limitada, engaño a medida.

Las náuseas se agolpan en mi estómago. Me clavo las uñas en las pantorrillas para permanecer en silencio.

Fuera, la ventisca difumina la ciudad hasta convertirla en un dibujo de tiza. En algún lugar, Sasha debe estar recomponiéndose. Planeando su próxima obra. Y yo estoy aquí, deshaciéndome en el único lugar que alguna vez tuvo sentido, entre hileras de verdades atadas, testigos silenciosos de todos los pecados que los humanos nos convencemos de que son por un bien mayor.

Aprieto la mejilla contra un polvoriento ejemplar de *The New York Times* de 1997 que alguien dejó sobre el escritorio. Los titulares hablan a gritos de la princesa Di, de los mercados bursátiles, de un mundo que seguía girando tras otras tragedias.

¿Por qué parece que esta será la que lo detenga sobre su eje?

O, en realidad, ¿es peor que siga girando? Puede que *mi* mundo se acabe, pero a nadie más le importará. Seguirán adelante,

enamorándose, teniendo hijos, yendo a casa de sus hermanas por Navidad para reírse juntas en cálidos salones y hacerse regalos bien envueltos. Yo me meteré en oscuras bibliotecas y acurrucaré las rodillas contra el pecho para resguardarme del frío.

Intento dormir. Fracaso estrepitosamente. Cada vez que cierro los ojos, veo a Sasha allí. Tuvo diez días para convencerme de que me casara con él. Y lo consiguió. Contra todo pronóstico, lo consiguió. Pasé de arañar y arañar para alejarme de él, a arañar y arañar para *acercarme* a él.

Y, en esos sueños a medias, lo que hago es arañar y arañar más. Solo que esta vez araño y araño las tapas de los ataúdes que se cierran sobre mi cara. A los barrotes dorados de una celda que se cierran a mi alrededor. A la oscuridad que desciende como un trapo sobre mi cara hasta que ya no puedo respirar.

Clic en el ataúd.

Clic en la jaula.

Clic en la...

¿Pisada?

Me despierto jadeando y miro para ver una sombra frente a mí. —Tenía la sensación de que este era el lugar —dice.

Su voz me envuelve como alambre de espino. Aparto la mirada. Tengo que hacerlo. Si lo miro ahora, con la nieve aún derritiéndose en su pelo y la sangre incrustada en sus nudillos, me romperé.

—Vete, Sasha. Por el amor de Dios, déjame en paz.

—No.

La única sílaba vibra en mi caja torácica. —¿Por qué no? ¿Por qué coño no? —grito.

Espera hasta que los ecos de mi lamento se desvanecen en las estanterías de la biblioteca. —Sabes por qué estoy aquí.

—¿Para regodearte? Mi padre está muerto. No tienes que casarte conmigo y seguirás teniendo todo lo que quieras.

Sacude la cabeza. —No. No todo.

Abro los ojos. Está un paso más cerca de lo que estaba. Lo suficiente para captar medio rayo de luna asomándose por la

claraboya. Sus ojos azules brillan, pero tiene la camisa hecha jirones y la postura casi rota.

—No lo hagas —le digo—. No puedes hacer eso. No después de mentirme sobre Jasmine. No después de haber visto cómo ejecutaban a mi padre. No después de hacerme creer que no eras ese... ese *monstruo* que...

—*Soy* un monstruo —me agarra la muñeca cuando intento apartarlo—. Pero no de ese tipo.

Tiro para liberarme. El movimiento derriba un libro del desordenado escritorio. El ruido sordo al caer al suelo reverbera por toda la cavernosa habitación.

—Has incriminado a Dragan. Dejaste que mi familia llorara durante una década. ¿Por qué? ¿Una puta *alianza*?

—Para sobrevivir —le tiembla la mandíbula—. Por lo mismo que hice todo.

—Y una mierda. Tuviste una docena de oportunidades para decirme la verdad. En nuestras citas. En París. Incluso cuando... — las palabras se me atascan en la garganta. *Cuando dijiste que me amabas*.

Sasha se acerca a mi espacio, apiñándome contra la pared del cubículo. —¿Me habrías creído? ¿Esa primera noche? ¿La segunda? ¿Y la tercera, Ariel? ¿Me habrías creído entonces?

—¡No lo sé! —bajo la voz hasta convertirla en un siseo venenoso —. Pero ni siquiera lo intentaste. Simplemente... me dejaste caer en un cuento de hadas.

Sus fosas nasales se agitan. —No todo era mentira.

—¿De verdad? —hago un gesto para abarcarlo todo—. ¿La cita en la biblioteca? ¿El spa? ¿La maldita *lencería*? Todo forma parte de la larga estafa, ¿no? Mantener contenta a la mujercita mientras tú...

Me besa.

No es como antes: no hay fuego lento, ni dominio burlón. Esto es dolor. Castigo. Sus dientes me aprisionan el labio inferior con tanta fuerza que me hacen sangrar, mientras sus manos me enjaulan

contra la pared. Me trago un gemido y mis uñas se clavan en sus bíceps a través de la camisa de esmoquin estropeada.

Cuando se aparta, los dos estamos temblando.

—*Eto ne lozh* —su aliento me quema la mejilla—. Nada de eso era mentira.

Me froto la boca escocida y escupo—: Demuéstralo.

—¿Cómo?

—Cásate conmigo.

Se queda quieto. —¿Qué?

—Ahora mismo. Sin contratos. Sin testigos. Sin beneficio político —me quito del dedo el anillo de compromiso de mi madre y lo sostengo entre los dos—. Solo tú y yo delante de un funcionario municipal que archivará el papeleo entre pausas para el café.

Su mirada cae hacia el anillo. —Ariel…

—Si lo dices en serio, si algo de esto es real, lo harás —mi voz se quiebra—. Si no, aléjate de mí y no vuelvas.

No dice nada durante un rato. En las lejanas entrañas de la biblioteca, un reloj avanza hacia el olvido.

Observo cómo parpadean los cálculos tras sus ojos: el *pakhan* sopesando los riesgos, el niño criado por un tirano, retrocediendo ante la vulnerabilidad.

—Dame tiempo para hacer las cosas…

Mi corazón se reduce a cenizas. —Esa es tu respuesta, entonces. Al menos es sincera.

—Ariel. Ariel, espera...

Vuelve a agarrarme, pero yo ya me estoy moviendo, corriendo más allá de la ficción, el romance, la historia y la ciencia. La salida trasera de la biblioteca asoma por delante, con la luz del invierno colándose a través del cristal esmerilado.

—*¡Ya tebya lyublyu!*

El ruso me detiene en seco. Me giro lentamente. Está diez pasos atrás, con el pecho agitado y el pelo alborotado. Un zar puesto de rodillas.

—Te amo —repite en inglés, crudo como una herida abierta—. Pero el matrimonio... No son solo votos. Es poder. Sobre el otro. Sobre todo.

Sacudo la cabeza. —Es tu padre el que habla.

—No se equivocaba.

—¿Así que eso es todo? —la señal de salida se difumina a través de mis lágrimas—. ¿Prefieres estar solo a arriesgarte a que alguien tenga poder sobre ti?

—¡Prefiero mantenerte a salvo!

—¿De qué? ¿De ti?

—Del mundo que yo construí. El que mató a tu padre esta noche.

Las palabras cuelgan entre nosotros, gas venenoso en el aire mohoso. Me llevo una mano al esternón, esperando encontrar un agujero de bala.

—¿Crees que no sé lo que cuesta esta vida? —mi susurro se convierte en un ronco graznido—. Llevo pagando ese precio desde que tenía ocho años, Sasha. Pero estaba dispuesta a pagarlo por ti. Porque creía... Porque creía que tú lo valías.

—*Ptichka* —da un paso adelante—. Déjame...

—No, Sasha. Tuviste tu oportunidad. Diez oportunidades, en realidad. Ahora, las has arruinado todas.

La puerta se cierra tras de mí con decisión. La nieve me escuece en las mejillas mientras tropiezo con el callejón, pero no miro atrás. No puedo.

En algún lugar entre los contenedores y la Quinta Avenida, el anillo se desliza de mis dedos entumecidos. No me detengo a recuperarlo.

Deja que las ratas de alcantarilla tengan su brillante trofeo.

Que se pudra con el resto de su corona.

SASHA

Escupo rojo sobre la nieve. Las ráfagas frescas tardan unos segundos en enterrarlo. Otra mancha de sangre que esta ciudad olvidada de Dios se tragará para siempre.

Los pasos de Ariel se desvanecen al doblar la esquina. Sin embargo, su olor perdura. Melocotones. Siempre putos melocotones.

Pridi obratno ko mne, quiero rugir. *Vuelve a mí.*

Pero no lo hará. No después de esto. ¿Y quién podría culparla? Pensé que podría jugar a este juego, equilibrar estos secretos, mantener cada uno oculto del siguiente. Pero solo puedes hacer malabarismos con el fuego durante un tiempo antes de que te chamusque la piel.

Aprieto la frente contra los ladrillos del edificio. Cuando miro el reloj, veo con una risa hueca que ya ha pasado un minuto de la medianoche. Un nuevo año. Un nuevo comienzo. La ciudad está cubierta de nieve blanca, como un lienzo limpio y en blanco en el que escribir una nueva historia.

Pero ¿qué historia nos queda por escribir? Ariel es la reportera, no yo. He intentado enterrarlo todo, y mira a dónde me ha llevado eso: a chorrear sangre fría en un callejón oscuro y vacío, solo.

Entonces, el metal tintinea detrás de mí y me doy cuenta de que, después de todo, no estoy solo.

Giro demasiado lento.

La primera bala me alcanza incluso antes de oír el disparo.

Me hace girar como una maldita bailarina. Intento tambalearme, mantenerme erguido, porque un hombre de espaldas es un hombre muerto. Pero los pies se me resbalan sobre el hielo y caigo al suelo con un gruñido de dolor. Suenan dos disparos más. Uno en la tripa, otro en el muslo. Dolor. Tanto puto dolor. Mi mundo se convierte en un túnel de unos centímetros de ancho.

En ese túnel de mi visión, entra Dragan. Ese cabrón serbio engreído sonríe de oreja a oreja. Detrás de él, sus matones se abren en abanico, con los Kalashnikovs colgando y los rostros ocultos por pasamontañas.

—Ozerov —la voz de Dragan rechina—. Estás hecho una mierda.

—Lo mismo digo.

Me da una patada en el muslo herido. Grito.

—Quince años he esperado —suspira—. Quince años viéndote pensar que me habías jodido. Te creías muy *listo*, joven Sasha. Un trabajo limpio con la chica... ¿Y por qué iba a creerme Leander cuando intenté contarle lo que había ocurrido de verdad? No, no, claro que no. Tu historia era mucho más bonita.

Quiero decirle que nada de esto ha sido bonito. El alambre de espino alrededor de mi garganta no fue bonito. Los moratones alrededor de la de Jasmine tampoco eran bonitos. Incluso cuando le devolví la vida, su rostro estaba manchado de lágrimas horrorizadas. *¿Adónde iré? ¿Qué voy a hacer?*

Eso lo decides tú, le dije.

La cara de Dragan se tuerce y vuelve a darme una patada, esta vez en el torso. Las costillas se rompen. ¿Dos? ¿Tres? Es difícil saberlo. Todo el dolor se mezcla en un único infierno que me quema vivo.

—Es mejor que acabe así —decide—. Nunca me han gustado mucho los discursos, así que lo dejaré así, creo. Vive como un perro, muere como un perro. Caballeros... háganle daño.

Intento levantarme, pero es inútil. Están encima de mí antes de que pueda respirar.

Botas. Tantas botas. Patean las costillas que Dragan ya rompió. Pisotean las heridas de bala hasta que grito con los dientes apretados. Un *mudak* aplasta mi cicatriz, la que tengo alrededor del cuello, con el talón y, de repente, vuelvo a tener doce años, con el alambre de papá mordiéndome la garganta mientras gruñe: *Débil, débil, débil*.

Así es como termino. Como mi madre: muriendo en un amasijo de miembros rotos sobre un suelo frío y duro. Abandono la lucha y espero a que la ciudad me trague a mí también.

Entonces, para mi sorpresa

—Basta —la voz de Dragan atraviesa la bruma—. Lo quiero contra la pared.

Detienen la paliza para arrastrarme hacia arriba y apoyarme contra los ladrillos del callejón. La sangre me gotea en los ojos, caliente al tacto, pero el resto de mí está tan frío como la tumba.

Dragan se agacha y me levanta la barbilla hundida en el pecho con una mano enguantada, de modo que no tengo más remedio que mirarlo a los ojos. —Me quitaste todo. Mi reputación. Mi novia. Mi *imperio* —saca un cuchillo de su abrigo: antiguo, curvo. Acero otomano—. Ahora, tomo tu corazón.

Levanta la hoja.

Pero, antes de que pueda derribarlo, las luces brillan por el callejón. Rojas y azules.

—¡Jefe! —uno de los matones serbios asiente hacia la entrada del callejón. Los faros barren las paredes de ladrillo—. La policía.

Dragan se levanta, limpiando mi sangre en sus pantalones. —¡Bah! ¡Dame tu pistola! Acabaré con él antes de irnos.

La policía grita al final del callejón mientras Dragan arrebata una pistola a uno de sus matones. El resto de los serbios disparan sus armas hacia los policías para mantenerlos a raya. Mientras tanto, Dragan me besa la frente con la punta de la pistola.

Solo puedo reírme. Salvado y condenado, salvado y condenado, una y otra vez... Estoy harto del carrusel. *Ponle fin,* pienso. *Ningún hombre puede aguantar tanto*.

La mueca de Dragan se intensifica. Su dedo se desliza hacia el gatillo. Y...

Clic.

Cámara vacía.

No pienso; solo me muevo. Mi mano encuentra el cuchillo que Dragan dejó caer y lanza un tajo ciego hacia arriba. La hoja se hunde en la ingle de Dragan. Grita. Lo tiro hacia un lado, seccionando las arterias, y ruedo mientras sus matones abren fuego. Las balas cosen la pared donde estaba mi cabeza.

Caos.

Dragan grita en serbio. Chirrían los neumáticos. Desciende la policía.

En medio de todo, me arrastro detrás del contenedor, con el cuchillo aún agarrado entre mis dedos ensangrentados y temblorosos. Dragan y los suyos se dirigen corriendo al otro extremo del callejón y desaparecen de mi vista.

Cae la nieve.

La sangre se acumula debajo de mí, humeante.

Levántate.

Se me doblan los brazos.

Levántate, ssyklo.

Araño el contenedor, dejando manchas rojas. El vértigo me golpea con fuerza. El callejón se desdibuja: dos contenedores, cuatro, ocho.

Me castañetean los dientes y busco a tientas el teléfono. La pantalla está agrietada. La sangre hace que la pantalla táctil falle, pero al final consigo que obedezca.

El número de Feliks. Espero. Espero.

—¿Sasha? ¡Sasha! Mierda, ¿dónde estás?

—Bib... Bib... Biblioteca...

—Coño. Espera, estoy...

El teléfono resbala de mis dedos entumecidos antes de que pueda oír lo que dice. Me cubre la oscuridad.

Así no.

La cara de Ariel flota detrás de mis párpados: riendo en París, furiosa en la biblioteca, deshaciéndose debajo de mí en aquel maldito probador.

Ya tebya lyublyu.

Presiono con una mano temblorosa la herida de la tripa, donde puedo sentir cómo se escurre la vida.

Presión. Mantén la presión.

Entonces, una sombra cae sobre mí.

—Oh, Sasha —exclama Kosti Makris, ajustándose la bufanda de cachemira—. No tienes buen aspecto.

Me quita el cuchillo de la mano de una patada. Luego, se agacha y me levanta la barbilla con una mano enguantada. —No te preocupes, amigo mío. Cuidaré de ti, igual que tú cuidaste de mi sobrina.

La negrura me traga entero.

ARIEL

Hago un voto mientras corro. No el voto que pensaba hacer esta noche, pero un voto al fin y al cabo.

Dejaré atrás a Sasha Ozerov.

Cada paso subraya esa promesa. Voy a dejarlo atrás. A todo él. Cada beso, cada caricia, cada murmullo que alguna vez me susurró al oído cuando las luces estaban apagadas y solo estábamos los dos apretados piel con piel bajo las sábanas. Todo eso se queda en el pasado.

La nieve me apuñala la garganta mientras corro. Respiro entre nubes irregulares. No aflojo el paso hasta que la silueta de la biblioteca se desvanece detrás de mí, engullida por el cielo gris hierro.

Me palpita la mano derecha. Miro hacia abajo a través de las pestañas heladas y veo que me gotea sangre de un corte bajo los nudillos, cortesía del golpe contra la ventana de la biblioteca.

Dios, estoy cansada de que la vida intente pegar estos círculos poéticos. ¿Es que no lo entiende? Nada está ordenado. Nada está completo. Todo es un lío roto y sollozante, y nunca acabas donde empezaste en una sincronía nítida: siempre acabas peor.

Un letrero de neón brilla en medio de la ventisca: *FARMACIA*. Santuario. Perfecto. Puedo robar un botiquín y curarme.

Las puertas automáticas se abren para mí. Las luces fluorescentes zumban en lo alto, blanqueando los pasillos hasta

convertirlos en una neblina de sueño febril. Cojo una caja de tiritas, agua oxigenada y me dirijo al baño.

Después, me congelo ante la estantería de planificación familiar.

Una caja rosa se burla de mí desde la estantería. *¡Resultados rápidos!* chirría. Se me revuelve el estómago. *Es solo estrés*, me digo. *Estrés por esquivar mafiosos y hacer de prometida de una bola de demolición humana.* Durante diez días, toda mi vida ha sido un basurero lleno de mierda rodando cuesta abajo, así que, por supuesto, esa extraña y agitada intuición mía que me dice que debería hacerme la prueba, solo para ver, solo para estar segura... No tiene sentido, ¿verdad?

¿Verdad?

Cojo la prueba.

En el baño, tanteo el envoltorio, pero tengo las manos resbaladizas de sangre, así que se me cae dos veces antes de conseguir arrancar el plástico.

Hago pis, dejo la prueba en el lavabo y cuento los segundos. Sesenta. Cien. Ciento veinte. Evito deliberadamente el espejo. Si me salgo con la mía, nunca volveré a ver mi reflejo.

Termino mi propia cuenta justo cuando el temporizador automático de la prueba empieza a cantar. Miro hacia abajo y...

—No —me llevo una mano al estómago—. No, no, *no*.

Dos líneas rosas.

Me apoyo contra el lavabo, respirando a través del vértigo. Un bebé. *Su* bebé.

No puedo dejar *eso* atrás, ¿verdad?

Aplasto la prueba en la papelera.

Fuera, el frío me despierta de un bofetón. Saco el teléfono. Los dedos resbalan sobre la sangre y la nieve. Kosti contesta al primer timbrazo. —¿Ari? ¿Dónde estás? ¿Estás...?

—Necesito los billetes —mi voz se quiebra—. Me voy. Esta noche.

CONTINUARÁ

La historia continúa en el: Libro 2 del dúo de la Bratva Ozerov:

10 DÍAS PARA RENDIRSE